REBECA DOMENECH

TRAS LOS FOCOS



Grijalbo

REBECA DOMENECH

Tras los focos

Grijalbo

Para aquellos que buscan el camino de regreso.
Este libro os guiará de vuelta a casa.

A mamá y papá, por no dejar que
el motor de la ilusión cese jamás.

A Cristina y Noelia,
por ser mis personas favoritas del mundo

Sencillamente, estaba enamorada de Nueva York.

JOAN DIDION, *Adiós a todo aquello*, 1967

5 de junio de 2024

¡Ha llegado el esperado día, mis queridos miembros de la Espresso Society!

Cierro los ojos. Respiro hondo.

A partir de hoy, nuestros cafés ya no tendrán Madrid como escenario principal. Por fin me mudo a Nueva York.

Estoy muy ilusionada y no quiero perder la oportunidad de llevaros conmigo. Muchos me seguís mediante este blog desde hace tiempo y sé que habéis sentido, casi en vuestra propia piel, cuánto he peleado para llegar hasta aquí.

Como siempre os digo, no hay un solo día en el que no agradezca al universo poder dedicarme a la moda colaborando como freelance con *Vogue*, la cabecera que marca el ritmo de la industria. Pero no todo es tan fácil como parece en la ciudad que nunca duerme: lo primero es sobrevivir y, después, con un poco de suerte, prosperar.

Aunque dispongo de ciertos ahorros que me permitirán empezar a caminar con una menor preocupación, he pasado estas últimas semanas enviando miles de correos a todo tipo de revistas neoyorquinas, a ver si alguna me abre sus puertas y por fin logro cumplir mi sueño: ser redactora fija en la plantilla de uno de los grandes sellos. ¿Creéis que tendré suerte?

Algunos pensaréis que estoy romantizando Nueva York. Es probable, y sé muy bien quién tiene la culpa de ello: Ryan Blake.

Recuerdo que, en su ópera prima, este brillante director se encargó de hacerme anhelar, desde la primera escena, una Nueva York imperfecta pero vibrante. No la de los focos ni los escaparates impecables, sino la de los adoquines que parecen guardar secretos y las luces de los cafés que nunca se apagan del todo.

Sus personajes son pura complejidad, caminan sin rumbo fijo, hablando de arte, de miedos y de deseos, como si las esquinas escucharan.

Gracias a él empecé a fascinarme con la idea de sentirme pequeña, pero intensamente viva en un lugar que promete una reinvención silenciosa: perderme en librerías diminutas, colarme en exposiciones escondidas en sótanos mágicos,

escribir en cafeterías con grandes ventanales empañados… En definitiva, enamorarme de la belleza cruda que solo algunos saben ver.

No todos lo entienden, claro.

Mi padre y mi hermano, menor que yo, se niegan a aceptar que ha llegado el momento de buscar mi propio camino. Mi madre tampoco está del todo convencida, pero al menos se consuela pensando que jamás tomo decisiones sin medirlas antes. V., mi amiga del alma, de la que ya os he hablado en varias ocasiones, preferiría que me quedara en Madrid —esa ciudad que nos unió—, pero me apoya con los ojos cerrados.

Y él… Bueno, a veces es necesario poner tierra de por medio para sanar ciertas heridas. Y eso está bien. Después de tantos años de idas y venidas, él nunca entendió lo que le pedía. Y yo, por fin, me he cansado de explicárselo.

Eso es todo, chicos.

En cuanto publique esta entrada y cierre el portátil, cruzaré rauda el aeropuerto de Barajas hasta mi puerta de embarque, subiré al avión (por favor, decidle a mi fobia a volar que se relaje) y fantasearé con cuál será la primera historia que os cuente desde el barrio de Sunnyside, en Queens.

Porque, esta vez, mi vida empieza en otra escena.

¡Besos!

Entre Sorbos

1

Punto de partida

BROOKE

Hoy me despido. De todos. De mí misma. Porque mi antiguo yo ya no volverá. Por primera vez en mucho tiempo, estoy segura de ello.

Quien me conoce bien sabe lo importante que es para mí estar en mi aeropuerto favorito del mundo, el John F. Kennedy, recogiendo mi equipaje, unas cuantas maletas que aguardan para instalarse en mi próximo hogar. Siempre percibí Estados Unidos como el país de mi padre antes que el mío, y quizá por eso no siento este destino como una llegada, sino como un regreso. Durante años, cada vez que lo oía pronunciar el nombre del que fue el presidente número treinta y cinco, se avivaba en mí una idea que entonces creía utópica: verme trabajando en lo alto de un rascacielos mientras la ciudad que nunca duerme se brinda, solo para quien sepa mirarla, como se ofrece aquello que desde fuera se juzga inalcanzable pero no lo es. Un horizonte romántico: el negro de la noche, las ventanas iluminadas y, detrás de ellas, alguien despierto, luchando por lo que cree. Y eso hago yo. Luchar.

Ayer me levanté de la cama, corrí a por el teléfono, llamé a Valentina, mi mejor amiga desde que aterricé en Madrid, y anuncié sin titubear:

—¡Estoy atacada! Después de tanto dudar, por fin me marcho.

Porque si hay algo que he aprendido con el tiempo es que lo que retrasas, en ocasiones, nunca llega. Y si aguardas el momento oportuno…, menos aún. A veces, incluso lamentas que esa oportunidad debía de ser justo la que acaba de pasar.

—Brooke, te irá bien. Y si no sale como imaginas, siempre puedes volver a casa. Aquí estaremos esperándote —me recordó Vale, con esa calma que me ancla.

—Lo sé… Y eso es justo lo que me da fuerzas para irme. Saber que te tengo hace que todo dé un poco menos de miedo —dije intentando que no se me quebrase la voz.

En el aeropuerto de mi nueva ciudad, y ya con las maletas en la mano, busco el móvil para llamar a mi madre e informarla del aterrizaje.

—¿Mamá?

—¡Brooke! ¿Has llegado bien? —me pregunta desde el otro lado del teléfono. Ella es de las únicas personas que saben lo poco que me gustan los aviones, y mucho menos cuando tengo que viajar sola. ¡Siento verdadero pánico! Aunque, como dice ella: «Lo que vale la pena, algo cuesta».

A pesar de no terminar de entender por qué tengo que cruzar el charco para crecer como periodista de moda, mi madre lo acepta. Intuyo que, en el fondo, sabe que ese no es el único motivo que me empuja a comenzar de cero. Nunca se me han dado demasiado bien las relaciones humanas.

Cambié cuatro veces de casa —y de colegio— a lo largo de mi infancia y adolescencia persiguiendo espacios donde las infinitas alergias respiratorias de mi hermano nos dieran tregua, saltos que llegaron acompañados de amigos y amores tan alentadores como efímeros. Primero tocó Pozuelo de Alarcón, después Boadilla del Monte, seguido de Villaviciosa de Odón y, finalmente, Las Rozas, zona en la que hoy en día sigue residiendo mi familia.

Esa fue la semilla. La que ha provocado que, aun con los años, busque alejarme de las conexiones reales por miedo a que deba despedirme de nuevo. Tal vez por eso me apoya, aunque no sin cierta reticencia.

—Bien… El viaje ha sido un poco movido, pero he tenido menos miedo del que esperaba. Supongo que es por la ilusión de llegar. Voy a buscar un taxi. Puede parecer una tontería, pero ¡qué ganas tengo de coger uno, no pueden ser más icónicos! —Para mi suerte, mientras hablo por teléfono, diviso uno libre tan pronto como salgo por la puerta del aeropuerto—. Ahora iré a la dirección que me ha mandado Conrad, el propietario del piso. Hemos quedado en una cafetería, ¿no te parece un plan de película? Por lo que me ha contado, allí me presentará a Fiorella Moretti, mi nueva compañera. A ver qué tal me va. En fin, luego te cuento, mamá… ¡Besos!

Cuando cuelgo para subirme al taxi, algo se agita dentro de mí. Pienso en lo difícil que es perseguir tus sueños, sobre todo si hacerlo implica prescindir de la opinión de las personas que más quieres. He crecido en un entorno bastante conservador, asentado sobre horarios de oficina y profesiones que aseguran, desde el inicio, una vida digna y estable. Mis padres son maestros, y mi hermano, a sus veintitrés, ya trabaja en una empresa puntera de ingeniería

mecánica. Desde pequeña supe que no llegarían a comprender esas ansias mías por querer traspasar fronteras y vivir, en primera persona, aquella frase que interpretó Liza Minnelli sobre Nueva York: *«If you can make it there, you can make it anywhere»*. Después de las interminables charlas que los tres se empeñaron en tener conmigo cuando empecé a organizar el viaje, hace ya por lo menos año y medio, me di cuenta de que intentarían que lo reconsiderara hasta el último momento. Pero aquí estoy.

Me he pasado horas en Pinterest, buceando entre frases de Mr. Wonderful, buscándole sentido a esa motivación impostada que todo el mundo, menos yo, parece encontrar. ¿Qué sucede cuando sientes que no has dado con «tu sitio» a los veintiocho años? Cuando te resulta incómodo no cumplir con lo que se espera de ti. Lo cierto es que, aunque sus mensajes son bastante simpáticos, todavía no he encontrado ningún eslogan optimista que me haya proporcionado paz.

Puede que sea porque, para ser sincera, nunca la he sentido. Soy un manojo de nervios, herencia directa de mis padres, un rasgo potenciado tanto por mi eterno perfeccionismo como por mi pánico a defraudar. Que perseguir tus metas puede ser un camino de lo más solitario es algo que solo aceptas cuando te acostumbras a sentirte, una y otra vez, como una funambulista inexperta a punto de perder el equilibrio y romperte en mil pedazos. Literalmente. Y, sin embargo, es ahí, justo ahí en ese momento, cuando decides actuar.

Porque por muchos trenes que pasen, ninguno es igual. Los hay mejores y peores. Pero nunca pasan dos idénticos. Y eso, al final, te empuja. Terminas saltando. No sé si Nueva York me aportará lo que necesito, pero estoy dispuesta a averiguarlo.

Miro por la ventanilla del taxi e, incluso sin conocer el lugar, me doy cuenta de que llevamos un rato recorriendo las mismas calles una y otra vez. El conductor rompe por fin el silencio que nos ha envuelto durante todo el trayecto.

—¡Disculpe! Creo que debería bajarse aquí. Las calles están cortadas y no puedo acceder de ninguna manera…

Este pequeño contratiempo provoca que mi barriga decida, por sí sola, interpretar una extensa sinfonía. La sensación, aunque no me es desconocida, tampoco me resulta agradable. Para nada. Suelo colapsar cuando mis planes originales no salen como esperaba, y ser extranjera en una ciudad nueva, sin nadie que pueda echarme una mano, no ayuda en absoluto.

—De acuerdo… —susurro algo cabizbaja.

El taxista frena de manera brusca. Abro la puerta, me bajo del coche y me dirijo hacia el maletero. Un acto, *a priori* sencillo, que en mí despierta un nerviosismo irrefrenable. A las cinco y media de la tarde, la ciudad, como podréis imaginar, es todo menos amable. En este preciso instante logro ponerme en la piel de quienes quedan, de primeras, abrumados por este infinito y vertiginoso entramado de calles y avenidas, que parece tener la maquinaria perfecta para hacernos sentir minúsculos.

—¿Puede ayudarme con las maletas, por favor?

No hace falta contestación alguna por parte del conductor. Con su cara deja entrever que no va a realizar el más mínimo esfuerzo, así que solo me queda actuar. Bajo las maletas y, como puedo, las coloco sobre la acera. Mientras trato de ubicarme y ver qué dirección tomo, tengo que admitir que empiezo a estar más inquieta de la cuenta.

Resulta comprensible no saber cómo afrontar según qué tipo de situaciones, sobre todo cuando no son frecuentes y, además, te empujan a descubrir algunos aspectos de tu nueva vida. Intento tranquilizarme y ser consciente de la inmensa suerte que tengo al estar paseando por calles que, unos días atrás, solo podía mencionar en voz baja, como si fueran un sueño demasiado grande para que se convirtiera en realidad.

—De acuerdo… —me digo a mí misma en alto tratando de calmarme—, según el GPS, si giro a la derecha y luego, de nuevo, a la izquierda, me encontraré justo en la esquina con Aubergine Cafe.

Es el sitio donde he quedado con Fiorella y Conrad. En las fotos parecía una de esas cafeterías a las que toda chica sueña con acudir alguna vez, y no tanto por lo espectaculares que son por fuera, sino por lo que consiguen hacerte sentir por dentro. Sigo las indicaciones que me da la aplicación —hasta ahora, mi amiga más fiel en esta ciudad desconocida—, y no tardo en distinguir el coqueto cartel del lugar.

—¡Ahí está! —voceo con el corazón latiendo más rápido de lo normal. Por desquiciada que pueda parecer a quien me oiga, hablar conmigo misma me calma; siempre ha sido así y no parece que eso vaya a cambiar en mi nueva vida—. ¡Por fin! Apenas me lo creo.

Cruzo el paso de cebra casi corriendo, y me lanzo hacia la puerta sin mirar. La empujo con demasiada fuerza mientras intento arrastrar las maletas con la otra mano. Doy tres pasos dentro y, de pronto, veo pasar la escena a cámara lenta: la maleta de mayor tamaño de mi equipaje se tambalea, pierde el equilibrio… y cae justo sobre la mesa más cercana a la puerta de la cafetería. ¿Conocéis esa sensación de vergüenza intensa que te recorre de pies a cabeza?

Ese momento en el que el mundo parece detenerse y eres plenamente consciente de que hay al menos veinte personas mirándote como si fueras una atracción de circo. Pues eso. Así me siento yo en este instante.

El rojo de mis mejillas no deja de aumentar y las piernas empiezan a temblarme, algo que no debería estar pasándome, sobre todo cuando tengo que cargar con unas cincuenta bolsas y maletas. Genial. Absolutamente genial.

Mis padres siempre me han llamado Mrs. Bean, haciendo referencia al cómico hombrecillo, patoso y de pocas palabras al que todo le sale mal, y la verdad… no andan desencaminados. Ni siquiera me molesta que me comparen con él; todo lo contrario: es un apodo que me ha acompañado mientras crecía. De hecho, entiendo que es una parte esencial de mí, de mi personalidad torpe.

De repente, reconozco a dos de los rostros que se han girado a mirarme: son Conrad y Fiorella. Nada como causar una primera impresión… arrolladora.

2

Las llaves

BROOKE

—Parece que te conozco de siempre y ni siquiera hemos mantenido una conversación decente —le digo a Fiorella.

Me devuelve la mirada con sus ojos esmeralda llenos de curiosidad, como quien te da la razón sin necesidad de hablar. Tiene la tez clara y la melena rubia, con unas ondulaciones largas y marcadas que gritan personaje principal; las mías, en cambio, se quedan en un tono mocha profundo, discreto.

Siempre me ha parecido curioso cómo, en ocasiones especiales, conseguimos conectar de forma genuina con personas con las que nunca antes hemos cruzado caminos. En realidad, no conozco una manera mejor de relacionarse con los demás; mi personalidad intensa no me permite verlo de otro modo. O tal vez sea porque no se me da nada bien tratar con gente a la que sé que no me va a apetecer volver a llamar cuando me despida.

Conrad ha esperado a que llegase, me ha entregado las llaves del piso y se ha marchado sin intercambiar mucho más que un saludo

cordial. De eso hace ya un buen rato, pero Fiorella y yo seguimos en la misma mesa. Me siento a gusto, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo para conversar y conocernos.

—Entonces, Fiorella, ¿hace mucho que vives aquí? ¿Cómo llegaste? —pregunto intrigada.

—Va a hacer dos años ya. Soy de Florencia.

—¡Anda! Me encanta el italiano. Lo estudié en el colegio, quizá pueda practicarlo contigo.

—*Che piacevole sorpresa!* Claro, cuando quieras. El caso es que me instalé en Múnich hace cuatro años, a los veintiséis, para trabajar en AstraBio, una empresa de biotecnología espacial que se centra en la investigación. —Me quedo mirándola, atónita—. Básicamente, mi labor consiste en ver cómo se comportan ciertos organismos en condiciones espaciales.

—¡Guau! Qué interesante, ¿no?

—Sí, la verdad es que me encanta. A Nueva York vine gracias a un periodo de formación temporal. En un principio, tuve que trasladarme aquí para la celebración del congreso Euro-US Summit on Biotech in Space, pero terminé quedándome. Firmé un contrato, en teoría, por tres años. Aunque nunca se sabe —dice con entusiasmo—. ¿Y tú, Brooke? ¿A qué te dedicas?

—Soy periodista de moda. Crecí en Madrid y elegí mi isla favorita para comenzar de cero. Para los que adoramos esta industria, Nueva York es el punto de partida definitivo. O, al menos, es lo que espero que sea. Escribo para *Vogue* —le explico sujetando mi café con ambas manos. Y, aunque acabe de conocerla, algo me empuja a revelarle más de mí, algún aspecto íntimo. No sé si es por su manera de hablar conmigo, que me inspira confianza, o porque siento que

en esta nueva ciudad todavía no me conoce nadie que pueda juzgarme, pero, de todos modos, prosigo— y en mi blog anónimo, *Entre Sorbos*. En él hablo de moda, pero, sobre todo, de mi devoción por la filmografía de Ryan Blake. —Veo cómo Fiorella me mira, sin tener ni idea de quién es. Le sonrío—. Ya te contaré más sobre él viendo alguna de sus películas —le prometo.

—¡Pues claro! Me muero de ganas. —Su entusiasmo es contagioso.

Intercambiamos un par de anécdotas más antes de que Fiorella le pida la cuenta al camarero. Estoy a nada de conocer el que va a ser mi barrio en los próximos meses y, para variar, mis tripas están empezando a hacer de las suyas.

En cuanto salimos por la puerta de la cafetería, mi nueva compañera comienza a contarme cómo fue su primer día en la ciudad mientras me va mostrando lo más destacado de los lugares por los que vamos pasando. Debo admitir que las calles que recorremos me despiertan miedo y expectación a partes iguales. Recuerdo que tuve la misma sensación con mi antiguo apartamento de Madrid, ubicado en avenida de América. Un piso reformado, en una primera planta —una ventaja para quien no puede verse encerrada entre las cuatro paredes de un ascensor durante más de medio minuto— y con mucha luz, pero situado en una calle cuyas fachadas, al anochecer, transmiten un sentimiento muy distinto. Paredes grises a medio hacer, coches aparcados con aspecto de haber sido olvidados y un silencio sepulcral que daban pie a imaginarse la más terrorífica de las películas. Aunque tengo que admitir que, pasadas unas semanas, la primera impresión se

transformó y ese rincón de Madrid se convirtió en una de mis zonas preferidas de la capital.

Basta con ver a Fiorella caminar a paso lento para que me relaje. Quizá sea por la tranquilidad que parece desprender, o por su apariencia dulce, como de muñeca. Me fijo en su atuendo y no puedo evitar comentarle:

—Ahora que lo pienso, Fiorella, te favorece mucho el conjunto *double denim* en azul bebé que llevas. Siento auténtico furor por los sets de chaleco con botonadura dorada y microshorts de tiro alto. Y si, además, se elevan con pendientes maximalistas a lo Schiaparelli como los tuyos… ¡Me alucina el momento de accesorio *statement*!

—¡Ay! —Me mira, dándome las gracias con afecto—. Yo también. Aunque tú lo combinarías mejor con zapatos de tacón, ¿no? Seguro que es más tu estilo…

—No te creas, desde hace unos años soy incapaz de bajarme de las zapatillas en mi día a día. Además, creo que debería atreverme con el *animal print* como tú… —confieso.

—Bueno…, siempre se ha dicho que no es un estampado para todo el mundo. Puedes probar a incorporarlo a tu look a través de algún complemento sutil… ¡En pequeñas dosis, Brooke! Tú eres la experta —afirma Fiorella buscando mi complicidad.

—Por lo que veo, a ti tampoco se te da nada mal, ¿eh? ¡Oye! —me doy cuenta de que he conseguido relajarme y estoy empezando a disfrutar del paseo—, presiento que este barrio tiene muchísima personalidad, ¿me equivoco? —pregunto observadora.

—No te equivocas, no —contesta mirándome con cierta ternura—. Ya lo irás descubriendo. Cada rincón que ves forma parte del encanto de Sunnyside, aunque, *a priori*, no te lo parezca. Cada uno

de ellos guarda su propia historia —añade justo antes de soltar un suspiro cargado de intención—. ¡Y la zona está llena de locales increíbles!

Entonces, Fiorella se detiene y sonríe, y señala lo que sospecho que es uno de los establecimientos a los que acaba de referirse.

—¡Mira! Esa es The Quiet Cup, mi cafetería preferida.

Le brillan los ojos al decirlo. Me gusta la gente que se emociona. Esas personas que, aunque hablen de las pequeñas cosas, lo hacen con una ilusión tremenda. Como si sentirse vivo por ellas valiera la pena. Y, aunque suene ingenuo, creo que sí la vale. Por eso me encanta admirar a quien valora lo minúsculo con la misma intensidad con la que lo aprecio yo.

—Los dueños también tienen la lavandería más conocida del barrio. Son los padres de una amiga. Ella es quien lleva la cafetería, que seguro que te inspira para escribir nuevos relatos en tu blog. De hecho, yo aquí he tenido las mejores citas de mi vida —dice riendo un poco—. Y, por supuesto, como no podía ser de otra manera, las decepciones más traumáticas. Aunque bueno…, esas mejor ni mencionarlas.

—¿Quién es el capullo? Porque sí, aunque ni siquiera sepa quién es, sé que lo es —suelto sin pensar demasiado.

—«Capulla», diríamos entonces —se sincera manteniéndome la mirada—. Pero tampoco fue solo culpa suya. —Hace una pausa breve—. ¿Sabes esas relaciones que deseas con todas tus fuerzas que salgan bien y, aun así, no lo hacen? Pues eso. Con el tiempo creo que he llegado a entender lo que pasó, que es muy distinto a lo que pensé que estaba ocurriendo en aquel momento.

Se recoge el pelo con las manos, como si necesitara respirar mejor para seguir.

—Ella simplemente no estaba preparada para sentir lo que estaba sintiendo. Y su entorno, por aquel entonces, pesó más que sus propios sentimientos. Es lo que puede suceder cuando algo te pilla desprevenida…, que, por no saber gestionarlo, lo dejas escapar. Y, en esas ocasiones —hace un gesto con la mano, como diciendo que no hay nada que esperar—, es absurdo buscar culpables.

Le dedico una mirada cómplice que la anima a continuar.

—Creo que siempre habrá una parte de mí que se pregunte qué habría pasado si un día no hubiese dejado de hablarme sin más… Si se hubiera atrevido a ir contra todos los que no querían vernos juntas. Llevo año y medio sin tener noticias de ella. ¿Y sabes qué es lo peor? —Me clava los ojos y sonríe con tristeza, pero de pronto parece contenerse—. Bueno…, mejor seguimos otro día, no quiero amargarte tu bienvenida a Nueva York con mis historias.

Antes de que pueda añadir algo, Fiorella levanta la vista hacia las escaleras de casa. El poco sol que queda está empezando a esconderse, y la suave brisa consigue erizarme la piel. No voy a olvidar lo que me ha contado, pero puedo esperar un poco a saber el resto de la historia. Ahora es momento de conocer, por fin, mi nuevo hogar. Y también de poner un poco de orden en mi cabeza.

—Por cierto —deja caer—, ya sé que oficialmente el piso es para las dos, pero te advierto que en ocasiones tendremos a un tercer compañero… De hecho, me parece que podrás conocerlo hoy mismo.

—¿Un tercer compañero? —La miro desconcertada sin entender muy bien a qué demonios se refiere. Conrad no me ha informado de

esto, y que yo recuerde el piso solo tiene dos habitaciones.

—Sí, es… Bueno, es Thomas. Mi amigo y compañero de profesión, aunque yo lo llamo el caos andante. Trabajamos en la misma empresa; él lo hace desde su casa, en Liverpool, aunque de vez en cuando viene para asistir a alguna conferencia y se aloja conmigo. No te preocupes, no es peligroso…, solo es un desastre ambulante.

—¿Un desastre ambulante? ¿Qué quieres decir con eso?

—Imagina que convives con alguien que convierte el comedor en su propio laboratorio a todas horas. El piso es el lugar donde sus ideas cobran vida…, pero él no es capaz ni de recoger los platos. Y eso sin hablar de los vasos: usa más en un solo día de los que una persona normal podría llegar a necesitar en una semana entera. Es un torbellino absoluto, imposible de detener. Aun así —hace una pausa, y sus hoyuelos aparecen como si se le escapara una confesión—, hay algo en él que te atrapa. Tiene esa extraña habilidad de convertirse en un oasis de calma en medio del caos que él mismo crea, de ser ese alguien que te recuerda que no todo está perdido, incluso cuando el mundo parece estar dando vueltas en la dirección equivocada.

Hay algo en su tono que me hace intuir que Thomas no es solo un compañero más, sino alguien muy especial para ella. No sé por qué, pero decido fiarme de su criterio. Quiero conocer al caos andante.

—Bueno, creo que no puedo esperar más para verlo —digo mientras subimos las escaleras del edificio, bajo, de ladrillo oscuro, uno más entre los bloques de Sunnyside, con ventanas amplias y una entrada discreta en zona arbolada. Aunque no lo pronuncie en voz alta, me temo que alguien tan impredecible como parece ser

Thomas no encaja con mi incontenible manía de controlarlo todo. Un caos dentro de mi zona cero. Qué maravilla.

Puede que eso sea justo lo que necesito: algo que me saque de la rutina que he llevado hasta ahora y me permita despegar en el país de mis sueños. ¿No dicen que para lograr nuevos resultados hay que atreverse a tomar caminos desconocidos? ¡Allá voy!

—Si consigues sobrevivir a Thomas, sobrevivirás a cualquier cosa —bromea Fio.

—Eso espero. —Sonrío sin poder evitarlo.

Al abrir la puerta y cruzar el umbral del que será mi hogar de aquí en adelante, una peculiar mezcla de olores me recibe. La luz menguante se filtra a través de las cortinas del salón, dibujando sombras sobre un suelo cubierto de libros esparcidos aquí y allá, tazas vacías y un montón de ropa que parece haberse caído desde un sillón que apenas se sostiene en pie. A mi izquierda, un par de zapatos descansan como si hubieran sido abandonados allí tras un día más pesado de lo deseado.

—¿Thomas? —lo llama Fiorella alzando la voz hacia el pasillo.

Unos segundos después, se oye un ruido metálico, seguido de un bufido y unos pasos acelerados. Entonces aparece él: un hombre bastante más alto que yo —aunque eso no es algo difícil si tenemos en cuenta que rozo el uno sesenta de estatura—, de unos treinta y tantos, con rizos cobrizos despeinados, una bata blanca —que apenas contrasta con su piel— bajo un delantal atado de cualquier manera y un gran cucharón en la mano. Tiene la expresión de quien ha sido pillado en medio de un experimento culinario de dudoso resultado.

—¡Ah! No sabía que habíais llegado —dice con media sonrisa y una naturalidad desconcertante.

—Brooke, te presento a Thomas. —Fiorella apenas puede contener la risa—. Thomas, Brooke. Más te vale no asustarla demasiado, acaba de aterrizar en la ciudad.

—¡Bienvenida! —anuncia Thomas, aunque ignora olímpicamente su petición—. Llegas en el momento justo para hacer de conejillo de Indias. He estado probando una nueva receta.

No me da tiempo ni a abrir la boca. Estoy demasiado ocupada observando sus calcetines largos, estampados con fórmulas matemáticas, cuando de pronto me enchufa la cuchara en la boca sin previo aviso.

El sabor es… indescriptible.

—Sorprendente, ¿no es cierto? —dice abriendo mucho los ojos. Hago un esfuerzo por sonreírle, todavía sin poder identificar qué es lo que estoy comiendo—. He descubierto que si combinas yogur con bicarbonato de sodio, se libera una dosis medible de CO_2 comestible, que queda atrapado en forma de… ¡*pancakes* volcánicos de bicarbonato!

Thomas me mira fijamente, expectante, e intuyo que mi expresión debe de estar delatando mi absoluto desconcierto, porque Fio interviene para socorrerme.

—Vamos, déjala respirar, que acaba de llegar. Ya habrá tiempo para tus degustaciones.

Sobre la mesa de centro reposa un aparato futurista que no consigo reconocer. Cada rincón de este lugar parece contar historias a medio hacer y, de alguna forma, siento que ya formo parte de ellas.

3

Zona 0

BROOKE

Lo malo de romper con algo es que hay una parte de ti misma que nunca vuelve a ser igual. Y, aun así, tienes que seguir avanzando, ya no por la persona que eres en el presente, sino por la que pretendes llegar a ser en el futuro. Cada paso que das es por y para ella.

—¡Brooke, ven! —me llama Fiorella desde el salón—. Coge las dos copas de vino que hay encima del mármol de la cocina y siéntate con nosotros.

Llevo aquí unos minutos y apenas he podido ver el piso. Está reformado y es amplio, con grandes ventanales en el salón: un espacio abierto en tonos grises y madera clara que integra la cocina, delimitada únicamente por un marco rectangular. Y bajo una de las ventanas, un sofá color terracota que rompe con el parquet.

No sé cómo Fiorella pretende que llegue hasta ellos; no os miento si os digo que he pisado pocos pisos más desordenados que este y, bueno, ya podéis imaginarlo, también hay pocas cosas que me pongan tan nerviosa… Pero estoy intentando ser la nueva yo. Y a la

nueva yo no le asustan los cambios ni ningún espacio lleno de trastos. O de eso intento convencerme mientras avanzo a trompicones con las copas en las manos.

—Tengo que preguntarlo: ¿qué es esto? —Señalo la mesa central, donde descansa el extraño aparato que todavía no he logrado identificar.

—Forma parte de un experimento en el que trabajamos en conjunto Thomas y yo. Es una caja acrílica con luz led, sensores de humedad y temperatura y pequeñas plantas creciendo en condiciones muy medidas —explica indicándome la estructura—. Ya te contaré para qué sirve, pero ahora tengo algo muy fuerte que anunciaros.

Thomas y yo la observamos en silencio, expectantes.

—Me han seleccionado, entre casi veintitrés mil candidatos, como astronauta de reserva de la Agencia Espacial Europea. ¡Acabo de recibir el mail de confirmación!

La miro perpleja, no me lo puedo creer.

—¿Perdona? —dice Thomas pestañeando incrédulo.

—¡Espera, espera! ¿Cómo que astronauta? —curioseo—. ¡Antes no me has contado nada de esto!

Vuelvo a ver la emoción en los ojos de Fio. Parece que todo su cuerpo vibre de felicidad.

—Sí —dice con el rostro iluminado por la ilusión—. Llevo años preparándome para ello. Seré la segunda mujer italiana en llegar tan lejos. ¿Sabíais que, hasta ahora, solo Samantha Cristoforetti ha estado en el espacio? Una, en toda nuestra historia. No quería adelantar nada hasta estar segura de conseguirlo.

Sus ojos brillan, pero su voz se vuelve firme.

—Y si todo va bien…, formaré parte de una de las primeras misiones tripuladas mayoritariamente por mujeres. No es solo mi sueño: es una deuda pendiente.

Por la expresión que pone Thomas, presiento que algo no va del todo bien. El ambiente en la sala parece enrarecerse. El amigo de Fio se cruza de brazos y no duda en soltar la mayor de las sandeces:

—¡Vaya! Qué curioso… Años hablando de elegir a los mejores candidatos y ahora, por lo visto, lo importante es que sean mujeres.

Estoy a punto de saltar, pero veo que Fio no duda en ponerlo en su sitio.

—No. Lo importante es que durante décadas los mejores candidatos también fueron mujeres, pero las estadísticas nunca lo reflejaron. Ahora solo estamos equilibrando la balanza.

—Claro, claro. Igualdad… hasta que ya no os conviene —asegura Thomas resoplando.

—Thomas, ¿de verdad quieres seguir por ese camino cuando podrías estar celebrando que vas a vivir con una astronauta? —intervengo antes de que la tensión aumente.

—Con un poco de suerte, en unos años podré saludarte desde el espacio —cuenta Fio mirando a Thomas con media sonrisa.

—Bueno…, supongo que eso sí que sería impresionante… —cede él con un encogimiento de hombros.

—Entonces ¡por la futura Fio en órbita! —Lanzo un brindis para aliviar el ambiente. Me encantará verla lograrlo. Lo poco que sé de ella me hace pensar que puede dejar esa huella que tanto anhela en el mundo.

—¡Por el futuro! —responde Fio mientras choca su copa con la mía. Aunque termina obviando la actitud de su amigo, durante unos

segundos le sostiene la mirada, desafiante.

—Fio, necesito ir a comprar un par de cosas para poner en orden mi habitación y prefiero amanecer con ellas. ¿Te vienes? —dejo caer, cambiando de tema por completo.

—¡Claro! Espera, me calzo y bajamos a por ellas.

En cuanto salimos por la puerta, estallo:

—¿Cómo aguantas a Thomas cada día? No quiero juzgar antes de tiempo, pero me saca de quicio cuando alguien dice lo primero que se le pasa por la cabeza sin pensar —me quejo exasperada.

—Desarrollé la habilidad de ignorarlo cuando le da uno de sus arranques —sonríe ella—. Terminas por acostumbrarte.

—Voy a necesitar un arsenal de paciencia —le aseguro—. Pero ahora mismo lo único que necesito es salir un rato de aquí. Creo que lo primero que haré será buscar una vela con aroma a «tranquilidad y cero discusiones».

—Te enseñaré el recorrido que suelo seguir cuando necesito que esta ciudad se silencie por unos minutos.

Al principio dudo que en una ciudad siempre en movimiento exista ese silencio que Fio me promete, pero resulta que tiene razón. Nueva York puede ser desafiante en muchos sentidos, pero mientras camino junto a mi nueva amiga descubro que en ese continuo ir y venir de gente, sonidos y acontecimientos hay algo que me da paz, como si me estuviera convirtiendo en un pequeño engranaje más de esta isla, de este mágico lugar que nunca duerme.

4

Las vías del tren

BROOKE

De Ralph Lauren aprendí el verdadero significado de *hygge*, ese término que nos invita a crear, de forma consciente, una atmósfera acogedora en el hogar. Aunque es cierto que el invierno es la estación que con mayor facilidad nos impulsa a sumergirnos en un espacio tan confortable como delicado —encendiendo nuestra vela favorita y arropándonos con esa mantita que parece tener el poder de hacer desaparecer los problemas del mundo exterior—, para mí, el *hygge* es, en realidad, un estilo de vida. Un arte que procuro aplicar también durante los meses más cálidos del año.

Con el tiempo, he comprobado que, pese a los altibajos que todos enfrentamos, es fundamental atrevernos a romantizar lo que nos rodea. Cuidarnos con pequeños gestos: empezar el día con ese café de tueste artesanal recién comprado, escuchar la *playlist* que nos enviaron para hacernos sentir un poco más en casa, o, en mi caso, abrir las ventanas cuando escribo en mi blog. Nada me gusta más

que notar la leve brisa mientras dejo que me arrolle el sonido de las teclas.

Me acabo de despertar y he decidido que hoy voy a publicar una nueva entrada en el blog, sin duda una de las más especiales: la primera desde que estoy en Nueva York. Pero antes, como cada mañana, necesito consumir mi elixir matutino favorito.

Me dirijo a la cocina y recorro con la vista este espacio al que ya he empezado a llamar hogar. No puedo esperar para estrenar la cafetera rosa con la que llevaba años soñando —una de mis primeras compras en la ciudad— ni la taza que me regaló Fio ayer. Me detengo y apoyo la espalda contra el marco que separa el salón de la cocina, agradecida del silencio que me concede el haber amanecido la primera. El zumbido de la Smeg llena las cuatro paredes. Cierro los ojos y me envuelve una sinfonía de notas dulces y afrutadas, un sutil toque de canela y un leve matiz floral que, aunque sea por un instante, me hacen sentir ya en casa.

Con esa misma sensación, abro el portátil y comienzo a volcar mis pensamientos bajo el título de «Las luces y sombras de Ryan Blake».

Ryan Blake es el genio que se ha apoderado por completo de mi mente y, poco a poco, también de cada una de mis publicaciones.

Ojalá me diera igual.

Ojalá me gustara menos.

Y ojalá no me hiciera sonreír, como un caso perdido, con cada uno de sus estrenos.

Un año atrás, no me habría creído que llegaría el día en que escribiría estas palabras. Jamás imaginé que Ryan Blake —el hombre

que me hizo devorar cine *indie* con solo sentir su mirada detrás de la cámara— pudiera decepcionarme.

Pero aquí me encuentro, con el café encajado en el hueco entre el sofá y yo, y el sonido de Nueva York filtrándose por la ventana. Intento reconciliar lo que siento con lo que sé.

Ryan Blake es hoy la sensación silenciosa de Hollywood. Lo tiene todo, empezando por una filmografía impecable que te invita a adentrarte en una Nueva York que refleja el interior de cada uno de sus transeúntes. Una visión única que acerca al público a la soledad que experimentan los personajes en medio de la multitud y que profundiza como ninguna otra en la búsqueda de identidad. Blake da voz a los barrios periféricos de la ciudad; los encuentros de las figuras principales en sus obras son fugaces y nos sitúan en ese punto preciso donde lo viejo y lo nuevo conviven.

Durante años, escribí sobre él con un fervor que no me importaba admitir. Pero ya no. He puesto fin a esa devoción. Ryan Blake era mi absoluta debilidad, mi inspiración, mi director predilecto. Hasta que habló.

Hasta que abrió la boca y dejó claro que, por mucho que brille detrás de la pantalla, no es más que otro hombre que, en definitiva, no ha entendido nada.

El pasado mes de junio, coincidiendo con mi llegada a la isla, Manhattan acogió el Festival de Cine de Tribeca, uno de los epicentros clave para los cineastas y los amantes del cine independiente. Y un escenario, en principio, enfocado a la visibilidad de nuevas voces y formatos que acabó siendo testigo de una de sus mayores meteduras de pata. Un periodista, situado en uno de los extremos de la *press line*, le preguntó su opinión sobre la clara

tendencia en Hollywood a presentar protagonistas femeninas como mujeres fuertes e independientes. A él, que apenas suele dejarse ver en este tipo de acontecimientos, no se le ocurrió nada mejor que responder con un rotundo: «Las mujeres en el cine deberían preocuparse menos por demostrar que son fuertes y más por interpretar buenos personajes».

Menudo gilipollas. Lo dijo sin un ápice de duda, con una seguridad insultante. Como si las mujeres en la industria llevaran décadas entretenidas con algo sin importancia. Como si las historias que quieren contar carecieran de valor.

Recuerdo el instante en el que escuché esa declaración. Estaba en una cafetería, hojeando una revista de moda mientras mi café con leche se enfriaba cuando, de pronto, salió en la pantalla de un televisor colgado en la pared. Era una de las pocas apariciones que hacía en público, pues es muy celoso de su intimidad. Vestía su chupa de cuero de la suerte, desafiando el calor y el sentido común, unas gafas de sol que le cubrían medio rostro y una gorra que terminaba de asegurarse de que su aspecto quedaba oculto casi por completo.

Al oírlo se me heló la sangre. Sentí una punzada en el estómago que, desde entonces, no he podido sacarme de encima. Deseé que se tratara de un malentendido o un corte de edición. Pero no: era su opinión. Y, sobre todo, mi gran decepción.

Así que aquí estoy, escribiendo sobre él como tantas veces…, aunque en esta ocasión desde una posición radicalmente distinta. Ni siento admiración ni rabia: solo la herida que me infligieron sus palabras. Lo peor es que no dejo de escribir. Sigo dedicándole mis

líneas —lo más íntimo que puedo ofrecer— porque, por mucho que me duela, su arte continúa siendo el mejor que he visto nunca.

Mi devoción por él roza lo religioso: si Ryan Blake filma, yo examino cada plano; si estrena, me convierto en jurado y fan al mismo tiempo; si se lanza a experimentar como un loco, tampoco me lo pierdo. Y si se comporta como un auténtico payaso, lo mismo.

Con la intención de despejar la cabeza y relacionarme con gente —algo que mi trabajo freelance en casa no me permite demasiado—, cruzo la puerta del piso para no saltarme la hora de gimnasio con la que me he propuesto cumplir religiosamente. Antes, me enfundo en el conjunto que me envió el equipo de prensa de Alo Yoga, una de esas firmas de ensueño para hacer deporte yendo monísima, y que aún no había estrenado: un *matching set* que evoca los años noventa, formado por un top de tirantes y un short con cordón en rosa empolvado y ribete blanco a contraste. Llevo poco tiempo y, de hecho, sigo sintiéndome fuera de lugar entre tantas máquinas y tantos cuerpos fibrados, pero desde hace un par de semanas el gimnasio de la avenida principal de Sunnyside se ha convertido en un refugio, y me regala un momento único para despejar la cabeza en mi propio rincón de paz.

Tras una sesión tan agotadora como satisfactoria, me dirijo a la cafetería favorita de Fio: el lugar en el que se enamoró por primera vez… y donde le rompieron el corazón. Se trata de un establecimiento con paredes casi enteras de cristal y olor a café recién molido que ocupa una esquina tranquila del barrio. Desde aquí veo los bancos del parque y no puedo evitar soñar con las vidas ajenas: ¿en quién pensarán? ¿A quién echarán de menos? ¿Cuándo

se les terminará ese contrato de trabajo por el que tanto han peleado? ¿Cuál será su próximo gran paso?

Son preguntas para las que probablemente nunca tendré respuesta, pero esa incertidumbre es mi inspiración. Fiel a mi profesión, intento descifrar las personalidades y trayectorias de quienes me rodean a partir de los estilismos que llevan. Las piezas de ropa dicen mucho más de lo que parece: revelan estados de ánimo, intenciones e, incluso, contradicciones. Un traje de grandes dimensiones puede esconder inseguridades; unas zapatillas gastadas pueden hablar de la agenda ajetreada de quien las luce; un diseño de aires minimalistas puede gritar necesidad de control. A veces, basta un detalle —un broche, una costura torcida o un hilo suelto— para contar una historia entera.

Así, observo, recojo impresiones y las transformo en palabras. Me adueño de esos mundos interiores y, en silencio, los moldeo para dar vida a mis artículos.

Ser periodista de moda no es solo hablar de tendencias, tejidos o siluetas. O, por lo menos, no es el tipo de periodista que yo quiero ser. Es leer entre líneas, contar historias. Descubrir qué motiva un gesto, por qué alguien elige un tono vibrante en lugar de uno neutro, o qué hay detrás de remangarse hasta el hartazgo. Cada elección tiene una razón de ser, y yo quiero descubrir qué es lo que mueve a las personas a tomar las suyas. Aunque no puedo mentirme a mí misma: lo que realmente me gustaría, aparte de seguir creciendo en esta industria como redactora, es vivir de lo que escribo para mí, de mi pequeño secreto.

Por suerte, el tiempo sabe colocarte donde debes estar. Desde que tomé la decisión de venir a esta ciudad ya no busco respuestas

fáciles ni repito las mismas preguntas. Solo soy yo, sentada frente a mi café, mientras las aspas del reloj giran implacables llevándome cada vez más lejos de quien fui.

18 de julio de 2024

¡He vuelto, Espresso Society!

En nada hará dos meses que aterricé en Nueva York, y no puedo estar más feliz. Fio me acogió de maravilla y a Thomas, aunque al principio me costó, le estoy cogiendo más cariño del que esperaba. Viene y va del piso, pero así es él, un culo inquieto.

Con el trabajo también estoy contenta, pese a que sigo en busca de nuevas colaboraciones. ¡Ya os podéis imaginar la increíble competencia que hay aquí! Aun así, no me preocupa: sé que, tarde o temprano, llegará mi gran oportunidad.

Ahora que ya os he hecho una pequeña actualización sobre cómo avanza mi nueva vida, vayamos a lo importante de la entrada de hoy: Ryan Blake. Sé que no es ninguna sorpresa, pero ha ocurrido algo que necesito compartir con vosotros. Además, estoy segura de que más de uno me entenderá.

Para quienes me seguís desde hace poco, me enamoré de su manera de hacer cine cuando estrenó *Unscripted*, su primera película. Yo tenía apenas catorce años y él, no más de veinte, pero su talento ya despuntaba. Aquella producción fue la primera que me enseñó a ver Nueva York como un espejo emocional: una ciudad que vibra al son de la gente que la habita. Y me pareció maravilloso.

Unscripted acercó al público la manera de ver el mundo de Ryan Blake, siempre atento a los gestos aparentemente sin importancia, a los silencios cargados de significado. Un cinéfilo sediento, con ganas de encontrar la verdad, alejándose de la fama. Desde la primera vez que noté su desbordante personalidad tras la pantalla, todo lo demás se apagó.

Me demostró que el arte, en realidad, revela la vulnerabilidad del artista: detrás de cada obra aparece el hombre que duda, que teme, que desea, que se refugia en su creación para comunicar lo que no sabe decir de otro modo. Y, por si fuera poco, estaba su inteligencia emocional: era capaz de traspasar la cámara y poner voz a mis sentimientos sin siquiera conocerme.

Pues bien… Esa admiración no ha podido caer más en picado. Desde que Ryan Blake soltó su desafortunado comentario sobre el papel de las mujeres en la industria, durante el Festival de Cine de Tribeca, no puedo verlo con los mismos ojos. Es como si todo lo construido se hubiera esfumado de un día para otro. Supongo que es lo que sucede cuando te decepciona quien menos esperabas, ¿no creéis?

Entre Sorbos

5

Madrid

BROOKE

Ernest Hemingway dijo una vez que Madrid rebosa tanta literatura, poesía y música por sus cuatro costados que ella misma es un personaje literario.

Recuerdo la primera vez que vi *Medianoche en París*. Algo se encendió en mí, como si Gil Pender hubiera pronunciado en voz alta lo que llevaba años pensando: esa nostalgia por tiempos que no vivimos, ese anhelo de otra vida, de otra versión de uno mismo.

Cuando me mudé de Las Rozas a una residencia estudiantil del barrio de Justicia para cursar bachillerato, creí —como él— que ese cambio de rutina me abriría la puerta a la vida idealizada que siempre había soñado. Una vida mejor. Una vida más mía. Y durante un tiempo lo fue. Con creces. Un nuevo rumbo que me regaló, desde el primer momento, lo que no había encontrado antes: el espacio para descubrirme y reconstruirme. Para mí, sigue siendo el mejor obsequio a cualquier edad.

Pero, como suele ocurrir, la burbuja en la que vivía terminó por estallar y las calles que antes me ilusionaban empezaron a pesarme demasiado.

Esa etapa supuso infinidad de cosas para mí: el periodo que me enseñó a vivir sola sin sentirme sola, el escenario de mis pequeñas costumbres y la forja de mi familia elegida. Fue, además, el lugar en el que, por primera vez, comprendí el verdadero significado de *Unscripted*, de Ryan Blake, que tiñó mi percepción de cada cara, cada esquina y cada atardecer sobre los tejados de Justicia. Fantasear era gratis… y fácil en mi antigua ciudad. La soledad dejó de ser enemiga: se volvió hábito, aliada y refugio, y aún la echo de menos.

Lo que no resultó tan sencillo fue entender que también allí, entre todo lo bueno, alguien conseguiría hacerme pedazos. Incluso hoy, todavía da vueltas en mi cabeza la misma pregunta: ¿es por él que sigue costándome tanto entregarme?

Este pensamiento me ha acompañado durante años más de lo que me habría gustado, como una gota de agua que corre lenta por el cristal y deja tras de sí una huella permanente. No importa cuánto lo analice, no encuentro una explicación que me satisfaga por completo.

Una de las típicas ardillas pelirrojas de los parques de Nueva York cruza correteando por delante de mí y me devuelve a la realidad. Hoy he decidido tomarme el día libre. He dejado el ordenador y los correos sin responder, he cerrado la puerta del piso y me he dirigido a Gardens Park, ese rincón de Sunnyside que Fio y Thomas me presentaron hace unas semanas como un oasis de silencio en pleno

bullicio neoyorquino. Sin duda alguna, es lo más parecido a un jardín secreto.

Llevo en la mano mi termo favorito, que ahora desprende un delicioso olor a café recién hecho. Nada más entrar en el recinto me he dispuesto a buscar el sitio ideal: un roble antiguo cuya copa de follaje frondoso proyecta un mosaico de luz y sombra sobre la hierba. Despliego el mantel que le he pedido prestado a Fio y me siento con la espalda apoyada en el tronco y las piernas cruzadas. Aspiro hondo con la intención de pasar un rato disfrutando del sol y la brisa.

Pero entonces, un sonado chapoteo rompe la calma. Dos niños se salpican el uno al otro, pisoteando el agua que ha quedado estancada tras la última lluvia en el camino de adoquines que atraviesa el parque. Al oírlo, algo en mi interior se agita y una imagen se desliza otra vez por mi memoria. El olor a tierra mojada me lleva de vuelta a él.

Tenía dieciséis años. Tras terminar la última clase del primer día, salimos a la calle. Acabábamos de conocernos, pero yo ya intuía que ese pequeño grupo, formado por dos chicos y dos chicas, iba a convertirse en algo muy importante para mí. Eran Clara, Judith, Alex y Pol y, aunque todavía no lo sabíamos, llegaríamos a ser nosotros contra el mundo.

Desde el primer segundo noté que los ojos de Pol brillaban de otro modo.

Con la intención de calmar el calor que apretaba a las tres de la tarde, nos acercamos al parque más próximo para la clásica batalla de agua. El sol caía a plomo sobre nuestros hombros, así que todos agradecimos el efecto refrescante de las gotas frías salpicando

nuestra piel. Cada vez que alzaba la vista, la mirada de Pol me encontraba y los demás se desvanecían. No necesitábamos articular palabra. Sentía que lo conocía de siempre, como si nuestras almas hubiesen coincidido mucho antes de hacerlo nosotros. Fue un impulso puro, sin tiempo para el miedo ni para la lógica, como lanzarse al vacío y esperar que el viento te sostenga.

Me rendí a ese momento, dejándome empapar por completo. Si hubiera sabido el final, quizá no me habría lanzado… Pero si supiéramos desde el principio cómo acaba todo, nunca nos atreveríamos a saltar. Puede que eso sea lo más bonito de la primera vez que nos enamoramos.

Un simple juego de niños hizo que algo cambiara dentro de nosotros. A partir de entonces, y durante los siguientes dos años, fuimos acercándonos cada vez más: a sentarnos juntos en el aula, a compartir recreos, a celebrar fiestas en grupo en nuestras respectivas casas, a experimentar las primeras salidas a discotecas como los dos adolescentes que éramos.

Con el tiempo, lo que comenzó siendo una amistad inocente se transformó en algo más. Nuestra relación tardó unos pocos meses en formalizarse. Todo era nuevo, urgente, torpe y emocionante a la vez. Recuerdo las primeras risas que terminaban en ataques de vergüenza, las miradas que se alargaban demasiado sin saber por qué, los paseos interminables en los que ninguno se atrevía a dar el primer paso. Al fin, el tan esperado beso llegó una tarde cualquiera, casi sin pensarlo, con el nerviosismo de dos personas que no saben bien ni qué hacer con las manos. Luego vinieron las caricias tímidas, los mensajes a escondidas, las promesas que solo pueden hacerse a esa edad, cuando uno cree que todo durará para siempre.

Entonces llegó el segundo curso y, cuando quedaba apenas un mes para terminar, todo cambió: tras pasarse unas semanas distante, como ausente, me confesó que no había superado a su exnovia. Sara, una chica de su barrio con la que había crecido, su primer amor de la infancia. Tenían demasiadas idas y venidas, de aquellas que solo los más jóvenes entienden, hasta que, poco a poco, la relación se fue diluyendo y cada uno siguió su camino.

Aun así, decía que no se veía con fuerzas para continuar conmigo; que, por más que lo intentara, seguía anclado a aquello. Y, desde aquel día, dejó de hablarme. No hubo explicaciones ni más miradas en los pasillos: solo silencio y frialdad dentro del instituto, como si lo nuestro nunca hubiera existido.

Ahí fue cuando todo empezó a encajar. Era verdad que en más de una ocasión me había hablado de ella, aunque nunca le di demasiada importancia. Incluso me había enseñado algunas fotos de cuando eran pequeños: cenas familiares, cumpleaños, reuniones de verano entre vecinos que se habían hecho amigos de tanto coincidir en los locales del barrio. Bajita, rubia, de ojos claros… Todo lo que yo no tenía. En su momento lo vi como una simple amistad de infancia, nada más. Pero, al saberlo, entendí que no me lo había contado todo y que, en el fondo, parte de él nunca había dejado de pertenecerle.

No volví a ser la misma. Con él aprendí, a golpes de incertidumbre, lo que significa entregarte a alguien que aún carga con su pasado, o que no está dispuesto a dejarlo atrás. Me prometía amor, pero vivía mirando hacia otra persona. «Te quiero», decía. Y yo terminé descubriendo que esas palabras podían ser tan frágiles como el cristal.

Incluso ahora, a miles de kilómetros de él, a salvo en la isla que se ha convertido en mi refugio, me debato en la duda constante: ¿me quiso alguna vez, en lo más profundo, tanto como yo lo amé?

Una ráfaga de aire fresco me devuelve al presente, sacudiendo mis cavilaciones. De vuelta en el piso, dejo caer las llaves sobre la cama y enciendo la luz tenue de la mesilla de noche. Saco una caja desgastada del fondo del armario y, al abrirla, mis dedos tiemblan al tocar un puñado de fotos antiguas: mi yo adolescente, y él, a mi lado. Un nudo en el pecho me impide tragar saliva. Ahí lo sé: hay algunos fantasmas que parece que nunca se van a ir por completo. Esa fue la primera vez que Pol me rompió el corazón. No sabía que vendrían muchas más.

6

Reliquias

BROOKE

Cuando he abierto los ojos esta mañana, todavía arrastraba el nubarrón de melancolía de ayer. No hay peor sensación que ese vacío que te invade al recordar una etapa de tu vida que, aunque fue bonita en su conjunto, terminó dejándote un poso amargo. Sumida en mis pensamientos, apenas me he dado cuenta de que ha salido el sol.

Llevo casi dos horas sentada en la cama, con el ordenador sobre las piernas, avanzando en un reportaje sobre cómo las nuevas generaciones están transformando el consumo de moda haciendo que la ropa de segunda mano conquiste los vestidores.

¿Existe algo mejor que invertir en una reliquia de tu firma favorita mientras contribuyes a aminorar el consumismo excesivo? Además, se trata de artículos únicos y limitados, con una rareza e historia que hacen que, en muchas ocasiones, sean de valor incalculable.

Imaginaos: salís a pasear una mañana de sábado y decidís ir en busca de esa tienda *vintage* de la que todo el mundo habla. Nada

más entrar en el afamado local, dais con una gabardina de Burberry por un precio irrisorio. Ya os lo digo: vais a sentiros las más afortunadas al tener en vuestras manos una de las confecciones más atemporales que existen; una prenda que, aun con pequeñas actualizaciones, regresa a nuestros armarios cada año.

Aunque siento un furor absoluto por investigar los modelos de negocio emergentes que mueven la industria, esta vez el escrito es, en realidad, una petición de *Women's Wear Daily*, otro medio de comunicación para el que miles de chicas desearían trabajar. Al despertar, he visto un correo en la bandeja de entrada que no había abierto todavía, y me ha levantado el ánimo de golpe. Eran ellos.

Asunto: Colaboración freelance - WWD

Hola, Brooke:

¿Qué tal? Soy Oliver Hayes, de *Women's Wear Daily*. Me ha pasado tu contacto Carlota Sinclair-James.

Te escribo para trasladarte nuestro interés en contar contigo como colaboradora freelance en la sección de «Tendencias», centrada en el mercado americano. A Alice Cooper, nuestra coordinadora editorial, y a mí nos gustaría que comenzaras a trabajar en un reportaje sobre el auge de las tiendas *vintage*, con el objetivo de analizar tu estilo. Será mi compañera quien te facilite las condiciones generales y resuelva cualquier duda. Si pudieras tenerlo listo en el plazo de una semana, sería genial.

Quedo pendiente de cualquier cosa que necesites. Seguimos en contacto,

O. H.

No puedo imaginar un comienzo mejor. Hace menos de dos meses que llegué a Queens y ya he recibido mi primera oferta de trabajo,

que no solo me ilusiona, sino que también me ayudará a andar algo más desahogada con los gastos. Carlota Sinclair-James, redactora jefa en *Vogue España*, ha sido mi superior desde que entré en la empresa, y, si no fuera por ella, probablemente no estaría aquí. Para preparar la prueba lo mejor posible, le he pedido a Fio que me acompañe a recorrer las tiendas de segunda mano más icónicas de Manhattan.

Salimos a media mañana rumbo al sur, justo cuando el sol se filtra entre los edificios de ladrillo. Fio insiste en que el *tour* no puede empezar sin un café, así que paramos en The Quiet Cup para coger un café y un matcha para llevar, con un par de *bagels* con semillas y aguacate. Tras reanudar la marcha, la idea de poder ver a Fio como astronauta en un futuro vuelve a perseguirme. La imagen me resulta tan hipnótica como surrealista, así que abordo el tema.

—Dime la verdad. No sé cómo puedes mantener la calma sabiendo que podrías ir al espacio. Yo me estresé solo firmando un contrato de alquiler… y eso que no implicaba salir de la atmósfera.

—Supongo que porque he pasado años estudiando lo que pasa allá arriba —se ríe—. Cuando entiendes los procedimientos y los riesgos…

—¿Riesgos tipo «te quedas sin oxígeno» o riesgos tipo «pierdes la vista y nadie te avisó»?

—Más bien lo segundo —dice—. Si la presión de los ojos se altera en órbita, puedes perder visión.

—Genial —asiento—. Entonces el espacio no solo quiere matarte, también pretende hacerlo sin que lo veas venir.

—Cuando entiendes eso, el miedo se vuelve… manejable.

—Claro —digo—. Como el alquiler. Solo que allí el casero es el universo y no acepta quejas. Pero, Fio, ¿y eso no te disuadió?

—Empecé en Bolonia, en una universidad llena de hombres que creían que la biotecnología era cosa de testosterona. Incluso una profesora me dijo que las italianas éramos «demasiado emocionales» para adentrarnos en la carrera y sacarla con éxito. Luego, como te conté, me trasladé a Múnich, ciudad a la llegué pensando que pasaría años y años diseñando prototipos para laboratorios que nunca usaría nadie que se pareciera a mí. Tuve la suerte de que al final no fuera así. Y también aprendí que no debo dejar que las inseguridades decidan por mí.

La miro en silencio mientras doy un sorbo a mi café.

—Cuando me contactaron desde la ESA, lo supe: lo había conseguido. Samantha Cristoforetti alcanzó el hito el 23 de noviembre de 2014, siendo miembro de Futura (Expedición 42/43). Y si las cosas van como deben, en un futuro, yo también entraré en la lista de mujeres que han hecho historia en el espacio.

Se inclina un poco, seria, pero con los ojos brillantes.

—No quiero ser la única. Solo una mujer pionera.

Fio vacía su matcha como quien cierra un capítulo.

Nuestra primera parada es What Goes Around Comes Around, en pleno SoHo. Desde fuera, los escaparates son una cápsula del tiempo: *blazers* de Dior alineadas, bolsos de Chanel que parecen vestigios de otra época y un maniquí con una chaqueta negra de *tweed* que me mira como si me conociera. Dentro, el suelo cruje con cada paso y las dependientas susurran; parece que estén custodiando secretos de estado.

Caminamos hacia el Village. En Beacon's Closet, Fio encuentra una cazadora de cuero que parece haber sobrevivido a infinidad de conciertos. Yo, una chaqueta con una cruz fantasía que me recuerda al diseño de Christian Lacroix, adornado con joyas valoradas en diez mil dólares, que llevó con *jeans* la modelo israelí Michaela Bercu para la primera portada de *Vogue* USA producida por la editora jefa Anna Wintour en noviembre de 1988. Bercu, que fue fotografiada por el alemán Peter Lindbergh, protagonizó toda una revolución, abriendo camino a mujeres tan corrientes como glamurosas.

Me quedo mirando la pieza, suspendida en una percha que no alcanzo a coger. Quiero probármela, notar cómo cae sobre mis hombros, creer —aunque sea por unos minutos— que vestida con esa chaqueta todo es posible. Hay diseños que tienen ese algo que te hace ver el mundo como un lugar en el que atreverse. Como este que acabo de encontrar: sinónimo de empoderamiento, feminidad y ostentosidad, una fusión de elementos con los que convive, a la vez, la elegancia más depurada. Me gusta perderme por tiendas que me sorprendan, y qué mejor que hacerlo al lado de alguien que ve la moda desde un prisma tan parecido al mío. Fio y yo tenemos estilos muy distintos, pero siempre encontramos ese punto en común que nos permite escucharnos y descubrir qué tendencias hacen suspirar a la otra. Mientras a ella la mueve añadir toques masculinos a sus looks —como hoy, por ejemplo, que ha rescatado una *bomber* que perteneció a su padre para sobrevivir a los aires acondicionados—, a mí me apasiona todo lo que tenga que ver con la atemporalidad y el romanticismo.

—Venga, Brooke, pide que te bajen la chaqueta y pruébatela. Aún no sabes por cuánto la tienen; quizá es menos de lo esperado.

Mientras llamo a la dependienta, veo que Fio fija los ojos en mí, como si pudiera leerme la mente.

—No hagas lo de siempre —me dice—. Si sientes que debe ser tuya, no lo dudes. ¿Quieres saber lo que creo?

Me río, pensando en lo mala influencia que es.

—Es una inversión como ninguna otra. Este diseño es una alhaja en toda regla, el broche de oro que le falta a tu armario, Brooke. ¿No ves que lo tienes todo negro, beige y blanco? Por lo menos que se respire en él una pizca de opulencia.

La dependienta descuelga la prenda y me la entrega, haciéndose a un lado para que pueda mirarme en el espejo que hay justo enfrente.

Me enfundo en ella y, de inmediato, vuelve a mí ese afán por coleccionar prendas que rinden homenaje a las grandes creaciones de la historia de la moda. No puedo imaginar lo que debió de ser ver a alguien posar mezclando alta costura con moda de calle, rompiendo con todas las convenciones estéticas. No dejo pasar más tiempo e introduzco la mano en la chaqueta para agarrar la etiqueta y revisarla con la esperanza de que no sea tan cara como imagino. Contengo la respiración. La miro dos veces: el precio roza lo simbólico para una confección así. No tiene sentido. Podría haber salido de un atelier parisino. Los bordados, los relieves, el juego de texturas… Todo me recuerda a la creación original, pero no es Christian Lacroix. Es de Balmain, por lo que no resulta extraño que conserve ese mismo pulso teatral, esa necesidad de convertir la aguja en espectáculo.

Me miro una última vez en el espejo. Fio me observa, con esa media sonrisa que solo pone cuando sabe que ha ganado.

—Tienes razón —susurro—. Me la quedo.

Ella aplaude bajito, como si acabáramos de celebrar algo más grande que una compra.

7

Café de coordenadas

BROOKE

El calor de la calle nos golpea al salir de Beacon's Closet. Sostengo la bolsa como si fuera un trofeo.

—Te lo dije —insiste Fio—, esa chaqueta te va a subir el ánimo cada vez que te la pongas. Ya lo verás.

Todavía no me lo creo.

—Oye, Fio, ¿te apetece seguir con nuestro día de chicas yendo a dar una vuelta por Smorgasburg? —propongo—. No sé si has estado, pero he leído que es un mercadillo de comida de Williamsburg. Podríamos picar algo. Así conozco más zonas.

—¡Claro! Me parece muy buena idea. He ido alguna vez; me recuerda mucho a mi infancia. Hay pasta fresca y, si te soy sincera, está buenísima. ¿Cogemos taxi o prefieres el metro?

—Metro, ¿no? He visto que tardamos unos veinte minutos.

—Perfecto, Brooke. ¡En marcha!

El traqueteo del vagón nos acompaña un rato hasta que subimos las escaleras hacia la calle. Nada más salir, huele a pan recién hecho

y a especias. Frente a nosotras, uno de los mil puestos del mercadillo se ilumina con los rayos de sol que apaciguan la brisa en algunos puntos del recorrido.

—¡Mira! ¿Es ese el puesto de pasta fresca que decías?

—Sabía que lo encontraríamos.

Fio me guiña un ojo y echa a andar delante.

Yo la sigo sonriendo.

—¿Y si cogemos algo para llevar? Cerca hay unas mesas al aire libre en las que podríamos sentarnos a comer. ¿Cómo lo ves? —pregunta Fio mirándome de reojo.

—¡Vale! ¿Qué me recomiendas como buena italiana?

—Mmm —murmura pensativa—. La otra vez pedí *tagliatelle burro e salvia*. Es el plato estrella de mi *nonna* Bianca. Está hecho con mantequilla derretida y hojas de salvia crujientes. ¡Delicioso! Te sugiero que lo pruebes.

—Venga, va, te hago caso. Me has convencido.

—Yo también vuelvo a apostar por el mismo plato. ¡Qué hambre!

Nos entregan los dos pedidos en grandes táperes transparentes y nos movemos de nuevo, buscando el sitio del que hablaba Fio.

—Fio, ¿y de dónde te viene ese exquisito gusto por la cocina rústica? ¿De pequeña vivías con tu abuela? —le pregunto, intentando conocer un poco más de su familia.

—Pasé la mayor parte de mi infancia en el valle del Chianti, en la Toscana, porque mis padres trabajaban en Florencia: mi padre es chef, y mi madre, física. Crecí con mi abuela, el alma de una casa de piedra con buganvilla y terreno salpicado de olivos. De hecho, son los culpables de esta cicatriz que tengo aquí —asegura levantándose

ligeramente la camiseta por detrás y enseñándome la parte baja de la espalda.

—Debe de ser alucinante la atmósfera que se respira, ¿verdad? —le digo sin disimular mi curiosidad por lo que aún no he tenido la oportunidad de vivir.

—Lo cierto es que me siento muy afortunada de haber nacido allí. Además, soy la pequeña de cuatro hermanos. Los tres mayores se mudaron muy jóvenes a Bolonia para desarrollar sus carreras como abogados, y mi abuelo ya no vivía. Por eso mi relación con Bianca se volvió mucho más estrecha. Para mí era como tener una mejor amiga, pero con la dosis de experiencia que nos falta a esa edad.

—¡Qué bonito es poder atesorar esos recuerdos con tu abuela!

Llegamos a una explanada repleta de mesas metálicas, gente con comida de distintos puestos y música suave que sale de un altavoz escondido. El murmullo constante se mezcla con el sonido del viento de los árboles.

Fio se acomoda en una silla y deja los dos táperes sobre la única mesa que queda libre. Luego, me devuelve la pregunta con una sonrisa:

—¿Y tú, Brooke? ¿Qué recuerdo familiar guardas con más cariño?

Permanezco pensativa unos segundos repasando los buenos momentos.

—Supongo que elegiría alguno de los que compartí con mi madre. Hubo un día en que mi padre no había llegado a casa: estaba dando clases particulares de inglés a uno de sus alumnos del colegio. Mi hermano pequeño se encontraba con nuestros abuelos, así que nos quedamos las dos solas. Nos pusimos a hacer *collages* con recortes de revistas de moda que llevábamos coleccionando durante años. Y

eso no fue todo: también elaboramos una tarta de manzana y escuchamos jazz de fondo, buscando inspiración. Por sencilla que fuera, esa tarde se me quedó grabada.

—Veo que tu conexión con la moda viene de lejos, ¿eh? —comenta Fio con complicidad.

—Sí, aunque tardé en darme cuenta de lo importante que realmente era para mí. A medida que fui creciendo, fui consciente de que la moda estaba mucho más presente en mi vida de lo que imaginaba. En los gustos de mis padres, por ejemplo: la estética Ivy League (por la que suspiro cada vez más) o el cine clásico, con sus pinceladas de glamour y atemporalidad. También en mi obsesión por desgranar armarios que no eran los míos, en la facilidad para probar mil estilos distintos y adaptarlos a mi manera de ser, en esa costumbre de elegir siempre según la sensibilidad que me transmitía algo… No sé, detalles que he ido captando a lo largo del tiempo.

—Qué bien, Brooke —dice removiendo distraída la pasta con el tenedor—. Nadie descubre quién es de un día para otro.

Asiento despacio reconociendo que tiene razón.

—Por cierto —añade tras un breve silencio—, tengo una amiga que trabaja en PR, Alessia Thomson. Es interiorista, reconocida por su extensa red de contactos en la Gran Manzana, y trabaja como freelance para distintas firmas del mundo del arte. Creo que podrías caerle bien… y quizá os apetezca conectar. Nunca sabes de dónde puede salir algo interesante.

—Claro —respondo sin saber muy bien qué decir. Me siento muy agradecida por su propuesta, porque en Nueva York es casi imposible avanzar sin contactos. Y menos en un mundo como el de la moda—. Suena genial.

Vuelve a girar las *tagliatelle* con un gesto distraído, luego levanta la mirada y sonríe.

—Ah, y hablando de planes —dice—, durante el verano siempre proyectan películas en Bryant Park. Esta tarde ponen *Ghost*. ¿Y si vamos? Sería la guinda perfecta para nuestro día de chicas —propone Fio.

—Mi madre estaba loca por Patrick Swayze… —le digo con un deje de ternura—. De hecho, su película favorita es *Dirty Dancing*.

—No me extraña, Brooke. ¡Es una leyenda! Entonces ¿te parece bien? —pregunta con esa mezcla de intensidad y dulzura que la caracteriza.

—Sí, sí, claro. ¡Vamos para allá!

Después de subirnos al taxi y atravesar la ciudad durante poco más de quince minutos, llegamos a nuestro destino. El césped de Bryant Park está cubierto de mantas y bolsas de picnic. La pantalla blanca domina el centro como un faro, y poco a poco el bullicio se desvanece mientras las luces de los rascacielos comienzan a brillar. Desde donde estamos sentadas, se aprecia cómo los frondosos árboles luchan contra el cielo violáceo del atardecer, para ver quién consigue robarnos más la atención.

Cuando las primeras notas de la película llenan el parque, Fio susurra:

—¿Preparada para llorar un poco?

—Por favor, si no lloro con *Ghost*, retírame el carnet de romántica —le contesto riendo—. Chiss, que empieza —susurro divertida.

A mitad del filme, el aire se vuelve más denso y se hace un silencio cargado. A nuestro alrededor, todos parecen contener la respiración. Fio mantiene la mirada fija en la pantalla, sin pestañear, con la barbilla apoyada en las rodillas. Cuando la película termina y la música de *Unchained Melody* inunda la plaza, la multitud suspira al unísono. Yo también lo hago, aunque intento disimularlo. Fio me lanza una mirada rápida, como si me hubiera pillado, y esboza una sonrisa sin pronunciar palabra.

Los créditos aparecen y la gente estalla en aplausos suaves. Nos quedamos quietas, en silencio, durante unos segundos.

Más tarde, mientras caminamos entre la marea humana que se dispersa por la Sexta Avenida, le digo:

—La próxima vez tenemos que ver algo de Ryan Blake, Fio. Estoy segura de que te gustará. Sabe retratar esos amores silenciosos, imperfectos, un poco torpes. No hay música épica ni fuegos artificiales, solo miradas y gestos pequeños que lo cambian todo. Es cine *indie* en estado puro —le digo entusiasmada—. ¡La clase de historia que toda mujer querría vivir!

—Veo que empiezas a verme venir, ¿eh? —me dice en un tono entre jocoso y cariñoso, como si le hiciera ilusión que ya pudiera leerla un poco—. Pero me parece genial.

—Creo que necesito algo dulce después de tanta emoción —bromea Fio mientras abre la puerta del taxi que nos lleva de vuelta a casa.

—Tú siempre necesitas algo dulce —le respondo riendo.

El coche arranca a toda velocidad y avanza esquivando vehículos, peatones y luces, como si Nueva York corriera en paralelo a nosotras.

Fio me mira de reojo.

—Ahora que pienso… —dice en ese tono suyo cargado de travesura—, creo que deberías volver a probarte la chaqueta.

—Me has leído la mente, Fio.

Al coger la bolsa y sacar mi nuevo objeto de deseo, me fijo por primera vez en que un panfleto asoma del bolsillo interior.

—¿Esto qué hace aquí? —murmuro enseñándole el papel.

—¡Uy! ¡A ver! —responde cogiéndolo de mis manos—. Las letras están algo desgastadas, pero, por lo que puedo leer, parece el anuncio de una cafetería de especialidad en el East Village, del día de su inauguración. Creo que es una invitación. No se ve muy bien el nombre del local, pero hay una dirección. ¿Y si te acercas mañana, Brooke?

—¿Crees que debería ir? —Algo en mi interior me dice que esta podría ser la aventura que andaba buscando, un pequeño misterio en esta nueva ciudad.

—Brooke, los cafés son tu paraíso. Quizá es la señal que tanto has estado esperando —susurra Fio. Y siento cómo su voz me llena de emoción, provocándome un estremecimiento que me sacude por dentro—. Quién sabe, quizá el destino trata de decirte algo.

—Es cierto…, tienes razón.

La ciudad sigue girando a nuestro alrededor, pero yo solo puedo pensar en esa dirección incompleta.

8

Destino cruzado

BROOKE

«Así que era aquí adonde me llevaba la dirección», me digo mientras observo la puerta. Nunca había oído hablar de Book Club Bar, otro refugio, al parecer. Aunque esté situado en el corazón de Nueva York, parece tener cierta magia que hace que no pase desapercibido. Es una cafetería-librería con las paredes de ladrillo caravista, marcadas por poemas garabateados a base de tiza blanca. También destacan las estanterías, rebosantes de volúmenes antiguos. Cada rincón invita a la pausa. Lámparas de mesa junto a sillones de cuero desgastado, pilas de libros sobre las mesas y un aire perfumado con el tueste de los espressos que no dejan de salir de la barra. ¿Las tazas? De cerámica artesanal, como me gustan.

Estudiantes merodean con sus cuadernos repletos de anotaciones, escritores buscan inspiración en una penumbra conseguida por las luces ambarinas que dominan el espacio y parejas comparten sus confesiones más íntimas. Todo al ritmo de un fondo musical dictado

por un jazz que logra ponerte los pelos como escarpias en cuestión de segundos.

Desde la distancia, bautizo con la mirada la que será mi mesa confidente a partir de ahora. Es la única mesa alta, con sillas con respaldos de piel, y se encuentra en un rincón, medio escondida por la sombra que provocan las cortinas color burdeos que separan el ajetreo del bar de la zona más tranquila.

Me acomodo en ella como si me esperara desde siempre. Saco la libreta, abro el portátil y dejo que el primer café del día me acompañe mientras escribo mi última propuesta aceptada en *Vogue*: cómo las prescriptoras conquistarán el *street style* este otoño e invierno con piezas *boho-chic*. En la pantalla, las palabras se suceden solas: vestidos vaporosos con volantes, botas altas de ante, bolsos con flecos, accesorios metalizados, *tips* de figuras icónicas que arrasaron en la primera década de siglo XXI como Sienna Miller o Kate Moss… Me detengo un segundo, dejo que el vapor del café roce mi rostro, y observo. A mi derecha, una mujer bebe un café americano con unos grandes auriculares y un vestido de gasa rosa pálido que parece estar firmado por Ulla Johnson, combinado con un cárdigan fino en verde oliva. El sombrero, a juego, decora la silla donde descansa un bolso de efecto acolchado.

Es justo la imagen que quiero describir: cómo moldeará esta chica, con un estilo tan definido, su prenda cuando el frío empiece a morder las calles. Imagino que rindiéndose al *layering*: esa superposición de capas que, año tras año, se convierte en la excusa perfecta para jugar con todas nuestras estéticas favoritas a la vez.

Los días hasta principios de septiembre se deslizan con una cadencia que se vuelve costumbre. Mi rincón, las caras que se repiten, el gesto cotidiano de abrir el ordenador: todo empieza a formar parte de una rutina que me ancla en la ciudad y, sin darme cuenta, me regala un sentido de pertenencia.

Hoy el metro ha tardado más de lo normal y, cuando al final empujo la puerta de la cafetería, el reloj del local marca mi retraso de veinticinco minutos. Lo primero que noto es el bullicio del que siempre intento escapar. Y, para colmo, cuando llego a mi mesa me doy cuenta de que otro chico lo ha hecho al mismo tiempo que yo. Lleva gafas de sol aunque se encuentre en el interior, algo que nunca he podido entender, y mucho menos si va a estar leyendo, a juzgar por el libro que tiene en la mano. Pero quién sabe lo que piensan estos neoyorquinos. Enseguida deposita el tomo con el que carga sobre la superficie de madera, como reclamando el espacio.

Podría dejarlo pasar, pero soy como Rory Gilmore con su árbol favorito de Yale: no puedo sentarme en otro lugar, no es lo mismo. Además, hemos llegado prácticamente al mismo tiempo, ¿por qué cree que tiene más derecho que yo a sentarse aquí? Hay otras mesas libres. Coloco también mi libreta sobre la mesa y me dirijo al chico con toda la determinación que soy capaz de reunir.

—Perdona, sé que suena raro, pero es que vengo aquí cada día y…, bueno, esta es mi mesa.

—Ahora es la mía. ¿O acaso tiene tu nombre escrito? —replica el chico sin inmutarse, arqueando levemente una ceja entre mechones de negro azabache.

—No, pero es donde cada mañana me siento para…

Él se inclina hacia atrás y me interrumpe, con una sonrisa ladeada en el rostro y un tono arrogante que me saca de mis casillas.

—Pues hoy no.

—Idiota —murmuro.

—Encantado —concluye sonriendo fanfarrón.

Me quedo sin réplica mientras termina de sentarse. Hay algo en él que me resulta familiar, pero no soy capaz de dar con ello. Quizá lo he visto antes por aquí, quizá…

Entonces se quita las gafas de sol para mirarme. El pulso se me dispara cuando por fin entiendo a quién tengo delante, pero los nervios iniciales enseguida son sustituidos por rabia. Decepción. Todo lo que he sentido últimamente cada vez que me encontraba con una noticia suya. Tiene un físico que podría enloquecer a cualquiera: altura peligrosamente efectiva, ojos grisáceos, casi metálicos. Aunque a mí esto nunca me ha importado.

—Así que es verdad. Eres tan arrogante como aparentas en televisión.

Por primera vez su expresión cambia. Alza la vista rápido como si lo hubieran pillado en falta.

—¿Sabes quién soy?

—Al principio no he caído, pero está claro. Ryan Blake. Al parecer, lo de reírte de las mujeres no es algo que te limites a hacer en tus discursitos de alfombra roja.

—¿De qué hablas? —Sus ojos grises me atraviesan, serios, como una advertencia—. No tienes ni idea de lo que dices.

—No necesito saber más. Ya sé quién eres: un idiota que cree que siempre puede salirse con la suya.

Cojo mi libreta de un tirón y me marcho, cerrando bruscamente la puerta. Fuera, el viento me golpea, pero no logra apaciguar el calor de mis mejillas. No sé qué es peor: que haya intentado justificarse sin razón o que haya notado cómo su mirada me seguía mientras me alejaba.

9

Miradas furtivas

RYAN

Cuando necesito silencio, conduzco hasta el Parque Estatal Minnewaska. Allí todo se detiene con el sonido del agua y el canto de las aves de fondo. Supongo que por eso me gustan los libros a medio leer y los marcadores con manchas de café: me enseñaron que, lejos de los focos, existen lugares que son pausa. Solo hay que saber encontrarlos.

Hoy, sin embargo, mi mañana ha empezado como tantas otras: en una cafetería silenciosa, buscando el mejor sitio para tomar mi espresso. No imaginaba que alguien interrumpiría mi rutina de forma tan brusca.

¿Quién demonios era esa chica que acaba de marcharse echando humo? Sus pómulos marcados hacían que sus ojos ámbar destacaran aún más; era imposible evitar fijarse en ella. Y, sobre todo, ¿qué quería de mí? Nadie suele reconocerme: soy cuidadoso con mi imagen y, sinceramente, tampoco estoy entre las estrellas más brillantes del cine americano. Por lo menos, no todavía.

He crecido rodeado de personas frías y calculadoras que en público lucían su mejor ingenio. Conocidos de papá y mamá que usaban su ropa impecable, su presencia en eventos y sus amistades estratégicas para custodiar obsesivamente su reputación. Pero lo suyo… lo suyo era distinto.

Parecía, como diría papá, una mujer de las que ya no quedan. De esas que no son capaces de fingir, ni siquiera para ocultar su indignación ante un desconocido un poco capullo. Sí, lo admito, no ha sido mi mejor momento. En mi defensa alegaré que nunca pensé que un simple rincón de cafetería pudiera tener una dueña tan feroz.

Me reclino en la silla después de ir al aseo y levanto la mirada de forma brusca para encontrar una pizca de complicidad a mi alrededor. Alguien que entienda tan poco como yo lo que acaba de suceder. Sin dejar de darle vueltas, le dedico una sonrisa breve a la camarera y levanto dos dedos en el aire para pedir. Intento leer *The New Colossus*, de Emma Lazarus, pero lo cierto es que ya no logro concentrarme.

Después de terminarme mi café, salgo del lugar a paso firme. Me cubro la cabeza con una gorra que casi duerme conmigo y los ojos con mis infalibles Ray-Ban. Camino sabiendo exactamente adónde voy. A menudo aprovecho estos tramos de regreso a casa para pensar en lo que ha cambiado mi vida desde que me mudé al SoHo. Es mi momento favorito del día. Debería estar volviendo junto a James; no deja de repetirme que un director como yo, artífice de algunos de los mejores títulos *indie*, no debería recorrer la ciudad en solitario a plena luz del día, aunque suelo asegurarle que exagera. La verdad es que, como digo, paso desapercibido para la mayoría de los mortales. A ojos de los demás, James es uno de los grandes

mánagers de la industria; para mí, mucho más que un pilar. Podría decirse que es mi mano derecha y un buen amigo. Cada vez que he cometido algún error, allí ha estado defendiéndome a capa y espada. En ocasiones, poniéndose a mi favor, incluso cuando no lo merezco.

Llevo toda la vida queriendo exprimir Nueva York y sus infinitas oportunidades como director, aunque, teniendo en cuenta que los contactos de mis padres estaban a casi dos mil quinientas millas en Los Ángeles, me costaba imaginar que pudiera lograrlo desde aquí. Ellos siempre prefirieron la estabilidad, los planes con garantías. En el séptimo arte, las posibilidades se heredan y los apellidos pesan más que cualquier idea. Yo, en cambio, nunca he sabido moverme entre certezas.

Al abrir la puerta, el eco es lo primero que me recibe. Como de costumbre, el apartamento se empeña en recordarme que estoy solo antes incluso de cruzar la entrada. El suelo de cemento pulido y las paredes de ladrillo visto siguen ahí, desnudos, como el día en que me instalé. No hay cuadros, ni plantas ni nada que diga que esto, en realidad, es un hogar. Es un piso industrial, frío, funcional… Justo como lo quiero: sin huellas de nadie más, sin recuerdos que duelan.

Camino hasta la estantería de hierro que ocupa media pared. También vacía, como suele estar. Una vez pensé en llenarla con libros, premios, discos…, algo que me hiciera parecer menos nómada. Nunca lo hice.

Me detengo en el segundo estante, sobre el que descansa el único objeto que me he decidido a colocar en él. La hija de James, Maggie, me regaló una foto enmarcada de los dos en la reciente celebración de su octavo cumpleaños, y que define de maravilla la relación que nos une. Insistió en que «una casa sin fotos no es una

casa». Vuelvo a sonreír al pensarlo. Quizá tenía razón. Quizá este apartamento estaba esperando algo de mí que no había contemplado antes.

El móvil suena sobre la mesa y hace temblar el vaso de agua que me he servido al llegar. Es James. Cada cierto tiempo salimos a comer con Maggie, así que ya imagino lo que va a decirme al descolgar. Es la niña de mis ojos. Nuestro vínculo se hizo más fuerte cuando Charlotte y Lily —mujer y hermana de James respectivamente— fallecieron en un accidente de tráfico hace cinco años. Desde entonces, James se volvió más protector de lo habitual, y yo decidí que ella no iba a sentirse sola jamás.

—¿Ryan?

—Sí, sí, aquí estoy —replico alzando la voz por la molesta mala cobertura que suele haber en mi apartamento.

—Maggie y yo vamos a Sardi's. ¿Te apetece apuntarte? Venga, te pasamos a buscar.

Cuando quiero contestar, ya ha colgado. Así es James: no admite un no por respuesta. Últimamente la soledad en la ciudad me acecha más de lo que quiero admitir. Porque aunque ninguno de los dos tengamos pareja formal, James al menos comparte su día a día con su pequeña. Y no, nunca me he planteado ser padre a mis treinta y cuatro, pero cada vez que los veo juntos, aunque intente evitarlo, algo me reconcome por dentro.

Mientras bajo las escaleras sigo pensando en lo mucho que pesan las ausencias. Mi infancia me dejó demasiados vacíos: una madre dura, un padre ausente, un cariño que nunca estuvo a mi alcance. Y aun así, cuando salgo a la calle y veo a James y Maggie, tan

cómplices, a través de la ventanilla del coche, entiendo con claridad lo que más anhelo: alguien con quien compartir lo cotidiano.

En el trayecto, a diferencia de otras veces, apenas hablo. Me limito a contemplar la ciudad desde la ventanilla, perdido en mis pensamientos. Durante la comida, Maggie rompe el silencio con una inocencia que me desarma:

—¿Tú también tienes a alguien especial, Ryan?

—Maggie me estaba contando que tiene un nuevo amigo en el colegio, uno al que está muy unida. Ahora quiere saber si los demás tenemos la misma suerte —aclara James, supongo que por el desconcierto que debo de haber mostrado. Parece que la pequeña me haya leído el pensamiento.

Sonrío apenas y niego con la cabeza. James me mira buscando complicidad.

Ambos sabemos que eso no es verdad.

Cuando reviso la hora en el teléfono, ya es tarde. Le digo a James que no hace falta que me acompañe, que puedo volver solo. Y así lo hago.

Regreso caminando despacio por la acera. Saludo con un gesto breve a un par de conocidos, mientras el crujir de las hojas secas marca el ritmo de mis pasos. Todo a mi alrededor parece difuminarse, salvo la imagen que brilla en la pantalla de mi móvil: el blog *Entre Sorbos*. Esos textos que, aunque me avergüence admitirlo, me consuelan y me hacen sentir visto.

10 de septiembre de 2024

¡Querido Espresso Society!

Hoy necesito escribir para no explotar. Sabéis que, por lo general, aquí hablo de cine, de dirección y de las cosas que admiro de este mundo. Pero esta vez voy a hacer una excepción. Porque hay gestos tan pequeños que, cuando vienen de ciertas personas, te dejan con una sensación de rabia que no puedes sacudirte de encima.

Recientemente conocí a uno de mis ídolos y, en lugar de satisfacción, me llevé un cúmulo de desencanto, desilusión y una amarga sensación de desengaño. Como si algo se hubiera roto de golpe. Hay personas cuya actitud es suficiente para derribar todo lo que habías levantado en silencio alrededor de ellas: caminan con una superioridad arrogante, como si el mundo —y tus expectativas— fueran de su propiedad.

Sigo enfadada, claro. Por cómo me removió por dentro el encuentro. Es ridículo, lo sé, pero llevo días dándole vueltas. Supongo que a todos nos ha pasado alguna vez: una situación aparentemente intrascendente que acaba ocupando demasiado espacio en la cabeza.

¿Vosotros qué hacéis en esos casos? ¿Lo dejáis pasar o también os obsesiona la necesidad de poner en orden esa incomodidad?

Entre Sorbos

10

Manhattan

BROOKE

La ciudad empieza a latir en sintonía con el crujir del manto de hojas secas que cubre el suelo. Nueva York no es la misma en septiembre, y nosotros tampoco. Desde que me mudé, Valentina y yo nos prometimos, mínimo, una videollamada cada semana. Elegimos los martes. Y lo cumplimos, incluso cuando el ritmo frenético de nuestras agendas y el vaivén de la diferencia horaria intenta desajustarnos. Éramos conscientes de que la distancia no resultaría sencilla: Vale y Brooke siempre han sido inseparables.

Nos conocimos durante el máster de especialización en Comunicación y Marketing de Moda. Por entonces yo aún vivía en el Colegio Mayor Antonio de Nebrija, donde me había alojado durante mis años de Periodismo en la Complutense. Sin embargo, bastaron cuatro semanas para que Valentina y yo decidiéramos compartir el piso de la avenida de América. Más allá del grupo de Pol y compañía —Alex, Clara y él siguieron formando parte de mi día a día, ya que coincidíamos en la misma residencia universitaria—, Valentina se

convirtió en la mejor amiga que cualquier chica podría desear. Aquel apartamento fue testigo de nuestros primeros pasos en la industria: ella, abogada de profesión y defensora de la moda sostenible y la segunda mano por vocación; yo, una periodista entusiasmada con mis primeras colaboraciones como redactora. Entre trabajos, decepciones amorosas y charlas interminables sobre familia y sueños, aprendimos a confiar la una en la otra. Y, en más de una ocasión, suspiramos juntas por un futuro tranquilo, con un buen vino y una tarde lenta como telón de fondo.

En definitiva, somos de esa clase de amigas que, cuando una falta, todos preguntan por la otra. Aun así, aquí estamos, cerrando cada conversación con un «esto no es lo mismo sin ti», seguido de un «ojalá estuvieras aquí». Y yo, que continúo creyendo en las pequeñas certezas, pienso —como diría nuestra querida Carrie Bradshaw— que aquellos a quienes amas siempre están contigo y, con suerte, nunca más lejos de un vuelo de distancia.

Hoy me ha llamado a las ocho de la mañana. Acababa de abrir los ojos y he decidido quedarme boca abajo, con los pies encajados en el cabezal. Es mi posición favorita cuando me siento sobrecargada.

Aun así, no he dudado en atender: se trata de Valentina, y es nuestro momento favorito de la semana. Aunque solemos llamarnos tras largas jornadas de trabajo, hoy ha sido distinto. Ayer, justo antes de acostarme, le envié uno de esos mensajes que escribes sin pensarlo demasiado. Necesitaba que alguien se pusiera en mi piel, que me dijera qué era lo que me atormentaba desde hacía semanas y por qué. Y no existe nadie mejor que ella para hacerlo. Soy de darle quinientas vueltas a todo, lo sé, pero mis obsesiones rara vez tienen que ver con chicos. Al menos no desde hace unos años.

Desde que Pol apareció en mi vida y todo lo que era estable se vino abajo, me prometí que no volvería a pasar por aquello. ¿Cómo iba a conseguirlo? Simple: convenciéndome de que, en realidad, no era de esas. No necesitaba a ningún hombre a mi lado para enfrentarme a una sociedad que todavía parecía dictada por sus impulsos. Era fuerte, inteligente, independiente, con un trabajo que me apasionaba y con los mejores amigos que cualquiera querría. ¿Qué más podía necesitar? Nada, en absoluto. Sin embargo, debo admitir que, aunque siempre lo he tenido claro, en los últimos días los consejos de Valentina sobre mis relaciones han empezado a resquebrajar mi férrea postura. Según ella, no se trata de que yo sea cerrada, sino de que he tenido malas experiencias: personas que entraron en mi vida sin intención de quedarse y se encargaron de dejarme sin un ápice de confianza en los demás. Durante mucho tiempo me empeñé en rescatar historias pasadas para traerlas al presente, como si eso me ayudara a comprender por qué no funcionaron. ¿Será verdad, como dice Vale, que lo que necesito es explorar nuevos círculos?

—¿Qué ha pasado? Te noto más alterada de lo normal. ¡Cuéntame! —me pide con inquietud.

—Vale… —Trago saliva—. ¿Recuerdas que me encontré con Ryan en aquella cafetería y me sacó de quicio con el absurdo jueguecito de la silla? Estaba tan cabreada que escribí una entrada en el blog, completamente fuera de mí, no sé si ya la has leído… Es que después de ese estúpido comentario en televisión que ni el entrevistador tuvo el valor de rebatir, va y se cree con el derecho de robarse un lugar que es mío. ¿Qué esperaba? ¿Que no tuviera

consecuencias? ¡Menuda educación habrá recibido en casa! ¡Menudo gilipollas!

—¡Cálmate, Brooke! —me corta Vale—. ¿No crees que estás exagerando? Es solo una silla de cafetería y, por mucho que te moleste, no lo conoces lo más mínimo.

—¿Exagerando? —repito indignada, sintiendo cómo la ira me arde en el pecho.

—¡Sí! —responde Vale—. Creo que…

—¡No! —la interrumpo elevando el tono antes de que pueda terminar—. No lo entiendes… ¡Escúchame! —insisto mientras mi voz se deshace en fragmentos. No logro asimilar cómo Ryan Blake, ese director que me hizo sentir tan acompañada sin apenas conocerlo, ha podido decepcionarme tanto.

—Sí, sí que te entiendo, Brooke, pero intento que veas la situación con perspectiva. Mira que normalmente soy yo la impulsiva de las dos, y aun así hoy pienso que deberías tomártelo menos a pecho. Sé que no estuvo acertado con el famoso comentario, pero ¿qué quieres hacer? ¿Ir a buscarle y decirle de todo? Creo que te vendría bien relajarte y aprovechar que ya te estás haciendo a Nueva York. Vívela con más satisfacción que nunca, sin que nadie te lo nuble. ¡Y menos un director de cine que va a su aire!

—No, no. Es que eso no se lo permitiré. Espero no volver a verlo jamás —respondo.

—Así me gusta.

Aunque ahora nos separe el Atlántico entero, mi amiga sigue siendo la única persona capaz de hacerme entrar en razón cuando se lo propone. Y eso, para quienes la conocemos bien, no sorprende. Con un nombre que impone —Valentina de la Vega—, un físico que

destila poder —melena castaña clara, ondas de peluquería, ojos *hazel* y un rostro perfectamente enmarcado— y una familia de empresarios dedicados a la construcción, ha forjado un carácter fuerte, decidido y, a veces, arrebatador. Quizá por eso, aunque siempre me he considerado la voz racional entre las dos, su ímpetu ha sabido ponerme en mi sitio cuando más lo necesitaba.

Al colgar la llamada de Valentina, Fio golpea suavemente con los nudillos para avisarme de que va a entrar en la habitación. Se sienta en el lado izquierdo de la cama: el derecho es mío, ya lo sabe. Nos quedamos un instante mirando la ventana, en silencio. El día está gris y parece que la lluvia va a adueñarse de las calles en cualquier momento. Fio me observa con sus dulces, aunque penetrantes, ojos verdes. Hoy se ha arreglado —con el maquillaje nuevo que ha estrenado para resaltar sus pómulos marcados y esa nariz respingona que envidio cada vez que la miro— para ir, junto a Thomas, a un espacio coworking donde debatirán sobre el desarrollo de sistemas capaces de producir alimentos, generar oxígeno y reciclar agua en misiones espaciales de larga duración. Según me ha contado ella, aquella estructura con la que me encontré al llegar al piso el primer día servía precisamente para eso: para estudiar cómo se comportan los seres vivos fuera de la Tierra. Pero desde que ha cruzado la puerta, me ha dado la impresión de que quiere decirme algo que no puede esperar.

—Brooke, te he escuchado mientras hablabas con Vale —musita disculpándose con la mirada—. Déjame decirte una cosa. Solo quiero aconsejarte sobre algo que me hubiera gustado entender mucho antes: toda historia tiene dos, a veces más, versiones. Y aunque es probable que la tuya sea la más coherente, asegúrate de conocerlas

todas. Únicamente con la información completa podrás sacar una conclusión que no te haga daño —sentencia.

—Lo sé, Fio, lo sé —replico con convicción—. Pero es que, para mí, esto tiene mucho que ver con los valores de una persona y me resulta casi imposible no precipitarme en mis juicios.

—No estoy defendiendo a Ryan, porque justificar una metedura de pata así no tiene ningún sentido. Pero, por tu bien, solo te recomiendo que averigües quién es realmente y qué esconde tras la fachada que muestra al mundo. Y más, viendo lo que está provocando en ti. Porque, por mucho que quieras ocultarlo, tus gestos te delatan.

Tras sus palabras, se hace el silencio. No digo nada; me limito a sostenerle la mirada, como si mis ojos pudieran darle las gracias por sus sabias recomendaciones.

—¿Cómo estás tú? —le pregunto—. ¿Cómo sigue tu preparación para el primer vuelo espacial?

—La selección como astronauta de reserva es solo la primera puerta —asegura con un tono que mezcla nervios y determinación—. Ahora debo mantenerme en forma para estar en condiciones óptimas, mientras no comiencen las primeras prácticas, en las que trabajaremos habilidades técnicas y operaciones básicas, sistemas de naves, ejercicios de supervivencia, caminatas espaciales, buceo… Sin olvidar la divulgación científica y los idiomas. Después, si finalmente dan luz verde a la nueva misión que se prevé, llegará el entrenamiento más exhaustivo. Como soy italiana, será en Colonia. —Se levanta de la cama y hace una pausa breve antes de añadir—: Estoy a la espera de que me confirmen algunos papeles, pero lo más

probable es que tenga que mudarme de nuevo… Iremos hablándolo, Brooke.

Debo admitir que la profesión de Fio y Thomas se me hace enorme, casi inalcanzable. Me quedo algo descolocada, pero no por mucho tiempo. Thomas aparece en el marco de la puerta, y su aspecto para la quedada —esa camisa setentera con cuello amplio y estampado psicodélico, las gafas redondas, los calcetines chillones y el pelo rebelde— consigue devolverme de golpe a la realidad.

Vuelve a sonar el teléfono avisándome de un nuevo mensaje. Es Alessia Thomson, la amiga interiorista de Fio y, según ella, la reina de las relaciones públicas. Fio me contó que había recibido información sobre una gala benéfica organizada por la Fundación de Mujeres en el Cine y el Museo Metropolitano de Arte en Manhattan. Una de esas fiestas que reúnen a los rostros más reconocidos del mundo del arte: actores, directores, periodistas, estilistas, escultores, comisarios y conservadores, consultores de interiorismo… En fin, la gente más top del momento concentrada en un mismo lugar. El sueño de cualquiera que necesite empezar a hacer contactos para abrirse camino. Finalmente leo el mensaje:

> Hola, Brooke! Soy Alessia Te escribo porque Fio me dijo que estabas deseando empezar a moverte como freelance en Nueva York y pensé que esto podría interesarte. Esta noche se celebra el encuentro del año en el exclusivo hotel The Mark y estará presidido por un invitado de honor aún secreto. Me gustaría que asistieras a la gala benéfica. Qué te parece si te acercas y nos conocemos? Espero tu respuesta!

Contengo la respiración. Se me ha acelerado el pulso al pronunciar en voz alta el nombre de ese lujoso espacio. Siento que este es el

tipo de mensaje que estaba esperando: el que podría hacer que los engranajes de mi nueva vida empiecen a girar, por fin.

Cuando cae la tarde y la ciudad empieza a encender sus luces, me pilla preparándome para la ocasión frente al espejo. Siento que cada detalle cuenta.

He decidido apostar por un clásico: el vestido negro palabra de honor, recto, impecable, que guardo como joya desde que lo heredé de mi abuela. Es un tesoro bajo la firma de Giorgio Armani, de líneas puras, capaces de desafiar el tiempo. No necesita artificios; basta con deslizarlo sobre mi piel para que la silueta se estilice con una elegancia que nunca defrauda. Con un escote tan sensual como femenino, hombros al descubierto y un largo que cae hasta rozar el tobillo, este vestido es la máxima expresión de sobriedad y sofisticación.

Lo acompaño con unos *kitten heels* negros de charol sellados por Khaite, el tipo de zapato que regala comodidad sin dejar atrás ni un destello de glamour. Elevo el estilismo con un brazalete dorado y un reloj de pulsera, estrecho, que brilla lo suficiente sin robar protagonismo. En las orejas, unos pequeños pendientes de diamantes.

Me recojo el cabello en un moño bajo, pulido, liberando un par de mechones para suavizar el rostro. En cuanto al maquillaje, elijo la naturalidad con un toque de atrevimiento: labios burdeos, la piel luminosa —para no opacar el lunar de mi mejilla derecha— y una sombra de ojos que me acentúa la mirada.

Me observo en el espejo y por un instante me cuesta reconocerme. Ya no soy la chica que llegó de Madrid llena de dudas;

soy alguien que está a punto de entrar en un mundo que hasta ahora solo había contemplado desde la distancia.

Respiro hondo, cojo la americana y sonrío.

Manhattan me espera.

11

La gran noche

RYAN

Esta noche las luces me ciegan igual que entonces. Los focos que me apuntan me recuerdan, en cierto modo, a las farolas que custodiaban mi hogar en Lirianne. Sobre todo por la manera en que parecían querer deslumbrarme la última noche que pasé allí.

La casa en la que transcurrieron mi infancia y mi adolescencia no era una cualquiera, al menos no para mí. Se trataba de un lugar hecho por y para ella. Mi madre, claro. Ni siquiera la opinión de papá contaba. Todos los rincones que la conformaban llevaban su nombre. Quizá esa sea la razón por la que ahora me cuesta tanto rememorarla. Las farolas de hierro forjado de la entrada ya dejaban entrever que existía un muro invisible, aunque infranqueable, entre la realidad y el universo al que uno estaba a punto de acceder.

Si cierro los ojos, puedo ver la casa con la misma nitidez que si estuviera allí de nuevo. Una vez cruzado el umbral, te daba la bienvenida un recibidor con suelos de madera oscura, una alfombra neutra y una escalera ancha cubierta por un *stair runner* sujeto con

barras doradas. Los techos eran altos, los ventanales estaban vestidos de lino, las flores permanecían siempre frescas —y solo en jarrones de porcelana azul— y los espejos con molduras doradas irradiaban un resplandor intenso.

Los salones principales eran íntimos y, además, las construcciones favoritas de papá. Recuerdo verlo poco por casa, dado que siempre estaba trabajando en alguno de sus proyectos secretos; sin embargo, cuando aparecía, se pasaba horas en los sofás mullidos en tonos crema, abrazado a los cojines de terciopelo verde, frente al tablero de ajedrez de mármol. Mi padre no jugaba para desconectar, sino para esconderse detrás de la estrategia. «Las fichas son más fáciles de manejar que las personas», me decía si, por casualidad, compartíamos espacio.

Las chimeneas estaban respaldadas por cuadros ecuestres y retratos familiares que, por cierto, odiaba con todas mis fuerzas. Y no por quién aparecía en ellos, sino porque me obligaban a ser consciente de que, por mucho que quisiera, no podría escapar de aquello. Lo que sí adoraba era ver las mesas cargadas de libros enormes. Por aquel entonces, solo quería hacerme mayor para imaginarlos en mi propio hogar, también rodeados de velas. Al final, cuando me marché de esa casa, fueron lo único que deseé llevar conmigo.

Para papá y mamá, cada rincón ofrecía el mejor equilibrio entre grandeza y refugio.

¿Por qué yo no lo sentía así?

Desde luego, me habría facilitado las cosas con ellos. Aunque supongo que, en ocasiones, poco puedes hacer cuando se trata de modificar un destino que ya está escrito para ti.

Cuando cumplí los quince años ya había aprendido que el lujo cotidiano también puede expresarse a través del café de primera hora, especialmente si está preparado por el servicio en una cafetera Breville. Mi madre, en cambio, optaba todos los días por encender la tetera de cuadros blancos y azules de MacKenzie-Childs y acompañar su té inglés con un *brioche* tostado untado con mermelada casera.

Aun sabiendo que la casa contaba con un enorme comedor presidido por una mesa larga de madera envejecida y una lámpara de araña digna de admirar, la cocina era el verdadero corazón del hogar. Y después, por orden, venían los baños: auténticas joyas silenciosas. Quizá suene extraño, pero se convirtieron en mis espacios preferidos de la casa, los lugares en los que me refugiaba cuando no quería ser encontrado.

En ellos hallabas sillones, con mantas elaboradas en Escocia en un telar de Jacquard, en los que podías pasarte horas y horas con cualquier texto de poesía que te facilitara soñar con algo más grande incluso que tú mismo. Durante mucho tiempo elegí a Baudelaire y *Les Fleurs du mal*, pero después sentí la necesidad de pasarme a O'Hara y *Lunch Poems*. Esta última obra me permitía fantasear con la libertad y la reinvención que poco después comenzaría a dominar mi interior. Los versos que dormían en la profundidad de ambos lomos me hicieron como persona y, gracias a ellos, logré encontrar la puerta de salida.

—Ryan, tienes que prepararte. —La voz de James me devuelve a la realidad—. En cinco minutos sales al escenario a pronunciar tu discurso.

—Sí, ya voy. Necesito agua, Cap. —Sí, así es como le llamo cuando está a mi lado ejerciendo de mánager oficial: envuelto en un traje

oscuro, gafas de cristales tintados y su habitual reloj de estilo militar.

Mientras James corre a buscar la bebida, cierro los ojos y respiro hondo. El sonido de los latidos de mi corazón se apodera por completo del lugar. Bum, bum, bum…

James me trae el agua un momento más tarde. La manera que tenemos de afrontar este tipo de galas benéficas mi mánager y yo es muy similar, como si estuviéramos sujetos al mismo manojo de nervios. Él trata de tranquilizarme y me recuerda que solo tengo que subir ahí arriba y recitar el escrito que me ha preparado, como si lo que más deseara en el mundo fuera agradecer a la Fundación de Mujeres en el Cine y al MET que me hayan concedido el título de invitado de honor esta noche. Después, bajar las escaleras procurando, si puede ser, no caerme en el intento.

No dejo de dar vueltas a las reacciones que provocaron mis últimas declaraciones. Siento que nadie entendió lo que realmente intentaba decir. No ha comenzado el acto y ya estoy deseando marcharme. Odio estar en sitios en los que todo el mundo cree conocerte cuando, en realidad, nadie lo hace. De lo atacado que me encuentro, no dejo de girar los gemelos con el escudo de Lirianne por los que me he decantado, mi única concesión a un sentimentalismo discreto. Cruzo los dedos para que nadie se fije en el grabado diminuto. Eran de mi madre y, aunque viví durante muchos años limitado por sus órdenes, me permiten acordarme de mis raíces, de los vínculos que me empeño en apartar de mi vida pero que se resisten a desaparecer del todo.

Los gemelos son la joya de la corona del conjunto que he escogido para hoy, prestando minuciosa atención al detalle. Llevo un *white tie*: frac negro en lana fina, chaleco blanco de algodón piqué,

camisa de cuello de ala y pajarita rígida de seda mate, junto con zapatos Oxford de charol, lisos y perfectamente lustrados. Aunque en un primer momento me cabreó que me prohibieran ponerme mi chupa de cuero de confianza, debo admitir que este atuendo —más elegante y serio— me queda de lujo. La percha ayuda. Está mal que yo lo diga, pero siempre se me han dado bien los trajes; será cosa de sangre. Para rematar, pañuelo de bolsillo blanco y mi Cartier Tank, encargado de ejercer como broche de oro de la máscara de esta noche.

—Hoy nos acompaña un hombre al que debemos agradecer su labor en el cine independiente y su empeño por abrir espacio a las mujeres dentro de él. Por favor, demos un caluroso recibimiento a… ¡Ryan Blake! —anuncia Abigail Monroe, presidenta de la Fundación de Mujeres en el Cine.

Me obligo a caminar hacia el atril. La voz me tiembla, las piernas vacilan. Pero, al final, consigo hacer acopio de la fachada de seguridad que siempre me esfuerzo por proyectar hacia el exterior.

—Buenas… buenas noches a todos. Gracias por apoyar una causa tan especial. Es un placer para mí —empiezo mientras fijo la mirada en James intentando no perder el foco— estar hoy aquí en calidad de invitado de honor.

Entonces lo siento: aunque ahora mismo haya cientos de miradas puestas en mí, creo percibir una distinta, una que me hace sentir diferente, todavía más observado. No puedo evitar buscar entre el público a quién pertenecen esos ojos que me escrutan con más intensidad que ningunos. Los encuentro. Son los suyos.

En el instante en que nuestras miradas se encuentran, mis músculos se tensan, como si el aire se volviera más cargado. No

debería reconocerla…, pero lo hago. Y si ya estaba nervioso, ahora siento que las palabras se me atascan en la garganta. Aun así, hago un esfuerzo titánico para que encuentren el camino y para que mi conmoción se note lo mínimo posible.

Cuando termino el discurso, bajo del escenario y veo cómo las cámaras marchan tras de mí y los aplausos aumentan. Sin pensarlo, aligero el paso y me escabullo como puedo tanto de la prensa como de los invitados que se creen con el derecho a invadir mi espacio personal. Me encierro en el primer cuarto libre que veo en el hotel para poder tranquilizarme.

«¿Por qué me ha afectado tanto verla entre el público? ¿Qué tiene esa chica de especial?».

Empiezo a jadear. El aire no entra, o entra demasiado rápido. Las manos me hormiguean, como si no fueran mías. El pecho se me cierra.

«Otra vez no. Aquí no».

Apoyo la espalda en la pared. El suelo parece inclinarse.

A veces me pregunto cuándo dejaré de huir. Me encuentro en uno de los escenarios más glamurosos de Manhattan y, aun así, siento el mismo vacío que me invadía cuando paseaba por casa de niño, sin mucho que hacer más que esperar a que el tiempo pasara mientras la ansiedad me devoraba por dentro.

Que el reconocimiento en el cine me llegara de un momento a otro ha demostrado tener sus luces y sus sombras. Cuando aterricé en Nueva York, con la mayoría de edad recién cumplida, enseguida comencé a ir a una cafetería muy distinta del Book Club que frecuento ahora. Por el tipo de café que servían, no por su gente. Estaba repleta de hombres trajeados, bien puestos; no eran de la

misma tinta que yo. Pero aquel lugar me dio algo inesperado: me permitió conocer a la persona que me presentaría al equipo con el que acabaría rodando mi primera película como director. James. Me fichó por una mezcla extraña de ingenuidad y visión que, según él, se notaba a kilómetros. Recuerdo nuestro primer encuentro: una conversación absurda e interminable sobre cine *underground*. Al final, se inclinó hacia mí y me dijo que si quería rodar algo, necesitaría gente, no permiso.

Llegué a la ciudad empujado por mi obsesión con O'Hara. En especial por «Steps», su poema-declaración de amor a la Nueva York de los años cincuenta. Ese letrista de lenguaje cotidiano logró conmoverme: me hizo creer que yo también podía ser artista aquí, sin credenciales, sin currículum. Por eso sigo en esta ciudad. Puse todo mi empeño en aquella producción, aunque no tenía respuestas para ninguna de las preguntas que me asaltaban. Jamás había participado en un proyecto así. Mi única formación provenía de biografías, memorias y catálogos de festivales que encontraba en la enorme biblioteca de mis padres. No tuvo una gran repercusión, pero poco a poco comenzó a llegar a más gente, un público que, sin ser de masas, apreciaba lo que quería transmitir. Mi historia con el *indie* quedaría sellada, pese a mis objeciones más profundas. En aquel momento, las inseguridades me precedían, como si anunciaran mi llegada antes que yo mismo. Pero, sorprendentemente, parecía no importar.

—¿Ryan? ¿Estás ahí? —El suave golpeteo de James en la puerta de mi escondite me devuelve al presente—. ¿Te sientes bien?

—Sí —respondo seco.

—Sal cuando estés listo —dice James mientras escucho cómo se deja caer al otro lado—. Solo quiero que sepas que no estás solo.

Silencio. Yo sigo respirando a trozos, como si el oxígeno viniera por fascículos.

—No tienes que demostrar nada —añade—. Ni a ellos ni a mí.

Pausa. Su voz cambia, como si estuviera rememorando algo que yo ya olvidé de mí mismo.

—Cuando te conocí, eras decidido. Peleabas por lo que creías, incluso cuando nadie apostaba por ti. Creciste solo en esta ciudad gigante, sin tenerlo fácil, y aun así te movías como si pertenecieras a este lugar. Te juro que nunca he visto a nadie tan seguro… incluso cuanto tú no lo sentías así.

Me encojo en el suelo, acurrucado contra la pared. Siento la garganta seca; odio la sensación. No sé de quién habla. Ese chico seguro de sí mismo no puedo ser yo.

—Siempre te sales con la tuya a la hora de calmar situaciones críticas —logro decir—. Yo solo quería hacer lo mismo esta vez.

Siento un roce leve contra la puerta, como si su mano descansara en ella. Un gesto que me asegura que sigue ahí, esperándome.

—A mí me pagan por hablar y medir, Ryan. A ti te escuchan porque creen en ti.

Trago saliva.

—Pero estoy fallando.

—No —dice en un tono bajo, firme y cálido—. Estás teniendo miedo. Son cosas distintas.

Una pausa.

—Respira conmigo —pide.

Y, por primera vez, lo intento.

Abro la puerta despacio. James me sostiene la mirada, callado. No dice nada; simplemente abre los brazos. No de par en par, solo lo justo para que yo pueda decidir. Me acerco. Las palabras sobran. Camino sin detenerme. El pasillo que conduce al salón principal se despliega ante mí como si estuviera preparado para mi regreso, y ahora lo veo con otros ojos. El mármol blanco y negro del suelo, decorado con geometrías perfectas, brilla bajo la luz dorada de las lámparas de pared. Los espejos enmarcados en latón duplican mi figura, asegurándose de que mis pasos sean imposibles de ocultar, por mucho que, ahora mismo, lo único que quiera sea pasar desapercibido.

Respiro hondo, escondiendo bajo llave todo aquello que he mantenido a resguardo durante años. La cara de póquer vuelve a ocupar su sitio. Una máscara ensayada en mil estrenos. A medida que avanzo, el murmullo de la gala se vuelve más nítido: el tintineo de las copas de champán y las risas medidas, sobre todo. Los invitados rezagados que se han quedado en el pasillo se giran hacia mí, creando un efecto dominó calculado al milímetro. Sus gestos y saludos son exactos, ni uno más ni uno menos: apretones de manos, inclinaciones de cabezas, sonrisas pautadas… Todo un acuerdo social en el que, por alguna razón, parece que hoy soy el absoluto protagonista.

El contraste no deja de crecer: por dentro todavía vibran en mí las palabras del discurso y las pulsaciones aceleradas en el camerino donde me refugiaba minutos antes, pero por fuera aparento tener la clave para sumergirme en un mundo dominado por trajes impecables, joyas exquisitas y perfumes que se mezclan en el aire. Camino entre ellos con la seguridad de quien se ha hecho experto

en fingir que está en el lugar idóneo, aun cuando su interior grita lo contrario.

Sigo avanzando hasta llegar al gran salón, y el espacio se abre en una explosión de lujo y excesos sin igual: techos elevados, cortinas pesadas y mesas altas exhibiendo el catering más apetecible. Me limito a ofrecer saludos cordiales, sin prácticamente alzar la mirada hacia ninguno de los presentes. Paseo la vista por la sala, y justo al frente, en una línea recta que desemboca en la barra del fondo, de espaldas, una chica sostiene su copa. Hay en su postura, en sus gestos y en la estética de su silueta una familiaridad imposible de nombrar. La chica, por fin, se gira del todo, y cuando su rostro se revela por completo, el aire se atasca dentro de mí: ella otra vez.

12

Miradas suspendidas

BROOKE

—Señorita, ¿va a subir o no? —me apremia el señor del *transfer* en un tono de estar repitiéndolo por enésima vez—. No tenemos todo el día.

No he podido reaccionar con mayor agilidad. Cuando Alessia me ha escrito diciéndome que debía estar en el portal en media hora, han empezado a asaltarme los nervios.

Me subo al coche con las piernas temblando y el bolso a medio cerrar. Durante el trayecto, dejo los ojos en reposo y comienzo a imaginar, con todo lujo de detalles, lo que está a punto de ocurrir. Como se suele hacer cuando se vive algo por primera vez.

Las ruedas del *transfer* se detienen frente a la elegante fachada de ladrillo rojo del hotel, con cristaleras lo bastante grandes como para reflejar con intensidad la poca luz del día que queda. Al alzar la vista, lo primero que capta mi atención es la bandera estadounidense ondeando. Antes incluso de poner un pie en el suelo, admiro la impecable escenografía que rodea a los grandes

eventos del Upper East Side. Una alfombra oscura guía a los invitados hasta la puerta principal. A cada lado, hileras de setos recortados en macetas delimitan un pasillo casi ceremonial. Los porteros, vestidos con uniformes azul medianoche, me reciben con una sonrisa contenida mientras los *valets* se encargan de los coches que se suceden uno tras otro. Me quedo fascinada nada más cruzar. Los vestidos de las mujeres parecen recién salidos de las páginas de una revista y sus zapatos de tacón resuenan contra el suelo de mármol logrando la fusión más cautivadora. Los hombres, en cambio, contrastan con sus trajes oscuros y pajaritas.

Accedo al interior maravillada, pero apenas pongo un pie en el salón, mi noche se tambalea, sin previo aviso. No puede ser. Ahí está él. Sobre el escenario. Diciendo palabras que ni escucho; me basta con cómo las dice. Es ridículo: quiero girarme e irme, pero mis ojos se quedan pegados a ese hombre, como si fueran más honestos que yo. ¿Cómo se puede admirar a alguien y querer huir de él al mismo tiempo? No tengo respuesta. Solo sé que no debería sentir esto. Pero lo siento. Si bien no lo admitiría ni aunque me pagaran. Menos aún tratándose de alguien que mira el mundo —y a mí— como si le perteneciera. No puedo permitir que se note lo que provoca en mí.

«¿Qué demonios hace él en mi primer evento? Ni siquiera sé si quiero saberlo. Seguro que quedarse en casa no entraba en sus planes: la oportunidad de volver a atrapar los focos siempre puede más que él».

Y entonces ocurre. Su voz se quiebra cuando nuestras miradas chocan.

«¿Soy yo la causa? ¿O hay algo más que se me escapa?».

Como si de un chispazo se tratara, una voz me saca de mis pensamientos. Me había quedado tan enfrascada en ellos que no he reparado en que Alessia me ha visto y ha llegado hasta mí.

—¿Brooke? —Alessia se acerca con la seguridad de quien domina el terreno, radiante, tendiendo los brazos—. Qué alegría que hayas venido.

Es tal como me la había imaginado por lo que me contó Fio. A sus treinta largos, irradia la confianza de alguien que sabe que tiene Manhattan a su alcance. Piel clara, corte *soft bob* —el reinante entre las aliadas incondicionales de la sofisticación sin rigidez— y pecas sutiles, realzadas por la ausencia total de maquillaje.

—¡Hola, Alessia! —le respondo aún deslumbrada—. ¡Qué elegante estás con ese traje blanco estilo *zoot suit*! Sucumbir ante el *power dressing* en el marco de noches como esta es tal acierto…

—Bien… ¡Y gracias, Brooke! No sabía si optar por este look que, claramente, no sigue el protocolo… ¿Esmoquin con chaleco, camisa de seda con corbata y pantalón de silueta acampanada? Las inspiraciones del dandismo negro me pierden —me cuenta con una sonrisa abierta—. Ven conmigo. Te presentaré a algunos amigos que han querido acercarse hoy. No puedes irte sin conocerlos. ¿Estás nerviosa? —me pregunta al percatarse de mi mirada huidiza, que se va y vuelve sin control.

—Sí, un poco. No estoy habituada a tantos flashes.

—No digas eso, parece que estás hecha para esto. Solo tienes que acostumbrarte a no pasar desapercibida.

Quizá no ande del todo desencaminada, pero todavía me hace sentir más inquieta al escucharlo.

—¿Ves aquella pareja junto al piano? Él es el director de una de las galerías más emblemáticas de Manhattan, y ella es editora de una influyente revista de arte —me señala Alessia sin detener la marcha—. Por allí está la diseñadora cuya colección viste a las actrices del momento, con un diseño lencero de cuello halter en matices violetas —de Alaïa, apunto, reconociéndolo al primer vistazo —. Y ese caballero de traje gris, ¿lo ves? La mujer a su lado, con un vestido verde azulado estilo capa y guantes de ópera a juego, es la presidenta de la fundación que organiza el encuentro de hoy y recauda millones cada año. Es quien ha presentado antes al homenajeado de la noche.

—Increíble… ¿Y ese invitado de honor? ¿Dónde está? —pregunto fingiendo indiferencia mientras bajo la voz para que solo ella me escuche.

—¿Todavía no conoces a Ryan Blake? Seguro que te has fijado en el partidazo que ha subido antes al escenario. Cuando él aparece, todos giran la cabeza al mismo tiempo. Aunque, en realidad, quien lo conoce sabe que no desea para nada ser el centro de atención.

—No puedo llegar a entender cómo alguien que protagonizó tal revuelo mediático puede ser el invitado de honor de una gala impulsada por una fundación de mujeres. —Me esfuerzo por sonar neutral, como si ese nombre no me quemara la lengua—. ¿Tú lo entiendes? ¿O no tienes ninguna opinión al respecto? —replico a Alessia con cierta firmeza.

—¡Sí, claro! Por supuesto que tengo una opinión. Pero, Brooke, no sabes la otra mitad de la historia. Esa que nadie cuenta. Sinceramente, creo que, de toda su declaración, los medios se quedaron solo con un titular demasiado fácil.

—Mmm, no sé yo —interrumpo—. Siempre es igual con estos tipos. Cualquier excusa les vale para abstenerse de asumir las consecuencias de sus actos.

—Sé a lo que te refieres, pero creo que en este caso es distinto. Lo que no salió en la entrevista es que Ryan Blake llevaba semanas peleando para que el estudio con el que trabaja aprobara una película guionizada por una mujer. Me lo confirmó Lauren Kim, mano derecha de Abigail Monroe, cuando quisieron verificarlo antes de otorgarle definitivamente el galardón a Blake. El caso es que la película por la que él luchaba fue rechazada porque «los personajes femeninos no parecían lo bastante fuertes». Eso lo sacó de quicio. Estaba furioso; por eso dijo aquella frase tan torpe, queriendo criticar el cliché, no a nosotras, las mujeres. Creo que lo que pretendía dar a entender es que las mujeres no necesitan demostrar que son fuertes a cada segundo; necesitan que se les permita crear o interpretar personajes completos, auténticos.

Toda mi indignación se desestabiliza. Si lo que me cuenta Alessia es cierto, debo admitir que aquello que yo había tomado como una prueba de su arrogancia era otra cosa: rabia mal expresada, pero con un fondo que nadie —ni siquiera yo, una fan incondicional de Ryan Blake— quiso percibir.

—Vaya…, la verdad es que no sé qué decir —me limito a responder, todavía procesando lo que acabo de escuchar.

—No digo que lo expresara de la mejor manera posible —me tranquiliza Alessia—. Y, si no lo conoces, es normal que lo juzgases… Pero ¡hoy vamos a poner solución a eso! Ven, te lo presentaré.

Antes de que pueda reaccionar, Alessia me ha cogido por el brazo y me arrastra hacia Ryan Blake. Esto es lo último que esperaba de la

noche, y solo puedo suplicar internamente que no recuerde nuestro encuentro en la cafetería. Nos acercamos a él, que está de espaldas y parece ensimismado contemplando a los grupitos de gente que viene y va.

—¿Ryan? —escucho que dice Alessia—, ¿cómo te sientes siendo el superinvitado de honor?

Ryan se da la vuelta. Creo detectar cierto reconocimiento en sus ojos cuando me ve, pero si me recuerda, no lo demuestra. Se centra en Alessia y le dedica una sonrisa algo cansada.

—No muy bien… Ya me conoces, no es que este despliegue de glamour sea mi entorno favorito.

Asiento como una tonta mientras me pregunto de qué se conocerán Ryan y Alessia. Me suena que ella trabajó en eventos relacionados con el cine al principio de su carrera, así que quizá sea de eso. En cualquier caso, si una persona tan firme y decidida como parece ser Alessia defiende a Ryan Blake, incluso a costa de su propia reputación, debe de tener motivos para ello. Pero sigo sin estar segura de si lanzarme a conocerlo es lo adecuado para mí.

—Quiero presentarte a Brooke —dice Alessia entonces, sacándome de mis pensamientos.

Con una media sonrisa, él me tiende la mano. Procuro que la mía no tiemble al estrechársela.

—Sí, ya nos conocemos. Intentó desalojarme de mi mesa favorita en mi cafetería de confianza, ¿verdad?

—No vi tu nombre escrito en ella. —Arqueo una ceja, procurando mantenerme seria.

Sus palabras me descolocan totalmente, ¡sí que me ha reconocido! Y ha esperado al momento más oportuno para decir algo sobre

nuestro encuentro… Me invade una sensación de bochorno mezclada con rabia, y rezo por que no se note demasiado el color rojo del que mis mejillas deben de estar tiñéndose ahora mismo.

—Veo que ya habéis roto el hielo —bromea Alessia.

—Digamos que tuvimos… un pequeño desacuerdo territorial —dice Ryan con una sonrisa elegante cargada de reto.

No puedo dejar de mirarlo. Hoy no luce su característica chupa negra, pero he descubierto que el traje le sienta como si hubiera sido cortado directamente sobre su piel. Cada costura abraza con precisión la forma de sus hombros y la línea de su espalda. La tela oscura no alcanza a domar la fuerza que se adivina debajo; más bien la enmarca. Cuando se mueve, el borde de la camisa se abre apenas, lo suficiente para dejar entrever parte del tatuaje que esconde en el pecho. No es un descuido: es una provocación involuntaria que me quema la garganta, que me obliga a apartar la mirada y, al mismo tiempo, me condena a buscarlo de nuevo.

Y mientras observo, pienso en lo que no se ve. En esos rumores sensacionalistas sobre una cadena rota en su muñeca y una inscripción en latín escondida en su espalda. Nunca los he visto, por supuesto. Solo existen capturas borrosas en el relato de alguien que juró haber trabajado con él. Pero los he imaginado tantas veces que casi puedo sentirlos bajo mis dedos.

Respirar el mismo aire que él no debería alterarme, pero aquí estoy, intentando parecer normal. No sé qué hacer con las manos. Paso los dedos por la tela del vestido, acaricio el broche del brazalete, como si de pronto nada encajara bien en mí… Básicamente, me convierto en una persona incapaz de existir sin hacer ruidos nerviosos con algún accesorio.

No voy a caer. No pienso caer en sus encantos. Me da exactamente igual que esté aquí. De hecho, lo voy a ignorar el resto de la noche, cuando termine esta conversación. Mi cabeza gira por cuenta propia y me topo con su mirada. Directa. Inoportuna. Parece que me hubiera estado esperando. El pulso me late en las sienes, como si todo mi cuerpo estuviera atrapado en ese punto invisible que nos une. Intento apartar la vista, pero mis ojos no obedecen. Él tampoco rompe el contacto. Es… incómodo. De esos silencios visuales que te obligan a pestañear y perder. Y, como era de esperar, pierdo yo.

El murmullo de voces sigue envolviendo el salón, aunque yo apenas lo oigo. Mi atención está puesta en él, tan seguro, tan impecable, como si la sala entera estuviera pensada para sostenerlo. Alessia lo decía: que era distinto, que su comentario había sido un error, que detrás había mucho más de lo que la prensa había querido contar. Deseo creerla, de verdad que sí. Pero mi carácter no me lo pone tan fácil. Prefiero probar, cuestionar, no entregarme sin más.

Termino por perderme en sus ojos, y siento que mi desafío empieza a volverse contra mí. Su presencia elegante me desarma, su calma me irrita y me atrae a partes iguales. No sé cuánto más podré fingir que no me interesa lo más mínimo. Alzo la copa, dibujo una sonrisa que mezcla resignación e ironía, y le hablo directamente, sin apartar los ojos de los suyos.

—Nada que una ciudad llena de cafeterías no pueda resolver, ¿no?

—Manhattan llena de cafeterías… suena tentador, pero la ciudad tiene mucho más que ofrecer —dice, mirándome—. ¿Por qué no te lo demuestro? Acompáñame a cenar. —Se gira hacia Alessia—. Vente tú también. Así nadie pensará que intento acapararla.

Siento un cosquilleo en el estómago, una punzada de curiosidad fusionada con alarma. Parece tan seguro de que aceptaré… Como si siempre consiguiera todo lo que quiere.

Podría limitarme a reír, a encogerme de hombros, a rechazar la invitación. Pero una parte de mí, la fan incondicional de su cine, la que ha pasado horas y horas escribiendo sobre él en el blog, se resiste a negarse. Me quedo mirándolo, incapaz de decidir si está seduciéndome, manipulándome o… arrastrándome a algo mucho mayor de lo que imagino.

Contra todo lo me había prometido, acepto el primer movimiento de su juego.

—Si crees que me dejaré encandilar tan fácilmente, te equivocas. Pero sí, iré a esa cena.

13

La chica del café

RYAN

El corazón me da un vuelco extraño. No sé por qué ella parece reconocerme antes de que yo pueda hacerlo. Una sacudida leve, como un eco del pasado, me advierte que esta noche no terminará como todas las demás. Es ella. La chica del café.

Lo que no acabo de comprender es la imagen inesperada que me golpea con la fuerza de un impacto seco antes de girarse del todo: el instante en que hallé la carta en el despacho de mi madre, escrita a un amor prohibido que dejó ir por unas exigencias que, muy en el fondo, sé que no la convencían. Aquella fue, sin lugar a duda, la gota que colmó el vaso, la revelación que me empujó a huir de casa jurándome que a mí no me ocurriría lo mismo. Por eso, entre otras cosas, me marché. Por eso supliqué que no me buscaran.

Nuestros ojos se encuentran por encima del ruido de las copas y de la música, y en esa fracción de segundo suspendida tengo la certeza absurda de que puede verme por dentro. De que, entre todos los que llenan el salón, solo ella es capaz de leer lo que

escondo. Su mirada me atraviesa como un espejo al que no puedo mentir, como si todo lo que he intentado ocultar durante años —los miedos, la huida, la máscara que llevo pegada— quedara desnudo bajo sus pupilas.

El tiempo parece dilatarse, detenerse en ese momento. No existen los invitados, ni los focos ni los murmullos: solo la tensión que vibra entre los dos, como si hubiéramos sido arrastrados hasta aquí por algo que nos trasciende. Y entonces llega el torbellino. Una fuerza que, en segundos, cose las grietas que dejaron aquellas veces en que pensé que no resistiría.

No lo veo venir, pero me cala. Es una corriente que me sacude desde dentro, una combinación imposible de vértigo, calma y miedo. Noto el pulso acelerarse y, al mismo tiempo, la respiración detenerse, como si mi cuerpo no supiera qué hacer con lo que siente. Nunca me había pasado. No así. No con alguien a quien, en realidad, no conozco. Su presencia altera el orden de las cosas, me obliga a mirar hacia lugares que había sellado a conciencia. Me pregunto quién es ella realmente, de dónde viene esa sensación de familiaridad que no logro explicar. Es como si la recordara de una vida pasada.

Al mirarla, lo entiendo con una claridad que abruma: tomé la decisión correcta al irme. El juramento que hice, asegurando que no viviría con secretos que me condenaran de la misma forma, de repente obtiene el mayor sentido del mundo. Y cuando dice que acepta mi invitación, apenas escucho el resto. Siento cómo dentro de mí todo se recompone, como si esa palabra —sí— bastara para alterar el rumbo de la noche. No sé qué me inquieta más: la idea de volver a verla o lo que esa certeza empieza a remover en mí.

14

Locos años veinte

BROOKE

A la salida, Ryan se adelanta para ir a buscar las chaquetas de todos en el guardarropa. Yo me quedo rezagada junto a Alessia. Del tal James no hay rastro. Alessia me ha chivado que es el agente de Ryan, y solo de pensar en la ola de críticas que habrá tenido que manejar en las últimas semanas, tras las declaraciones de su representado, siento tanta empatía por él que es como si ya lo conociera.

—James me ha dicho que nos va a alcanzar luego, una vez que estemos ya en el restaurante. Primero tiene que pasar por casa para acostar a su hija —señala Ryan.

—¿Seguro que no está intentando librarse un ratito de ti? —le pincho.

Él me lanza una media sonrisa incrédula.

—Para que lo sepas, aparte de mi mánager, James es mi mejor amigo, la persona que se encuentra detrás de cada una de mis

burradas. Así que no, no creo que esté intentando librarse. Aunque te cueste creerlo, hay gente a la que le gusta pasar tiempo conmigo.

—Me imagino, me imagino… —murmuro con una sonrisa torcida, cabizbaja, dando a entender que, en efecto, no me lo creo.

—Brooke, vamos a cenar en un lugar que algo me dice que va a encantarte… —comenta obviando mi respuesta.

Me quedo mirándolo, intentando averiguar por qué lo tiene tan claro.

Tomamos un taxi que nos deja en la entrada de un restaurante llamado Le Veau d'Or.

Parece un lugar suspendido en el tiempo: a diferencia del salón en el que se ha celebrado el gran encuentro de la noche, no grita lujo, aunque, en cierto modo, sí que lo susurra. Las paredes son de madera oscura y los espejos que decoran la sala están empañados, haciéndome rememorar una época en la que la elegancia bebía más de la discreción que de la ostentación. Las lámparas colgadas tiñen de ámbar cada uno de nuestros gestos. Todo lo que ocurre aquí aparenta tener un aire francés de lo más magnético.

Las mesas, vestidas con manteles blancos, parecen estar colocadas lo suficientemente cerca como para escuchar el murmullo de los comensales más cercanos, pero a la vez se ven envueltas en una intimidad que hace que cada plato se convierta en una confesión. A nuestra derecha, me fijo en una mujer enfundada en un *blazer vintage* firmado por Chanel Haute Couture, con botonadura dorada y una camelia blanca a modo de broche. A su izquierda, un señor, junto a su bloc de notas, sostiene uno de esos bolígrafos Montblanc que cualquier escritor, entre los que me incluyo, desearía tener en su colección. Mientras tanto, en la barra, apoyado sin

terminar de sentarse en una de las sillas altas de piel color whisky, otro hombre hace sonar su Dupont clásico con ese chasquido tan característico. Apostaría a que todos ellos están disfrutando de una tranquila soledad elegida.

El *maître*, que parece reconocer a Ryan, nos conduce a una de las mesas: él y yo nos sentamos en el banco de cuero, y Alessia, en cambio, elige la silla, dejando la otra libre para cuando James decida hacer acto de presencia. Mientras cenamos delicias como *pâté en croûte* y *poulet à l'estragon* hablamos de la gala y explico el motivo de mi presencia allí y mi trabajo. Tengo una sensación un tanto extraña, como de estar en un escenario íntimo, en el que nada se exhibe y todo se insinúa. Y no hablo de los elementos materiales que nos rodean. Siempre he creído que se me da bastante bien leer entre líneas, y con un trabajo como el mío no tengo problemas a la hora de charlar con gente nueva, pero ahora siento que estoy en una danza alrededor de los temas importantes, que debo parecer cortante y ocultarme o, si no, habré perdido el juego.

«¡Menuda gilipollez! Esto va en contra de todo lo que siempre defiendo —me digo—. ¿Cómo vamos a crear conexiones reales si nos empeñamos en esconder lo que somos?».

En ese momento un hombre que se acerca a nuestra mesa interrumpe el hilo de mis pensamientos.

—¡Hola, chicos! ¡Perdonad! Asuntos familiares… Una hora más tarde…, pero ¡ya estoy aquí! ¿Cómo va la cena?

—James, siéntate, venga. ¿Te apetece cenar o pasas directamente a los cócteles de Temple Bar? —dice Ryan, confirmando lo que ya imaginaba—. ¿Y cómo está la niña de mis ojos?

Por un momento, no entiendo a qué se refiere y pienso que habla de alguna chica, hasta que caigo en que se trata de la hija pequeña de James a la que tenía que acostar antes de venir. Noto el peso de la mirada con destello burlón de Ryan, entretenido con mis gestos. Quizá son imaginaciones mías, pero cada palabra suya parece destinada a provocarme.

—Está estupendamente. Pero no cenaré, lo he hecho con Maggie. Ahora ya duerme, así que tengo todo el tiempo del mundo. Podemos ir al Temple cuando queráis.

—Hace siglos que no piso ese bar, ¡qué ganas tengo de volver! —exclama Alessia poniéndose en pie.

Mientras escucho a James, me fijo en su aspecto: cuarenta y tantos, cabello ondulado castaño oscuro, esos ojos azul acero que parecen atravesarte y una mandíbula marcada que, por cierto, comparte con Ryan. Incluso le ha dado tiempo a cambiarse de ropa: vaqueros oscuros y unas zapatillas de deporte negras impecables. El tipo de hombre seguro y agradable que gustaría a cualquier mujer, aunque un poco mayor para mí. Eso me hace pensar en Valentina: le encantan los hombres mayores. Contengo una sonrisa imaginando su reacción si conociera a James.

Nos dirigimos al lugar donde terminaremos la noche, un bar icónico del que he oído hablar, aunque todavía no he tenido la oportunidad de visitarlo desde que estoy en la ciudad. Es precisamente la clase de sitio que me gusta: un espacio clandestino y con muchísima historia. El trayecto lo hacemos todos juntos en el coche de James, algo que me sorprende porque nadie en Nueva York parece conducir; aquí todo el mundo se mueve en taxi, en metro o, según he visto en la gala de hoy, con chófer privado. Por

suerte, Ryan se sienta junto a él en la parte delantera y tengo un poco de espacio y tiempo para procesar lo que estoy viviendo esta noche. Cuando por fin nos detenemos ante las puertas del bar, me doy cuenta de que lo reconozco perfectamente: es uno de los escenarios de *Subway Hearts*, la segunda película de Ryan.

—Brooke, ¿ves lo que decía? Este bar era el favorito de artistas e intelectuales a finales de los años ochenta —me cuenta Ryan—. Tú te dedicas a la moda, ¿no? Quizá te interese saber que Lauren Hutton y Helen Marden lo frecuentaban.

Aunque me aseguro de que mi cara no me delate, me gusta que me haya escuchado hablar de mi trabajo y que intente trasladarme su entusiasmo por este lugar. También me sorprende que mencione a modelos y artistas del mundo de la moda en lugar de hablar de su propia obra; de hecho, apenas ha nombrado su trabajo, y eso que tiene motivos para presumir de su éxito. En cualquier caso, no pienso confesar que conozco este sitio porque él mismo, sin saberlo, me lo mostró. No sé a qué estamos jugando, pero siento que si revelo mis cartas y lo mucho que admiro su obra tendré más posibilidades de perder.

—¿Ah, sí? Me encanta estar en lugares que ocuparon personalidades tan icónicas. Además, ahora mismo, con ese cuadro —me giro para señalar el que tengo justo detrás— me siento como F. Scott Fitzgerald en los locos años veinte. ¿Lo conoces, Ryan? Es *Saturday Night*, de Archibald Motley. Evoca el *Harlem Renaissance* y toda la extravagancia de la época.

—¿Te gusta Fitzgerald? —pregunta con una mirada cómplice—. Es de mis escritores favoritos. Lo llamaban la voz de la era del jazz (un género que me obsesiona). Su impulso vitalista y su carácter

autodestructivo lo llevaron a formar parte de la Generación Perdida. ¿Cómo empezaste a interesarte por él?

—En *El gran Gatsby* escribió: «La ciudad que se ve desde el puente de Queensboro es siempre la ciudad que se ve por primera vez, en su primera y salvaje promesa de todo el misterio y la belleza del mundo». Y siento que esa es exactamente mi visión de Nueva York.

—Ahora lo comprendo —dice asintiendo despacio—. Esa celebración de una época dorada llena de sátira, excesos, café interminable y moda desenfrenada sigue persiguiendo a los espíritus bohemios incluso hoy. Y déjame adivinar… Seguro que no puedes dejar de sentirte como una *flapper*.

Lo miro sin disimular mi sorpresa. Conectar con alguien a través de gustos culturales es de las mejores sensaciones del mundo…, incluso si se trata de él.

—No voy a negarlo —respondo con una sonrisa—. Me fascinan: mujeres libres, hedonistas, que rompieron con la idea de la mujer discreta y «correcta».

—Ya decía yo… ¡Se te nota, Brooke! ¿O será que sé leerte? —asegura Ryan, recuperando ese aire de superioridad que tanto me irrita.

—Esta vez me siento contigo —le digo a Alessia mientras ella nos pide sendas copas de vino blanco.

—Ya era hora —responde con una sonrisa amplia—. Creía que me estabas evitando.

—¿Evitarte? —Me río—. Eso es imposible, tu alegría y tu don de gentes son demasiado contagiosos.

—Son dos de mis mejores cualidades, ¡qué te voy a decir! —bromea con su encantador acento británico—. Pero bueno, cuéntame. ¿Cómo te está tratando la ciudad? ¿Ya te sientes como en casa?

Me quedo en silencio un momento, pero decido contarle lo que me preocupa.

—Creo que Fiorella va a tener que mudarse otra vez… Me ha dicho esta mañana que ya lo hablaremos con calma. Pero como soy de adelantarme a los acontecimientos, prefiero prepararme desde ya.

—Fiorella no me ha comentado nada… —responde Alessia frunciendo levemente el ceño—. Solo te diría que no te precipites. Si todavía no está confirmado…, quizá termine quedándose, o incluso no se marche hasta dentro de bastante tiempo.

—Lo sé, tienes razón. Supongo que me asusta quedarme sola tan pronto. Apenas estoy aprendiendo a hacerme a la ciudad.

Alessia apoya la barbilla en una mano y me observa con curiosidad.

—Y si finalmente se va…, seguro que encuentras a alguien encantador para compartir piso, si decides seguir haciéndolo. Nueva York está lleno de personajes interesantes.

—Sí, pero a algunos preferiría conocerlos solo en las películas —bromeo dirigiéndole a Ryan una mirada furtiva, provocadora. Me sorprendo al ver que sus ojos ya están puestos en mí, pese a que James continúa hablando y esforzándose en mantener la atención de su amigo.

Ella suelta una carcajada y me mira como si quisiera escarbar más allá.

—¿Y tú qué escondes, Brooke? Tienes cara de ocultar algún secreto.

—Es todo un enigma —dice Ryan metiéndose en nuestra conversación—. Normalmente leo bien a la gente, pero contigo ni siquiera sabría decir si te arrepientes de haber empezado una nueva vida o si sientes que has nacido para estar en el seno de Manhattan.

—¡Ryan, a lo tuyo! —lo corto antes de que pueda decir nada más.

Ryan alza las manos en señal de rendición, y él y James se levantan para salir a fumar. Según nos dice, aunque el director no soporta el olor a tabaco, su amigo del alma no logra dejarlo, por lo que no tiene más opción que acompañarlo cada vez que el vicio lo llama.

—Tal vez… —le digo a Alessia retomando la charla algo más tranquilas. Dudo un segundo, pero algo en su actitud me anima a seguir—. La verdad es que tengo un blog. Es anónimo, nada del otro mundo, pero ahí puedo expresar lo que no digo en voz alta. Firmo con *Entre Sorbos*. Pero no se lo cuentes a nadie.

—Un diario público, pero sin nombre —dice probando las palabras —. Me gusta.

—Al principio era solo un pasatiempo —respondo bajando un poco la voz—. Escribía sobre cine, sobre lo que me gustaba de ciertas películas, la dirección, la magia de las alfombras rojas… Cosas así.

—¿Y lo lee alguien? —pregunta con una sonrisa que mezcla curiosidad y picardía.

—Más personas de las que imaginaba. Aunque…, bueno, me da cierta vergüenza admitirlo, pero mucha gente me sigue porque

escribo sobre las películas de… Ryan Blake, precisamente.

—¿Nuestro Ryan? ¿Él?

—Sí. Al principio eran textos de admiración, sobre su estilo narrativo y su dirección, su forma de contar historias. Pero luego… —Me muerdo el labio—. Tras el lío de sus declaraciones, me decepcionó. Mi último artículo, de hecho, fue para criticarlas. Antes lo pintaba casi como un genio; después, como un hombre al que había que bajar del pedestal. Quizá sea mejor así.

Alessia me observa en silencio, esperando algo más. Sus ojos me invitan a soltar lo que llevo semanas guardando.

—Lo curioso… —añado al final— es que él se dio por aludido.

—¿Cómo que se dio por aludido?

—Compartió parte del texto de la entrada de mi blog en su cuenta de X, insinuando que estaba dispuesto a hablar con quien fuera para contar su versión. Lo que más lo indignó fue notar el cambio de tono en mis escritos.

—¿E hiciste algo al respecto? ¿Reaccionaste? —Alessia pone los ojos como platos.

—Nada. —Me encojo de hombros, aunque por dentro siento el nudo de aquel instante—. No tiene ni idea de que soy yo quien escribe, y prefiero que siga siendo así.

La sorpresa aún domina el habla de Alessia cuando me disculpo para ir un momento al aseo. Al volver a la mesa, de camino veo que James y Ryan están en la entrada, de espaldas a mí, aparentemente concentrados en la conversación. No es mi intención cotillear, pero no puedo evitar oír que James le pregunta:

—Tío, ¿y qué vas a hacer con ella?

—No hay nada que hacer —responde Ryan en un tono áspero.

—Vamos, no me digas que ya lo has resuelto. Esa chica no parece dispuesta a soltar el pasado.

Ryan suspira molesto.

—No es pasado que yo eligiera… —hace una pausa breve— ni que yo quisiera.

James alza las manos como quitándose de en medio y con una sonrisa forzada intenta rebajar la tensión.

—Vale, vale, no te pongas así. Solo te digo que tarde o temprano tendrás que enfrentarlo.

Se dan la vuelta y se dirigen a la mesa; yo espero unos segundos antes de seguirlos. No tengo ni idea de qué iba eso, pero el tono grave de Ryan se me queda grabado en el cerebro.

No es que Ryan y yo hayamos hablado demasiado en toda la noche, pero he notado que compartimos miradas y cierta complicidad que va más allá de las palabras. Hay algo en él que me atrapa, como un imán que no entiendo y que no sé cómo gestionar conmigo misma. Y, aunque no quiero dejarme llevar por una fantasía, diría que a él le pasa lo mismo.

El problema es que, después de lo que he escuchado, no puedo evitar cambiar de gesto. Me vuelvo seca, distante. No tengo derecho a enfadarme, lo sé, pero la rabia me brota sola, como si me estuviera traicionando a mí misma. No puedo evitar preguntarme quién es esa chica de la que hablaban, la que logra que Ryan parezca tomarse algo en serio por una vez.

Ryan le pide a James que me lleve a casa. No hay miradas largas ni palabras que intenten salvar la noche, solo un gesto cortés que me deja la sensación de haber arruinado algo que ni siquiera había empezado.

Regreso a Queens, a mi vida tranquila y sin focos, a un piso demasiado pequeño y a calles que ya conozco. Pero me voy con la certeza incómoda de que, por más que lo intente, no conseguiré dejar de pensar en él.

15 de septiembre de 2024

¡Querido Espresso Society!

¿Creéis que se puede conocer a alguien por accidente?

Hoy me he despertado más reflexiva de lo habitual (y ya sabéis que eso es mucho decir). Ahí va mi opinión: siempre hay una razón detrás de cada encuentro. Un propósito que está por encima de las dos almas que conectan. De pequeña solía pensar que esa conexión se hallaba en todas partes, que era algo sencillo, que acompañaba al primer saludo que ofreces a cualquiera. Con los años comprendí que no era del todo así. Que, entre millones de personas que habitan este planeta, esa pequeña chispa se enciende con muy pocas. Y no siempre lo hace; hay que estar predispuesto.

¿Os habéis preguntado alguna vez cuánta intimidad puede esconder una conversación cotidiana? Yo, infinitas veces.

¿Y si esa conversación es con alguien *a priori* desconocido?

O mejor aún, ¿y si conectas a través del arte de alguien a quien nunca has tenido el placer de conocer? El arte tiene esa extraña capacidad de anticipar los encuentros: nos une sin permiso, nos prepara sin aviso.

A veces basta una película, una mirada detrás de la pantalla, para sentir que alguien allá fuera ha puesto palabras o imágenes a algo que tú apenas intuías. Pero claro, lo peligroso de eso es que uno empieza a construir expectativas. Esperas que quien te ha tocado con su obra te deba algo, como si tu emoción le perteneciera también.

Y la verdad es que no, no te debe nada. Su misión, quizá, era solo despertar algo en ti. Nunca sabes dónde vas a encontrar a esas personas que dejan huella.

Solo puedes vivir, permanecer atenta, y cuando la chispa se encienda, dejarte quemar un poco. Porque a veces es más fácil abrirte con quien no conoces del todo… o con quien crees no conocer.

Y entonces lo entiendes: los encuentros que acercan no siempre ocurren cara a cara. A veces suceden entre una mirada proyectada y otra que observa en silencio.

Y cuando, por fin, ambas coinciden, algo se completa. Así me he sentido yo últimamente. ¿Destino o tan solo me he permitido reconocerla?

Entre Sorbos

15

Entre bambalinas

RYAN

Las cámaras me observan como si buscaran arrancar lo más oculto de mí. James me lo advirtió: debía concienciarme. Sé que solo se trata de un documental, pero, teniendo en cuenta que va a narrar la historia que se esconde tras *Unscripted* —la película que cambió mi vida—, creo que es totalmente lícito sentir que no dejan de interrogarme. Mientras me ajustan el micrófono de corbata sobre la camisa, que me han puesto en contra de mi voluntad, pienso en escribir a Brooke. Ya han pasado cuatro días desde que nos conocimos debidamente en la gala y me siento absurdo: estoy aquí, rodeado de periodistas, productores y técnicos, y lo único que me importa es una historia que apenas ha comenzado.

Nunca nos habíamos planteado lanzar al mundo un producto audiovisual que revelara, al detalle, cómo se impulsó la producción que me posicionó como director de cine *indie*. Para mí fue el inicio de *Unscripted*, pero también mi renacer en una ciudad completamente nueva. Es algo que muy pocos saben, pues me

encargué de que permaneciera oculto, aunque siempre soñé con aportar mi grano de arena a una red de cineastas comprometidos con historias auténticas. Fue un lanzamiento que la crítica nicho calificó, con el tiempo, como un debut revolucionario, alejado del sistema de los grandes estudios de la industria. Y, además de despertar interés entre una discreta masa de fans, también obtuvo una presencia abrumadora en los festivales de cine independiente más reconocidos y en revistas especializadas enfocadas en promover caras nuevas y creadores con personalidad.

Decidí, desde el comienzo, que me mantendría distante, apartado de las tendencias del momento y de los altos presupuestos. Que proyectaría narrativas poco convencionales centradas en la expresión artística y no en el éxito comercial. Mis títulos siempre han brillado más que yo. Y lo cierto es que no me importa; al contrario, es algo que me permite controlar mi imagen pública. Nunca he sido la cara visible en eventos masivos: las personas que me rodean se han encargado de asistir en mi representación. Menos James, claro. Él evita los focos tanto como yo. Estoy convencido de que muchos de los seguidores que admiran mis trabajos no saben ni quién soy. Y no hablo siquiera en un plano más emocional, sino en cuanto a mi aspecto físico.

Las luces rojas de las cámaras continúan descansando. Cada vez estoy más confundido. James me mira con esa expresión que precede a una puñalada disfrazada de broma. El equipo del documental está cambiando de posición las cámaras; los focos no dejan de apagarse y encenderse como si respiraran. Aprovecha el murmullo del parón para soltarlo, casi en un susurro:

—Y el artículo de ese blog que te gusta, ¿todavía te preocupa?

El comentario me desarma más que cualquiera de las preguntas que estaban haciéndome sobre *Unscripted*. Nadie en este rodaje tiene idea de lo que me importa ese rincón anónimo en internet. Salvo James. Puedo reírme, fingir indiferencia, responder con cierta ironía. Pero en mi cabeza resuena la voz del blog que parecía estar escrito solo para mí.

Cuando lo leí por primera vez, supe que algo había cambiado en mi interior, que la estabilidad por la que había estado peleando, de repente, no tenía sentido alguno. Toda ella llamaba a la locura. Me estaba invitando a vivirla a través de sus letras como nunca nadie lo había hecho antes.

No necesitaba verla para sentirla. Estaba en cada palabra, en cada pausa, en la manera que admiraba mi trabajo como director con una claridad sin igual, sin adulación hueca, sin exageraciones. Había en sus textos una dulzura que no conocía límites, capaz de arrancarme sonrisas en los días más grises, y una fuerza escondida que emergía de pronto en una frase, como quien golpea la mesa y te obliga a modificar el rumbo de tu mirada. Esa mezcla me sostuvo más de lo que me gusta admitir.

Y entonces, algo cambió. Su estilo, su voz. Como si, de un día para otro, hablara otro idioma. Uno nuevo, más afilado, más directo. Sus palabras empezaron a dejarme sin aire, parecían clamar algo que no alcanzaba a entender. Y ahí fue cuando perdí la poca cordura que me quedaba. Porque, si antes me atraía su dulzura, ahora ese doble filo era lo que me mantenía enganchado.

Con la chica del blog me une una fascinación emocional e intelectual que nunca antes había saboreado. Me descubro

vulnerable desde la distancia, atrapado en sus textos. Jamás imaginé que algo tan imperceptible pudiera ser tan real.

James sigue mirándome, esperando una respuesta.

—¿Todavía piensas en ello? —repite tratando de sonsacar la confesión.

Siento la urgencia de las cámaras preparándose de nuevo. La luz roja está a punto de encenderse. Lo miro de reojo, sin intención de dar explicaciones.

—Siempre pienso en demasiadas cosas.

Él sonríe, y yo sé que es porque me conoce como si fuera su hijo.

Decido pedirle su contacto a Alessia. Es la única salida lógica. Formal, inocente, sin doble intención aparente. Le digo que necesito hablar con Brooke por un tema de trabajo, aunque sé que no me cree ni por un segundo. Estoy convencido de que intuye la verdad: que detrás de esa excusa lo que busco es desnudar mi miedo, ver si lo que siento tiene correspondencia o si es otra ilusión fabricada por mi incansable imaginación.

Saco el teléfono. La pantalla se ilumina, haciéndome saber que soy el único que queda en el plató. James me espera fuera. O eso supongo. Abro el chat. Mis dedos dudan sobre el teclado.

«Hola, dueña de todas las cafeterías de Manhattan. Soy yo, Ryan. Le he pedido tu número a Alessia. Te apetece quedar un día?».

Leo las palabras como si no fueran mías. Me parecen torpes, demasiado confiadas y demasiado frías. Las borro.

Pruebo otra vez.

«Sé que puede sonar extraño, pero me gustaría verte. Tomar un café…, hablar sin guiones ni cámaras. Qué te parece?».

Lo elimino de nuevo. Me quedo mirando la pantalla en blanco un buen rato, hipnotizado, como si esperara que ella escribiera por mí.

El corazón me golpea con fuerza en las costillas. La risa se apodera de mí de repente, sin previo aviso. He dirigido escenas imposibles, he coordinado a cientos de personas en rodajes caóticos, he tomado decisiones contrarreloj… y ahora tiemblo por un mensaje. No es miedo a ella. O quizá también. Es miedo a mí. A lo que pueda pasar después. A confirmar que ese vértigo que siento cada vez que pienso en Brooke es real, tangible. Y, a la vez, miedo a perder la magia de lo desconocido, de la idealización. Porque, mientras que la chica del blog sigue siendo un misterio, Brooke se está convirtiendo en una apuesta definitiva.

Respiro hondo. Vuelvo a escribir.

«Brooke, me preguntaba si te apetecería quedar un día. Algo tranquilo, sin más. Me gustaría verte».

Mejor. Tiene la sencillez que busco. Pero otra vez dudo y lo borro.

El set está en total silencio. James vuelve a entrar y me lanza una mirada desde la otra punta, como si intuyera la batalla que me consume.

Lo intento de nuevo.

«Un café el próximo fin de semana? Me gustaría verte».

Borrado.

Cada versión me parece mucho peor que la anterior. Y sin embargo, cada mensaje borrado me acerca a lo que de verdad quiero decir: que tengo miedo. Que estoy cansado de huir. Que la vida es demasiado corta como para seguir escondiéndome detrás de pantallas, focos y fantasmas. Me llevo una mano al rostro, cansado. Pienso en ella riendo, en esa manera que tiene de inclinar la cabeza

cuando te está escuchando, en la calma extraña que me da su presencia. Pienso en las noches leyendo el blog, en el vértigo de sentir que alguien me habla desde un lugar al que no puedo llegar. Y entonces entiendo que no se trata de elegir entre ellas. Se trata de elegirme a mí. De dejar de posponer.

Escribo sin pensar demasiado:

> Hola, Brooke. Soy Ryan. Le pedí tu número a Alessia. Te apetece quedar un día y pasamos un rato juntos?
> Escojo yo la cafetería

No lo borro. Permito que las palabras respiren un instante en la pantalla. Lo releo una vez, con el pulso acelerado, consciente de que ese mensaje no es solo un puñado de letras, sino un salto al vacío. No quiero abrirme a nadie por miedo a las consecuencias. No me gustaría que Amélie lo descubriera y volviera a insistir en que regrese. La conozco: mis padres soñaban con nuestro matrimonio, y a ella le convenía más que a nadie. Antes de que la duda me alcance de nuevo, pulso «Enviar».

El sonido leve de confirmación me golpea. Ahí está. He cruzado la línea. Me quedo mirando la pantalla, quieto, como si esperara que algo ocurriera al otro lado de inmediato. Lo que siento no es euforia, tampoco temor. Es algo distinto. Una paz nueva, extraña, como si al soltarlo hubiera recuperado una parte de mí que llevaba demasiado tiempo escondida.

No hay marcha atrás. He dado el paso. Por mí, y por todas las veces que he callado.

Por fin.

16

La galería del West Village

BROOKE

El agua caliente me cae sobre la cabeza y me quedo inmóvil, como si la presión del chorro pudiera aclararme un poco las ideas. Me enjuago el pelo despacio, disfrutando del olor a limpio. Mientras la espuma resbala, pienso en lo que tengo por delante hoy: un café con Fio y, después, un paseo por el SoHo. Uno de esos recorridos matutinos que se sienten como un regalo propio. No uso secador. Desde que me quemé el pelo en la adolescencia —raíz incluida— juré que nunca más. Da igual la estación: dejo que el pelo se seque al aire, a su ritmo. Frente al espejo, me maquillo con calma, aunque apenas lo necesario: crema hidratante, protector solar y un toque de colorete rosado para aparentar buena cara. Ah, y el *gloss*, mi gran aliado (siempre que no sople el viento, claro). Espero a Fio en el salón, ajustándome las zapatillas de rejilla beige sobre los sillones que colocamos bajo los cuadros cósmicos que Thomas se trajo del coworking al que fueron la semana pasada, porque —al parecer— uno de los participantes quería deshacerse de ellos. Remato el look

con vaqueros de tinte claro y una camiseta tipo polo de rayas horizontales en crudo y berenjena, dos piezas que nunca fallan si lo que buscas es bailar al son de las tendencias sin prescindir de una comodidad extrema.

Cuando Fio está lista, bajamos juntas hasta The Quiet Cup. El olor del espresso recién molido nos recibe nada más cruzar la puerta.

Con las tazas humeantes sobre la mesa, Fio suspira y suelta sin rodeos:

—¡A Thomas y a mí nos han invitado a la Universidad de Columbia a conducir algunas sesiones de mentoría! —Sus ojos se iluminan—. Me hace muchísima ilusión saber que voy a transmitir mi pasión por la biotecnología espacial y la astronomía a las generaciones más jóvenes, como hicieron conmigo.

—¿Qué dices, Fio? ¿Y eso? —respondo con entusiasmo—. ¡Es increíble!

—En el coworking conocimos a Natalia Becker, doctora e investigadora de Columbia. Le impresionó nuestra forma de pensar y nos animó a colaborar como mentores en un programa de emprendimiento biotecnológico —explica gesticulando con las manos —. ¡Nos ha citado el lunes que viene para una formación con otros mentores, y el martes arrancamos!

—¡No me lo creo! —digo llevándome las manos a la boca—. ¡Felicidades! Tanto Thomas como tú os lo merecéis.

Fio sonríe, algo nerviosa, y da un sorbo a su café.

—Gracias, Brooke. Todavía me cuesta creérmelo —susurra con excitación e incertidumbre.

Durante un momento, solo se oye el tintinear de las cucharillas contra la porcelana, y pienso en lo lejos que te puede llevar una

pasión, y en lo rápido que pueden cambiar las cosas cuando por fin te encuentras en el lugar correcto.

Tras dos horas de conversación ininterrumpida y anuncios reveladores, me despido de Fio en la puerta de la cafetería y echo a andar en dirección al SoHo. Recorro las calles del creativo barrio, sin rumbo fijo, y me entretengo imaginando la vida que promete cada escaparate. Camino y camino, hasta que los pies me llevan a adentrarme en Central Park. Allí me dejo caer en un banco, como si la ciudad entera me hubiera empujado a detenerme. Otoño resulta, definitivamente, la mejor época para admirar el parque: se tiñe de un dorado resplandeciente, una paleta de hojas rojas, ocres y amarillas. El aire es fresco, con un halo melancólico. La luz del sol, suave, se filtra entre las ramas desnudas. Central Park se convierte en un remanso de calma dentro del bullicio neoyorquino, con parejas caminando del brazo, ancianos leyendo el periódico bajo el abrigo, corredores atravesando los distintos caminos como si nada pudiera detenerlos.

Es sábado y, según el calendario que me marqué para el blog, hoy debería repasar los estrenos de cine de los últimos días y cotillear, a mi manera, los mejores y peores looks de las respectivas alfombras rojas. Desde mi artículo sobre Ryan y sus declaraciones, mis lectoras han aumentado, y parece que les gusta que me muestre un poco más cercana y vulnerable, así que me he propuesto dos cosas: una, dirigirme a ellas con confesiones más íntimas, para que me conozcan un poco más, y dos, centrarme en sucesos de moda. Al principio no quería mezclar mis escritos personales con mi trabajo, pero quizá así consiga, al fin, un puesto fijo en la industria de esta ciudad, que es a lo que aspiro.

Aún sentada en el mismo banco, cojo el portátil y respiro hondo, como si las palabras fueran a decidir mi destino. Pero lo cierto es que me cuesta concentrarme. Por mucho que intente descifrar cortes, tejidos y terminaciones, hay algo que no me suelta: la profundidad de su mirada. La tengo grabada en la cabeza como si hubiera ocurrido ayer.

Y luego está el mensaje. El que me envió hace varios días y al que aún no he contestado. Lo he dejado en espera, como si el tiempo pudiera hacerlo por mí. Tal vez porque en la cena con James y Alessia escuché, aunque fuera sin querer, que en su vida todavía queda alguien del pasado. Y yo, que no quiero malinterpretar ni dar pie a nada, he preferido mantener la distancia. Hasta ahora.

Vuelvo a mirar la pantalla. El cursor parpadea como si me acusara de cobarde. Una parte de mí quiere aparentar que no me importa lo más mínimo. A la otra, en cambio, le gustaría preguntar todo aquello que no debo.

Al final, me obligo a teclear algo sencillo y directo:

> Hola, Ryan. Me gusta la idea.
> Pero no me fío de que sepamos
> guardar las formas en una cafetería,
> dado nuestro historial. Ve buscando
> otro plan. Cómo lo tienes para vernos
> esta tarde?

Pulso la tecla de «Enviar» y cierro los ojos un segundo. Siento el vértigo inmediato de quien se lanza al vacío sin red. Y entonces, solo entonces, me doy cuenta de que el corazón me late tan acelerado que parece que acabo de correr medio Central Park.

No tarda ni dos minutos en contestar. Miro de reojo su mensaje, tan desenfadado como inesperado:

Eres cabezota, eh? Pero te dejo ganar, venga…
A las 16 paso a buscarte por casa.
Ponte ropa elegante

Lo releo tres veces… como si así pudiera descifrar lo que realmente quiere decir. ¿Ropa elegante para qué? ¿Por qué consigue darle la vuelta a la conversación cuando creo tenerla bajo control?

Intento ser profesional y centrarme en el artículo que estoy escribiendo, pero al cabo de un rato me rindo y cierro el portátil con un golpe seco que me sacude los nervios. No puedo escribir, no cuando tengo la cabeza hecha un nudo. Lo deslizo dentro del bolso y, sin un respiro, busco el teléfono.

—Dime que ya has salido del gimnasio —suplico en cuanto Valentina contesta a mi llamada.

—Justo entro en el coche, ¿qué pasa? —responde con la voz entrecortada de alguien que acaba de dejarse el alma en una clase de *spinning*.

—Estoy perdiendo la cabeza, Vale. No entiendo nada. Siempre lo hace. Siempre me deja con más dudas de las que ya tenía.

—¿Ryan?

—¿Quién si no? —respondo, yendo a coger un taxi.

—Respira, Brooke. Vamos, hazlo conmigo. Inhala… Exhala…

—No quiero respirar —interrumpo, aunque obedezco—. Quiero que me diga qué pretende de una maldita vez.

—Ya sabes que no funciona así. ¿Dónde estás ahora?

—Llegando a casa.

—Brooke, lo que necesitas en este momento es tu ritual de relajación. Sabes que funciona cuando tu cuerpo pide con urgencia un poco de calma —dice Valentina con una firmeza que me ancla.

Se me escapa una sonrisa medio amarga. Ella siempre sabe qué decir y cómo poner solución a mis problemas. Y tiene razón. Nunca he sido de las que dejan la habitación hecha un desastre; en mí reina el orden absoluto. O al menos eso quiero creer. Cuando necesito distraerme, no basta con recoger lo visible: abro cajones, desempolvo libretas viejas, repaso bolígrafos gastados y releo cartas de puño y letra que guardo como tesoros. Una en particular: la que me hicieron mis tíos y primos cuando me gradué en Periodismo. Cada vez que la abro me encojo un poco por dentro. Lloro, sí, pero también me siento más cerca de casa.

Siguiendo el consejo de Valentina, me encamino hacia el piso en busca de un ápice de calma, que termino encontrando a medias. Lo cierto es que, poniendo orden, el tiempo parece pasar más rápido y enseguida llega la hora de comer, y la tarde. En cualquier momento Ryan tocará el timbre. Recojo las tazas y los vasos que Fio y yo dejamos olvidados en la mesa. Esta vez no tengo que ocuparme de las cosas de Thomas: no lo veo desde antes de la gala. Sus padres están de visita y se hospeda con ellos en un hotel cerca de Times Square.

Me cambio de ropa sin perder un segundo. Rescato un pantalón largo en satén amarillo mantequilla que reservo para ocasiones especiales y lo combino con un top de cuello halter de color negro. Me planto también los *peep toes* con estampado de leopardo clásico que me compré después de que Fio me animara a sumarme a la tendencia con pequeños guiños. Podría caminar sobre ellos durante

horas y, además, estoy segura de que le gustarán. No puedo evitarlo, cada gesto mío busca ahora provocarlo; quiero ver su cara cuando descubra que no me dobla. Y no me avergüenza admitirlo: la provocación siempre ha sido mi refugio cuando siento que algo amenaza con hacerme soltar las riendas. Como retoque final, me aplico un poco más de *gloss*.

Antes de que Ryan pueda aparecer, bajo las escaleras del piso y lo espero en la calle. De pronto, una descarga recorre mi cuerpo, como si algo se encendiera dentro de mí y me dejara paralizada. Todavía no lo veo, pero sé que se acerca por detrás. Cuando estoy en su presencia, siento que todas las capas con las que he construido mi coraza a lo largo del tiempo se deshacen, una a una. Aún le quedan algunos metros para alcanzarme, lo noto, pero su «¿Brooke?» ya resuena en mis oídos como un susurro pegado a mi piel. Me obligo a girarme hacia él, con el pulso disparado. Ambos nos perdemos en los ojos del otro, aunque fingimos lo contrario sin éxito alguno. Esto es un puto duelo, ¡maldita sea! ¿Por qué no deja de desafiarme?

«Brooke, respira. Mantén la calma», me repito sin descanso. Puedo con esto. Podemos ser amigos. No hay razón para que lo que me despierta no pueda mantenerse a raya. Sí, amigos. Eso me digo como un mantra. Entonces reparo en él, en cómo ha aparecido hoy. Un cliché que es una absoluta perdición: camiseta blanca de manga corta —de esas que parecían hechas para James Dean—, combinada con una cazadora vaquera y unos *jeans* rectos en azul oscuro. Todo en él respira esa estética *vintage* americana que mezcla las dosis perfectas de rebeldía y desenfado. El cinturón de cuero oscuro le ajusta la cintura como si hubiera nacido con él. Pero lo que de verdad me hipnotiza son las botas cowboy. Pocas personas lo saben,

pero tengo una fascinación casi secreta por los nativos americanos y la estética wéstern. Y ahí está él, con esas botas, como si supiera exactamente dónde apretar para hacerme temblar.

—¿Lista? —me pregunta, como si no hubiera notado nada extraño entre nosotros.

—Hace calor para tanto vaquero, ¿no crees? —respondo, incapaz de apartar la mirada de sus botas.

Él no deja de sonreír. Me parece que está disfrutando más que yo.

—Sé que te gustan, Brooke. No intentes fingir que no te las pondrías.

—No, qué va —lo corto enseguida—. Realmente no sé quién te enseñó a vestir. Deberías aprender de los expertos —le suelto, en clara alusión a mí misma.

—¿Crees que alguien como yo tiene algo que aprender de alguien como tú? —ríe, con un sonido irónico que me enerva.

—Si me hicieras caso, hasta podrías pasar por alguien con gusto.

—Ya veremos, Brooke. No sufras —añade—. Es hora de empezar nuestra cita.

—Esto no es una cita, Ryan, no te confundas. Estoy quedando con un amigo al que me apetece conocer más.

Ambos sabemos que este jueguecito de «amigos» es insostenible, pero no quiero dar mi brazo a torcer.

Suelto un «mmm» mientras pienso cómo fingir que no me afecta averiguar qué plan nos tiene preparado, aunque últimamente me obligue a improvisar.

—No me mates… Sé que dije que te encargaras tú de esta quedada y que te olvidaras de las cafeterías, pero he pensado que

mejor cogemos el coche y damos una vuelta por el West Village. Siempre aparece algún sitio mono donde sentarse… ¿Qué te parece?

—No dejas de sorprenderme, ¿eh? —Su mirada chispea—. Me parece bien. Justo iba a decirte que, después, podríamos pasar por allí. En la galería Noir & Champagne inauguran una exposición basada en la estética *Jazz Age* y, como estuvimos hablando de ello en la cena, pensé que te encantaría.

—¡Me vuelve loca la idea! —respondo enseguida.

En realidad, lo que me vuelve loca es él, con esos ojos metálicos que parecen atravesarme.

—Por cierto, ¿dónde has dejado a James? Pensaba que no sabías salir de casa sin tu amigo al lado… —Le lanzo una mirada desafiante.

Ryan se inclina apenas, como si mi reto lo divirtiera más de lo debido.

—Brooke, no empieces con tus pullas. Que si quieres encontrarme, lo vas a conseguir. —Su voz pierde la ironía, como si hubiera más detrás.

Me quedo mirándolo, un poco desconcertada. Esa sonrisa suya se ha transformado en algo más serio.

—Pero ya que veo que te interesa tanto… —añade al fin—, James está con Maggie. En casa. Tienen visita de la familia de su mujer.

—¿Mujer? No sabía que James tiene mujer… Como no la mencionó en ningún momento en la cena… —Mi curiosidad se me escapa antes de poder contenerla.

Ryan titubea apenas y entonces suelta:

—Tenía… —La palabra me golpea; el aire entre nosotros se espesa —. Su hermana, Lily, y su mujer, Charlotte, murieron en un accidente de tráfico hace años.

Guarda un segundo de silencio, luego añade en un murmullo:

—Supongo que por eso mi relación con Maggie es más fraternal que otra cosa.

—Perdona… —La voz se me apaga. Me siento torpe, imprudente.

—No pasa nada —responde con calma, como si quisiera sacarme de esa incomodidad—. Y volviendo a nuestra conversación…, sé salir de casa sin James. De hecho, siempre lo intento. Otra cosa es que mi agenda me lo permita.

Nada más aparcar, nos sentamos en la primera cafetería que vemos, justo en la esquina de la calle.

—También aquí tienes que elegir asiento —me suelta Ryan, picándome otra vez.

—Sí —respondo con una carcajada involuntaria—. En todos lados. Es por culpa de mis padres… En casa cada quien tenía su lugar asignado, inamovible, por cierto. Creo que eso alimentó que me volviera tan cuadriculada con detalles como estos.

—¿Usas a tus padres como excusa? —No deja de mirarme, con una ceja arqueada—. Brooke, eso no está bien… Di que te encanta ser tú quien elija lo suyo frente a los demás y no pasa nada. Estás conmigo, no tienes que disfrazar lo que eres…

—Es verdad, ¡tonto! —le respondo medio riendo, medio a la defensiva.

—Por cierto, ahora que hablas de tus padres… Cuéntame sobre ellos. ¿Tienes hermanos también?

—Sí, un hermano pequeño.

—¡Ah, con razón eres tan mandona! ¿Era tu marioneta cuando vivíais juntos? Ahora lo entiendo todo —suelta Ryan con esa sonrisa que me crispa.

—¡Cabrón! Déjame continuar… —Hago una pausa antes de seguir —. Mi padre es americano, y mi madre, española. Se conocieron en un viaje de mi padre a Madrid… Siempre pensé que, en algún momento, sería yo quien viniese a vivir aquí.

—¿Y los echas de menos? —pregunta con un deje más serio—. Aún recuerdo cuando vine yo… Se hace complicado emigrar y empezar de cero solo. Creo que, una vez que das ese paso, ya nunca vuelves a ser el mismo. —Permanece callado durante unos segundos, como si hubiera hablado más de la cuenta—. Suerte que el trabajo me mantuvo ocupado desde el primer día.

—Sí, los echo de menos. Pero nos llamamos como mínimo una vez a la semana, así siento que no los tengo tan lejos… Los tres trabajan y es difícil que puedan venir a verme. Aparte del coste de los billetes de avión, claro, que tampoco es poca cosa.

—Bueno, poco a poco vas haciéndote a la ciudad —dice apoyándose en el respaldo—. Los años aquí transcurren a otra velocidad, ya lo verás. Aunque supongo que habrás empezado a percibirlo… ¿Cuándo llegaste?

—En junio.

—¡Ah! Entonces no… Pero lo irás notando. —Me observa con interés—. ¿Y en qué revista de moda trabajas, por cierto? No me lo llegaste a contar.

Río, bajando la mirada hacia el suelo antes de responder.

—Como redactora fija, en ninguna… Soy freelance. En Madrid empecé a colaborar con *Vogue España*, y sigo haciéndolo desde

aquí: es más fácil conseguir oportunidades con las grandes viviendo en Estados Unidos. De hecho, en julio me contactaron desde *Women's Wear Daily* y, desde entonces, también escribo para ellos. Ahora solo espero que, en algún momento, alguna redacción americana me fiche como parte de su plantilla.

Él asiente y me mira sin responder. Me siento incómoda hablándole de mis sueños cuando estoy segura de que él ha cumplido ya todos los suyos.

—¿Y tú qué? —le pregunto con un atrevimiento que me sorprende incluso a mí—. ¿Me vas a contar algo que no sepa nadie de ti? Presiento que tienes mucho escondido…

No sé por qué, pero cada vez que me cruzo con sus ojos siento que guardan un mundo entero, uno que poco tiene que ver con el director brillante que todos conocen. Y sin embargo, ¿quién podría saber más de él que yo? Me he pasado años desmenuzando sus guiones, analizando cada elección estética, cada actor que escogía para dar vida a sus proyectos. Es raro: es como si lo conociera desde siempre y, al mismo tiempo, no supiera nada.

Quizá por eso me perturba tanto. Porque sé que puedo leer su mente, como si compartiéramos un código secreto. Ambos lo sabemos; lo sentimos desde el primer día en la cafetería. Pero ¿quién es Ryan en realidad? ¿Dónde vivió antes de llegar a Nueva York? ¿Tuvo una infancia feliz? Son preguntas íntimas, casi impertinentes, soy consciente de ello. Pero ahora que he aceptado esta cita quiero conocer al Ryan humano, no al director.

Lo miro y lo único que siento es un impulso casi doloroso: necesito saberlo todo de él.

—Supongo que todos tenemos nuestros secretos. —Hace una pausa breve, apenas perceptible—. Quizá algún día. Más adelante.

Me quedo quieta, sin saber si insistir o callar. Su gesto lo dice todo: es un muro. Un muro con grietas, pero un muro al fin y al cabo.

Él desvía la vista hacia la calle, como si con eso pudiera cortar la tensión.

—¿Qué te parece si vamos tirando hacia la galería? —propone cambiando de registro con una facilidad que me desconcierta.

Asiento, aunque por dentro sigo atrapada en la revelación. Una parte de mí quiere respetar su silencio, otra solo quiere arrancarle cada secreto a tiras.

La galería está a unas calles. La sala, inspirada en el *art déco*, está bañada por líneas geométricas, espejos y lámparas de cristal con luz tenue. La gente se mueve despacio entre cuadros y esculturas que rinden homenaje a los sueños dorados, la pérdida de la inocencia y la búsqueda del brillo efímero de la década de los veinte. En las paredes, retratos de Scott Fitzgerald, Hemingway y Dalí. No faltan las copas de vino. Nos sirven las nuestras y hablamos de todo y de nada: pintura, cine, moda, viajes…, hasta anécdotas absurdas que no tienen ninguna importancia. No ocurre gran cosa, y sin embargo siento que esa normalidad me incluye de una forma inesperada en su vida. Aunque agradezco que la tensión incómoda de hace un rato se haya disipado, no puedo dejar de preguntarme en qué estaría pensando él para que su rostro se ensombreciera de esa manera.

Cuando salimos, ha oscurecido. El aire fresco de la noche me despierta más de un escalofrío. Terminamos la copa en las escaleras

del edificio, sentados uno al lado del otro, riéndonos de cosas cotidianas.

Al final, me acompaña en taxi hasta casa. Culpa compartida; tras el segundo vino, conducir deja de ser una opción. Nos detenemos frente al portal, demasiado cerca como para fingir que no pasa nada. Él guarda silencio y, por un momento, parece que va a decir algo… o acercarse un poco más. Yo solo puedo bajar la vista hacia sus labios, pensando en lo mucho que me gustaría que se atreviera a besarme. Ryan, en cambio, permanece inmóvil, aunque su mirada busca la mía con una intensidad que me deja sin aliento. El tiempo se estira, espeso, y me sorprendo conteniendo la respiración. Entonces, sin esperarlo, se adelanta un paso y me rodea con los brazos. Es un abrazo torpe, de esos que das cuando no sabes qué hacer, pero lo bastante largo como para desarmarme. Cuando se separa, esquiva mis ojos.

—Hasta la próxima —dice con una media sonrisa—. Ha sido divertido verte hoy.

—Lo mismo digo. Ha sido bonito conocer al Ryan de verdad, no al que todos ven.

Esta tarde me confirma lo que no quería admitir. Aunque iba con el freno echado, la charla de hoy me ha dejado clara una cosa: estoy perdida. Con él todo fluye más de lo que pensaba. Es normal, cercano, alguien con quien puedo hablar y ser yo. Y, lo peor de todo, lo único que sé ahora es que no quiero dejar de verlo, ni de escucharlo ni de tenerlo cerca.

17

Tensión palpable

BROOKE

Nueva York deambula hoy bajo un cielo gris que no parece que vaya a aclarar. A través de la ventana observo cómo el asfalto mojado convierte semáforos y marquesinas en acuarelas en movimiento. La lluvia repiquetea contra los taxis amarillos y las escaleras de incendios, y retrasa las manecillas de la ciudad, como si el otoño hubiera echado el freno a su prisa. Ayer sustituí las sábanas de lino por el edredón y la manta que me regaló mi hermano, una estampa beige que he coronado esta mañana con una vela de *pumpkin spice*. Que los termómetros hayan comenzado a caer en picado significa una cosa: Valentina y yo hemos abierto el cajón de las películas cálidas y dulces para ver juntas en nuestras videollamadas.

Hoy no es martes, sino viernes, pero ha tocado *Notting Hill*. Mi mejor amiga siempre me recuerda mucho a mi madre en esto: intentar escuchar los diálogos con ella al otro lado es imposible. Su afán por comentar el más mínimo detalle de la trama la convierte en una narradora de cine, muy a mi pesar. Aun así, tengo que admitir

que, esta vez, yo tampoco me he callado. Acostumbro a relacionar el habla de los personajes y los escenarios que recorren con mi propia vida, por lo que me ha sido imposible no mencionar a Ryan mientras miraba la pantalla. No ha pasado ni una semana desde que nos vimos por última vez, en nuestro primer encuentro a solas. Ni él me ha escrito, ni yo a él. Pero no puedo dejar de pensar en lo cómoda que estuve, incluso sabiendo que es la persona de carne y hueso que se esconde tras ese enigmático director de cine independiente que tanto idolatraba. Me cuesta ser yo misma cuando me dedico a levantar muros frente a otra persona. Eso me sucede, sobre todo, en los momentos en los que más pequeña me siento. Pero con él fue distinto. Solo le hizo falta una tarde para hacerme ver que está bien ser tal y como soy.

—Brooke, ¿y por qué no le escribes? —pregunta Valentina, inquieta.

—No, ni de broma. O sea…, no debería. No tiene sentido que lo haga yo. Él es el que tiene cosas sin resolver. —Aunque nuestro encuentro fue genial, sigo sin poder sacarme de la cabeza la conversación que oí de pasada la noche de la gala—. Y sus valores…, bueno, en parte todavía me chocan.

—Brooke, no lo sabes. Andas suponiendo otra vez, encajándote en una opinión que quizá, con el tiempo, veas que es absurda. Y tú tampoco estás siendo del todo sincera… Todavía no le has dicho que eres la responsable de ese blog que tanto lee. ¿O sí?

—No, pero… ¿de qué parte estás exactamente? —pregunto intentando sonar indignada sin conseguirlo del todo.

—De la tuya, claro. Pero tienes que empezar a expresar lo que sientes, si no quieres que se te acumule y luego explotes.

—Ya… lo sé. Es solo que con él me cuesta. Siento que puedo ser yo misma, pero a la vez no logro abrirme del todo.

—Si tienes dudas, pregúntale. Y tampoco le estás pidiendo matrimonio por proponerle veros de nuevo…

—¡Lo sé! —resoplo—. Bueno, lo pensaré. Un poco.

—¿Cuántas veces te has arriesgado con alguien desde las idas y venidas de Pol?

—¿De verdad? Con nadie…

—Pues eso. Y no lo digo por él, porque ya sabes que fui la primera en aconsejarte que te lo tomaras con calma. Pero hay personas ahí fuera dispuestas a darte lo que mereces. Y para que eso pase, han de conocerte.

—Lo sé, tienes razón…, pero todavía me produce respeto. Cuando sepa qué voy a hacer, te lo contaré, ¿vale?

—No seas tonta, anda —protesta mi amiga—. Será que no me has aguantado tú a mí mil veces… Llámame para lo que sea. Te quiero.

Al colgar el teléfono, me visto, me calzo mis zapatillas crudas de Lacoste y salgo a la calle de inmediato. En la cena de después de la gala, Alessia me recomendó la obra de Emily Dickinson como clave para inspirarme. Nunca he leído poesía, pero me habló de Dickinson como una mujer adelantada a su tiempo y me convenció. Me subo al metro hacia Housing Works Bookstore en busca de algún ejemplar que me inicie en la lectura de esta autora. Además de ser un lugar especial, esta librería está en el que, como bien saben mis lectoras, es uno de mis barrios favoritos de todo Manhattan.

Al subir los escalones de la entrada y abrir la puerta de cristal, me absorbe un murmullo cálido, como si la ciudad entera hubiera decidido refugiarse allí. El aire huele a páginas envejecidas y a café

recién molido. El local está enmarcado por techos altos. Las lámparas industriales iluminan el espacio, dándole un aire *vintage*. Las estanterías, murallas de madera oscura, y las columnas blancas envuelven a quienes ocupan el lugar. Algunos hojean libros, otros teclean en sus portátiles como si se les fuera la vida en ello, y un par de mesas susurran y gesticulan para hacerse entender sin romper la serenidad que reina.

En lo alto, una escalera de caracol conduce a una galería con más estantes. Subo y me detengo un instante bajo una de las guirnaldas de luces. Respiro hondo, aprieto la correa de mi bolso y avanzo hacia el interior. Quizá este es el lugar perfecto para encontrar a Emily Dickinson y, con ella, seguir encontrándome a mí.

Cuando me acerco a la sección de poesía, lo veo.

Ryan.

El libro que sostiene en las manos es *Hojas de hierba*, de Walt Whitman. No me ha visto todavía. Me quedo clavada en el suelo. El aire se vuelve más denso, imposible de respirar. Días enteros convenciéndome de que lo mejor era poner distancia. Y ahora aparece, justo aquí. Ya no escucho las tazas ni las conversaciones que hace un segundo me apabullaban. Solo lo escucho a él pasar las páginas, lento, ajeno a mi presencia.

Mi mente se llena de preguntas. ¿Qué hace aquí? ¿Por qué siempre está en el mismo sitio que yo? ¿Es casualidad, o de algún modo el destino está intentando decirme algo? Esto ya parece una escena de *Cuando Harry encontró a Sally*. Ryan alza la vista, como si hubiera notado el peso de mi mirada. Sus ojos tropiezan con los míos y en este instante lo único que se me ocurre es quedarme quieta.

Él arquea una ceja, sorprendido pero tranquilo, y levanta el libro apenas unos centímetros.

—Whitman. No es mala compañía para un mediodía de viernes. Me recuerda quién fui y quién no quiero volver a ser.

Sigo sin moverme, como si mis pies se hubieran hundido en el suelo de madera.

Apenas logro responder, con un hilo de voz.

—Dickinson…, yo busco a Dickinson.

Él sonríe, como si la coincidencia fuera un secreto compartido. Y yo sigo preguntándome, sin atreverme a decirlo en voz alta, si de verdad ha sido casualidad encontrarnos aquí…

—He estado pensando mucho en ti estos días, Brooke, pero no sabía si… —la voz se le quiebra— si volver a escribirte.

Me quedo muda, con la garganta cerrada. ¿Se supone que este es el momento de confesarle que yo también llevo noches enteras pensando en él?

—Yo también he pensado en ti…, pa… para ser sincera —logro musitar con la voz entrecortada.

—La verdad es que me supo a poco la última vez que nos vimos. En escasas horas descubrí tantas cosas de ti… Y aun así, me quedé con ganas de más.

Respiro hondo, y sin pensarlo demasiado, dejo escapar:

—¿Qué te parece si nos volvemos a ver? Esta tarde… ¿cómo lo tienes?

Ryan ladea la cabeza sorprendido pero con unos ojos pícaros.

—¿Me estás pidiendo una cita, Brooke?

—Llámalo como te venga en gana. Solo… quiero verte otra vez. Sé de un micro abierto de jazz por aquí cerca, dicen que está muy bien.

Podríamos ir y luego cenar algo por ahí.

—¿Jazz? Empiezas a conocerme, ¿eh? Me gusta cómo suena… —responde—. A las cinco paso a buscarte —dice clavando sus ojos en mí.

—Perfecto, Ryan —acepto sin poder disimular mi amplia sonrisa.

—Por cierto, deberías probar los muffins de arándanos que hacen aquí. Son mis favoritos.

—Odio los arándanos…

—Tú te lo pierdes. Nos vemos luego —replica con esa atractiva sonrisa imposible de olvidar mientras baja las escaleras.

Desde la planta superior, le observo comprar los muffins y pedir para llevar lo que parece ser un chocolate caliente. Cuando sale del local, yo sigo sin poder respirar con normalidad. El corazón me late a mil y cada intento de relajarme es inútil. Encuentro el libro que buscaba y me aferro a él como si me diera estabilidad. Acto seguido, pido un café. Una vez lo tengo en mano, camino hacia la salida y tiro de la puerta con prisa, buscando el aire de la calle como si fuera lo único capaz de calmarme.

Llego a casa rápidamente. Nada más cruzar la entrada, corro hacia mi habitación. Tengo unas tres horas para comer, decidir qué ponerme, ducharme y maquillarme antes de que Ryan llegue. Fio me sigue hasta mi cuarto, algo desconcertada por mi llegada dramática.

—¡No te lo vas a creer! —exclamo—. ¿Con quién crees que voy a pasar la tarde hoy?

—Mmm… Pues no sé, ¿con Alessia? —responde Fio con una mezcla de duda y expectación.

—No, con ella hemos dicho de quedar, pero aún no hemos fijado día. Con Ryan —lanzo, como quien suelta una verdad difícil de

digerir.

—¡Por fin! Llevabais días sin hablar, ¿no?

—Sí, sí. Pero me lo he encontrado en Housing Works y… me he atrevido a decirle que he estado pensando en él y que me gustaría verlo de nuevo —aclaro algo nerviosa.

—¡Bien! —celebra Fio alzando las manos—. Así me gusta, Brooke. Cuando lo conozcas más, ya decidirás si quieres deshacerte del Ryan imbécil, o si resulta que ese Ryan, en realidad, no existe.

—Sí, haré eso, a ver qué tal va… ¡Deséame suerte!

—¡Hazme caso, Brooke! —responde con media sonrisa—. Las cosas salen mejor cuando te dejas llevar, sin expectativas.

Fio tiene razón, lo sé. Pero mi sexto sentido no para de insistirme en que hay detalles que no encajan, aunque soy incapaz de hacer que prevalezcan sobre lo que siento. Y lo que siento… ya es demasiado fuerte. Aun así, las dudas me persiguen: ¿quién es la chica de la que oí hablar a Ryan en la cena? ¿Por qué evitó contarme nada de sus padres? Solo dijo que todos tenemos nuestros secretos y se escabulló como si mencionar el tema le quemara la boca.

Estoy a punto de preguntarle a Fio si sabe dónde está Thomas cuando un golpe seco, seguido de un ¡auch!, retumba desde el despacho hecho habitación.

Las dos nos giramos.

La puerta se abre de repente y nuestro casi compañero de piso aparece tambaleándose con unas enormes gafas de realidad virtual puestas y completamente despeinado. Tampoco falta su bata de laboratorio.

—¡Dios mío! —exclama Fio llevándose la mano al pecho—. ¿Quieres matarnos del susto?

Thomas se detiene, respira hondo como si hubiera corrido un maratón y se quita las gafas con dramatismo.

—Vale. Creo que definitivamente no era buena idea hacer la prueba piloto sin leer las instrucciones antes —dice.

—¿Qué… era eso? —pregunto mientras me paso la americana por los hombros.

Fio resopla, acostumbrada a estas escenas.

—Un experimento de la empresa con la que colaboramos en la mentoría de Columbia —explica Fio—. Están desarrollando un entorno inmersivo para simular hábitats espaciales y evaluar la respuesta del cuerpo humano. Thomas se ofreció voluntario.

—Me lo pidieron —añade él ofendido—. Y he sobrevivido, miradme.

—Sí, sí, eres todo un héroe, Thomas —dice Fio rodando los ojos—. Anda, intenta no matarte.

—Bueno, yo tengo que prepararme —digo, volviendo a examinar mi armario.

Para el plan de hoy creo que elegiré una blusa lencera de color nácar, con una apertura frontal en pico que aporta el punto femenino y sensual que necesito esta noche. La acompaño con una falda midi sastre en tono gris. Botas altas, tacón de aguja, puntera afilada… Demasiado arriesgado, quizá. Pero no puedo evitar querer impresionar. Sin joyas, solo mis pendientes de botón de siempre. Completo el conjunto con un bolso de cuero negro —de esos que enamorarían a las chicas *normcore*—, discreto pero seguro, como una extensión natural de mí. Dejo toda la ropa sobre la cama, esperando pacientemente a que llegue su momento de brillar, y me dirijo a la cocina para prepararme algo rápido.

Cuando por fin he comido, me he duchado y maquillado de forma elegante, pero natural, me asomo por la ventana que da a la calle. Ryan ya está ahí, apoyado en el exterior de su coche. Luce una camisa cruda con ligera caída, entreabierta, que contrasta a la perfección con el brillo de su cadena de plata, y un pantalón de traje marrón chocolate *cropped*. ¡Qué guapo es y está!

Bajo las escaleras a toda prisa, y nada más verme, me abre la puerta trasera y rodea el coche para entrar por el lado contrario. Intento resistirme, pero cuando lo miro, asumo que todas mis dudas sobre él penden de un hilo cada vez más precario. ¿Cómo lo consigue? Siempre he sido capaz de dominar cualquier situación con mi racionalidad, pero él logra dejarme desnuda, y no precisamente en el sentido literal, que es lo que más me preocupa.

Él no conduce; lo hace James. Segundos antes de arrancar, mientras estrecho la mano de su amigo, noto la mirada embobada de Ryan clavada en mí.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así? —pregunto alzando ligeramente las cejas.

—Nada, ¿no te puedo mirar? —responde con una sonrisa descarada, aunque hay algo suave en sus ojos, algo que no encaja con su tono burlón.

—No, no es eso —me río, intentando sonar relajada mientras me recoloco en el asiento—. Mira si quieres, no me importa.

—¿Estás segura? —dice inclinándose un poco hacia mí, pero sin invadir—. Es que veo que te pones un pelín tensa cuando te miro fijamente.

—¿Yo tensa? —espeto más rápido de lo que pretendía; él arquea una ceja divertido—. No te equivoques, Ryan.

Su sonrisa me ablanda, casi imperceptiblemente.

—No me equivoco —susurra, y durante un segundo parece que el tiempo baja la velocidad. Como si él estuviera reconociendo algo que lleva días intentando ignorar… y yo también.

Aparto la mirada, procurando controlar una estúpida sensación de calor que me sube por el cuello. El coche avanza entre las calles iluminadas y ninguno dice nada más, pero la tensión —buena, dulce, nueva— se queda flotando entre los dos.

Cuando llegamos, Ryan baja primero.

Me tiende la mano sin pensarlo, como si le saliera de forma natural.

—Vamos —dice suave.

Y por alguna razón absurda, tomar su mano me resulta más fácil que soltarla.

Entrar al Village Vanguard es como atravesar una grieta en el tiempo. El local se esconde en un sótano del Greenwich Village, bajo un toldo rojo con letras desgastadas que susurran historias de jazz de otra época. Al descender las escaleras, me impresiona el techo bajo, casi opresivo, como si el lugar te invitara a escuchar con más atención. Las paredes verdes están cubiertas de fotografías en blanco y negro de músicos que, en el fondo, no creo que fueran muy distintos a nosotros. Música y charlas, eso es todo. Los fantasmas del jazz, les dicen.

Hay instrumentos colgados a modo de reliquias: trompetas apagadas por el tiempo, viejos saxofones deslustrados. El escenario, con sus cortinas de terciopelo rojo, los focos mínimos, el piano de cola, el contrabajo apoyado en la esquina y la batería esperando. En

ese sótano, Nueva York late distinto: más lento, más profundo. Un espacio donde las historias se cuentan entre notas.

—¿Qué quieres para beber, Brooke? —La voz de Ryan me saca de mi ensimismamiento; estaba absorta, estudiando cada detalle a mi alrededor para no perderme nada.

—Para mí, vino blanco, por favor. Si puede ser, el más afrutado que tengan. Gracias.

No puedo parar de sonreír. Me siento como una quinceañera en sus primeras veces y no acabo de comprender el motivo. Veo cómo Ryan se aleja para pedir las bebidas y, con cada uno de sus pasos, mi análisis sobre él va ganando profundidad. Esta tarde siento algo parecido a lo que sentí en el evento. Es como si el latido del reloj me acercara, poco a poco, a aquel que para algunos es la estrella más enigmática y para mí, alguien capaz de guiarme por los caminos más profundos, íntimos e inexplorados de mi interior.

Mientras espero, una banda se sube al escenario y se presenta brevemente antes de arrancar con una introducción lenta. Me dejo envolver tanto por las notas que me sorprendo cuando Ryan se coloca a mi lado y me alarga la copa.

—Toma, aquí tienes —dice con ese matiz rasgado que tanto me acelera.

—Gracias.

Al levantar la mirada, veo que se ha pedido una Brooklyn Brown Ale: una opción con cuerpo y carácter, perfecta para él. No puedo apartar la vista; su barba de pocos días le da un aire aún más irresistible.

—Bueno, Brooke, cuéntame algo de lo que todavía no hayamos hablado —me dice mientras recorre cada una de mis facciones,

como si quisiera memorizar todas ellas.

Pienso en algo que no le haya contado todavía, algo con lo que sorprenderlo.

—Pues… te voy a confiar un secreto: me obsesiona la Fórmula 1 desde niña. Acabé provocando que mis padres se engancharan a la pantalla domingo tras domingo, esperando que los semáforos se encendieran.

—¿Tú? ¿Viendo monoplazas en movimiento?

—Sí. —Emito una risa ruidosa al descubrir su cara de sorpresa—. Después de cada beep… beep… beep… de las luces rojas, el rugido ensordecedor te libera, aunque pueda parecer contradictorio. Creo que siempre hay un instante de calma justo en medio de la tormenta, esa fracción de segundo en la que la adrenalina lo inunda todo.

—Me gusta que hables de esto con tanta pasión. Tus ojos lo dicen todo —se ríe. Hace una breve pausa antes de continuar indagando en mi vida con genuina curiosidad—. ¿Y qué lugares del mundo te quedan por descubrir? ¿Tenías otras opciones, además de Nueva York?

—Me imagino viviendo en París o en algún pueblecito perdido de la costa Amalfitana. El primero lo elegiría por la moda, y el segundo, si pudiera trabajar en remoto y dedicarme solo a escribir.

—Yo también me he imaginado viviendo en Italia, al menos durante unos meses…, desconectado de todo lo de aquí —admite él.

Por un segundo, me quedo obnubilada, fantaseando y reconociéndome, junto a él, en una de esas casitas cerca de la playa.

—A ti creo que te veo más en París —continúa—. ¿Cómo sería dirigir una de las grandes revistas de moda en la capital francesa? ¿No lo has pensado nunca?

—Sería un auténtico sueño, sí…, pero mi verdadero sueño siempre fue Nueva York —aclaro con la mirada brillante—. Llegar aquí, perderme en su ritmo, sentir que formo parte del corazón de la moda. Esa idea de éxito rápido, intenso, algo caótico. Todavía espero saborear eso antes de mirar a otro lugar.

—Claro que sí, Brooke. Date tiempo. Ya irás descubriendo hacia dónde quieres ir. No necesitas pensar en París ahora, sobre todo si no sabes si ese destino llegará o si siquiera lo desearás cuando lo haga.

—Hablas como si te hubiera pasado algo parecido. ¿Debería saberlo, Ryan? —pregunto con una sonrisa curiosa.

—La verdad es que crecí en un entorno muy cerrado, con expectativas muy claras sobre quién debía ser y qué camino debía seguir. Mis padres nunca aceptaron que yo quisiera dedicarme al cine. Hubo muchas discusiones… y, al final, me marché. Hace años que no hablamos. No hay rencor, solo distancia —carraspea—. Prefiero dejar atrás esa parte de mi vida.

Por unos minutos, nos quedamos callados, limitándonos a escuchar la banda, que ahora toca un tema algo más animado.

—No quiero que hables de algo si no te apetece, pero sí me gustaría conocerte mejor —termino diciendo.

—No pasa nada. Me complace ese interés.

—Cuidado con lo que dices, puedo hacer muchas preguntas —bromeo alzando una ceja—. Por ejemplo…, ¿cómo te ha tratado el amor?

—Esa es una pregunta peligrosa —ríe—. Pero puedo responder… si empiezas tú. ¿Te parece si terminamos las copas, salimos y compramos algo de cenar en alguno de los puestecitos que hay justo enfrente?

Lo miro sin decir nada; me limito a terminar mi vino de un trago y a coger su cazadora vaquera del respaldo para tendérsela después con una sonrisa. Él me imita y nos dirigimos hacia la salida del local. Lo escucho reír tras de mí. Fuera, la noche neoyorquina brilla con los puestos iluminados. Elegimos un par de *slices* de pizza y buscamos un banco cercano. El aire fresco nos envuelve mientras seguimos hablando.

—¿Y entonces, Brooke?

—Te advierto que soy demasiado difícil para hablar de amor.

—Seguro que no es para tanto, venga. ¿Has estado enamorada alguna vez? —pregunta.

—Sí…, una vez —admito—. Pero fue hace mucho, en la época del instituto y del colegio mayor. Se llamaba Pol, y llegó dispuesto a engancharme con sus indecisiones. Primero me hizo creer que le importaba… y acabó dejándome por Sara, una chica con la que él había crecido. Luego volvimos y rompimos en más de una ocasión, y, para colmo, con los años terminó liándose con una de mis amigas. Decidí que había tenido suficiente. Entonces, elegí centrarme en mi vida profesional. Ha habido más chicos, sí, pero ninguno ha calado lo suficiente… o quizá tampoco he dejado que eso sucediera. Es una de las razones por las que decidí empezar de cero en otro lugar.

—Sabes que no todo el mundo es igual, ¿verdad? Hay personas que te recuerdan por qué no merecen tenerte en su vida y otras que lo darían todo por no perderte.

Mientras me abro, sus ojos me envuelven con una ternura que abruma, una complicidad silenciosa que dice más que cualquier frase. Hay algo en él que me hace sentir vista de verdad.

—¿Y qué opinas sobre el olvido? —prosigue Ryan, encadenando preguntas antes de que pueda abrir la boca.

—Creo que a veces es necesario pasar página aun sabiendo que hay huellas que nunca se borrarán del todo. Para mí, no es algo negativo. Simplemente te presentas como alguien que supo querer y vivir con la intensidad justa. O sea…, es obvio que acabas admitiendo que tu futuro no está al lado de la persona que creías…, pero eso no significa que un pedacito de ese «alguien» no camine ahora contigo. Supongo que es una visión demasiado romántica y cruda del amor, pero así lo veo yo.

Ryan se queda sin saber qué decir, así que aprovecho para atacar.

—¿Y qué hay de ti? ¿Cómo ha tratado el amor a esta estrella silenciosa? —le devuelvo con una sonrisa ladeada.

—No muy bien…

—No me lo creo, Ryan. Sé sincero —expreso sin poder evitarlo.

—No me he enamorado nunca. O eso creo. No le he llorado al amor —me dice, como queriendo reservar la última pizca de ego que le queda en su interior.

—¿No ha habido nadie que se haya colado en este corazón? ¿Y de dónde sacas las ideas para esas películas tuyas? —bromeo mientras apoyo la mano sobre su pecho en un gesto ligero, casi de juego. Pero, en cuanto siento el ritmo firme de su respiración bajo mis dedos, algo vuelve a cambiar; la sonrisa se me congela un poco.

—No…, nadie —responde descendiendo ligeramente la mirada—. Aunque hubo una chica.

Me quedo quieta, con los dedos todavía sobre su camisa. La chica de la que habló con James en la cena.

—¿Una chica? —pregunto en voz baja sin retirar la mano del todo.

—Amélie —pronuncia su nombre casi con cuidado, como si pesara —. Según mis padres, era la chica ideal, lo decían desde que éramos pequeños. Crecimos unidos, supongo que por eso todos esperaban que acabáramos…, no sé, juntos de alguna manera.

Hace una pausa, y su respiración se vuelve algo más tensa contra mi roce.

—Pero yo nunca sentí nada por ella —continúa—. Se lo dije. Y aun así, hasta hace poco seguía buscándome. Me llamaba a un teléfono viejo que aún guardo, no sé si por nostalgia, por nuestra amistad o porque me da miedo decepcionar a mis padres del todo.

—¿Y ahora qué piensas? —susurro.

—Yo… no lo sé —murmura, y hay algo en su tono que no alcanzo a descifrar—. Fue más complicado de lo que parece.

Decido no insistir; siento que ya he ido bastante lejos. Estoy a punto de cambiar de tema cuando él sonríe, me pasa el pulgar por la comisura del labio y me quita un resto de salsa de pizza.

—Desastre —murmura divertido—. La verdad, Brooke, es que cuando estoy contigo se me olvida todo lo demás.

Y antes de que pueda responder, noto cómo se inclina hacia mí, la risa aún suspendida entre los dos. Me mira fijamente, y algo parece encajar en su interior. El aire se llena de un silencio expectante; siento cómo mi respiración se vuelve torpe, como si mi cuerpo supiera lo que está a punto de ocurrir antes que mi mente. Sin que pueda asimilarlo, Ryan acorta aún más la distancia y sus labios rozan los míos en un gesto inesperado, tan impulsivo como inevitable. En

un segundo, mis dudas se desvanecen como si nunca hubieran existido. No podría apartarme aunque quisiera.

18

La magia del ballet

BROOKE

El taller de cerámica huele a madera, arcilla húmeda, jazmín marchito y a notas de vino tinto con frutas negras. Una mezcla imposible que, por alguna razón, consigue calmar a Alessia más rápido que cualquier terapia, o eso me ha contado. Fuera, la ciudad sigue rugiendo bajo una lluvia fina; dentro, en cambio, el tiempo discurre con una lentitud nueva. La luz del local es cálida, emitida por bombillas retro que cuelgan del techo sujetas por nudos de cuerda. Los tornos funcionan como auténticas herramientas de relajación, con un zumbido suave y constante que te invita a entrar en un universo en el que la serenidad es la soberana de la ecuación. Con las manos hundidas en la arcilla y el pelo recogido con un lápiz manchado de esmalte rosa seco, giro el torno con una concentración que solo interrumpo para darle un sorbo al vino —siempre de uva blanca—. El cuenco que estoy moldeando empieza a inclinarse demasiado hacia un costado, pero no me importa. He aprendido que

la arcilla, igual que la vida, rara vez sigue las instrucciones al pie de la letra.

Cuando la campanilla de la puerta tintinea, no levanto la vista. Sé perfectamente quién es.

—Llegas tarde —digo con una sonrisa que se adivina incluso sin verla.

Solo entonces levanto la mirada, dejando el torno girando despacio.

—Y necesitas vino —añado—. Urgentemente.

Alessia toma asiento a mi derecha, en el espacio que le he reservado nada más entrar en este refugio creativo. Llevábamos sin vernos desde la noche de la gala y decidimos ponerle remedio. Y, por supuesto, tengo que contarle lo que pasó anoche con Ryan. Nuestro primer beso. Los labios de Ryan todavía siguen reclamando territorio en mis pensamientos. He pasado la noche entera dando vueltas en la cama, intentando averiguar cómo afrontar una situación que se me ha ido completamente de las manos. Necesito compartirlo con alguien que lo conozca tan bien como ella; al fin y al cabo, según me dijo en la cena, coincidieron durante la promoción de la primera película de Ryan y, desde entonces, no han dejado de escuchar el uno del otro.

Nos ponemos al día con el trabajo, ella me cuenta sus proyectos y yo le informo de mis artículos, hasta que siento que, si no hablo de lo que ocupa la mayor parte de mi atención, voy a estallar.

—Alessia, hay algo que tienes que saber —murmuro con una sonrisa tímida.

—¿Qué te ha pasado esta vez? ¿En qué te has metido? —replica con ojos cómplices.

Por un instante me quedo clavada, incapaz de soltar una sola palabra.

—A… Anoche nos besamos.

—¿Cómo? ¿Quiénes? No hablas de Ryan, ¿verdad?

Alessia lo entiende en cuanto me mira. Pocas veces he estado tan nerviosa. No dejo de marear el pincel agitándolo en todas las direcciones posibles.

—¡No me lo puedo creer, Brooke! ¡Ya me lo estás contando con todo lujo de detalles! —insiste sin esconder su entusiasmo.

No puedo evitar reírme con su reacción.

—Pues… todo comenzó por la mañana, cuando me lo encontré en una librería. Allí los dos nos sinceramos y admitimos que nos gustaría volver a vernos, así que quedamos para la tarde. Fuimos a un micro abierto de jazz y terminamos el día sentados en un banco cualquiera, comiendo pizza y besándonos bajo las luces nocturnas de Manhattan. Ya sabes…

—¿En qué clase de película vives tú, Brooke? Me parece asombroso que hace unos días me estuvieras hablando de tu devoción por la narrativa de Ryan, el blog, la rabia que tenías por su declaración… y de las dudas que arrastrabas sobre tus sentimientos. Te noto bastante más tranquila con todo eso, ¿no?

—Bueno…, tengo que admitir que aún hay cosas que no terminan de cuadrarme. Por ejemplo: cuando alude a su vida pasada, parece que hay algo anclado ahí, algo de lo que nunca quiere hablar. Me confesó que no mantiene relación con su familia, pero poco más. Tampoco puedo quejarme, porque yo no le he contado todavía que estoy detrás de *Entre Sorbos*. Debo admitir que, desde hace un tiempo, soy más de tu opinión: creo que alguien usó esa

intervención para dañar la imagen de Ryan. Por lo que le he conocido, no me encaja que viniera de él. Cuando llegué no era tan consciente de los intereses ocultos que hay detrás del mundillo y las noticias que lo envuelven, pero ahora que estoy más cerca de todo eso lo veo mucho más claro.

—Lo que te decía… —Asiente con la cabeza—. Parece que ahora estás dispuesta a darte la oportunidad de conocer quién es realmente, y a no dejarte influenciar. ¿Tendrá que ver con lo que ya sientes por él?

Me quedo mirando a Alessia sin saber muy bien cómo reaccionar.

—Mmm… —río—. Puede ser, sí. Es que descubrir que, en realidad, es mejor de lo que yo pensaba cuando analizaba sus películas me ha hecho darme cuenta de que quiero averiguar cada uno de los pedazos que lo han convertido en el hombre que es hoy. Cuando estoy con él siento que hablamos el mismo lenguaje, que no tengo que traducirle lo que llevo dentro. Y eso nunca me había pasado.

—¡Qué bien, Brooke! ¡Me alegro muchísimo por ti! Cada vez te conozco mejor y te mereces una historia así. Me tienes que informar de todo, ¿eh? Y debes atreverte a contarle quién eres tú también. Ya sabes a lo que me refiero.

Alessia y yo hemos conectado de una forma tan especial como inesperada. ¿Sabéis esa sensación que aparece cuando una persona centrada en su carrera, sin ninguna intención de tener pareja formal, termina aconsejando a otra que, desde niña, soñó con un cuento de princesa? Pues ese es, más o menos, el resumen de lo que nos une.

—Sí. Gracias, Alessia. De verdad.

—Por cierto, Brooke, te lo iba a decir antes, pero con tantas emociones… Sé que tu mayor aspiración ahora mismo en la ciudad

es conseguir un puesto fijo como redactora en una revista de moda, ¿verdad?

Afirmo con un gesto de cabeza, expectante. Ese sería mi sueño, pero no es nada fácil hacerse un hueco en esta ciudad.

—El otro día coincidí en una fiesta de cóctel con Sophie Brown, la redactora jefa de *Couture Journal* —continúa—. Me contó que buscan a alguien para su equipo. Quieren a una periodista que tenga disponibilidad para cubrir alfombras rojas y viajar durante las Semanas de la Moda. Y pensé que nadie podría hacerlo mejor que tú. ¿Te parece si me mandas tu currículum y se lo reenvío?

—¿Sophie Brown? —chillo—. ¡No me lo creo! La admiro tantísimo… Empezó como becaria en *Couture Journal* y mira adónde ha llegado… ¡Sería un auténtico placer aprender a su lado!

—¿Eso es un sí? —pregunta Alessia, sonriente.

—¡Claro! —respondo con un brillo que no puedo contener.

—Estupendo, pues quedamos así. ¡Ah! Y antes de que se me olvide: mañana es la inauguración de *Who Cares?*, en el New York City Ballet. Me han dado dos invitaciones, pero me es imposible ir… Y como me has contado lo bien que te fue con Ryan…, ¿no querrás, por casualidad, proponérselo?

Esta mujer tiene que explicarme cómo lo hace para tener una red de contactos tan amplia: parece que no haya un solo evento para el que no tenga invitación.

—Pero ¿seguro que no puedes ir? A mí me encantaría, claro. Es otro de mis sueños en la ciudad: disfrutar de un ballet.

Y… ¿qué mejor ocasión para acercarme a Ryan? Esta mañana me ha escrito diciendo lo bien que lo pasó ayer. Parece que esta vez nos

costará menos volver a vernos, que ambos hemos firmado un acuerdo silencioso para dejar de lado nuestros miedos por ahora.

Alessia se gira hacia su bolso, un modelo *oversize* en ante de la colección Le 5 à 7 de Saint Laurent, en el que puede esconder media vida. Lo ha llenado de *charms* coloridos, grandes y pequeños, hasta convertirlo en algo completamente suyo. Nadie rescata la estética Y2K como ella —con perdón de Jane Birkin—. Porque, seamos sinceras, ¿a quién se le ocurriría combinar semejante complemento con camiseta y abrigo floral y pantalón de cuadros? A Alessia, claro. Y por eso no puedes dejar de mirarla.

Empieza a rebuscar en el fondo con decisión, apartando llaves, una libreta, un pintalabios y hasta crema de manos. Sus dedos aún tienen restos de pintura verde, pero no parece importarle.

—Aquí están —dice, finalmente, sacando dos invitaciones rígidas con la delicadeza de quien sostiene algo valioso. Las coloca sobre la mesa, frente a mí, con cuidado de no mancharlas.

Durante la siguiente media hora, finjo calma mostrando mi faceta más artística. Estoy pintando en tonos pastel la taza que, al final, he hecho, difuminando las tonalidades con una esponja pequeña. Es casi terapéutico ver cómo los colores se funden, aunque mis manos tiemblan por el simple hecho de pensar en el posible plan con Ryan. Por fin me decido a sacar el móvil y, por un segundo, me sorprende lo nerviosa que estoy.

Hago una foto a las entradas y se la envío a Ryan. Escribo despacio, casi conteniendo la respiración.

Tengo invitaciones para el ballet demañana. Te apetece acompañarme?

Cuando el mensaje sale disparado, la taza casi acaba en el suelo.

Alessia se inclina hacia mí con una sonrisa enorme.

—Ay, Brooke…, esto promete.

El móvil tiembla sobre la mesa apenas un minuto después de enviar la foto. El sonido es tan suave que cualquier otra persona ni lo notaría, pero a mí me recorre la columna como un chispazo. Lo miro.

Será un placer. Te recojo en taxi a las 18.30? Según la entrada, el espectáculo comienza a las 20

Mi corazón da un vuelco brusco.

—¿Qué ha dicho? —pregunta Alessia inclinándose con ojos brillantes.

—Que… —trago— que viene a recogerme —respondo con un hilo de voz que intenta sonar normal pero fracasa.

Alessia suelta un gritito ahogado, de esos que hacen eco en el pecho.

—Brooke, parece que te vas al ballet con Ryan.

Yo no respondo. No puedo. Una mezcla de vértigo y emoción me invade. Cierro los ojos un instante. Respiro.

Y ahí mismo, la escena se difumina. Durante las siguientes veinticuatro horas, todo lo que hago es en piloto automático, hasta que ya es por la tarde y apenas queda un rato para que Ryan pase a por mí.

Abro el cajón donde guardo mis pendientes. Elijo los más delicados. Son las 18.05. El vestido me espera sobre la cama. Me lo ha enviado Alessia esta mañana: ha conseguido que un *showroom* me cediera el diseño. «Vas a estar espectacular», ha escrito en la

tarjeta que acompañaba la pieza. Esta noche, gracias a ella, voy a deslumbrar con un vestido y un *blazer* de la colección de primavera de Carolina Herrera. Una confección en tul con palabra de honor, microvolantes, corte ajustado y largo midi acampanado, adornada con cristales. En cuanto a los complementos, he culminado el look con salones en charol negro con delantero en punta y *clutch* en piel con solapa, y un broche a modo de cierre. Respiro, abrazo a Fio, que me suelta un silbido de admiración cuando paso por el salón, y salgo de casa. La noche de hoy promete ser de película.

Las escaleras del Lincoln Center están repletas de invitados ascendiendo hacia la entrada principal, enfundados en tejidos oscuros, brillos elegantes y perfumes que flotan. Ryan me ofrece su brazo antes de desaparecer entre la multitud, y ese gesto envolvente me anuncia lo que está por venir. En la fachada iluminada del New York City Ballet me veo reflejada: este vestido, que deja los hombros al descubierto y alarga visualmente el cuello, estiliza como ninguno. Una apuesta minimalista que se eleva por completo bajo las luces del entorno.

Él, a mi lado, con chaqueta de esmoquin negra de solapas en pico de seda, camisa blanca con gemelos diminutos, pajarita negra, pantalón a juego, zapatos en charol negro y su Cartier, el mismo con el que desfiló en la gala. Ryan encaja con todo: con la ciudad, con la noche… y, sorprendentemente, conmigo.

Tras ascender por los escalones de moqueta borgoña, que te sumergen en la experiencia nada más llegar, un acomodador nos guía hasta nuestras butacas. Camino junto a Ryan, aprovechando

esos segundos para contarle algo sobre la función que estamos a punto de presenciar: un tributo a la exuberancia de Nueva York, con coreografía de Balanchine y música de Gershwin. Puro Broadway clásico, jazz sofisticado y nostalgia neoyorquina, una emulsión que solo los años veinte y treinta podían tener.

—Es como ver una novela de Fitzgerald hecha movimiento —suspiro.

—Suena perfecto para esta noche —responde.

El cuchicheo del público llena el teatro con un telar de voces suaves y de risas contenidas. Las luces tenues bañan la sala y hacen brillar los programas que la mayoría sostenemos con la mano. En el foso, los músicos afinan sus instrumentos. Detrás del telón, se intuyen los bailarines preparándose. De pronto, los focos comienzan a descender lentamente. El murmullo cesa en cuestión de segundos. El silencio se vuelve solemne. Sé que lo que está a punto de ocurrir es tan efímero como precioso. Cuando miro a Ryan, lo encuentro inmóvil, con la mirada fija en el escenario; y al sentir la mía, él responde del mismo modo. Hay en ese intercambio algo sutil, casi imperceptible para cualquiera salvo para nosotros. Nuestra compenetración fluye con naturalidad, como un gesto ensayado al milímetro que acompasa la función. Ellas, con minivestidos de danza confeccionados en capas para otorgar movimiento, se mueven dentro de una paleta que va del fucsia al celeste, intensificada por destellos joya, dejándose llevar por la melodía como si volaran. Ellos evocan la vida urbana de la ciudad, con trajes negros de reflejos sutiles que la iluminación, medida con intención, se encarga de realzar.

El espectáculo llega a su fin y los aplausos hacen vibrar la sala. El alumbrado se enciende y, mientras el público comienza a levantarse, Ryan se inclina hacia mí con esa naturalidad que siempre me desarma.

—¿Te apetece cenar en mi casa? —susurra, como si fuera una continuación íntima de la función.

Apenas sonrío. La proposición me ha tomado por sorpresa, pero me hace muy feliz.

Frunzo los labios para contener una risa suave.

—¿Cenar en tu casa después de tanto glamour? —digo alzando una ceja. Y después de un segundo, añado—: Vale…, pero solo si pedimos algo indecentemente sencillo. Me encantaría, Ryan.

Mi respuesta afirmativa queda suspendida entre nosotros mientras dejamos atrás el bullicio del Lincoln Center y pedimos un taxi. Al llegar, Ryan abre la puerta principal de su edificio y me indica con la mano que pase primero. Cuando cruzo el umbral de su apartamento, me invade una paz que pocas veces he experimentado. No es uno de esos lugares llenos de luz, decoración familiar y mobiliario bonito…, pero hay algo en él que es suficiente para mí. Nada más entrar, me fijo en la alfombra marrón oscuro que ocupa el centro del salón. Por su apariencia, intuyo que es nueva, así que no dudo en descalzarme.

—Los puedes dejar allí, si quieres —me aclara señalando el mueble de metal que tiene en el recibidor.

Tras sentir cómo el frío del suelo me cala en los pies, me dirijo hacia el sofá. Al momento, Ryan se acerca lentamente por detrás y, antes de que pueda girarme, me tiende una copa de vino acompañada de una curva divertida en los labios.

—Blanco y bien frío, como te gusta.

—No dejas de sorprenderme, Ryan. Gracias —digo con una sonrisa traviesa.

Él no tarda en recorrerme de arriba abajo con la mirada, buscando esa brizna de picardía que ya no pretendo esquivar. Juega con la comisura de su boca, y no hay gesto que deshaga mis defensas con tanta facilidad.

—Ven, Brooke, siéntate aquí —me dice señalando la alfombra mientras acumula cojines en el suelo y apoya la espalda en el borde del sofá—. ¿Qué te apetece cenar? Tengo quesos y embutidos. Podríamos comerlos con pan, frutas, frutos secos… y una botella de vino extra.

—Me has leído la mente. ¡Qué hambre!

Durante los próximos minutos, Ryan orbita por el salón, recolocando cojines y vasos, como si necesitara que todo estuviera perfectamente alineado, y después se dirige a la isla de la cocina para empezar con los preparativos.

Me tomo la libertad de acercarme y abrir los armarios, uno a uno, hasta encontrar los platos mientras él corta el queso. Al volverme, después de haberle dado la espalda apenas unos segundos, su mirada vuelve a rozarme. Nuestros ojos se enganchan. Todo a nuestro alrededor parece contraerse, como si el aire se retirara para dejarnos solos. Él da un paso. Yo respiro hondo sin pensarlo. Y cuando su mano roza la mía —un roce casi accidental— el resto se vuelve inevitable. Sus labios buscan los míos. Un beso que ya no contiene nada, que promete y que me vuelve vulnerable. Y justo cuando el calor de nuestras bocas amenaza con borrar cualquier

distancia, me aparto apenas un milímetro, lo suficiente para reconocer que, en él, encuentro todo lo que me hace bien.

19

El otro lado de la moneda

RYAN

No puedo dejar de pensar en cómo ha temblado cuando me he inclinado para besarla. Sigue pegada a mí, como si el salón entero conspirara para acercarnos aún más. La tensión entre los dos es tan intensa que apenas recuerdo cómo se respira. La miro, completamente rendido a ella, deseando que la noche nos pertenezca sin interrupciones. Llevo una mano a su nuca y el tercer beso se convierte en un cuarto, y luego en un quinto que me hace olvidar el resto del mundo. Me descalzo sin molestia alguna, solo para acercarme a su altura, aunque ella, al haberse desecho de sus tacones, aún tiene que alzar bastante el cuello para encontrar mis ojos.

—Sé que al principio te tenía cruzado, pero… no voy a mentir: llevo tiempo sintiendo esta necesidad de acercarme a ti, aunque no quisiera admitirlo —reconoce.

—Brooke, a veces solo tienes que dejarte llevar. Y en este caso, espero que lo hagas conmigo.

La acerco hasta que su espalda toca la isla de la cocina. Me detengo un instante para mirarla, y casi pierdo el control cuando me devuelve una sonrisa que lo dice todo sin necesidad de palabras. Olvidada la cena, la tomo por la cintura y la alzo con facilidad para sentarla sobre el mármol, sin dejar de sostenerla. Ella mantiene sus manos en mis hombros.

—Recuéstate —susurro.

Obedece, inclinándose hacia atrás, y sus piernas quedan a ambos lados de las mías, invitándome a pegarme un poco más. Me inclino sobre ella, y lo único en lo que puedo pensar es en su respiración acelerada rozando mi boca, marcando el ritmo entre los dos. En sus ojos veo la conjunción perfecta de nervios y deseo, un reflejo exacto de lo que me está pasando a mí. La tensión es tan eléctrica que cada movimiento parece inevitable.

—Ryan… —susurra Brooke, cogiéndome de la camisa para arrastrarme hacia ella con más impaciencia de la que esperaba.

—Estás preciosa. ¿Quieres seguir?

Me resulta imposible apartar la vista de la peca de su mejilla; hay algo obscenamente atractivo en ella. Su respiración se agita. Sus pupilas, demasiado sinceras para este momento, me desarman.

—Sí —responde, como si por fin se rindiera a lo evidente.

Le sujeto la cara con ambas manos, sintiendo cómo se estremece ligeramente bajo mis dedos. En el instante en que mi boca encuentra su cuello, ella deja escapar un suspiro que me enciende la piel.

—No pares… —me pide con una risa nerviosa que estalla cuando nuestros labios vuelven a rozarse.

El espacio entre nuestros cuerpos desaparece. Brooke se apoya en la encimera e inclina la cabeza hacia atrás. Está espectacular con el cabello cayéndole sobre los hombros. Termino de deshacerme de su vestido.

Tiene esa forma de mirar, intensa, curiosa, como si buscara leerme por dentro constantemente… No hay muchas cosas que me hagan sentir tan vivo.

Brooke me atrae hacia ella sujetándome por mi cadena de plata. Me ladea la cabeza y su boca se desliza por mi cuello. Siento un escalofrío que me recorre entero. En cualquier momento voy a perder la compostura. Sus dedos se enredan en mi camisa, tirando de ella hasta medio desabrocharla. No sé si intenta quitármela o simplemente necesita tocarme, pero yo también empiezo a quedarme sin aire. El resto del salón desaparece; solo existe esta urgencia leve, que llevamos tiempo conteniendo.

—Brooke… —Mi voz suena rota.

La alzo con cuidado y ella rodea mi cintura con las piernas. Su risa se mezcla con la mía mientras avanzamos a trompicones hacia el dormitorio. La pared del pasillo nos detiene un segundo. La lámpara se sacude al chocar cuando ella vuelve a besarme, más profundo esta vez.

—Mírate… ¿Dónde quedó la señorita «todo bajo control»? —digo con esa sonrisa que uso para provocarla adrede.

—Cállate y ven aquí —responde riéndose contra mi boca.

Llegamos a la habitación casi sin darnos cuenta. Caemos sobre la cama con una torpeza que hace del momento algo tierno y especial. Mis manos recorren su espalda y ella me busca con una confianza que no habíamos compartido hasta ahora.

Su respiración se acelera. La mía también. Incluso a oscuras, me parece ver cómo le brillan los ojos, el único faro que necesito en estos momentos. Por primera vez, nos rendimos a la experiencia de sentir. Nada más. El mundo se reduce a nosotros dos, a ese segundo suspendido entre lo que éramos y lo que estamos a punto de ser. Esta noche no podría asegurar si es ella quien me está salvando, o si soy yo quien se está perdiendo en ella.

Me despierto antes de lo que debería. Puede que sea por la luz, por el calor… o por el miedo a que todo haya sido un sueño.

Abro un ojo. Brooke está a mi lado. Dormida. Recogida en sí misma. El pecho me aprieta. No sé si es por ella o por la culpa que me invade cuando pienso en lo que todavía no sabe de mí.

Sacudo la cabeza. No ahora. Ahora no.

Ella se mueve, muy poco, pero lo suficiente como para que la sábana se deslice y su pelo se extienda por la almohada. Parpadea, perdida, y cuando por fin enfoca la vista, me mira.

Me mira a mí. Se queda quieta. No dice nada, solo observa. Sé que está teniendo una batalla contra sí misma dentro de su cabeza. Lo noto. Lo huelo. La conozco lo suficiente como para saberlo. No es que esté distante; es que todavía no me ha dado la oportunidad de aclararle algo que sigue reconcomiéndola. Y aunque no debería tardar en hablarlo…, no quiero arruinar este momento.

Le paso la mano por la cintura y tiro suavemente de ella hacia mí hasta que su cabeza se posa en mi pecho.

Hay conversaciones que todavía no hemos tenido.

Secretos que continúan flotando en el aire.

Culpas que me siguen persiguiendo.

Pero ahora mismo… ella está aquí. Y yo también. Elijo a Brooke, y elijo quién soy cuando estoy a su lado.

Son las ocho y media de la mañana cuando, después de pasar más de una hora abrazados sin decir gran cosa, por fin saltamos de la cama para ducharnos. El agua nos despeja lo justo para volver a parecer personas. Luego bajamos al local que está justo debajo, ese que presume —con razón— de hacer los mejores *açaí bowls* y yogur griego con granola de todo el SoHo. Desayunamos sin prisas y después la acompaño a casa, caminando juntos por una ciudad que aún bosteza en este último lunes de septiembre.

Antes de que Brooke cierre del todo la puerta de su apartamento, no puedo evitar frenarla con una sonrisa que se me escapa sola. Me he quedado con ganas de más, y quiero seguir pasando el día con ella.

—Tengo una sorpresa para ti —le digo—. ¿Tienes algo que hacer esta tarde?

—¿Esta misma tarde? —sonríe ella con incredulidad.

—¿Qué te parece si quedamos a las seis en punto frente al Roxy Hotel? Esta vez vístete cómoda, me lo vas a agradecer.

Ella abre la puerta un poco más, me mira con los ojos entrecerrados y se ríe.

—¡Qué miedo me das, Ryan! Pero supongo que he decidido confiar en ti.

Paso la mañana leyendo guiones para posibles proyectos y contestando correos que he pospuesto por estar fantaseando con

Brooke, pero que ahora reclaman mi atención de forma inevitable. También hago una llamada que será clave para el plan de esta tarde, a un contacto que me debe un favor. Tras lo que me parece una eternidad, por fin puedo salir de casa de nuevo y conducir hasta el lujoso hotel boutique, donde aparco a la hora acordada. Puntual. Brooke llega con unos minutos de retraso.

—¿Tan formal es la sorpresa? —pregunta mirando la fachada *art déco*, como si intentara adivinar qué he planeado.

Sonrío.

—Depende. ¿Te dan miedo los sótanos?

—¿Qué? —Frunce el ceño divertida—. No me digas que tu sorpresa huele a humedad.

—Confía un poco en mí. —Le tiendo la mano.

La acepta. Primer punto a mi favor. Entramos en el *lobby* del hotel, con ese ambiente que rinde homenaje al pasado cinematográfico y musical de la Nueva York de los años veinte.

Ella intenta leer las señales, buscar carteles, averiguar hacia dónde nos dirigimos… Pero no hay nada. Solo un camino discreto con una escalera medio escondida.

—Ryan, ¿qué es este sitio?

—Un pedacito de la ciudad que casi nadie conoce.

—¿Y por qué me da la sensación de que lo has reservado solo para nosotros?

—Porque soy muy convincente —digo guiñando un ojo.

Cuando llegamos abajo, nos da la bienvenida un cartel iluminado: ROXY CINEMA. Pequeño, íntimo, elegante. Un cine independiente para cinéfilos como yo, o como Brooke, que se queda quieta. Y puedo ver cómo algo se ilumina en su interior.

—¿En serio? —susurra.

—Ciento dieciocho butacas. Pero hoy solo dos están reservadas —explico abriendo la puerta del cine—. Las nuestras.

Dentro, las luces están bajas. La alfombra roja huele a historia. Las butacas de terciopelo parecen sacadas de una película. En el fondo, sobre una mesa rectangular, nos esperan dos cócteles de autor y un par de cuencos enormes de palomitas, dulces y saladas.

Brooke baja las escaleras de la sala con una sonrisa que intenta disimular y se sienta a mitad de una fila, exactamente donde yo habría elegido. Cuando me acomodo a su lado, la pantalla se enciende. Nuestras rodillas se rozan. Guardamos silencio… hasta que ella, incapaz de resistirse, rompe el momento.

—¿Y cuál va a ser la película que proyecten para nosotros? —pregunta intrigada.

—*Antes del amanecer* —respondo—. Como Jesse hizo con Céline, yo también te habría convencido para recorrer Viena de noche contigo.

—Me gusta —dice con una mirada llena de complicidad.

A lo largo de las casi dos horas que dura la película, Brooke y yo nos hemos convertido un poco en Jesse y Céline. Nos hemos dejado llevar por sus diálogos, sus silencios, sus sarcasmos… y, como ellos, nos hemos permitido simplemente disfrutar del presente. Tanto es así que Brooke aprovecha la música de los créditos para meterse, por fin, en ese asunto que lleva guardándose desde que coincidimos en la cafetería.

—Me sorprendió mucho viniendo de un director como tú, Ryan. Ni siquiera te conocía lo suficiente como cineasta, y aun así juzgué lo que escuché. Sé que debería haber preguntado o investigado más,

pero… «preocuparse menos por demostrar que son fuertes y más por interpretar buenos personajes». ¿Cómo esperabas que tu público interpretara una frase así?

—Lo sé, Brooke, pero… ¿qué querías que hiciera? Yo no encajo en las multitudes, ni en la prensa ni en los focos. Ya lo habrás visto. Tergiversaron lo que dije.

Hago una pausa, respiro, y continúo:

—La verdad es que llevaba semanas peleándome con el estudio para que aceptaran que mi próxima película (la que proyectaba estrenar el año que viene) estuviera guionizada por una mujer. No quisieron. Según ellos, los personajes femeninos que propuso «no parecían lo suficientemente fuertes». Y me encendí —admito exasperado—. No lo entienden. ¿Acaso tenéis que estar todo el tiempo demostrando lo fuertes que sois? Sois vosotras mismas, artistas. Y con eso debería bastar. Ahora creo que no tendría que haber hablado de un tema que no me afecta, pero en ese momento me salió así.

Veo en sus ojos que agradece mi verdad.

—Alessia me contó algo de esta polémica en la gala —dice—. Cuando me vio tan ofuscada por una declaración sacada de contexto. Debí escucharla antes de juzgarte.

Guarda silencio. Baja la mirada. Tiene ese gesto de quien intenta acomodar dentro de sí una realidad distinta a la que ha estado percibiendo hasta ahora.

—Bueno, no eres la única que lo hizo —le digo, pensando en la autora del blog que ocupa tantos de mis pensamientos.

Pero este no es el momento de entregarme a fantasías absurdas, no cuando estoy aquí con una mujer de carne y hueso que me gusta

más de lo que nadie me ha gustado en mucho tiempo. Me arrimo a ella y continuó:

—Si yo hubiera escuchado lo mismo que tú, habría reaccionado igual. Cualquiera lo haría. Lo importante es que estamos aquí. Y que por fin hemos podido hablarlo.

Ella aprieta los labios, frustrada.

—Sí…, pero me siento como una inútil.

Rodeo a Brooke con mis brazos, solo para intentar subirle el ánimo, pero es ella quien me sorprende acercándose y rozando mi boca con la suya. El beso llega sin aviso, cálido, seguro, como si nuestros labios hubieran sido diseñados para encontrarse así. No es un beso cualquiera. Después de haber pasado la noche juntos y de hablar por fin de algo que llevaba pesándole más de lo que imaginaba, percibo en su respiración una calma nueva, una placidez que me contagia.

Cuando el beso se disuelve, Brooke se aparta apenas unos milímetros. Lo justo para mirarme. Sus ojos tienen un brillo diferente, como si algo importante hubiera terminado de asentarse dentro de ella.

No dice nada. Yo tampoco lo hago. Y no hace falta. Apoyo mi frente contra la suya, todavía rodeándola con los brazos. Su respiración está tranquila, más tranquila que en toda la mañana. Me regala una sonrisa sutil, una de esas que duran poco pero que lo dicen todo.

—Gracias —susurra.

—¿Por qué? —pregunto bajito.

—Por… esto. —Hace un gesto vago con la mano entre nosotros que simula abarcarlo todo: el beso, la conversación, la noche pasada

—. Por escuchar. Por no huir.

Sonrío.

—No pienso irme a ninguna parte.

Ella respira hondo, como si necesitara guardar esa frase en algún sitio seguro. Y luego ladea la cabeza, observando el Roxy Cinema vacío a nuestro alrededor.

—¿Nos vamos? —pregunta con una voz tranquila, casi suave.

—Sí —respondo sin soltar su mano—. Este sótano nos va a coger cariño si nos quedamos más.

Brooke ríe. Ese sonido… ese sonido sí que podría quedarse a vivir aquí. Y también en mí.

La ayudo a levantarse y subimos las escaleras juntos, sin prisa. Al salir al *lobby* del hotel, el mundo parece distinto. No sé si es el aire fresco o lo que acaba de suceder entre nosotros, pero la ciudad ya no pesa tanto.

—Tengo hambre —admite ella mientras ajusta su bolso al hombro.

—Perfecto —digo—. Hay un lugar de *food truck* cerca que hacen unas quesadillas de escándalo. Y si no te convence, podemos improvisar, de nuevo como Jesse y Céline.

Brooke sonríe, resignada a que mis referencias cinematográficas van a perseguirla para siempre.

—Vamos —dice al tiempo que cruza la puerta del Roxy conmigo—. Pero yo elijo el postre.

—Trato hecho.

Paseamos por las calles húmedas de septiembre. Camino muy pegado a ella, atraído por una especie de fuerza magnética que me impide separarme demasiado. Cogemos varias quesadillas y, ya que ninguno quiere que la noche termine, añadimos una crepe de

chocolate para compartir. Seguimos andando mientras hablamos. Ella me mira de vez en cuando, como si estuviera asimilando que es ella, y que soy yo. Yo le devuelvo la mirada igual.

Cuando llegamos a su edificio, después de bajarnos del coche, se detiene, se gira hacia mí y me lanza media sonrisa que ya empiezo a reconocer como peligro.

—¿Subes? —pregunta en un tono neutro…, pero sus ojos son incapaces de mentir.

La miro un segundo más, el justo para saber que este momento va a cambiarlo todo. Asiento despacio.

—Claro que subo —respondo—. No quiero irme ahora.

Y cuando sigo sus pasos, algo me dice que estoy cruzando un límite del que ya no habrá vuelta atrás.

29 de noviembre de 2024

¡Querido Espresso Society!

Chicos, ¿cómo estáis? Yo, más feliz que nunca.

En lo profesional, no dejo de escribir mis artículos de moda para los medios que os conté. El *feedback* está siendo buenísimo y es un sueño poder hablar de las tendencias que dominan las calles que más adoro en el mundo. ¡Apuntad ahora mismo! Si queréis ser el foco neoyorquino en lo que a prescriptores se refiere, incorporad a vuestros armarios prendas teñidas de *cherry red*: es el matiz absoluto de referencia.

Ahora mismo os estoy escribiendo esta entrada con una camiseta tipo cárdigan confeccionada en punto trenzado suave, con cuello redondo y botonadura dorada. ¡No dudéis en combinar vuestras piezas burdeos con pantalones de traje crudos (o negros, si lo preferís)! Un look cómodo y a la moda. El triunfo lo tendréis asegurado, ¡confiad en mí!

Y en lo personal… No os lo vais a creer, pero me parece que me estoy enamorando. Sí, sí, como lo leéis. Ni yo me lo creo. Llevo un par de meses quedando con una persona que se ha encargado de demostrarme que, a veces, tienes que abandonar los prejuicios a un lado y aventurarte. Porque solo así te dejas sorprender.

Es capaz de sacar mi lado más optimista y tranquilo… Y mirad que eso es difícil. A fin de cuentas, me hace ser más yo. Incluso me ayuda a conocerme más a mí misma de lo que ya lo hacía. Y eso me gusta y me asusta a partes iguales. No quiero adelantarme a los acontecimientos, porque siempre que lo hago algo sale mal…, pero estoy muy feliz y sentía que vosotros, que me habéis acompañado desde el principio, merecíais conocer también esta parte de mi vida.

Algún día os presentaré por aquí al hombre culpable de mis delirios, pero por ahora… permitidme disfrutarlo en privado. Aunque, hablando de disfrutar: estoy pensando en prepararle una cita especial. ¿Qué opináis de esos restaurantes

clásicos que, en la última planta, tienen una sala con piano de cola y música en directo de madrugada? A mí me parece un plan de película… ¿Lo veis buena idea?

¡Os leo en comentarios! Un beso, cuidaos mucho.

Entre Sorbos

20

La gran mentira

BROOKE

—Ryan… —susurro mientras le empujo suavemente con la rodilla —. Venga, cariño, muévete un poco. Tengo que desayunar y Fio nos espera a Thomas y a mí en el piso a primera hora. Dice que tiene algo importante que contarnos, y no quiero llegar tarde.

—Mmm… —gruñe, sin abrir los ojos, aferrado al edredón—. Dame un minuto…, ya voy.

Sé que no va a moverse. Siempre dice que «ya va» y siempre se queda un rato más, calentito. Y la verdad, me encanta verlo así: despeinado, medio escondido. Me dan ganas de meterme otra vez bajo las sábanas con él, sobre todo con los cero grados que hace fuera. El frío se cuela por la ventana y me eriza la piel hasta dentro del pijama de seda.

Me acerco un poco más a la cama y le aparto un mechón de la frente.

—Si te quedas así mucho rato, me vas a convencer para no salir — murmuro.

Ryan sonríe sin abrir los ojos, esa sonrisa pequeña que me reserva solo a mí.

—Pues quédate —dice con la voz ronca de sueño—. Cinco minutos.

Cinco minutos… Ojalá. Pero Fio nos espera, y esa conversación de compis de piso es inaplazable. Aun así, me permito un segundo más mirándolo, sintiendo ese tirón de pecho que me recuerda lo rápido que me he acostumbrado a despertar con él.

—Venga, perezoso —le digo, pero ya sin fuerza—. Te preparo café si te levantas.

—Vale, vale… —responde, y se ríe bajito—. Ahora sí que voy.

Un par de minutos más tarde, aún continúa desperezándose en la cama. He cumplido mi promesa de hacer café, pero debo salir ya de casa o no llegaré a tiempo.

—Ryan, te dejo la taza en el mármol —le aviso mientras me ajusto la bufanda—. Ven, dame un beso, que me marcho ya.

Él se acerca medio dormido, me rodea la cintura con las manos frías y me da ese beso que siempre me deja con ganas de otro. Lo suelto a regañadientes y salgo de casa.

El trayecto en metro hasta Queens es el de siempre, pero hoy el frío cala distinto, como si la ciudad hubiera decidido que ya es invierno de verdad. Cuando por fin llego, empujo la puerta y me quito el que es mi abrigo favorito, recto de mangas abullonadas y corte *oversize*, bajo la firma de Almada Label. Después, deslizo la bufanda de *cashmere* por el cuello mientras el calor de casa empieza a envolverme.

Fio y Thomas ya están en el sofá, sentados muy juntos. Fio tiene las manos entrelazadas, como si estuviera repasando algo en su

cabeza.

—Chicos…, tengo que deciros algo —empieza, respirando hondo —. Ya sabéis que terminé el periodo de mentoría en Columbia antes de tiempo por las pruebas oficiales de la ESA… Pensé que tendría más margen, pero no. Me voy en enero. —Levanta los ojos, brillantes—. Quería avisaros con tiempo, para que podáis buscar a otra compañera o lo que decidáis… Me sabe fatal dejaros. De verdad. Os voy a echar muchísimo de menos.

La voz se le quiebra en la última frase y, cuando intenta sonreír, una lágrima se le escapa antes de que pueda evitarla.

—Pero ¿ya te han asignado misión? —pregunto con curiosidad.

—No, no. La misión de la que os hablé sigue sin luz verde, así que no son los entrenamientos específicos. Pero sí empezaré las pruebas básicas, las de habilidades esenciales. Las que determinan si puedo ser apta para misiones concretas. Es un lío —dice Fio, riéndose un poco de sí misma.

—Entiendo… Jo, Fio. Te voy a echar muchísimo de menos. Me siento orgullosísima de ti, pero al mismo tiempo no quiero que te vayas. Hemos hecho un equipazo aquí los tres. No somos los mismos que cuando llegué. —Los miro, consciente del cariño enorme que les tengo a ambos, incluso a Thomas, aunque me sorprenda darme cuenta de ello.

Thomas no dice nada, por supuesto. Fio y yo sabemos que, cuando algo le importa de verdad, se encierra aún más detrás de esa armadura gigante que lo protege. No esperamos que hable. No lo necesitamos. Su silencio ya dice suficiente.

—Pero bueno —continúa Fio secándose una lágrima mientras intenta sonreír—, todavía queda pasar la Navidad. Este año lo

haremos juntos. Prometedme que vamos a exprimir al máximo mis últimos días en Nueva York.

—Me parece perfecto —digo—. Tengo un plan para vosotros. Al mediodía he quedado con Ryan cerca de Top of the Rock; ¿por qué no vamos ahora dando un paseo y nos pedimos una taza de chocolate con nubes y nata? Espero a que os duchéis y os cambiéis de ropa.

—¡Qué hambre, Brooke! —exclama Fio, y Thomas asiente, todavía silencioso pero con un asomo de sonrisa—. Me parece la mejor idea para combatir el frío que hace hoy.

El interior de La Maison du Chocolat en Rockefeller Center nos aleja del caos de Midtown. En cuanto cruzamos la puerta, nos recibe un espacio elegante sin pretensiones: paredes en tonos chocolate y crema, iluminación suave, grandes ventanales y un aroma a cacao, mantequilla y café que invita a quedarse más de la cuenta. Las vitrinas exhiben bombones y trufas como pequeñas obras de arte, concebidas para los paladares más exquisitos. Cuando llega nuestra taza de chocolate caliente —humeante, con las nubes derritiéndose en la superficie—, el lugar se vuelve incluso más acogedor. Es como si todo estuviera preparado para que el día avanzara con buen pie.

Después de dejar a Fiorella y Thomas terminándose su chocolate —los dos hablando con la boca llena de nata, incapaces de decidir si el bombón de caramelo o el de praliné es el mejor— me pongo el abrigo y salgo a la calle, donde el aire helado me golpea las mejillas. Camino hacia la pista de patinaje de Rockefeller Center esquivando turistas que sostienen sus cafés y parejas que se amontonan para

hacerse fotos bajo el icónico árbol. Suenan villancicos de fondo, que acompañan a los patinadores en sus torpes bailes. Ryan ya debería estar aquí.

Aparece por fin, unos quince minutos después, justo cuando estoy a punto de llamarlo. Sonríe, un poco culpable, y me toma de la mano mientras cruzamos a paso vivo entre el bullicio navideño de la plaza. Llegamos con algo de retraso a Le Rock, la *brasserie* francesa que un conocido le recomendó y que teníamos pendiente. Salimos casi tres horas más tarde —después de un *steak au poivre* para él y un *duck aux épices* para mí—, y me sorprende descubrir que ya está atardeciendo en Nueva York.

Ryan se ajusta la bufanda mientras caminamos por la acera, y yo meto las manos en los bolsillos del abrigo intentando conservar el calor. La forma en la que esta ciudad sabe encenderse es única: luces blancas rodeando los troncos de los árboles, escaparates repletos de guirnaldas, y un hilo lejano de melodías navideñas que se mezcla con los pitidos del tráfico. Las calles están llenas, pero no con ese aire agobiante que trae el verano; hay una especie de suavidad en la multitud. Parejas cargadas con bolsas de compras, niños reclamando juguetes, perros con abrigos que ya quisiera medio Manhattan, vendedores ambulantes cuya voz entusiasta consigue volver más llevadero el letargo del anochecer.

De pronto, él se detiene un segundo, como si recordara algo.

—¿Te importaría acompañarme a la oficina un momento? —dice volviéndose hacia mí con una sonrisa leve—. Necesito recoger unos documentos para la reunión de mañana. Prometo que no tardamos nada.

—Claro —respondo sin pensarlo.

Nos ponemos de nuevo en marcha.

—¿Tienes oficina por aquí? —pregunto sorprendida—. Pensaba que trabajabas más desde casa o desde los rodajes.

—La uso poco —responde—. Es más para reuniones que para trabajar.

Pasados unos veinte minutos, Ryan señala la puerta de un edificio.

—Es aquí.

La oficina es tan discreta como él: una puerta de cristal, ningún rótulo que indique actividad dentro, paredes blancas sin decorar y, en el interior, solo una mesa larga rodeada de sillas. Al fondo, una pequeña habitación contigua alberga un escritorio y multitud de cajas apiladas.

Ryan deja sus llaves sobre la mesa y se inclina hacia una pila de carpetas abiertas junto a la entrada.

—Un segundo… —murmura hojeando los papeles—. Me faltaba revisar esto antes de mañana.

Pasa las páginas con rapidez, concentrado, como si hubiese encontrado algo que tiene que resolver en este mismo instante. Sin mirarme, agrega:

—¿Te importaría ir tú a la sala del fondo? Es donde está la documentación que te decía, en una carpeta azul. Debería encontrarse en el cajón que verás debajo del escritorio. Está cerrado, pero tienes la llave en un sobre, en la estantería de la derecha. Si no lo ves, avísame.

—Claro —respondo.

Camino hacia la habitación en cuestión. La luz es más tenue allí y el aire huele a papel viejo y cartón. Se nota que no viene muy a menudo por aquí. En la estantería encuentro el sobre blanco que me

ha dicho Ryan, con una pequeña llave en el interior. Me agacho frente al mueble bajo y encajo la llave en la cerradura. Cede con un clic, pero el cajón ofrece resistencia, como si la madera hinchada por la humedad se negara a abrirse del todo. Raspa contra el marco antes de deslizarse con un quejido áspero.

Dentro distingo varias carpetas apiladas sin ningún orden evidente. Busco la azul, pero no está a la vista. Arriba del todo hay una carpeta marrón, gastada, con los bordes doblados. Parece bastante antigua; las gomas que deberían mantenerla cerrada han cedido completamente, de manera que queda entreabierta, y cuando la cojo para apartarla, su contenido resbala hacia el exterior, desparramándose por el cajón. Con la sensación de estar entrometiéndome donde no me llaman, recojo los documentos haciendo una pequeña pila, y me dispongo a devolverlos al interior de la carpeta.

No tenía intención de mirar, pero la hoja de papel grueso que ha quedado en la parte superior del montón llama mi atención y no puedo resistirme a echar un vistazo. Mis ojos se detienen en la primera línea del documento, adornado con un membrete desconocido y un sello oficial que tampoco identifico.

Un texto en el centro, contundente. Y una firma al final que no debería estar ahí.

No.

No puede estar ahí.

El corazón me golpea el pecho como si quisiera salir. La respiración se me rompe en la garganta. Me quedo quieta, con la carpeta entre las manos, incapaz de entender del todo lo que estoy

viendo… y aun así sabiendo, con esa lucidez que llega en los peores momentos, que este documento no pertenece a nadie más que a él.

El impulso aparece antes que el pensamiento. Suelto las hojas encima de la mesa y echo a correr hacia la salida. No puedo mirarlo. No puedo ni respirar en la misma habitación que él.

No lo reconozco.

Y lo peor es que una parte de mí evidencia que siempre intuí algo. Que la versión de mí misma que desconfiaba tenía razón. Que he sido una ingenua de cuento por abrirme así.

Estoy en shock. Todo lo que compartí con él —mi pasado, mis heridas, mis vacíos más ocultos— se me clava en las entrañas como un error irreparable. Mi presente. Mi futuro. Cada palabra que dije confiando en él se me vuelve en contra de golpe.

Los planes. Las promesas. La vida con él que empezaba a atreverme a imaginar.

¿Dónde queda todo ahora?

No lo sé. No sé nada. Solo corro. Corro sin mirar atrás mientras, a pesar del frío, las lágrimas me arden en las mejillas. Un tipo de dolor que no responde a la lógica, el que te deja desnuda porque confiabas ciegamente. Ese golpe que solo puede darte alguien a quien le has entregado todo.

—¡Brooke, espera! ¿Adónde vas? —escucho su voz detrás.

Lejana. Como si viniera de otra vida.

Yo no puedo parar.

No deben de ser ni las siete, pero esta vez no vuelvo a casa en metro. Pido un taxi casi sin pensar. Solo quiero desaparecer, poner

distancia. Cuando el coche arranca, saco el móvil. La pantalla se ve borrosa entre las lágrimas y el reflejo de las luces, pero aun así busco un nombre: Valentina. No sé qué hora es en España. La necesito. La única persona capaz de calmarme es ella. Mi mejor amiga. La que siempre está, aunque se encuentre a miles de kilómetros.

El tono de llamada suena dos veces, y entonces su voz.

—¿Brooke? ¿Qué pasa? —murmura Vale con voz de dormida.

—¿Vale? ¿Estás ahí? ¿Te he despertado? —pregunto sin poder contener las lágrimas.

—Brooke…, estás llorando. Relájate, por favor. Respira. ¿Qué ha pasado?

Mi respiración sigue acelerada, como si no pudiera llenar los pulmones del todo.

—Ha sido Ryan. He encontrado algo… —Me llevo la mano a la boca intentando frenar el temblor—. No podía creerlo cuando lo he leído. Vale…, me ha mentido. Todo este tiempo. No es quien dice ser. —Permanezco en silencio unos segundos para tratar de controlar el sollozo—. ¿Qué hago ahora?

—Brooke, ¿cómo que te ha engañado? ¿Dónde estás?

—En un taxi. Voy camino de casa. He salido corriendo de la oficina. Lo he acompañado a recoger unos papeles… y ahí ha sido. No he podido quedarme. A lo mejor es injusto, pero no puedo soportar la idea de que otro hombre del que me enamoro piense que soy tan tonta como para ocultarme lo que quiera, para reírse así de mí. Me he visto incapaz de enfrentarme a sus excusas.

—Y él, ¿cómo ha reaccionado?

—No lo sé. He escuchado cómo gritaba mi nombre cuando he salido, pero no le he dado la oportunidad de explicarse. Solo quiero estar sola. —Me froto los ojos intentando ver algo entre las lágrimas —. Y para colmo, esta mañana Fio nos ha dicho que en enero se va del piso. Te lo juro, Vale…, ¿puede ir peor el día de hoy?

—No pienses eso, Brooke —dice mi amiga en ese tono que usa cuando quiere que la escuche de verdad—. Vamos a hacer una cosa: nada más llegar al piso, ponte el pijama de tartán que te mandó tu madre para las noches frías, sírvete una copa de vino blanco, pide algo rico a domicilio y hablamos tranquilamente. Yo me quedo contigo hasta que te duermas… o hasta que me venza el sueño —ríe con suavidad.

—No, no, Vale… Tienes que dormir. De verdad…, duérmete tú.

—No seas tonta y hazme caso. Te va a venir bien, ya lo verás. Además, ¿sabes qué? Voy a intentar adelantar el vuelo para ir a verte en Navidad. Total, me quedaba hasta después de Reyes. Puedo cogerme unos días más, que me los deben. ¿Te tranquilizaría?

No hace falta que responda. Vale me conoce demasiado bien. Sabe que jamás le pediría que gastara esos días en mí, pero también es consciente de que la necesito de verdad, a mi lado.

—Cuando llegues a casa, me llamas de nuevo y me cuentas lo que ha pasado —añade—. Pero por videollamada, ¿eh? Quiero verte la cara.

El taxi me deja en la puerta de casa. Subo las escaleras con las manos todavía temblando y las llaves tintinean sin compás al abrir la puerta. Entro, y el silencio me da de lleno. Al parecer, Fio y Thomas han salido esta noche. Me apoyo unos segundos contra la pared. Solo necesito un momento.

Sigo las instrucciones de Vale casi en automático: me descalzo, busco el pijama y lo abrazo contra el pecho antes de ponérmelo. Saco una copa, sirvo vino blanco y dejo que el frío cristal me calme un poco.

El móvil vibra en mi mano justo cuando termino de encender la lámpara del salón. Es Vale.

—¿Estás ya en casa? —pregunta una vez que acepto la videollamada. Su voz, aunque cansada, suena como un abrazo.

—Sí…, ya estoy —susurro.

—Bien. Déjame verte la cara.

Me acomodo en el sofá, llevando la copa conmigo. La primera lágrima cae sin permiso; intento disimularla, pero Vale la ve igual.

—Estoy aquí —repite—. No tienes que hablar si no quieres.

Asiento. El nudo de la garganta no desaparece.

La pantalla se ilumina otra vez. Un mensaje. Luego otro.

Ryan.

Brooke, por favor. Háblame. No te vayas así.

Dime dónde estás. Brooke, por Dios

Me quedo quieta.

—¿Es él? —pregunta Vale.

Asiento, incapaz de emitir sonido.

La llamada entra de golpe, sobreponiendo a la de Vale.

Llamada entrante de Ryan

La rechazo.

A los dos segundos, vuelve.

Llamada entrante de Ryan

—Brooke… —susurra mi amiga.

Aprieto los labios. Me siento pequeña. Rota. Confundida. El corazón me late tan fuerte que me cuesta escuchar la voz de Vale.

Los mensajes siguen llegando, uno tras otro, desesperados:

Estoy en la calle. Delante de tu casa, Brooke.

Por favor, sal. Necesito hablar contigo.

Brooke, déjame explicarte. No me hagas esto

Cierro los ojos. Vale está inmóvil al otro lado, como si supiera que no soy capaz de aguantar nada más hoy.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta ella.

Trago saliva.

No lo sé.

No sé nada, salvo que esta noche no puedo abrir esa puerta.

—Brooke…, respira. Estoy contigo. ¿Me oyes?

Asiento. Una lágrima más cae.

El móvil vibra otra vez, insiste, pero decido silenciarlo por pura supervivencia.

—Vale… —susurro—. No puedo hablar con él. No ahora. Ni siquiera sé si puedo hablar de lo que he visto.

—Entonces no lo hagas. Está bien.

Y así, con la luz tenue del salón, el pijama de tartán y la videollamada parpadeando sobre mis rodillas mientras Ryan sigue imparable desde la oscuridad del otro lado, sé que este capítulo de mi vida acaba aquí.

21

Desconcierto

RYAN

¿Qué se hace cuando el pasado del que tanto has estado huyendo destruye tu presente y amenaza con romper tus planes de futuro? Es una pregunta que no me deja en paz desde ayer. Sigo dando vueltas en la cama. Son las dos de la madrugada y no consigo entender cómo he podido ser tan gilipollas. ¿Qué esperaba? ¿Que podría deshacerme de mis raíces sin que, tarde o temprano, se rebelaran contra mí? Era inevitable. Lo ingenuo fue pensar que no recaería sobre lo que más me importara en ese momento. Ahora me pregunto, como Fleetwood Mac en *Landslide*: «¿Puede el niño dentro de mi corazón elevarse por encima? / ¿Puedo manejar las estaciones de mi vida?».

Brooke sigue sin responder a mis llamadas. No quiere verme. No quiere hablarme. Y la entiendo. Ha salido corriendo de la oficina después de descubrirlo y no he sabido nada de ella desde entonces. Me he acercado a su casa, pero no ha querido abrirme, a pesar de que la luz ha estado encendida hasta bien entrada la noche. Odio

eso de ella: que no sea capaz de darme la oportunidad de explicarme, como cuando se tragó la rabia más de lo debido por aquel comentario desafortunado… ¡Qué manía con no soltar lo que siente! ¿Lo hará algún día? ¿Será capaz de perdonarme?

Mientras continúo torturándome, mi cuerpo empieza a rendirse. La tensión, la culpa y la falta de sueño se me pegan a los huesos como un peso insostenible. Intento mantenerme despierto, seguir dándole vueltas a lo mismo, encontrar una salida…, pero la tormenta interna termina por aplastarme. Y, sin darme cuenta, me quedo dormido.

Apenas cuatro horas más tarde, me despierto sobresaltado. No abro los ojos por una pesadilla, sino por el móvil antiguo, que vibra sin descanso en el interior de la mesilla de noche. Me incorporo con la cabeza embotada, la boca pastosa y la sensación de haberme pasado por encima un camión. Alargo la mano, abro el cajón y lo cojo a tientas.

La pantalla me deja helado.

Ochenta y siete llamadas perdidas. Un mensaje.

Todo de un número oculto.

Tardo varios segundos en reaccionar. Ni siquiera sé si estoy entendiendo bien lo que veo. Antes de devolver ninguna llamada, abro el mensaje de texto y solo un enlace adjunto que me redirige a un diario en línea al pincharlo. Algo en mi estómago me avisa de que nada bueno va a aparecer.

La portada de la noticia que se abre en primer plano me golpea como un puñetazo:

EL PRÍNCIPE ALISTAIR DE LIRIANNE, IMPLICADO EN LA VENTA ILEGAL DE PATRIMONIO HISTÓRICO DEL PRINCIPADO PARA LA

CONSTRUCCIÓN DE UN CENTRO DE EVENTOS PRIVADO

Hay fotografías del edificio, del terreno, de documentos filtrados. Y en medio de este circo, la identidad de ese hombre iluminado como un faro en destrucción. Siento un vuelco que me deja sin aire. Hace más de dieciséis años que no regreso al Principado de Lirianne. Desde mis dieciocho, cuando decidí firmar aquella renuncia oficial como miembro de la casa principesca. La misma que ha hecho que Brooke se marche sin querer saber nada de mí. «Para protegerme», aseguraron mis padres. En realidad, les vino bien para quitarse de encima el problema que siempre fui para ellos.

> A partir de la firma de este documento, queda extinguido su nombre, su título y cualquier derecho derivado de su pertenencia al Principado de Lirianne. La Casa no volverá a mencionarlo en acto alguno, registro oficial o comunicación pública. A efectos del Principado, usted deja de existir.

Repito: «A efectos del Principado, usted deja de existir». Esas palabras fueron las que acepté en su momento. Y las he cumplido, de hecho.

Entonces ahora…, ¿por qué me llaman? ¿Qué tengo que ver yo con el desastre que ha provocado él? ¿Por qué tantas llamadas? ¿Y por qué justo hoy?

El móvil vuelve a vibrar entre mis dedos.

Número oculto. Otra vez.

En esta ocasión respondo.

—¿Sí? —digo. Espero que alguien al otro lado me explique qué narices está pasando.

—¿Alteza? Soy Wilfred. No cuelgue, por favor. Necesito hablar con usted… Creo que aquí requieren su presencia, aunque nunca lo vayan a admitir —dice en ese tono cariñoso que recuerdo tan bien.

—¿Wilfred? ¡Dios mío! ¡Cuánto tiempo! Tenía entendido que te habías marchado del principado poco después de que yo me fuera… ¿Cómo estás? Jamás habría imaginado que eras tú quien llamaba —respondo sorprendido.

Wilfred es, probablemente, la persona por la que más cariño siento de toda esa casa. Siendo yo niño, ya era el chófer de la familia. Nuestra relación se apagó cuando me fui, pero él siempre ocupó un lugar especial en mí. Fue como un segundo padre: quien me cuidó y me aconsejó cuando el mío estaba demasiado ocupado, al parecer, según veo ahora, en comenzar a mover sus ventas ilícitas… Es surrealista.

—No…, terminé quedándome —responde con un suspiro leve, como si arrastrara años de cansancio contenido—. Lo hice por su madre. Ella…, bueno, sinceramente, consideré que no podía dejarla sola con su padre. No en aquel momento. No después de todo lo que empezaba a moverse en la sombra.

—Siempre noté el aprecio que le tenías. Y ella también. Nunca hizo falta que lo dijeras en voz alta. Wilfred, es que no me lo puedo creer. ¿Dónde queda la imagen respetable que tanto le ha obsesionado a mi padre? Jamás pensé que fuera tan bueno engañando.

—Alteza, escúcheme. Sé que no me va a dar la respuesta que espero, pero se lo ruego: vuelva. Aunque no quiera admitirlo, el príncipe necesita su ayuda. Está fuera de sí, como loco.

—¿Y qué quieres que haga yo? A mí nunca me escuchó…, ¿por qué lo haría ahora? Mi opinión jamás le ha importado.

—Aunque no lo crea, su padre y su madre sabían que iba a destacar donde fuera. Sabían que ellos no podían darle lo que buscaba, y no supieron gestionarlo mejor. Las normas rígidas y estúpidas de la Casa de Lirianne les superaron. Está claro que priorizaron lo que no debían.

—No creo ni que quieran verme. Por lo que he leído, mi padre no ha cambiado. ¿Y mamá? ¿Dónde está?

—Su madre fue la más inteligente. Supo hacer ver que lo apoyaba, pero en realidad lo tenía calado y se mantenía lejos de sus asuntos. Ella se alegrará de verle. Creo que, aunque siempre ha sabido mantenerse firme, ahora le necesita más que nunca.

—Wilfred… Sabes el cariño que te tengo, y que siempre he agradecido lo que hiciste por mí, pero no puedo volver. No ahora. No con mi vida patas arriba.

—¿Dónde está ahora, alteza?

No puedo decírselo. Fui yo quien pidió marcharse. Y también quien aceptó firmar, bajo juramento, con tal de huir y desaparecer. Exigí que no se me buscara, jamás. Y tengo demasiadas cosas que resolver aquí, en la vida que he construido durante estos años.

Y ahí está el verdadero motivo.

Por eso debo mantener en el anonimato mi verdadera identidad.

Por eso no puedo permitir que nadie se me acerque demasiado.

Porque Ryan Blake… no existe.

Nunca existió.

Mi nombre real siempre fue Ryan Philippe, príncipe heredero del Principado de Lirianne.

—Wilfred…, no puedo decirte dónde estoy. No ahora. Mi vida aquí se ha desordenado más de lo que imaginas, y tengo que recomponerla antes de enfrentarme a cualquier cosa.

—Hijo…, solo piénselo. No hablo de que regrese oficialmente ni de que se exponga. Sería únicamente entre usted y yo. Nadie más tiene por qué saber dónde está si no quiere. Pero entienda algo: aunque a ojos internos del Principado haya firmado aquel documento…, a ojos del mundo sigue siendo el heredero. Y la gente va a esperar que diga algo. Que actúe. Este escándalo es demasiado grande, incluso para su padre.

—Wilfred…, dime una cosa. ¿Cómo gestionaron mi huida? ¿Cómo lo taparon? En su momento no quise buscar nada relacionado conmigo, pero lo cierto es que sigo sin entender cómo se las arreglaron para silenciar que el heredero del Principado desapareció de un día para otro. ¿Cómo pudieron actuar como si nada? —Me escucho respirar, alterado—. No quiero volver a involucrarme en nada de eso. No pienso ser parte de los manejos turbios, ni de los silencios ni de las apariencias del Principado. Lo he visto demasiado cerca. Y si algún día regreso…, será para cambiarlo todo. Para hacerlo de otro modo. A mi manera. Según mis valores, no los suyos. Hasta que eso no sea posible, no tengo nada que hacer allí.

Al otro lado de la línea, Wilfred guarda silencio unos segundos. Puedo oír cómo respira, cómo intenta ordenar lo que va a decirme.

—Ryan, usted no imagina lo difícil que fue. Para todos, en realidad. —Su voz suena cansada, envejecida por recuerdos que nunca quiso decir en voz alta—. Su huida no se gestionó. Se ocultó. Su padre contó a los medios que se había retirado a aprender relaciones internacionales en el extranjero, que quería intimidad, y

ordenó que nadie hablara del tema. Que su nombre no volviera a mencionarse. Que todo siguiera como si nada. Algunos medios han tratado de localizarle, claro, pero parece que usted también ha sabido ocultarse, porque nadie le ha encontrado nunca. Hasta que ha pasado esto y no me ha quedado más remedio que buscar su contacto entre los archivos de su padre. —Hace una pausa—. Y su madre… su madre aceptó el silencio porque pensó que así le protegería. Porque sabía que era lo único que podía hacer sin perderle del todo.

Traga saliva, como si esas palabras le abrasaran la garganta. A través de la línea percibo su esfuerzo por continuar hablando, pero también sé que va a intentarlo todo para que yo vuelva. No me equivoco.

—Y Ryan… —Su tono cambia. Más bajo. Más triste—. Su madre lo sabía. Sabía que encontró aquella carta. Me lo contó ella, Ryan. La carta que nunca debió leer. La que hablaba de un amor que su madre no podía permitirse. Entendió entonces por qué se marchó sin mirar atrás. Entendió ese dolor. Y entendió que no quisiera formar parte de un lugar construido sobre secretos que nunca le pertenecieron.

—No sé ni qué decir, Wilfred. Es demasiado… —susurro agotado.

—No estuvo bien, Ryan. Sé que no lo estuvo. Pero hicieron lo que creyeron necesario para mantener en pie lo que ya estaba resquebrajándose por dentro.

Lo imagino frotándose la frente, como solía hacer cuando estaba preocupado por mí.

—Ryan, yo sé que usted no quiere ser parte de nada turbio. Y lo entiendo, el Principado tiene sombras…, demasiadas. Pero también

sé que siempre tuvo claridad. Coraje para hacer lo que creía correcto, incluso de niño.

Su tono se suaviza.

—Si algún día decide volver para cambiar algo, créame cuando le digo que sería la única persona capaz de hacerlo. La única. Pero no pienso presionarle. Solo quería que lo supiera.

Hace una pausa larga, como si dudara antes de continuar.

—Y Ryan…, ya que le tengo al teléfono, hay algo más que debo decirle —añade. Mi estómago se tensa—. Amélie. Está intentando por todas las vías contactar con usted, sobre todo desde que saltó la noticia de su padre. Ha movido cielo y tierra para lograr una señal suya. Pregunta por usted cada vez que ve a sus padres. Y no se cansa, Ryan. No lo hará.

No digo nada. Me masajeo la nuca. Esto empieza a superarme.

Wilfred sigue:

—Usted sabe cómo es. Crecieron juntos. La familia de Amélie siempre fue cercana al Principado… y todos daban por hecho que acabarían juntos algún día. Sus padres. Los suyos. Todos.

Amélie.

Solo escuchar su nombre me trae imágenes demasiado nítidas. La recuerdo retocándose su moño perfecto sin mirarse siquiera, con ese gesto calculado que la hacía parecer una portada de revista incluso a los doce años. Sus vestidos, repletos de apliques de pedrería en forma de flores al estilo Jenny Packham, tan delicados como impecables. Siempre derecha, siempre tan correcta. Su perfume a peonías y bergamota que anunciaba su llegada antes de que cruzara cualquier puerta.

Demasiado perfecta para mí.

Demasiado de linaje real.

Demasiado hecha para encajar en un molde del que yo siempre quise huir.

—Sí…, ya lo intuía —murmuro finalmente pasándome la mano por la cara—. Alguna vez llamó a este teléfono. No lo cogí, pero supongo que era cuestión de tiempo que intentara llegar a mí por todas las vías posibles.

Respiro hondo, procurando que no me tiemble la voz.

—Wilfred, necesito pedirte un favor. Haz lo que sea para desviar su atención. Lo que sea. No quiero que Amélie empiece a buscarme de verdad, no ahora. No con todo lo que tengo que arreglar en mi vida.

Silencio.

—Haré lo que pueda, Ryan —responde él con suavidad—. Siempre haré lo que pueda por usted. Me ha alegrado tener esta conversación, escuchar su voz —añade con esa calidez que me desarma—. De verdad. Cuídese, por favor. Y… seguiremos en contacto. Aunque sea solo por aquí.

—Gracias, Wilfred —respondo, sintiendo un nudo en la garganta que no esperaba—. Yo también me alegro de haber hablado contigo.

Cuelga.

El silencio que sigue es tan denso que casi percibo su presencia en la habitación. Me dejo caer sobre la cama, mirando el techo como si allí fuera a encontrar alguna respuesta.

James. Necesito hablar con James. La única persona en Nueva York que sabe absolutamente todo: lo que fui, lo que soy, lo que intenté esconder… y lo que acaba de derrumbarse.

Tiene que ayudarme a pensar qué demonios hago ahora: con Brooke, con la que aún no he podido hablar y cuya herida he provocado yo mismo; con el desastre que ha ocasionado mi padre, que me arrastra aunque no quiera; y conmigo, que ya no sé ni quién soy en medio de todo esto.

Miro mi teléfono actual sobre la mesilla. Lo apagué antes de quedarme dormido y sigo sin ser capaz de encenderlo y enfrentarme a lo que venga. Quizá porque sé que, a partir de ahora, nada va a ser sencillo. Sin darme más tiempo para pensar, alargo la mano, lo cojo y pulso el nombre de James, que aparece de los primeros en el registro de llamadas.

—¿Ryan? ¡Qué sucede! Quedamos en vernos en un par de horas, ¿qué ha pasado que no puede esperar? Son las siete menos cuarto de la mañana —dice James nada más descolgar.

—Me ha llamado Wilfred. Desde el Principado. Es por mi padre —respondo sin rodeos.

—¿Cómo? ¿Wilfred? ¿Desde el Principado? A ver, cuéntamelo bien porque no entiendo nada.

—No sé si lo has visto en las noticias, pero mi padre ha vuelto a liarla. No ha podido ser más irresponsable. Ha vendido parte del patrimonio del Principado para construir un «centro de eventos», o lo que sea que él entiende por eso… No he querido seguir leyendo.

—Ryan…, sabía que tarde o temprano volverían a causarte problemas. ¿No tuvieron suficiente con intentar encerrarte de niño? Te hicieron firmar ese documento para que renunciaras a tu apellido y «no mancharas la imagen de la casa principesca» al querer irte…, y ahora son ellos los que te buscan. ¡Cuando les suplicaste que no lo hicieran! ¡Es increíble!

—Lo sé. Ha sido lo primero que he pensado al hablar con Wilfred. Pero dime…, ¿qué quieres que haga, James?

—¿Qué quieres hacer? Mejor dicho, ¿qué puedes hacer? —me devuelve la pregunta.

—No lo sé…, estoy confundido. Wilfred me ha pedido, por favor, que vuelva a casa. Que el Principado cada vez está peor y que el único que puede suavizar los daños soy yo. Según él, mi madre me necesita y la población espera que el heredero hable.

—¿Crees que después de tantos años confían en que aparezcas salvando a tu padre? —cuestiona James, en ese tono entre irónico e indignado que solo él puede manejar.

—Claro. Wilfred me lo ha dicho. No tengo ni idea de lo que estarán diciendo por allí, pero lo que está claro es que, tras mi huida, borraron mi nombre de todas partes. Nadie podía mencionarlo. Pero eso fue porque, durante todos estos años, no hubo una crisis de esta magnitud…

—Quizá lo mejor sí sería que fueras, Ryan —dice con más calma —. No para salvarle a él, sino para ver la situación de cerca. A fin de cuentas, nunca dejaste de ser el heredero…, ni siquiera con la dichosa firma aquella.

—Ya. Por eso mismo. Es que… por un lado creo que debería ir. Pero por otro… siento que antes tengo que solucionar lo de Brooke. Aunque claro, eso tampoco lo sabes.

—¿Qué ha pasado ahora? —pregunta James en un tono de temerse lo peor.

—Ayer vino conmigo a la oficina para coger unos papeles que necesitaba para la reunión de hoy. Quería ahorrar tiempo y le pedí que abriera el cajón con la llave. Y claro, adivina qué encontró. El

documento de renuncia. Salió corriendo, James. Ni siquiera me dio tiempo a explicarle nada. No quiere saber de mí.

James deja escapar un suspiro ensordecedor.

—¿Ves lo que te digo, Ryan? Durante estos años no te ha afectado porque estabas completamente centrado en tu trabajo. Te bastaba con desaparecer bajo tu fachada de director, sin vínculos, sin compromisos. Pero ahora… ahora tienes a alguien que te importa. Que te importa de verdad. Y es ahí cuando te das cuenta de que el pasado no se queda quieto. Te ha seguido aunque tú corrieras en su día para huir de él.

Cierro los ojos. Su voz se mezcla con mis propios pensamientos, que llevan horas haciendo ruido.

—¿Y cómo lo soluciono? ¿Qué hago, James? No puedo pensar con claridad. Necesito hablar con Brooke, pero ella no quiere ni verme. Y al mismo tiempo tengo que enfrentarme al Principado, dar la cara por un hombre que lleva dieciséis años sin interesarse lo más mínimo por mí.

James guarda un silencio breve, aunque lleno de intención.

—Lo primero, Ryan, es que respires —dice, finalmente, con una firmeza contenida—. Respira. No vas a arreglar todo a la vez. Ni lo de tu padre, ni lo de Brooke ni lo que ocurrió hace dieciséis años. Pero sí puedes decidir qué paso dar ahora mismo.

Guardo silencio.

Noto el pulso acelerado, la presión en el pecho. Pero también un resquicio de claridad.

—Ya sé lo que tengo que hacer. Creo que lo he sabido desde que he leído la noticia —susurro.

Y por primera vez en años, no tiemblo.

Voy a volver al Principado.
Voy a arreglar el desastre que dejé atrás.
Voy a enfrentarme a mi padre, a mi nombre, a mi pasado.
Lo haré por mí.
Y cuando todo esté en orden, volveré a por Brooke.
Porque ella merece a un hombre que no tenga que esconderse.
Y pienso convertirme en ese hombre.

20 de diciembre de 2024

¡Querido Espresso Society!

Chicos, mi rumbo profesional —si todo sale como espero— podría cambiar por completo dentro de muy poco. Ya sabéis que mi gran aspiración desde que llegué a Nueva York ha sido entrar en una revista *top* del sector, como redactora en plantilla. Pues bien…, una gran amiga me ha conseguido una entrevista en *Couture Journal*. Los que amáis la industria me entenderéis: cualquiera que sueñe con moda querría crecer en ella. ¡Deseadme suerte! En apenas media hora tengo que estar en el lugar acordado. ¡Qué nervios!

Por otro lado, he de poneros al día. ¿Recordáis aquel chico del que os hablé? Le he perdido la pista. No me apetece remover el tema ahora, quizá algún día os contaré bien la historia. De momento he decidido centrarme en mi carrera; mi intuición me dice que se aproximan cosas buenas.

Además, ¡estoy muy feliz! Mi mejor amiga llega esta misma noche desde España y voy a buscarla al aeropuerto. Tengo tantas ganas de explicarle todo en persona… Hemos planeado mil cosas para esta Navidad, así que estaré un poquito desconectada del blog.

Os deseo unas felices fiestas y… ¡comed mucho turrón!

Entre Sorbos

22

Sueño americano

BROOKE

Pulso el botón del ascensor del One World Trade Center y respiro hondo. Es mi primer día tras las vacaciones de Navidad y no puedo dejar de pensar en lo mucho que han significado para mí estas fiestas. He terminado el año con el corazón hecho trizas y Valentina se ha encargado de mitigar ese dolor haciendo lo que mejor se le da: devolverme la risa incluso en los momentos en que las lágrimas afloran solas.

Hemos descubierto juntas la Nueva York de invierno, la de los cristales empañados, las bufandas y las bebidas calientes que parecen respirar. Hemos buscado cobijo tanto en los lugares obligados para quien viene de paso como en rincones que sentía que debía mostrarle antes de que se marchara: mis cafeterías y librerías preferidas. Hoy, con un desamor a cuestas y unas ganas tremendas de dejarlo atrás, empiezo enero centrada en mi carrera. Y me resulta imposible subir las plantas de uno de los edificios más prestigiosos e

históricos de toda la ciudad sin sentir que estoy ascendiendo a una vida nueva. Porque, en cierto modo, lo es.

Todavía me estoy acostumbrando a formar parte de la plantilla de *Couture Journal* como periodista. «¿Qué hace una chica como yo frente al despacho de la gran Sophie Brown?». No termino de asimilarlo.

Hoy no es un martes cualquiera, pues llevo pocas jornadas inmersa en esta nueva rutina, teniendo en cuenta que, después de la entrevista, solo vine dos días para aprender a manejar lo básico.

Antes de cruzar la enorme puerta de cristal que se abre a la redacción, dejo el café que he pedido por el camino en Ralph's Coffee en una mesa baja repleta de los últimos números de la revista. Luego, me ajusto el suave pañuelo grisáceo de M&S por el que me he decantado esta mañana para coronar el estilismo. También me aliso el abrigo —un diseño en mezcla de lana con capa desmontable de OAK + FORT, con la cintura marcada y costuras princesa—, sin olvidarme, por supuesto, del pantalón de traje en azul real que reciclo día sí y día también. Un gran básico de Aritzia.

Al terminar, dejo escapar un suspiro y reúno el valor para avanzar y dirigirme hacia mi silla. Los nervios me acechan.

Una vez que me acomodo frente al ordenador, abro la bandeja de entrada y me dedico a repasar los correos que me han llegado. En realidad, estoy esperando a que Brown desfile por la redacción, con esa presencia y elegancia que solo tienen las mujeres que han hecho de la moda su reino, y nos reclame para la reunión de primera hora. Saco la libreta del bolso y anoto las propuestas que considero pertinentes para las próximas coberturas: tendencias que analizar,

personalidades a las que entrevistar, contenido que revolucione las redes sociales y, como consecuencia, a las nuevas generaciones…

Apenas pasan unos minutos cuando Sophie Brown irrumpe en la oficina. Su caminar es lo único que resuena por encima del ruido ambiental, que aprendí a reconocer en las jornadas de adaptación. Hoy se ha enfundado en uno de esos trajes blancos que refuerzan su imponente aura, de los que hacen que endereces la espalda al verla. Se trata de un conjunto de dos piezas: *blazer* de grandes dimensiones con solapas en pico y pantalón de tiro alto, pernera ancha, pliegues delanteros y trabillas a juego. Una apuesta que eleva con camisa a tono y una corbata de rayas a contraste, elemento que de pronto me entran ganas de incorporar a mi vestidor para ver si me da la misma aura de influencia.

No ha dudado tampoco en potenciar su figura con un cinturón, accesorio estrella para ceñir las chaquetas como una buena prescriptora. Del calzado, reconozco la firma: Christian Dior. El modelo J'Adior, con tira trasera bordada en bicolor y lazada como adorno. Y, cómo no, su bolso: un Birkin de ensueño. El culpable definitivo de que todos suspiremos, sin cesar, por su armario.

—Chicos, ya podéis ir hacia la sala Atelier, ahora vengo. Llevad cada uno vuestras propuestas apuntadas, ¡ya sabéis que tenemos mucho trabajo por delante y no se nos puede escapar nada! —dice con tono firme.

El grupo empieza a levantarse. Sillas que se arrastran, teclados que se silencian, libretas que se cierran. Yo cojo la mía con rapidez intentando que no tiemble entre mis manos, pero los nervios me delatan. Sophie se detiene unos segundos justo después de salir de su oficina de cristal para encaminarse a la sala asignada. Me dirige

una breve mirada antes de entrar, y pronto estamos hablando de propuestas, proyectos y futuros encargos.

—Brooke —dice Sophie entonces.

Mi corazón da un salto tan brusco que casi me tropiezo con mi propia mesa. Abro la libreta con dedos temblorosos, pensando en las propuestas a las que he dado vueltas durante las últimas semanas. Sin embargo, aún no he pronunciado ni una palabra cuando veo que se cruza de brazos y me observa con un carisma profesional que impone, pero también atrae.

—He releído tus artículos de prueba de la semana pasada —dice sin apartar la mirada—. Y tengo claras mis decisiones para ti hoy.

Trago saliva.

—Sí, claro —susurro.

—Quiero que empieces fuerte —continúa—. Tienes visión. Lo noto. Así que te voy a poner a prueba. Irás a la Semana de la Moda y llevarás a cabo algunas de las coberturas que tenemos pactadas con las firmas que participan.

Hace una pausa mínima que me sirve para asimilar la noticia: «¿Sophie Brown acaba de decirme que va a enviarme a la Semana de la Moda de Nueva York, el sueño de mi vida desde que tengo memoria?».

—Primero te encargarás de entrevistar a Sienna Caruso. —Mi respiración se corta. ¡Sienna Caruso! La diseñadora del momento—. Quiero un perfil íntimo, sólido, elegante. Nada superficial. Su colección de esta temporada *Linea di Confine*, inspirada en su propia herencia cultural italoamericana, está dando que hablar: *slip dresses* alargados, drapeados que evocan esculturas renacentistas, chaquetas con bordados mínimos hechos a mano… Ya sabes. Haz

que el público conecte con la creativa, con esa fusión entre Mediterráneo italiano y los noventa neoyorquinos.

Asiento rápido, demasiado rápido.

—Claro, por supuesto.

—Segundo —prosigue Sophie, ajustándose la solapa del *blazer*—: te voy a pedir que entres al *backstage* de Dorian Hale. Quiero un análisis completo. Cómo trabaja el equipo, cómo construyen los looks finales, cómo respira la colección. Hale es meticuloso hasta la obsesión. Si captas esa esencia, tendremos oro editorial. Ah, y no te olvides de coger algunas declaraciones del propio Hale para nuestras redes. A nuestros seguidores de TikTok les encantará ver qué hay detrás de cada una de las propuestas que vemos desfilar.

Ahí sí que no puedo evitar abrir los ojos más de la cuenta.

—¿En el *backstage*? ¿Yo?

Sophie apenas inclina la cabeza, como si la respuesta fuera obvia.

—Si no confiara en ti, no te estaría enviando.

Me arde la piel de la emoción.

—Y por último —añade, paseando la mirada por el resto de mis compañeros—, desde la redacción quiero que trabajes en un artículo sobre las cinco o diez tendencias que conquistarán las calles esta temporada según NYFW. Algo claro, conciso, aspiracional, muy *Couture Journal*. Texturas clave, siluetas predominantes, colores que estén emergiendo en los *showrooms*. Me gustaría que te pusieras con ello cuanto antes; iremos viendo el proceso.

La miro sin poder articular palabra. Me limito a asentir y ella continúa con la asignación de propuestas: reportajes para *print*, coberturas para digital, revisiones de última hora… Todo transcurre tan rápido que apenas tengo tiempo de respirar; solo escucho

nombres, fechas, desfiles, firmas y algún que otro suspiro de mis compañeros.

Yo permanezco en silencio, todavía asimilando el peso de lo que acaba de encomendarme. Sophie sigue con su agenda imparable mientras todos apuntan con rapidez. Finalmente, da por concluida la reunión. Las sillas se mueven, los bolígrafos se guardan y el sonido habitual de la redacción vuelve a instalarse entre nosotros. Estoy a punto de salir cuando noto que Sophie se detiene a mi lado.

—Y, Brooke… —susurra con calma—. Sorpréndeme.

Y entonces sé, con una certeza arrolladora, que hoy es el principio de algo mucho más grande de lo que jamás he imaginado.

La jornada llega a su fin mucho antes de que mi cabeza pueda alcanzarla. Entre correos, notas garabateadas y la adrenalina de los encargos de Sophie, el día se me ha ido como si alguien hubiera pasado las páginas demasiado deprisa. Cuando por fin cierro el ordenador, la redacción está casi vacía. Las luces blancas bañan el espacio en un tono que embellece el papel satinado de las revistas que ornamentan la mayoría de las mesas. Me quedo ahí sentada, con las manos sobre el teclado, respirando. Luego me levanto despacio, como si no quisiera romper la magia del lugar.

Camino hacia la salida, pero solo recorro unos pasos: me detengo casi de inmediato frente a uno de los pósteres de las portadas icónicas. Cindy Crawford, Linda Evangelista, Kate Moss, Michelle Obama, Zendaya…, mujeres que llevo años admirando desde la distancia. Y ahora estoy aquí, a centímetros de aquello que antes solo veía en pantallas y en revistas que guardaba como tesoros.

Sigo avanzando pegada a los *moodboards* colocados en paneles de corcho, que parecen obras de arte: telas enganchadas en

alfileres, fotografías Polaroid, paletas Pantone, recortes de pasarela. Me sorprendo tocando uno de los trozos de organza clavados en una esquina, como si el tacto pudiera conectarme con ese universo del que siempre quise formar parte. En el suelo, apiladas, veo cajas sin abrir con los nombres de las firmas más deseadas: Chloé, Jacquemus, Fendi, Dolce & Gabbana… Regalos de prensa para futuras sesiones, presentaciones, eventos. Me inclino y leo una tarjeta al azar: «For the SB Team – With love».

«Esto es un sueño», me repito. Y sonrío, porque todo esto, por improbable que parezca, es real.

Me dirijo hacia los ascensores con el abrigo colgado del brazo. Miro atrás una última vez. Incluso el perfume persistente de flores frescas en el rincón de Sophie parece darme la bienvenida. Cuando las puertas se cierran delante de mí, soy algo más consciente: hoy he vivido el tipo de día por el que tantas rezamos en secreto. Estoy aquí. Estoy dentro. Y esto acaba de comenzar.

Al salir del vestíbulo del One World Trade Center, la ciudad me sorprende con una nevada fina pero constante. Los rascacielos se elevan hacia un cielo blanco, difuminado, y pierden sus pináculos en él. Las fachadas están cubiertas por un velo níveo que resalta cada detalle arquitectónico. Las aceras brillan con un efecto perlado y los puestos callejeros desprenden un vapor cálido que suaviza, por un instante, la crudeza del frío.

Valentina ha venido a buscarme. Se ha pasado el día visitando los puntos turísticos que todavía le quedaban por ver; ya lleva aquí un par de semanas, pero es su primera vez en Nueva York y la ciudad tiene mucho que ofrecer. La observo acercarse al memorial en homenaje a las víctimas de los atentados de las Torres Gemelas,

aunque aún no se ha dado cuenta de que estoy aquí. Me detengo a unos metros y le dejo su espacio. La sensación de vacío, silencio y profundo respeto que envuelve este lugar te alcanza con solo acercarte, y quiero que ella pueda conectar con ello sin interrupciones. Cuando empieza a alejarse de la Zona Cero, levanta la mirada y entonces me ve.

—Ay, hola, Brooke —dice abrazándome con fuerza—. No te había visto. ¿Cómo ha ido el día?

—Demasiado bien, Vale. Ni te lo imaginas. Estoy en una nube —río, soltando después un suspiro nervioso—. Y a la vez tengo miedo, porque la mismísima Sophie Brown me ha dicho que seré yo quien vaya a la Semana de la Moda y… me ha dado mucho trabajo.

—Brooke, pero ¿tú recuerdas cuando soñabas con esto en el piso de la avenida de América? Creo que ni por aquel entonces eras capaz de imaginarlo hasta tal punto.

—Qué va, imposible. Supera con creces mis expectativas. Aunque supongo que, como en cualquier trabajo, llegarán situaciones crudas… Pero no voy a pensar en eso ahora. —Sonrío, sin dejar de mirarla—. ¿Y tú, Vale? —pregunto—. ¿Qué has hecho para aprovechar tus últimos días de vacaciones en la ciudad que nunca duerme?

—Mmm… He ido a The Edge, en Hudson Yards. Lo había visto en vídeos de creadoras de contenido a las que sigo, y me parecía visita obligada.

—¿Y te has paseado por Freeman Alley? El famoso callejón del Lower East Side, un lienzo para los artistas callejeros.

—Sí, sí, ha sido lo primero que he visto hoy. Es un lugar tan misterioso como inspirador. —Hace una pausa breve y sonríe—. Ya

sabes que soy una loca de los rincones más clandestinos y secretos de las ciudades. Y ahora… ¿adónde vamos, Brooke?

—Te iba a proponer tomar algo en el 230 Fifth Rooftop. Me han dicho que en invierno ponen iglús climatizados, y las vistas hipnotizan. Llevo tiempo queriendo ir.

—Genial… ¡Sí, por favor! —dice Vale mientras intenta cerrarse el abrigo negro *oversize* de Chanel que ha cogido prestado del vestidor de su madre y que hoy combina con vaqueros rectos y mocasines con calcetines gruesos, de esos que tienen pinta de calentar más que cualquier estufa.

Valentina es experta en armar los estilismos más *fashion* sin renunciar a un ápice de comodidad, por lo que no tengo mejor inspiración que ella cuando yo también quiero lograrlo. Y lo más importante: se las apaña como nadie para conseguir artículos de lujo a un precio de infarto.

—¡Pues en marcha! —digo con entusiasmo.

Avanzo dos pasos y me doy cuenta de que no me sigue. Me detengo y le lanzo una mirada interrogante. Al final, se decide a hablar.

—Brooke, no me mates, pero… debo confesarte algo.

Valentina lo suelta de golpe, con las manos escondidas en los bolsillos del abrigo y esa expresión de «sé que la he liado, pero juro que tenía mis razones». Reanudamos la marcha por la acera nevada, la una al lado de la otra, rumbo a ese *algo* que hemos decidido tomar para celebrar mi primer día oficial. La nieve, fina, no deja de caer. Miro a Vale de reojo.

—¿Qué has hecho ahora? —pregunto, preparada para cualquier cosa viniendo de ella y de su impulsividad innata.

Valentina respira hondo, como si fuera a tirarse a una piscina helada.

—Prometo que lo he hecho por ti —dice levantando las manos a la altura del pecho en señal de inocencia—. Pero… puede que ayer… consiguiera el número del amiguito de ya sabes quién.

Me detengo en seco.

—¿Perdona?

—Brooke, escucha. —Se gira hacia mí moviendo los brazos—. No lo encontraba por redes, ni tenía el contacto de Alessia ni de Fio… Y yo solo quería defenderte, ¿sabes? Así que… solo puede que… cogiera tu móvil un segundo cuando estabas en la ducha y mirase el historial de llamadas.

—¡Valentina! —exclamo entre indignada y muerta de risa—. No puede ser.

—¡Lo sé! ¡Lo sé! —se apresura a decir—. Culpable. Pero es que vi que James también te había estado llamando y pensé: esto es una señal. Así que le escribí. Para pedirle explicaciones del imbécil de Ryan.

—¿Le escribiste?

—Y… he quedado con él. Esta tarde, a primera hora, antes de venir a recogerte.

Ya no sé si estoy temblando por el frío o por lo que me acaba de decir.

—¿Cómo que has quedado con él?

Valentina sonríe, esa sonrisa que aparece cuando algo la emociona más de lo que debería. Es que lo sabía. Lo pensé en la famosa cena. Me imagino por dónde va: no podría ser más su tipo.

—Nos hemos visto en una cafetería del SoHo —explica—. Yo solo quería pedirle explicaciones por lo que te hizo Ryan. Es decir, tu chico.

—No es mi chico, Vale —murmuro. Sigo sin querer saber nada de él.

—Bueno, pues el chico que podría haber sido tu chico si no se hubiera comportado como lo hizo. El caso es que James estaba trabajando hoy por allí, tenía una reunión cerca, y me ha dicho que podíamos hablar diez minutos.

—¿Y…? —le insisto, aunque mi voz suena más pequeña de lo que me gustaría.

Valentina se muerde el labio antes de continuar, como si no quisiera revelarlo todo de golpe.

—Y… Brooke… —susurra en ese tono que anuncia desastre—, es monísimo.

Me llevo una mano a la frente.

—Valentina, por Dios.

—Ya, ya lo sé. No debería ser lo primero que te dijera, pero es que es monísimo. Alto, maduro, con ese cabello castaño oscuro, ojos azules… Llevaba un suéter de cuello vuelto gris antracita y unos vaqueros anchos que no le podían favorecer más… ¿Me entiendes? —Hace un gesto con las manos para dibujar el aura de James en el aire—. Y nada más sentarnos, me ha pedido disculpas. Bueno, no por él, sino por Ryan.

Mi corazón se aprieta.

—No debería preguntar, pero… ¿qué te ha dicho?

—Está mal, Brooke. Creo que necesita hablar contigo. Ya sé que lo que hizo es una locura, y que quizá no estés preparada para afrontar

quién es en realidad. —Hace una pausa y baja la voz—. Pero se ve que no deja de hablar de ti. Se ha marchado de la ciudad. James no me ha querido decir adónde, porque parece ser que está lidiando con un tema familiar que debe solucionar cuanto antes. Y, cuando regrese, te buscará de nuevo. Dice que confíes en Ryan…, aunque comprende que es difícil en tu situación.

Siento un nudo en la garganta y trato de disimularlo.

—Eso es… raro —musito—. No sé… ¿Se supone que tengo que esperar y confiar en él sin saber nada de su vida? Porque eso es lo que conozco de él: nada. Ya sé que me fui corriendo y no dejé que me diera ninguna explicación, pero estaba en shock, creo que es normal…, y después de apenas unos días, dejó de escribir.

—Lo sé. Pero quizá deberías darle tiempo para que solucione lo que sea que tenga que solucionar y…, luego, ya veremos qué pasa. Creo que, a pesar de todo, valió la pena que te abrieses a él. Llevabas años sin sentir algo así y, aunque no haya sido perfecto, después de hablar con James tengo claro que lo que siente Ryan por ti es real, por mucho que haya mentido en otras cosas.

Intento procesarlo, pero Valentina sigue, porque es Valentina y la contención no es lo suyo.

—Y…, Brooke…, tengo otra cosa que decirte.

—¿Qué más puede haber? —pregunto, aunque en el fondo ya lo sé. Esa chispa en sus ojos es inconfundible.

Valentina se tapa la cara un segundo, avergonzada e ilusionada al mismo tiempo.

—¿Y si me apetece hablar con James de nuevo? ¿Te importaría si vuelvo a escribirle? Sé que es una locura, me marcho en dos días, pero…

—¿A James?

—Sí. —Su voz sale pequeña, casi infantil—. Y no me mires así. Ya sabes cómo soy. Creo en el amor a primera vista. Yo iba preparada para defenderte como una loba. Y de repente…, pum. Flechazo. De los fuertes. Pero te defendí de todas formas, eso ni lo dudes.

La escucho. Y aunque mi cabeza es un remolino, no puedo evitar sonreír.

—Lo que no te pase a ti, Vale… Y puedes hacer lo que te nazca, claro. Solo… cuídate. No quiero rescatarte de ningún drama transatlántico. Las relaciones a distancia son deporte extremo.

—Lo sé. Soy un peligro para la sociedad —bromea—. Pero un peligro adorable.

Llegamos a nuestro destino riéndonos. Desde la azotea del bar, observo las luces de la ciudad brillando alrededor, y siento como si las manecillas del reloj de mi historia con Ryan hubieran reanudado su marcha, muy despacio. Me ha costado dejarle ir, pero, si soy sincera, una parte de mí todavía se aferra a la esperanza. Una parte de mí, la más irracional y soñadora, quiere confiar en que volverá y, esta vez, sea sincero.

23

El regreso

RYAN

El avión aterriza con brusquedad, como si también tuviera prisa por frenar el caos que se ha generado. A través de la ventanilla apenas distingo el aeropuerto de Lirianne: el mismo paisaje rocoso, la misma brisa fría…; ese aire mediterráneo que siempre huele a Francia, aunque el país sea apenas un suspiro en el mapa. Antes era más grande, o quizá yo era más pequeño. Cuando bajo la escalerilla, lo primero que siento es el viento. Lo segundo, una presencia que me hace detenerme en seco.

Está allí. Esperándome. Wilfred. Mi sombra. Mi segundo padre. Por un instante, mi respiración se queda suspendida. Ha envejecido. «Claro que ha envejecido, dieciséis años no pasan en balde para nadie». No estaba preparado para verlo: tiene el pelo más blanco que gris; las arrugas en sus ojos ya no son líneas finas, sino pliegues marcados, y anda un poco más encorvado. Pero cuando me observa… su mirada es la misma. No ha cambiado.

Wilfred da un paso hacia mí. Yo doy otro sin pensarlo. Y entonces él se para, como si pensara que no tiene derecho a tocarme. Esa sensación me rompe por dentro.

—Wilfred… —susurro.

Su rostro se crispa, como si la emoción le ardiera detrás de los párpados.

—Señor… —empieza a decir, pero se le quiebra la voz.

No puedo soportarlo. Salvo la distancia que nos separa y lo abrazo. No es un abrazo desesperado ni dramático. Es contenido, afectuoso. El tipo de abrazo que uno da cuando lleva dieciséis años sin saber si, alguna vez, volverá a ver al otro. Él aprieta mis hombros con la fuerza suficiente para hacerme saber lo que las palabras no alcanzan.

—Ha crecido —murmura contra mi mejilla, con una risa trémula que intenta disimular.

—Y tú has encogido —respondo procurando sonar ligero.

Él se ríe. O lo intenta.

—Venga, muchacho. Tengo que llevarle al palacio —dice en ese tono profesional que siempre usaba conmigo cuando quería esconder el cariño.

Asiento, tragándome las palabras que me rozan la punta de la lengua. No es momento de derrumbarme. Aún no. Subimos al coche. Wilfred abre la puerta como si se tratara de un ritual sagrado, como si el tiempo no hubiera cambiado ese gesto. Cuando me siento, lo veo rodear el coche a paso lento. Antes caminaba como un soldado. Hoy lo hace como alguien cansado, cargado de recuerdos.

Arranca sin mirarme.

—Llevan días así —me explica mientras salimos del aeropuerto—. Protestas, periodistas… Todo por culpa del maldito centro internacional de eventos.

—Me lo imaginaba —murmuro.

—Usted solo… aguante —dice, como si intuyera lo que viene después.

Y entonces, cuando el coche se acerca al núcleo del Principado, los flashes estallan contras las ventanillas como relámpagos. No sé si son más molestos por el destello o por el sonido, ese chasquido repetido. Hace años que nadie me apunta con una cámara de este modo, y ahora parece que quieren atravesarme con ellas. A un lado y otro de la enorme puerta de hierro forjado que marca el inicio de la avenida hacia el palacio, la multitud se aprieta contra las vallas metálicas. Las farolas, siempre alineadas como guardianas silenciosas del Principado, siguen ahí. Tal como las recordaba. Los carteles suben y bajan:

DEVUELVAN EL PATRIMONIO

NO AL CENTRO DE EVENTOS

CRISIS EN LA CASA DE LIRIANNE

VENTA A LOS AMERICANOS

Las voces de la gente que se agolpa chocan entre sí. No sé si alguien me reconoce, si alguien grita mi verdadero apellido… o si soy yo quien ya no distingue nada del ruido.

El Principado no era así.

No el que recuerdo.

No el que dejé atrás.

En mi memoria prevalece la imagen de un lugar silencioso —aun con sus normas internas absurdas—, un espacio pulido, casi suspendido en el tiempo. Ahora es un hervidero de periodistas, teléfonos que no dejan de sonar, pancartas y rabia. Mucha rabia. Dieciséis años fuera… y me reclaman justo cuando todo parece estar ardiendo. Me obligo a respirar. Mis dedos se aferran al borde del asiento sin que me dé cuenta.

Cuando el coche cruza la última curva y el palacio aparece tras los árboles, siento cómo se me tensan los hombros. Es una reacción automática, física. A medida que nos acercamos, la multitud queda atrás y solo escucho el fuerte latido de mi corazón. El coche se detiene. Lo sé porque el motor deja de sonar bajo mis piernas. Trago saliva. No estoy preparado. Creo que nunca lo estaré.

La puerta se abre y el aire frío del Principado me golpea la cara. Y ahí está ella. Mi madre.

De pie en lo alto de la escalinata, quieta, con las manos entrelazadas. Doy un paso fuera del coche. Ella no se mueve. No parpadea. Incluso parece no respirar. Y entonces, cuando estoy lo bastante cerca como para ver el húmedo brillo en sus ojos, algo en mí termina de resquebrajarse. No sé si ella teme que no acepte su abrazo… o soy yo quien teme que no me abrace. Pero no importa. Porque de repente lo hace. Acorta la distancia entre nosotros de un tirón y me envuelve con ambos brazos. Yo me quedo allí, rígido. No por rechazo, sino por shock. Por todas las cosas que me juré a mí mismo que no sentiría al volver.

Un paso por detrás, Wilfred se acomoda el sombrero sin dejar de observarnos con esa mirada amable que ha sabido conservar. Mi madre se separa apenas unos centímetros para contemplarme. Su rostro refleja dolor retenido, como si no supiera si de verdad estoy aquí. En ese preciso segundo, sin pensarlo, sin filtro, me oigo decir:

—¿Por qué no me buscasteis antes?

Ella se queda helada. La veo parpadear, parece que la frase la hubiera herido físicamente. Yo tampoco esperaba decirlo. Años repitiéndome que había sido mi decisión marcharme, que yo había pedido que no me siguieran, que solo deseaba silencio por su parte. Pero ahora… ahora que la tengo delante. *Es mi madre*. Y la pregunta estaba ahí, escondida, aguardando el momento justo para salir.

Mi madre abre los labios, pero no emite sonido. Intenta tragar, lo intenta dos veces. Por fin consigue hablar.

—Te escribí… —percibo su esfuerzo por contener la emoción— cada semana. Durante años.

Mi respiración se detiene. Siento el golpe en el estómago, seco, directo.

—¿Cómo? —Mi voz se quiebra sin permiso—. ¿Qué dices, mamá?

—Te escribí. Siempre. No recibí ni una sola respuesta —añade con contención—. Pensé que… que no querías saber nada de nosotros. Que ya tenías una nueva vida, la que siempre habías buscado. Y lo acepté… —susurra, aunque duela oírlo—. Creí que era lo que tú habías decidido.

Me cuesta soportar su mirada. Pero al ver la cara de mi madre, al sentir cómo me ha abrazado…, no puedo evitar pensar: «Son mis padres». Y en algún rincón de mí… esperaba que me buscaran.

—Ryan…, hay algo que debe saber.

—Wilfred, espera —le interrumpe mi madre—, movámonos del vestíbulo y vayamos mejor al salón. Es más seguro.

Siento que el estómago se me encoge todavía más. Ese «algo» nunca es bueno.

—Se descubrió hace apenas unos meses —continúa Wilfred—, cuando cambiaron al asesor de su padre por jubilación.

Mi madre deja escapar un suspiro tembloroso. Parece que ya sabe de qué tema va a hablar.

—¿Qué se descubrió? —pregunto.

Wilfred baja la mirada.

—Correspondencia —dice al final—. Correspondencia retenida. Su correspondencia.

La frase me cae encima como un bloque de hielo.

—¿Qué…? —Me cuesta respirar—. ¿Cómo que… mi correspondencia?

Él asiente, con una mezcla de rabia y culpa que nunca le había visto.

—Las cartas de su madre nunca salieron del palacio. Nunca, Ryan. Ni una sola.

Mi madre cierra los ojos. Se lleva la mano a la boca para contener un sollozo.

—Yo… —se le quiebra la voz— pensé que simplemente no respondías —se lamenta mientras una lágrima corre por su mejilla—. Imaginé que… no querías saber de nosotros. Por lo que ocurrió. Por… por el documento de renuncia. Y por mi carta. La que encontraste. Porque no fueron solo cartas. Llamé. Muchas veces. Siempre al número que usabas cuando vivías aquí. Pero nunca contestabas. Lo hice durante los primeros años… Luego paré…

Dieciséis años.

Dieciséis años creyendo que nadie me buscó.

Dieciséis años convencido de que así era mejor.

—Ese… —me froto la frente— ese teléfono lo dejé tirado en una caja cuando me despedí. Durante todo este tiempo lo he tenido apagado, con mudanzas de por medio. Lo rescaté hace poco. No estaba preparado… —trago saliva— para oír nada que me recordara a casa. —Continúo, aunque cueste—: Y cuando cambié de número, no di el nuevo. A nadie. No era… —Respiro hondo—. Solo quería desaparecer. Como acordamos.

Mi madre me toma la mano y me aprieta para tratar de reconfortarme. Noto cómo tiembla.

—No lo sabíamos —susurra.

—Pero… ¿Por qué…? ¿Quién haría eso? —pregunto, volviendo al asunto de la correspondencia.

—El antiguo asesor de su padre —responde Wilfred—. Aseguró que era «por la estabilidad de la Casa». Confesó que pensó que cualquier contacto con usted podría reabrir su renuncia. Generar conflicto político. Y decidió ocultarlo… demasiado tiempo.

Después de lo de las cartas, tengo la mente ahogada, como si cada pensamiento se hundiera antes de poder atraparlo. No sé cuánto tiempo paso en el salón, sentado en el borde de un sillón que también parece fuera de lugar, moderno en una estancia que todavía vive anclada en el pasado. Mi madre está a mi derecha; Wilfred, a mi izquierda.

Hasta que la pregunta que llevo evitando desde que puse un pie aquí brota antes de que pueda contenerla:

—¿Dónde está él?

Mi padre.

Mi madre intercambia una mirada rápida con Wilfred. No hace falta que hablen; ambos saben que es inevitable.

—En su despacho —responde ella al final—. El servicio le está llevando un té. Le pedimos que se mantuviera cerca… por si aparecías.

Cerca.

Mi padre.

Suena casi irreal.

Respiro hondo, me pongo en pie. Tras subir las escaleras, caigo en la cuenta de que la alfombra azul que decora parte de la planta superior sigue desprendiendo ese olor a polvo y lavanda que me devuelve a mi niñez. En cierto modo, tengo la sensación de que hay partes del palacio que permanecen intactas desde el día que me fui, como si nadie se hubiera atrevido a tocarlas tras mi marcha.

Me detengo ante una puerta entreabierta. Antes siempre permanecía cerrada; solo él podía acceder. Él y uno de los tableros de ajedrez; el de madera. Pero cuando la empujo, suavemente…, no hay ajedrez. Hay una taza humeante sobre un periódico arrugado en la alargada mesa. Y mi padre, sentado en una butaca baja, sujetando un cuaderno abierto sobre las rodillas. Escribe algo, con gafas de lectura.

Mi corazón se detiene un instante. No sé por qué, pero esa imagen me impacta más que todo lo anterior. Él, escribiendo. Él, sin coraza. Él, con una lámpara encendida y uno de sus cojines en terciopelo verde. Un hombre. No un príncipe. De pronto, levanta la vista y sus ojos se posan en mí y hace un gesto leve con la cabeza, seco, casi impersonal.

—Ah —dice, como si yo fuera un emisario tardío—. Has llegado. Bien. Ya era hora.

Yo aprieto la mandíbula.

Mi padre deja el cuaderno, se quita las gafas y las coloca sobre la mesa. Luego se reclina un poco en la butaca.

—Supongo que quieres que te explique esto —dice, sin preámbulos, señalando la portada del periódico.

—Sería un buen comienzo —respondo.

Suspira exasperado, como si fuera una pérdida de tiempo justificar algo que para él está clarísimo.

—Como no parecías tener intención de regresar al sitio al que perteneces… —hace un gesto vago con la mano— tuve que ponerme creativo. Comprenderás que, con un asunto de semejante gravedad entre manos, tu deber es actuar acorde a quien eres en realidad y apoyar a tu familia.

La sangre me hierve en las venas. Se inclina y toma un dosier grueso de uno de los cajones. Me lo tiende. Lo abro. Maquetas. Planos. Gráficos.

El Centro Internacional de Congresos y Eventos del Principado.

—Me asocié con un empresario americano —explica orgulloso—. Un proyecto ambicioso, moderno, diseñado para situarnos en el mapa. Turismo de alto nivel. Congresos. Ferias. Inversión extrajera. Algo grande. Imposible de ignorar.

Me quedo mudo.

Mi madre aparece en la puerta, se pasa una mano por la frente, agotada.

—Cállate ya… —murmura dirigiéndose a papá—, por favor…

Él continúa como si no hubiera oído nada.

—Pensé: «Si hago suficiente ruido, lo verá desde donde esté». Se encoge de hombros. Y como nunca has hecho caso omiso a las malas gestiones…, funcionó.

—¿Provocaste una crisis… para que volviera? —pregunto incrédulo.

Mi padre mantiene el rostro impasible.

—No iba a humillarme rogando —lo espeta como si fuera evidente —. Sabía que si el Principado se metía en un asunto lo bastante grande, tú aparecerías. Siempre has sido cabezota, hijo.

Me río. No porque sea gracioso. Simplemente no tengo otra reacción posible.

—Negocias terrenos históricos. Pones en riesgo patrimonio cultural. Firmas un contrato abusivo con un inversor americano. Y todo eso… ¿para llamar mi atención? ¿Pretendes que me crea que lo has hecho por mí, cuando nunca has estado a mi lado?

—Se trata de una inversión estratégica —responde sin pestañear —. El futuro del Principado. Además, es lo que siempre has querido, ¿no? Modernizarlo… Apostar por lo libre y no encorsetado…

—Papá, ya sabéis por qué me marché. Aquí todo funcionaba con reglas de otro siglo: saludos milimétricos, cenas formales cada dos horas y un calendario social pensado por gente que no ha sonreído desde 1950. Si había una manera de ser príncipe aquí, era la antigua. Y lo siento, pero no podía permitirme seguir creciendo en una armadura en la que no encajaba.

—Las reglas eran las únicas que yo conocía, Ryan —dice con unos ojos que, por primera vez, buscan a alguien que los comprenda—. No pretendía encerrarte —añade levantando la mano—. Era la forma en que siempre se han hecho las cosas aquí. Y reconozco que me

enfadó que te marchases y te librases de todo, como si fuera tan sencillo. A mí jamás se me habría ocurrido… Supongo que por eso mi asesor y yo evitamos que recibieras ninguna carta, ni mía ni de tu madre. No las merecías. Estaba dolido porque nos dieras la espalda, sí, pero esto no va de sentimientos o añoranzas. Te estoy hablando de nuestras responsabilidades. De lo que somos.

Permanezco en silencio intentando asimilar todo lo que esta visita está metiéndome en la cabeza a presión.

—Alistair, explícaselo ya —dice mamá.

Mi madre se acerca, con el teléfono en la mano. Lo desbloquea. Me lo muestra.

—Ryan…, no solo salió nuestro escándalo. Estás apareciendo tú también.

La fotografía en pantalla me arranca el aire del pecho.

Es Nueva York. Soy yo. Con Brooke. Nuestra cita en el ballet. La acompaña un titular:

EL PRÍNCIPE DE LIRIANNE REAPARECE EN NUEVA YORK CON UNA MISTERIOSA ACOMPAÑANTE

Algunas fuentes dicen que Ryan de Lirianne podría llevar años escondido tras la faceta de Ryan Blake, el misterioso director de cine que ha conquistado los circuitos independientes.

Mi padre entrecierra los ojos, molesto.

—Debiste ser más cuidadoso —dice, como si ese fuera el verdadero problema.

—¿Qué pretendíais que hiciera? Construí una nueva vida, con un nombre nuevo, como acordamos. Durante todos estos años nadie me ha reconocido. He evitado multitudes, entrevistas, cualquier sitio donde pudiera sobresalir. Excepto contadas ocasiones en las que me permití estar entre gente de verdad. Pero ese día…, justo ese día… Y solo fui al ballet. En Nueva York. A ver una obra. Acompañado, sí, pero no esperaba que nadie me mirase. Ni que me buscasen después de tanto tiempo.

Respiro, tenso. Siento un nudo subir desde el estómago hasta la garganta.

—¿Quién lo haría ahora si nadie lo hizo durante los primeros meses?

Mi madre intercambia una mirada rápida con mi padre. Él desvía la vista. Ella se adelanta un paso.

—Ryan —dice con una suavidad nueva—, tenemos entendido que hubo alguien que sí intentó encontrarte. Durante mucho tiempo.

Entonces caigo en la cuenta.

—Amélie.

—En efecto. Aunque tampoco lo consiguió… hasta ahora.

Tengo que parar un momento para poner en orden la estampida de pensamientos que empieza a marearme. ¿Amélie? ¿Amélie ha hecho esto? Sabía que estaba buscándome, que no descansaría hasta encontrarme, pero no imaginaba que fuera capaz de llegar a este extremo para conseguir lo que quiere. Que haya filtrado a la prensa una fotografía tan personal es algo que no esperaba, ni siquiera de ella. Pero, pensándolo bien, supongo que se ha dado cuenta de que, para obligarme a regresar, antes tendría que desarticular la nueva vida que tanto me ha costado construir… y

temo que esté a punto de conseguirlo. Por no decir que el escándalo que ha provocado mi padre le habrá dado la oportunidad idónea para poner su plan en marcha.

De pronto, me siento agotado. Parece que todo aquello que me esforcé por dejar atrás ha vuelto de golpe para torturarme, para arrasar con la vida que he elegido de forma consciente, sin imposiciones, justo cuando empezaba a permitirme disfrutarla del todo.

—De las fotos me encargo yo —termino por decir, con un cansancio que no intento ocultar—. Y en relación con tu imagen pública, papá…, ya veremos qué puedo hacer.

Mi madre me mira con una preocupación renovada.

—Ryan… —mamá respira hondo—, no sé quién es esa chica, pero si es importante para ti, deberías avisarla. Ahora la noticia está en redes locales, pero la prensa internacional ya empieza a comentarlo. No tardará en extenderse. Y con tu carrera en el mundo del cine…, sabes que los medios de allí se interesarán tarde o temprano. Cuando eso pase, ella quedará todavía más expuesta. Van a mezclarlo todo, hijo, dos escándalos en uno.

No respondo. No tengo fuerzas. Asiento apenas y salgo al pasillo. Nada más cruzar la puerta, me topo con Wilfred. Me sostiene la mirada —esa que siempre lo dijo todo sin una sola palabra—, pero esta vez no tarda en hablar.

—He oído lo que le ha dicho su madre sobre esa chica —murmura —. Es por ella, ¿verdad? Por la que afirmó que no quería venir sin solucionar algo que no estaba… donde debería. Si es así, Ryan, haga caso a Beatrice. Escríbale. No sé qué pasó, pero…

—¿Que qué pasó? —lo interrumpo, riéndome sin humor—. Wilfred, leyó el documento de renuncia sin tener ni idea de mi antigua vida. No quería hacerle daño. Ni que sintiera que el chico del que se había enamorado venía de un mundo distinto al suyo… y bastante oscuro, aunque eso ella ni se lo imagina, supongo.

Wilfred niega con la cabeza.

—Ryan, no importa de dónde venga. Importa lo que hace con ese pasado cuando crece. No sé nada de su nueva vida, pero sé quién es. Si ella estuvo a su lado fue porque lo quería de verdad. Y debería haberse sincerado. Lo habría entendido. Tal vez no al principio, pero con el tiempo seguro que lo habría hecho.

Cierro los ojos un instante.

—No lo sé. Por cómo es ella siento que, si le hubiera contado todo desde el principio, jamás se habría permitido conocerme como lo hizo. Pero me arrepiento, Wilfred. La echo de menos.

Él me observa, sin juzgar.

—Pues escríbale —dice simplemente.

—Antes de intentar recuperarla —respiro hondo— tengo que arreglar esto. Todo esto. Y tú me vas a ayudar, Wilfred.

Una sonrisa suave le asoma en las comisuras.

—Siempre, Ryan. Para eso estoy. —Y, alcanzando una pequeña caja de una repisa, añade—: Su dormitorio está tal como lo dejó. Pensé que quizá querría tener esto ahora.

Son cartas. Todas las cartas de mamá. Dieciséis años que nunca llegaron a mis manos. Sostengo la caja contra el pecho y subo las escaleras hacia mi habitación. Necesito estar allí para abrirlas, tumbado en mi cama, con el silencio suficiente para soportar el dolor que ya sé que me va a causar su lectura. Es curioso cómo hay cosas

que nunca cambian. Mi habitación siempre fue la estancia más sobria de este palacio. Nada de decoraciones estridentes ni muebles que parecieran reliquias. Mi madre la decoró con una mezcla de gusto y ternura: tonos suaves, luz cálida, un escritorio de madera clara…, pero eso lo veo ahora. Entonces, incluso este espacio parecía dispuesto a arrebatarme el aire. Hay sensaciones que solo los años te enseñan a procesar.

Corro las cortinas azul ceniza para ganar intimidad, me descalzo y me dejo caer sobre la colcha. Con los cojines mullidos apoyados en el cabecero, enciendo la luz tenue de la lámpara de la mesilla y me dispongo a abrir la caja que me ha dado Wilfred. Saco la primera carta. Leo dos líneas. Y cierro los ojos. No puedo. Así que agarro papel y bolígrafo y hago lo único que ahora mismo sé que me mantendrá en pie: escribirle a ella. A Brooke. Porque si hoy he aprendido algo es que los secretos siempre encuentran el camino de vuelta. Y no pienso permitir que ella enfrente este revuelo sola.

1 de febrero de 2025

Querida Brooke:

Llevo semanas escribiendo y tirando cartas a la basura porque no encuentro las palabras adecuadas que decirte ni la manera correcta de disculparme. Espero que estés bien y que fueras feliz durante la Navidad. Sé que son fechas que vives con esa ilusión tan tuya. En palacio no celebramos nada. El conflicto en mi familia llenó una época tan especial —que me habría gustado vivir a tu lado— de reuniones, advertencias y una sensación constante de estar apagando fuegos que, para ser sincero, todavía no me ha abandonado.

Desaparecí y lo único que James pudo transmitirte es que tuve que irme de la ciudad y que, por favor, confiaras en mí. Sé que no debió de ser fácil. Y sé que, de repente, descubriste que la persona a la que tanto le habías entregado… se reservaba una parte de su vida que nunca mencionó. Una parte que no debía haberte alcanzado. Por eso no tengo derecho a pedirte nada. Solo puedo adelantarte y explicarte algo de lo que está a punto de ocurrir. Puede que, cuando recibas esta carta, ya hayas visto nuestras fotos en los medios. O quizá —y ojalá— llegue antes de que eso pase. No quería que te enteraras así. Sé que suena tarde para evitarlo y quizá lo es, pero al menos quiero avisarte. No mereces estar metida en nada de esto. No imaginé que mi vida pasada pudiera alcanzarme de esta manera… ni mucho menos arrastrarte también a ti. Me gustaría contártelo todo, pero ahora mismo no puedo. Prometo hacerlo cuando todo esté un poco menos incendiado. No quiero que tengas miedo ni que pienses que te utilicé. Lo nuestro fue real, y sigue siéndolo. Entenderé si estás enfadada. Entenderé si no quieres verme cuando esto estalle. Pero aun así necesitaba escribirte. Te debo esta verdad mínima, aunque no sea toda la historia. Brooke, tú me diste una vida que no sabía que podía tener. Y no buscabas nada a cambio. No sé si debería decírtelo ahora, pero no me queda otra forma honesta de cerrar esta carta: te

quiero. Ojalá, cuando podamos vernos, no sea demasiado tarde para ti. Para mí no lo será.

RYAN PHILIPPE DE LIRIANNE

24

Dirección: Upper East Side

BROOKE

Y así, casi sin darme cuenta, los días se me escapan entre los dedos, y cuando miro de nuevo el calendario, ya es febrero. Me acostumbro al ritmo frenético de la redacción, a la voz segura de Sophie llamándome por mi nombre, a sus comentarios que, lejos de intimidarme, me impulsan como pocos. Hemos hecho buenas migas; una complicidad que no esperaba, pero que agradezco cada día al cruzar su cubículo de cristal. Valentina se marchó hace unas semanas, y la echo de menos. Aunque parece estar más que entretenida hablando con James, porque sus teléfonos no descansan desde que se vieron en aquella cafetería: llamadas, audios, risas, acentos mezclados.

También se fue Fio: ya no hay vuelta atrás. Thomas regresó a Liverpool, y allí continúa trabajando en remoto ahora que la mentoría en Columbia ha terminado. Todos se han ido, cada uno a su lugar. Yo siento que el mío está justo aquí… Esta mañana, a primera hora, antes de ir a trabajar, me he desviado en metro hasta

Sutton Place, desde donde contemplo Queens a distancia. Mi casa, que cada vez siento menos mía.

Aquí, con el ruido del East River como único acompañante, me descubro pensando en quién fui… y en quién soy ahora. En todo lo que he dejado atrás sin saberlo. En todo lo que estoy empezando sin darme cuenta. Nueva York me transforma, a su manera.

He perdido la cuenta de las veces que he releído su carta desde que la recibí hace quince días. Todavía no sé qué me dolió más: si la sinceridad incompleta de sus palabras… o lo tarde que llegaron. Durante semanas, lo único que tuve de él fue silencio. Silencio absoluto. Excepto por ese absurdo ápice de esperanza que James le confió a Vale, suplicándole que creyera en él «pese a todo». Como si eso fuera suficiente. Y entonces llegó la carta. Una carta escrita desde un palacio europeo, con tinta elegante, con un «Brooke» que aún hoy me perfora el pecho. Si cierro los ojos, una parte de mí siente alivio. Pero basta con abrir el móvil o mirar el periódico para recordar por qué quiero meterme debajo de la cama cada mañana. Por qué silencié sus llamadas en cuanto hui de aquella oficina después de leer el documento. ¿Qué se supone que hace alguien como yo cuando, de pronto, protagoniza titulares bajo la etiqueta de «la misteriosa acompañante del heredero del pequeño Principado de Lirianne»? Y, por si fuera poco, justo debajo aparece otro titular incluso más desastroso en el que el padre de Ryan es «acusado de poner en riesgo el patrimonio histórico del país por un negocio con un inversor americano». Maravilloso combo. Perfecto para poner patas arriba vidas ajenas. No sé si algún día podré mirarlo a los ojos sin sentir que algo se rompe… y permitirle explicarse. Y, siendo sincera, tampoco puedo dejar mi vida en pausa hasta que eso

ocurra, si es que ocurre. Además, ahora mismo necesito continuar centrada en mí. En mi trabajo.

En la oficina, Sophie se planta frente a mi mesa con su habitual aplomo.

—Brooke, ¿tienes listo el reporte del contenido que hiciste en la Semana de la Moda? —pregunta sin levantar la vista de su agenda —. Aparte de la entrevista a Sienna Caruso, que subimos a la web, quiero ver el tráfico que ha generado en redes sociales el material del *backstage* en el que estuviste. ¡No te olvides de añadirlo!

—Sí, sí. Hoy lo termino y te lo envío. —Sonrío—. Pero te adelanto que ha funcionado fenomenal. ¡Ya soy toda una experta en coberturas de Semanas de la Moda! —añado, buscándole la reacción —. ¿Puedo ir contigo a Milán? Sé que a Londres no llego, pero…

—Brooke, pides demasiado —sonríe Sophie—, pero déjame gestionarlo. No sé si será posible meter a alguien más del equipo…, aunque me encantaría tener tu punto de vista conmigo esos días. Lo podemos hablar con más calma en la cena.

Asiento con una sonrisa. Ahora que Thomas y Fio se han marchado del piso, he pasado unas semanas algo movidas mientras buscaba nuevos compañeros. Al final, no me ha hecho falta encontrarlos: una compañera de la redacción me dio el chivatazo de un piso de alquiler en el Upper East Side, un universo diminuto de elegancia contenida, y quizá la señal para que empiece a construir algo solo mío. El propietario es amigo de su familia, y por eso (y porque por fin tengo un contrato indefinido) puedo permitirme alquilarlo sola: el precio está muy lejos de lo que es habitual en la zona. Apenas acabo de mudarme, pero se lo comenté a Sophie y me propuso que, ya que vamos a ser vecinas, podríamos inaugurar mi

nueva vida con una cena. Algo nerviosa por la perspectiva de cenar con mi jefa, invité a una persona con la que sé que conectará al instante, la única mujer que conozco tan icónica como ella: Alessia.

Salgo del taxi justo frente a mi nuevo piso, envuelta en la luz dorada del atardecer. El Upper East Side me recibe con una mezcla de elegancia sobria y perros, de nuevo, con mejores abrigos que los míos. Las farolas empiezan a encenderse. El edificio está en una de esas calles tranquilas, arboladas, con fachadas de piedra color piel y puertas talladas en madera.

Frank, el portero, me facilita el acceso con una sonrisa profesional y subo en un ascensor que, lejos de provocarme miedo, me resulta encantador por crujir lo justo, para después abrir la puerta del tercero B, un rincón en el que ya empiezo a pensar como hogar.

La cocina abierta mantiene el mismo aire nórdico que el resto del piso: roble blanco, una paleta cremosa con toques negros, texturas suaves y pequeños detalles en latón como si fueran joyas discretas. Hay accesorios hechos a mano —un cuenco de cerámica irregular, una tabla de madera tallada, un jarrón que parece provenir de un mercadillo danés— que convierten el espacio en algo íntimo y acogedor. Pido sushi y, mientras espero a que llegue, suena el timbre.

Alessia viene, tal y como imaginaba, con un dos piezas de elevadas hombreras en el color tendencia de la temporada, decorado con broches y corbata, como solo ella sabe llevarlo. ¡Ah! Y, por supuesto, uno de esos bolsos enormes que tanto le gustan.

—Vale, esto es… —susurra nada más entrar, dejándose caer el bolso mientras lo observa todo—. ¡Un catálogo! Y del bueno. Texturas, tonos, ritmo visual…

Sophie tampoco tarda en llegar. Aparece con un estilismo digno de resucitar a Katharine Hepburn: pantalón de pinzas *oversize* en un morado ciruela —seguro que de The Row—, suéter *funnel neck* y botas altas de piel de una elegancia casi obscena.

Yo las he recibido con un jersey de cuello vuelto negro y una falda de tubo de piel, a tono, combinados con medias negras un poco tupidas para sobrevivir —con éxito— a las temperaturas gélidas de la ciudad. Claro, no he podido resistirme al pañuelo a la cabeza.

Abrimos una botella de vino blanco frío, les enseño el resto del piso y en un rato estamos sentadas en el suelo del salón, con el sushi desplegado sobre platos recién estrenados y palillos desparejados que Sophie ha encontrado en un cajón, después de que se me olvidara pedirlos en la comanda. Ríen cuando intento coger un *nigiri* y casi se me escurre. Yo río también, porque, por fin, la ansiedad que llevaba semanas cargando empieza a desvanecerse un poco.

—Brooke, te veo aquí —dice Alessia señalando alrededor—. Literalmente. Te imagino editando desde esa mesa, preparando tu café de especialidad por las mañanas… Incluso saliendo a correr por Central Park.

—¿Salir a correr? —se burla Sophie—. Brooke, ¿tú corres?

—Depende —respondo—. ¿Cuenta caminar muy rápido?

Las tres reímos. La risa, cálida, de la que no escucho desde hace tiempo, llena el piso. Más tarde, mientras ellas discuten —por enésima vez— sobre el eterno debate entre funcionalidad y estética,

yo me acerco a la ventana. La calle está tranquila. Una pareja se despide con un beso en la puerta de enfrente. Y hoy, por primera vez en semanas, no he pensado en huir. Ni en titulares. Ni en fotos filtradas. Solo en lo que quiero. En mí. Y, sí…, también en Ryan. Pero no en el heredero europeo que ocupa los periódicos, sino en el hombre que me escuchaba, que me leía, del que me enamoré sin darme cuenta.

—Brooke —llama Sophie desde el suelo—. Estás muy callada… ¿Te encuentras bien?

—¿Es por Ryan? —susurra Alessia.

Sophie no dice nada, aunque sus cejas se alzan en una interrogación silenciosa. Habrá visto las fotos del misterioso príncipe de Lirianne en la prensa rosa, pero por lo que parece no ha reconocido a su acompañante como la joven a la que contrató hace poco más de dos meses.

Animada por el vino y la compañía, y sintiéndome lo bastante tranquila como para hablar de ello, decido compartir la historia con ella. Pone los ojos como platos cuando le explico que el reputado director de cine Ryan Blake es, en realidad, parte de la realeza europea, y que tuvimos lo que yo creí que era la mejor relación de mi vida antes de que todo saltara por los aires.

—Y en este momento, aunque lo echo de menos, no puedo responder esa carta sin sentir que me rompo un poco —termino—. No dejo de darle vueltas. No fue solo que no me dijera quién era…, es que ahora mi cara está en todos los medios. Y me conoce. Sabe que por mucho que me guste el glamour y el lujo, odio ser el centro de atención.

—Lo sé —dice Alessia con suavidad—. Y también sé que no te ha ocultado algo pequeño. Si lleva tanto tiempo escondiendo su pasado… tiene que haber un motivo. No un capricho. Un motivo real.

—En cualquier caso, lo mejor que puedes hacer es centrarte en ti —interviene Sophie con esa serenidad que a veces me desconcierta —. Si algún día él quiere verte de verdad, te encontrará.

—¿Y James? ¿Has vuelto a hablar con él? ¿O lo has visto? —pregunta Alessia.

—¿A James? —Me río—. ¡Qué va! Lo único que sé de él es por Vale, que, como no tiene suficientes chicos en el mundo, tiene que darle conversación a él. Desde España, además.

—¿James y Vale siguen hablando? —Alessia abre los ojos interesada.

—¿Quiénes son esos? —pregunta Sophie, algo perdida.

—James es el mejor amigo de Ryan… y Vale es mi mejor amiga. Sé que parece un chiste —sonrío, encogiéndome de hombros—, pero sí, siguen hablando desde que Vale vino de visita. Ya me lo advirtió ella: flechazo histórico. Aunque admito que, en ese momento, pensé que exageraba…, es algo habitual en ella. No es que me moleste, a James le tengo muchísimo cariño. Solo que… se me hace raro hablar con él sin que mi cabeza vuelva a Ryan. Es como si fuera imposible separarlos del todo.

—Te entendemos, Brooke —dicen ambas casi a la vez.

Esa noche duermo poco, pero bien. Es raro. Me despierto en mi nuevo piso, después de la cena con las chicas, con una sensación extraña, como si algo se hubiera puesto en su sitio dentro de mí sin que yo lo notara. La habitación está silenciosa. La luz entra en

diagonal por la ventana y cae sobre las cajas a medio desempaquetar. Pongo en marcha la Smeg y me apoyo, como siempre, en el marco de la pared mientras espero.

Observo todo aquello que hace que mi hogar sea mi hogar, allá donde vaya: dos libros, mi portátil, la cafetera, la taza que me regaló Fio, un jersey que Vale se dejó cuando vino, mi neceser, los cargadores… Me siento en paz aquí, como si por fin pudiera respirar.

Esta mañana, el Upper East Side me da la bienvenida con un cielo blanco, del que parece colgar la nieve que han anunciado para dentro de un par de días, y un aire frío y limpio que despierta de golpe. El barrio, aunque de día, sigue igual que anoche: sereno, con tiendas abriendo en lugar de cerrando, vecinos paseando a sus perros y un portero que parece tenerme ubicada de toda la vida.

—Buenos días, señorita.

Mientras camino hacia la redacción, tengo la sensación de que todo aquí huele a comienzo, que incluso el silencio tiene un tono distinto, como si el barrio estuviera aprendiendo a conocerme. Miro a mi alrededor y siento un tirón leve: parece que por fin empieza a pertenecerme algo.

25

Rumbo a Milán

BROOKE

La cola de taxis del aeropuerto de Milán-Malpensa nos recibe como si fuera el primer desfile de la semana: una procesión interminable de coches blancos, maletas y prisas. Es el primer día de la Semana de la Moda de Milán y me encuentro tan emocionada que apenas noto el cansancio del vuelo. Sophie logró que añadieran un acompañante al equipo de cobertura y, tras mis múltiples insistencias, aquí estoy: con ella y con un montón de equipaje que tenemos que acomodar en el hotel contrarreloj. Por suerte, no formamos parte del espectáculo de taxímetros ya parpadeando. Nuestro *transfer* ha llegado. A lo lejos, un hombre de traje negro sostiene un cartel con nuestros nombres.

El trayecto hacia el hotel Bvlgari empieza siendo prometedor. Durante los primeros minutos, Milán parece una postal amable: un anochecer tranquilo, fachadas elegantes y *scooters* zigzagueando con su habitual despreocupación. Pero basta con acercarnos al centro para que todo se desmorone. El tráfico se vuelve un

enjambre: furgonetas de producción bloqueando cada cruce, fotógrafos ocupando carriles, modelos posando entre masas en movimiento. El chófer resopla en silencio mientras mueve la cabeza de un lado a otro.

—Pero ¿qué pasa? ¿Está todo el mundo invitado al cóctel de esta noche o qué? —le digo a Sophie sin saber ya cómo colocarme en el asiento.

—Pues sí, eso parece, Brooke. Bienvenida a la Fashion Week —ríe —. Venir aquí es activar el modo supervivencia. Ni más ni menos.

—No se preocupen, señoras, en nada llegamos. Si logramos doblar ese camino, pueden bajarse ahí mismo —interviene el chófer, avanzando a trompicones.

Después de unos diez minutos, salimos del coche, dejando lo peor del atasco detrás de nosotras. Arrastramos las maletas como podemos, envueltas en un mar de gente que no entiende, o no le importa, que llegamos tarde al evento inaugural. A veinte metros, el cartel del hotel brilla entre el caos como un espejismo. El Bvlgari Hotel Milano se esconde en una calle privada del centro, en un palacio milanés del siglo XVIII renovado. Incluso bajo la luz tenue de farolas, leds y luna, desprende ese tipo de distinción que obliga a modular la voz.

Empujo la puerta y el ruido de fuera no desaparece del todo. Solo cambia de forma. El *lobby* del Bvlgari, por lo general silencioso, está invadido por la fauna de la Semana de la Moda: asistentes corriendo con carpetas, *fittings* de última hora, estilistas concediendo entrevistas, periodistas ampliando contactos, un grupo de *influencers* franceses quejándose por teléfono a la vez… El suelo

oscuro refleja destellos de flashes improvisados. La recepcionista mantiene la sonrisa, aunque su mirada pide refuerzo.

—¿Esto es normal? —susurro a Sophie, esquivando a un tipo con un portatrajes que casi me arranca el brazo.

—Durante las Semanas de la Moda, sí —responde—. Y espérate, todavía no has visto nada.

La mezcla es extraña: lujo silencioso atacado por una tormenta de moda. Sofás de cuero negro conviviendo con chaquetas de plumas, vasos de café apoyados donde no deberían estar, maletas abiertas mostrando maquillaje, tacones y prendas cubiertas con fundas protectoras reciclables. A la altura de la recepción, una mujer de relaciones públicas reparte acreditaciones sin detenerse ni un segundo.

—Por favor, díganme que ustedes solo vienen a hacer el *check-in* —suplica el conserje con una sonrisa casi heroica.

—De momento, sí. Si pudiéramos subir a las habitaciones, sería un placer. Después iremos al cóctel inaugural.

El conserje pestañea resignado.

—Por supuesto que sí. Todo el mundo va al cóctel inaugural.

Bajamos de nuestras habitaciones casi corriendo, con los abrigos en la mano y repasando si todo está en su sitio: acreditación, móvil, labial para hidratar. En la recepción nos explican que el cóctel tiene dos ambientes: uno interior, en el bar central, y otro fuera, para los que quieran hacerse los valientes con el frío de finales de febrero. Sophie me mira como si esa gente perteneciera a una secta nórdica.

—¿Quién en su sano juicio se iría fuera? —susurra.

La respuesta llega sola: un grupo de invitados pasa por nuestro lado riendo con abrigos peludos desbordantes mientras comentan

que quizá se los terminarán quitando porque la terraza está repleta de estufas.

—Olvida lo que he dicho —rectifica Sophie.

Avanzamos hacia el bar interior. El espacio es increíble: una barra circular negra, rodeada de taburetes altos. En el centro, jarrones escultóricos se mezclan con marcos joya colgantes; todo colocado para dar la bienvenida a quien se aventure a entrar en la órbita de la sofisticación milanesa. Pero lo más impresionante, en realidad, es la gente. Personajes que parecen más importantes de lo que son.

—Siento que he entrado en una centrifugadora de perfume caro —le digo a Sophie, que ya está escaneando el lugar.

—Pues prepárate para lo de fuera.

Y tiene razón. Al abrir la puerta y asomar la cabeza, el aire helado me golpea de lleno. En el exterior, la escena es distinta, aunque igual de caótica: un mosaico de mesas, cojines de colores, sillas trenzadas y palmeras que fingen ser tropicales a pesar del frío. Música de fondo, copas chocando y chicos y chicas llevando estilismos de las últimas colecciones: abrigos *quarterback*, muy *Armas de mujer*; pantalones de estampado rosa con sello de pasarela italiana; bolsos de piel marrón chocolate. Influencias llegadas de la mano del *cottagecore*: pañuelos a la cabeza, Barbour y botas de agua para triunfar con la estética Balmoral durante los meses venideros.

—Esto es surrealista —digo.

—Esto —responde Sophie— es Milán.

La noche termina mucho más tarde de lo que debería. Entre el cóctel y los saludos forzados, cuando por fin conseguimos marcharnos, son casi las doce. Me dejo caer en el sofá del *lobby* con

una última copa para descansar un momento. Sophie, en cambio, abre el portátil con la energía residual de quien lleva años entrenando para esto. Coloca el *planning* en pantalla:

—Solo voy a revisar que no haya llegado nada raro —dice, más para sí misma que para mí.

En ese instante, su móvil vibra. Una vez. Dos. Tres.

Levanta una ceja.

—¿Ves? —murmura—. La moda nunca duerme.

Se inclina hacia la pantalla. El brillo azul le ilumina la cara. Desde el sofá, veo cómo sus labios se tensan.

—Dime que son memes —ruego—. O tu madre mandando recetas.

—Ojalá —suspira mirándome por encima de la pantalla—. Es Gucci.

Eso me despierta más que un espresso.

—¿Qué ha pasado?

Sophie lee en voz alta:

—«Querida Sophie: Por motivos de organización interna, la visita al *showroom* de mañana se traslada a una hora más tarde. Nueva hora: doce. Disculpe las molestias».

Sophie deja caer el móvil en la mesa y me mira.

—Preparémonos para el efecto dominó.

—Vale —digo incorporándome—. Una hora más tarde. No es para tanto, ¿no?

Sophie lanza una risa cortísima, sin humor.

—Brooke, pero ¿tú has repasado nuestra agenda? Tenemos la entrevista con la diseñadora Chiara Bellotti a las doce, Fendi a las tres en punto y el desfile de la tarde a las cinco. Si Gucci se mueve a

las doce, el *showroom* se solapa. Y no podemos jugárnosla con Gucci, no después de que nos hayan metido en la lista definitiva a última hora.

—A ver…, si mantenemos la entrevista a la hora acordada, vamos a llegar tarde a ella —murmuro—. Habría que moverla… El problema es que, cuando hablé con Bellotti, solo me dio ese hueco como opción. —Me quedo unos segundos en silencio, pensando—. ¿Y si la llamo mañana a primerísima hora e intento que nos cuele después, sobre la una? Las preguntas están rematadas y tampoco son tantas… Yo creo que podríamos ir bien —propongo.

—Venga, Brooke. Haz eso, entonces. Usa ese don de gentes tan magnético que he visto que has ido adquiriendo.

Su móvil vuelve a vibrar. Otro correo.

—¿Ahora qué? —pregunto, ya resignada.

—La PR de Fendi —dice leyendo—. ¿Seguimos confirmadas para mañana a las tres? Genial… —Se lleva la mano a la frente—. No podemos quedar mal con ellos tampoco; son de los grandes anunciantes de la revista.

Suspira, apunta con el dedo el *planning* y toma aire.

—Entonces, Brooke, mañana, nada de desayuno en mesa. Antes del café, llama a la diseñadora. Y en cuanto te confirme, que esperemos que lo haga, salimos para allá. Después seguimos la ruta que acabamos de definir.

A las siete, la alarma suena con un ding leve pero implacable, como si me estuviera dando órdenes claras: llamar a Chiara Bellotti antes del café. Me hago un moño improvisado mientras me envuelvo en el

abrigo y salgo al balcón de la habitación. Son las 7.04 cuando marco. Respiro hondo. Intento sonar segura y encantadora, aunque los nervios siguen ahí, agazapados. A las 7.10, la entrevista está confirmada para la una.

—No sé cómo lo has hecho, pero te voy a poner un altar —dice Sophie, que a pesar de la hora ya está arreglada.

—Magnetismo —respondo imitando su tono de la noche anterior.

Sophie pone los ojos en blanco, pero sonríe.

Salimos del Bvlgari con la sensación de que, por una vez, hemos ido un paso por delante de la vorágine. Los tres grados de temperatura del exterior nos despiertan del todo mientras avanzamos hacia la calle donde nos espera el *transfer*.

Gucci a las doce. Entrevista a la una. Fendi a las tres. El maratón empieza.

Al marcharnos del estudio de Bellotti, Sophie mira el reloj:

—Nos queda una hora libre. Si no comemos ahora, no comemos hasta después del desfile. ¿Ideas?

No lo dudo ni medio segundo:

—Vámonos a Ralph's Bar. Está cerca, y necesitamos comida real, no cucharitas de degustación o *mini-brioches* del tamaño de un pulgar.

Asiente como si hubiera propuesto la mejor idea del siglo.

El lugar es pequeño, pero elegante y muy cálido. Nos sentamos junto a la ventana. Sophie deja caer su móvil sobre la mesa como si fuera un arma descargada.

—Puedes respirar —me dice—. La mañana ha salido bastante bien.

—Gracias a tu entrenamiento militar —bromeo.

Se ríe, pero enseguida su mirada se pierde por el interior del restaurante con un gesto que no le había visto antes. Uno suave, melancólico.

—¿Sabes qué? La primera vez que vine a Milán fue hace diez años. Yo no tenía ni idea de nada. Nada. Me mandaron, como asistente de dirección, a cubrir un *show* de una marca cuyo nombre ni siquiera sabía pronunciar.

La escucho. Sophie no suele abrirse de esta manera.

—Llegué sola, sin contactos. Recuerdo que nadie me hacía caso. Y aun así, venía cada día a tomar un café aquí, justo en este sitio. Me hacía sentir…, no sé, como si perteneciera un poco a este mundo.

La camarera trae nuestras bebidas. Sophie me mira con una atención nueva, más vulnerable.

—Lo que te quiero decir es que vas muy bien, Brooke. Mucho mejor que yo en mis inicios. Esta industria es una gran universidad y, como en toda carrera de fondo, aprendes cayéndote y levantándote. Tú tienes buen instinto. Y eso no se aprende. Yo era Andy Sachs en *El diablo viste de Prada* —ríe—. En la primera parte de la película, claro.

—Gracias, Sophie. Tengo mucha suerte de aprender a tu lado.

—No te diré que no. —Soltamos una carcajada al unísono—. La directora del medio donde yo crecí era la altivez del sector encarnada en alguien real: déspota, creída y oportunista. Pero, mira, también me enseñó mucho… a base de terapia de choque. —Sostiene su vaso un segundo, como si saboreara un recuerdo—. Y gracias a todo eso, hoy estamos aquí, a punto de sentarnos en un lugar privilegiado en el desfile de Alberta Ferretti.

—Pues sí, Sophie. Es que lo pienso y no me lo creo. ¿Quién le iba a decir a la periodista freelance de hace unos meses que estaría trabajando contigo y cubriendo cosas así? Si alguien me lo hubiera vaticinado entonces, habría pensado que estaba loco.

—Lo sé. —Sonríe—. Pero ya sabes lo que dicen de las oportunidades… Tú las has aprovechado todas. Y tienes esa sensibilidad tuya, esa mirada. Eso gusta, Brooke. Mucho. —Se queda pensativa un momento, como si enlazara una idea con otra—. Por cierto, no te he vuelto a preguntar —dice—, ¿qué tal con el piso?

—Bueno, esta semana me he dedicado a ordenar los libros y los vinilos… que acabo de empezar a coleccionar. ¡Tienes que ver la edición especial de *Rumours*, de Fleetwood Mac! Es alucinante. El próximo día que vengas a casa, recuérdamelo.

—¡Vale! Me lo apunto, Brooke. Y tengo muchas ganas de repetir la quedada con Alessia. Creo que las tres formamos muy buen equipo. Hacía tiempo que no encajaba tan bien con un grupo. He pasado los últimos años demasiado centrada en el trabajo y…, bueno, cuando te quieres dar cuenta, *voilà!,* el tiempo te recuerda que ha pasado.

—Bueno, Sophie, el tiempo se ha portado muy bien contigo, ¿eh? Qué te diría tu niña pequeña si te viera ahora… Aunque, claro, no todo va a ser siempre perfecto —comento.

Este me parece un buen momento para confesarle a Sophie —y, en realidad, al mundo entero, porque nunca antes lo había dicho en voz alta— que en los últimos días hay algo que me ronda sin descanso. Una necesidad irrefrenable. No solo seguir con *Entre Sorbos*, sino acercarme a mis lectores de otra forma: con una novela. Una historia autobiográfica.

Sé que muchos dirán que estoy loca. ¿En qué momento del día escribiría? Pero mi historia con Ryan ha removido partes de mí que ni sabía que existían. Y necesito contarlas. Necesito desahogarme y, al mismo tiempo, mostrar una faceta mía que jamás he explorado: más íntima, menos temerosa del que dirán, más dispuesta a perdonar —aunque a veces me cueste más que a los demás— y, sobre todo, más capaz de querer.

—Por cierto, Sophie —suelto de pronto—, quiero contarte algo como amiga… y pedirte algo como redactora jefa. A ver qué te parece.

—Venga, Brooke…, sorpréndeme —dice con una sonrisa de quien espera cualquier cosa.

—Mmm… Te conté que tengo un blog, ¿no? Pues he pensado en dar un paso más allá. Me gustaría escribir una novela. Creo que si pongo en ficción lo que he vivido este último año, con algunos cambios, pero manteniendo la esencia…, acabaré de profundizar en esa parte de mí que creía dormida. Me apetece compartirlo con el mundo.

—¡Dios! ¡Me chifla la idea! Escribir es lo tuyo. Y si puedes sacar algo bueno de lo que pasó con Ryan… Aunque continúas sin responderle la carta, ¿no?

—Sí, eso sigue igual. Pero no importa. Haya terminado o no nuestra historia, me quedo con lo compartido. Lo único es que… he estado pensando… —La miro un segundo intentando calibrar cómo decirlo—. Creo que necesitaría alejarme unos días de Nueva York para poder estar en calma. Para inspirarme. Para sacar todo lo que llevo dentro… Pero entiendo que quizá me necesitas en la redacción.

—Brooke, ¿quieres soltarlo ya? ¿Qué propones? —dice Sophie, sonsacándome la información que estoy dosificando por fascículos.

—En una de nuestras primeras quedadas, Ryan y yo coincidimos en que viviríamos en algún rincón de Italia… Así que no vería mala idea trasladarme unos días. Hablaría con Fio, mi antigua compañera de piso: seguro que tiene buenas recomendaciones sobre en qué zona podría alojarme. He pensado en pedirme unos días a mediados de marzo, justo cuando termina la Semana de la Moda de París y, con ella, la época de mayor trabajo en la redacción. Podría hacer el reporte de esa semana y después seguir escribiendo en remoto, claro, dándote el apoyo que necesitaras.

«Además, sería una oportunidad de oro para practicar el idioma».

Sophie me mira unos segundos, evaluando posibilidades.

—Déjame consultar en mi agenda las próximas coberturas presenciales y ver cómo puedo organizar los equipos, ¿vale? En cuanto lo tenga claro, te digo. Pero, con todo lo que has trabajado, creo que podremos cuadrarlo. Te lo mereces.

—Sí, claro. Fenomenal.

Sophie da un último sorbo a su café, mira de reojo el reloj y se incorpora.

—Venga, tenemos que irnos ya. No quiero llegar con el tiempo justo al desfile de Alberta Ferretti. Esos minutos previos son clave —hace un gesto circular con la mano—: ambientación, invitados, estilismos, energía… Todo cuenta.

Recojo mis cosas y la sigo hacia la puerta. Al salir, la ciudad parece subir el volumen: taxis pitando, tacones golpeando el pavimento, flashes disparándose por todas partes, anticipando lo que está a punto de ocurrir.

Llegamos al recinto y los invitados se aglomeran sin orden alguno en la entrada principal. Sophie saca las acreditaciones; una azafata las toma como puede, las escanea con un lector portátil y, de pronto, su expresión cambia.

—*Prego, signore.* Síganme, por favor.

Nos abre paso entre la multitud. Sophie me lanza una mirada rápida, comprobando que sigo bien el frenético ritmo del momento. «Que alguien me pinche, por favor. Ahora sí que estoy soñando». Pasamos por detrás de un telón semicerrado, cruzamos un pasillo tapizado de moqueta negra y aparecemos frente a la pasarela. Todavía están ajustando las luces. El equipo de producción se mueve con suma coordinación; sus gestos transmiten la adrenalina que recorre el ambiente. La azafata se detiene ante una fila de sillas alineadas, cada una con un dosier y una caja con lazada de la firma. Señala dos asientos.

—*Couture Journal*, ¿verdad? —Sophie asiente—. Aquí, por favor. Que disfruten del desfile.

Parpadeo sin poder evitarlo, esperando la reacción de Sophie, que parece ya saber cuál iba a ser nuestro lugar en el *show*. A mi derecha, varios fotógrafos improvisan un *photocall* para iconos de la industria como Demi Moore, Lila Moss o Chiara Ferragni… ¡Incluso Keira Knightley está ocupando ya uno de los asientos de la hilera opuesta de la pasarela!

—¿Perdona? —pregunto en voz baja inclinándome hacia Sophie—. ¿Nosotras… aquí?

Me quedo quieta intentando procesarlo. Primera fila. Donde se sienta la gente que importa. Donde se ve cada costura, cada zancada, cada detalle.

—Brooke —susurra Sophie agarrándome del brazo—, mantén la compostura. Estamos en el *front row*. Delante de media industria.

Nos sentamos. Las luces bajan un punto. La música empieza a vibrar. «¿Dónde pongo las manos? ¿En el regazo? ¿En el dosier? ¿En el móvil como si supera lo que hago?». De repente lo entiendo: voy a recordar este momento cada vez que dude de si puedo lograrlo. «Ojalá pudiera mandar una foto a mi yo de hace años. Le diría: "Míranos. Lo conseguimos"».

26

Voces lejanas

RYAN

Es curioso: cuanto más tiempo paso encerrado en este palacio, menos casa siento que es. Y, si soy sincero, nunca creí que pudiera ser distinto. Incluso cuando vivía entre estas cuatro paredes, siempre pensé que lo grande me esperaba fuera. Supongo que eso es la libertad: que lo que tienes se te haga pequeño a medida que pasa el tiempo. Que empieces a cuestionarte si algún día podrás dejar de sumar expectativas, esas que solo complican más la posibilidad de estar conforme con lo que la vida te entrega mientras avanza.

Son las diez y media de la mañana y estoy sentado sobre la manta de *cashmere* de Hermès con la que mamá ha decidido decorar mi habitación. Intuyo que es nueva: aún conserva esa suavidad intacta de lo recién estrenado. Nada más despertar me he duchado y me he puesto un suéter beige de cuello vuelto, combinado con unos vaqueros. Nada de trajes. Un look simple, civil, perfecto para afrontar con comodidad la jornada de hoy. Un día en el que, después

del comunicado mínimo que el equipo de crisis del Principado lanzó poco después del estallido del escándalo de papá, intentando mitigar sus efectos, debo empezar a imaginar qué diré en la entrevista que tarde o temprano tendré que conceder en televisión. Ni siquiera lo hago por ellos.

La población —y Brooke— merecen saber la verdad. Toda. Lo que he escondido durante años y los motivos que me llevaron a hacerlo. Sé que no siempre he estado acertado con mis acciones. Pero lejos queda ya la impulsividad del chico de dieciocho años que llegó a Nueva York buscando hacerse un hueco como director de cine *indie*, tras dejar atrás una corte casi a escondidas. No tiene nada que ver con la lucidez —ni con la culpa— que ocupan el cuerpo del hombre de treinta y pico que soy ahora.

Rompiendo con el ensimismamiento que me invade, llaman a la puerta con dos golpecitos secos: es el jefe de gabinete.

—Señor…, hay algo que debería ver.

«¿Qué ha pasado ahora?». A estas alturas, ya nada puede sorprenderme. Menos viniendo de cualquiera de los que se mueven aquí dentro.

—Adelante —murmuro sin levantarme de la cama.

Lleva en la mano una carpeta negra, gruesa, con el escudo del Principado en relieve dorado. La apoya en la mesilla sin invadir más espacio del necesario, aunque la habitación parezca pertenecerme todavía menos desde que él ha entrado.

—Ha salido nueva información en relación con la fotografía publicada la semana pasada —dice midiendo cada palabra—. El equipo de análisis ha recopilado datos sobre la joven que aparecía con usted.

Mi pecho se tensa sin que yo lo decida.

—¿Sobre ella? —pregunto intentando que no se note demasiado el interés.

—Por protocolo —confirma—. Dada la situación, Su Alteza el príncipe nos pidió que la investigáramos. Un cribado completo: quién es, de dónde viene y hacia dónde va.

«¿Han estado rebuscando en Brooke? ¿Siguiéndola?». La impotencia me invade de golpe. La rabia también, aunque sé que el hombre que tengo enfrente solo está cumpliendo órdenes. Es papá. Siempre papá. ¿Qué más dará quién es Brooke? Ella nunca ha sido el problema. El problema he sido yo.

El jefe de gabinete abre la carpeta y pasa unas páginas, deteniéndose en una en concreto. Me la acerca con dos dedos, como si manipulara algo delicado.

—Creí que desearía verlo.

El papel aún está caliente de la impresora. En la parte superior, el nombre de Brooke al completo. Su dirección. Sus estudios. Su recorrido profesional. Y entonces lo veo: capturas impresas de varias entradas del blog *Entre Sorbos*. El mundo frena en seco.

—Pero… pero ¿qué es esto? —pregunto a trompicones—. ¿Qué tiene que ver Brooke con este blog?

—Señor —responde con calma—, *Entre Sorbos* es su blog. Ella está detrás de cada una de esas entradas. Hemos comprobado que comenzó a escribirlo cuando usted empezaba a destacar como director de cine. Por la información que usted compartió sobre su vida en Nueva York, consideramos que querría saberlo. —Hace una pausa cargada, como si esperara mi reacción—. Además —continúa —, sus padres comentaron al equipo que deseaban conocer cómo

había reaccionado esa chica al escándalo en el que usted se vio envuelto tras su declaración en Tribeca. Como le dijimos, no fue muy inteligente por su parte. Entendemos que no está acostumbrado a hablar frente a multitudes, pues casi siempre las ha evitado…, pero comprenderá que, ahora mismo, no conviene que nadie siga interpretando sus palabras. Por eso decidimos comprobar si la joven con la que se vio en Nueva York estaba hablando más de la cuenta.

—Pero ¿en qué se basan? —pregunto incapaz de creer que el blog que llevo meses leyendo como un salvavidas pueda ser suyo—. Yo solo les conté lo justo: que vivo como director de cine independiente con el pseudónimo de Ryan Blake, y que conocí a una chica que fue un apoyo importante para mí. Nada más.

¿Cómo iba a ser Brooke? Si salió corriendo cuando descubrió que había ocultado cosas de mi vida… Si esto fuera cierto, ¿acaso ella no estaría haciendo lo mismo?

—Señor —dice él manteniendo el tono profesional—. Fechas, tono… Al principio, cuando lanzó sus primeras películas, el blog realzaba su trabajo y mostraba una admiración bastante evidente hacia usted. Eso cambió de forma drástica tras su comentario en el festival. Después, a medida que avanzaba su relación con la joven, según suponemos, dejó de hablar de su cine y empezó a centrar los escritos en su propio trabajo como periodista de moda y, sobre todo, en sus sentimientos hacia alguien que encaja con la descripción de usted. Enamoramiento, decepción…, imaginamos que cuando descubrió quién era usted en realidad.

Señala la carpeta. Y prosigue:

—Necesitamos que revise con atención todos los documentos y que sea claro con nosotros sobre la relación que los une —dice

mientras va marchándose de la habitación—. En realidad, quien puede confirmar si *Entre Sorbos* es de la chica… es usted. Estamos convencidos de que ha estado ignorando señales bastante evidentes desde el primer día.

¿Evidencias claras desde el primer día? La frase me persigue, como si hubieran visto, con casi ninguna información sobre ella, algo que yo me negué a mirar. La verdad es que… siempre sentí una conexión extraña leyendo ese blog. No solo que me entendiera: era como si me descifrara. Como si las palabras no fueran escritas por una desconocida, sino por alguien que podía ver mis rincones más silenciosos. Y esa sensación —esa certeza que jamás quise admitir— se intensificó la primera noche que pasé con Brooke en mi apartamento. Su manera de escucharme, de completar mis ideas, de anticipar lo que iba a decir… Era la misma cadencia que había leído mil veces en *Entre Sorbos*. La misma manera de mirar el mundo. La misma sensibilidad. Las mismas heridas y la misma vulnerabilidad. Trago saliva. De repente, todo parece encajar con una brutalidad que me deja sin aire.

Ella. Ella era quien escribía todo eso mientras yo, idiota, creía que estaba hablando con un fantasma que me acompañaba en la distancia. Intento ordenar mis pensamientos, pero la culpa, el asombro y el miedo se mezclan en un único nudo que no sé por dónde empezar a deshacer. ¿Sería su admiración secreta la que la condujo a echar fuego por la mirada —y por la boca— el primer día que nos vimos en aquella cafetería? Lo peor es que tendría todo el sentido del mundo. Y sus contradicciones habituales, cuando me decía algo y yo era capaz de leer en su rostro que la historia era muy distinta en su interior.

Necesito hablar con ella. Ahora. Mirarla a los ojos. Pedirle la verdad. Darle la mía. No puedo soportar otro minuto sin escucharla decir que todo esto…, que nosotros…, no fue una casualidad. Pero no llego a terminar esa idea. Alguien vuelve a golpear la puerta desde fuera. Una sola vez, firme.

—Señor —interrumpe de nuevo el jefe de gabinete—, el equipo lo espera en la sala de Estrategia para revisar las líneas de la entrevista oficial. Debemos empezar ya.

Siento cómo el corazón se me desploma un poco. Odio el título falso que sostengo ahora mismo, pero recuerdo por qué lo hago y cuál es mi objetivo para no perder el foco. Odio que siempre haya algo que me arranque de lo que importa. Levanto la vista hacia la carpeta abierta, hacia las páginas que contienen lo que, al parecer, es la voz de Brooke… Y la cierro despacio, como si cerrar esa cubierta fuera, también, un acto de traición hacia nosotros dos.

Deber.

Corazón.

Una guerra interna que llevo años librando y que, por primera vez en mucho tiempo, me está rompiendo por dentro.

—Ya voy —respondo, aunque ninguna parte de mí quiera hacerlo.

Mientras camino hacia la puerta siento que cruzo un umbral invisible: uno donde soy consciente de la urgencia de separar ambas vidas —la que me sigue exigiendo el Principado y la que quiero con Brooke— de forma drástica, pues nunca podrán coexistir sin que alguna de ellas salga herida.

Apenas tengo tiempo de terminar ese pensamiento cuando, al girar hacia el pasillo, encuentro a la directora de comunicación esperándome. Seguramente llevaba minutos ahí aguardando a que

saliera. Su postura es rígida, el rostro serio. Sujeta un bloc de notas aferrado al pecho.

—Señor —dice con una inclinación breve—, el gabinete ya está reunido.

Otro recordatorio más de que la vida pública con la que han decidido cargarme no sabe esperar.

Asiento sin pronunciar palabra.

Ella gira sobre los talones y comienza a caminar unos pasos por delante de mí, moviéndose con eficiencia militar. El eco de nuestros pasos nos acompasa. Intento ordenar la vorágine que llevo dentro: Brooke, el blog, mi padre, la verdad… y ahora esto. Una reunión para enseñarme cómo convertirme en el portavoz perfecto de una institución que llevo años sin comprender.

Apenas llegamos a la puerta de la sala de Estrategia, dos guardias ya la han abierto. La luz blanca y fría que baña el espacio me ciega. Sobre la mesa ovalada descansan carpetas, pantallas portátiles, tazas de café a medio beber, bolígrafos y subrayadores: el rastro evidente de que llevan tiempo intentando controlar un incendio que incluso está superando a los expertos. Todos se ponen en pie cuando entro.

El jefe de gabinete, sentado en la cabecera, junta las manos con una calma estudiada.

—Señor —dice inclinando la cabeza—. Gracias por venir. Tenemos que perfilar las líneas de su intervención pública. El Principado necesita una respuesta.

La directora de comunicación toma asiento a la izquierda; el asesor legal, a la derecha; el portavoz y el analista completan la mesa. Yo me siento en silencio. No porque esté dispuesto a seguir el

guion, sino porque necesito tener claro qué pretende cada uno de ellos… antes de romperlo.

—Empecemos —indica el jefe de gabinete mientras abre la carpeta que tiene frente a él—. La situación actual exige prudencia absoluta. Lo que digamos, y lo que usted diga, marcará la estabilidad del Principado durante los próximos meses.

Sus ojos se clavan en los míos. Y de pronto sé con exactitud qué esperan de mí: que sea la voz de mi padre. Que cargue con su error. Que sostenga una institución rota. Que ignore a la mujer que amo. Mis dedos se aferran en torno a los brazos de la silla.

La directora de comunicación avanza la primera diapositiva, donde aparece un borrador de mensaje central.

—Nuestra recomendación es mantener un tono firme, pero conciliador. No entrar en detalles técnicos. Y sobre todo —respira hondo— no mencionar ningún aspecto de su vida personal. Ni Nueva York. Ni la joven.

Mi corazón da un vuelco. Ya lo entiendo: esta reunión no es para proteger al Principado. Es para proteger a mi padre.

La directora de comunicación cambia de diapositiva. Aparecen gráficos, titulares, recortes, comentarios de la población.

—Señor —dice mientras sostiene un puntero láser—, la presión mediática no es solo por el escándalo de su padre. La gente está empezando a cuestionar… todo lo demás.

—¿Todo lo demás? —pregunto, sabiendo a qué se refiere.

El analista de reputación asiente, entrelazando los dedos:

—Su ausencia. Sus dieciséis años fuera del país. La prohibición de mencionarlo. El silencio institucional.

La palabra «prohibición» cae como un golpe sobre la mesa. Nadie la intenta suavizar.

El asesor legal aclara:

—La decisión fue de su padre, señor. Él ordenó vetar cualquier referencia a usted. No permitió que se emitieran comunicados, ni actualizaciones ni explicaciones de ningún tipo. Ni siquiera en privado.

—Sí, ya lo sé —respondo con rotundidad.

La directora de comunicación continúa:

—El problema es que ahora la población exige una explicación. No una excusa. Una verdad clara. Después de lo ocurrido con el patrimonio histórico, la confianza está rota. Y para la gente… usted es la pieza faltante de la historia.

El portavoz añade:

—Su regreso coincidió con la filtración de la fotografía. Y el país ha empezado a preguntarse: ¿Dónde estuvo nuestro heredero todo este tiempo? ¿Por qué nadie hablaba de él? ¿Por qué vuelve justo ahora?

Respiro hondo.

El jefe de gabinete toma la palabra en un tono grave:

—Señor…, necesitamos definir qué vamos a decir sobre su ausencia.

—¿«Vamos»? —pregunto—. ¿O «voy»? Porque llevo escuchando toda la reunión que la responsabilidad es mía.

—Su padre no hará declaraciones —admite al fin—. No lo escucharán. No lo perdonarán. Y cualquier palabra suya solo empeorará la situación. El país está cansado de secretos. Y usted… usted representa la posibilidad de un cambio.

La frase cae pesada. Lo sabemos todos: me necesitan como escudo. Como reparación moral. La directora de comunicación pasa a la siguiente diapositiva:

LÍNEA NARRATIVA SUGERIDA LA AUSENCIA DEL PRÍNCIPE

Leo tres frases claves:

- Me aparté para buscar formación y perspectiva.
- Siempre mantuve mi compromiso con el Principado.
- Mi silencio fue necesario para proteger a mi familia.

—Es la versión más segura… en lo político —expone el asesor tragando saliva.

Me hierve la sangre. Silencio sepulcral.

—Mi padre no soportó que quisiera marcharme y me hizo firmar un documento de renuncia —digo sin rodeos.

Nadie se atreve a rebatirlo. Porque todos lo saben.

—Señor… —interviene el jefe de gabinete—, no podemos permitirnos que esa versión salga al público.

—¿La verdad? —pregunto.

—Exacto —confirma él.

—La población merece saber por qué desaparecí dieciséis años —digo—. Y, sobre todo, quién estuvo detrás del silencio absoluto.

—Si hace eso —añade el asesor legal—, destruirá el legado de Su Alteza el príncipe. Y el suyo propio.

—¿No está ya destruido? —respondo en voz baja.

El jefe de gabinete respira hondo.

—Escúchenos, señor. El país necesita estabilidad. Y la única forma es que usted asuma una narrativa simple: se marchó para crecer, para formarse, para convertirse en un heredero responsable. No porque hubo conflicto ni ruptura.

—Hubo una ruptura —respondo—. Y la causó él.

El silencio se vuelve insoportable. Los presentes cierran el portátil muy despacio.

—No puedo proteger a alguien que nunca me protegió —sentencio.

Y ocurre, sin aviso, en un pequeño instante: se prende la chispa en forma de decisión. La misma que lleva latiendo en mí desde que supe de Brooke (o de la chica del blog). Desde que entendí que mi vida no pertenece a este lugar. Desde que me di cuenta de que mi ausencia no fue un exilio…, sino una liberación.

Mi voz se escucha firme cuando hablo:

—Voy a decir la verdad.

Hablo sin exaltarme, pero la sala reacciona como si hubiera gritado. La directora de comunicación parpadea. El analista se queda inmóvil. El asesor legal deja el bolígrafo encima de la mesa.

Y entonces la puerta se abre. Con una urgencia que no estaba prevista en ningún orden del día.

El sonido corta el aire espeso de la sala. Todos giran la cabeza al mismo tiempo.

Es ella. Amélie. No debería estar aquí. No en esta reunión. Y menos ahora. Lleva aún el abrigo puesto, así que intuyo que ha venido directa de la calle, como si tuviera prisa por detener algo. Sus ojos me buscan, y me encuentran, aunque no de la forma que ella espera.

—Ryan, ¿podemos hablar? Por favor, solo será un momento.

—¿Me disculpan? —digo dirigiéndome a los presentes en la reunión, que siguen observando con atención.

—¿Qué quieres, Amélie? —le pregunto tras salir al amplio pasillo y entornar la puerta.

Sin embargo, como no confío en que el gabinete renuncie a espiarnos, le indico a Amélie que pase al espacio contiguo.

—Ven, no quiero que nos escuchen —le explico. Y enseguida añado—: ¿Qué haces aquí?

—Las voces de palacio…, ya sabes. Me he enterado de que habías vuelto y he decidido venir a verte. Necesitaba hablar contigo.

—¿Y se puede saber qué pretendes decirme después de haber filtrado mis fotos de Nueva York?

No levanto la voz, pero tampoco intento suavizar nada.

—Ryan, ¿no lo entiendes? Tú y yo somos el equipo que todos han esperado siempre. Funcionamos juntos. Podemos ser los próximos líderes de la Casa de Lirianne. Tú y yo. Nadie más. Incluso tus padres lo ven.

—Éramos unos niños. ¿Cómo iban a poder saber de quién me enamoraría? ¿O de la mano de quién lideraría el Principado? Ni siquiera nadie podía saber si querría incluso hacerlo… Yo tampoco lo sabía entonces. Ahora sí.

—No irás a abdicar como heredero, ¿verdad? Estás loco. ¿Qué opina tu padre? Vas a decepcionar a todos.

—A ti siempre te ha importado mucho lo que dijeran sobre ti —le reprocho con el gesto endurecido—. A mí, en cambio, no. Tú y yo nunca hemos sido nada, Amélie. Lo siento. —Hago una pausa breve. La suficiente para que entienda que no hay marcha atrás—. Creo

que ya va siendo hora de que pases página. Yo lo hice hace tiempo. O al menos, que lo intentes.

Amélie abre la boca, como si fuera a objetar algo. No se lo permito.

—Ahora si me disculpas, tengo que volver.

No espero su respuesta. Regreso al pasillo sin mirar atrás. Camino unos pasos en silencio, dejando que el eco de sus palabras se disuelva. No siento culpa alguna. Al llegar a la sala en la que se encuentra el Consejo, empujo la puerta y entro. Las conversaciones se apagan al instante. Todas las miradas vuelven a clavarse en mí. Retomo mi asiento sin prisas, como si nada hubiera interrumpido la reunión.

El jefe de gabinete no se sorprende. Suspira despacio, parece que hubiera estado esperando este momento.

—Muy bien —expone con calma, retomando la conversación—. ¿Va a decir la verdad? Entonces le vendrá bien tener presente, que, de seguro, su padre no se lo ha contado todo: lo que sabe sobre el proyecto del centro de eventos, señor…, no es toda la historia —prosigue—. Su Alteza el príncipe actuó sin aprobación del Consejo, sí, pero hubo algo más.

El silencio se instala de nuevo.

—Las reuniones para solicitar esa aprobación nunca existieron —continúa el asesor legal—. No porque el Consejo se negara. Sino porque su padre nunca las convocó.

Me quedo muy quieto.

La directora de comunicación toma el relevo:

—Decidió que no necesitaba el respaldo de nadie. Que el proyecto era «su visión» para el futuro del Principado. Y que si esperaba los

procedimientos, perdería control o protagonismo.

El analista remata:

—Destinó patrimonio histórico como si fuera suyo, y negoció con un inversor extranjero antes de que nadie más lo supiera.

El asesor legal añade:

—No es delito, pero sí una violación del protocolo institucional. Una temeridad e imprudencia tan grave que implica una cosa, señor: su padre estaba dispuesto a actuar solo. Por encima del Consejo. Y por encima de usted. Por eso ahora lo necesitamos a usted. Porque él ha perdido toda credibilidad. Y usted… todavía puede salvar la institución.

Trago saliva.

Ellos creen que este argumento me hará rectificar. Que me hará obedecer. Que me hará cargar el peso que no es mío. Pero lo único que consigue es afianzar un pensamiento que lleva horas en mi cabeza: no puedo salvar una institución que ha decidido sacrificarme. Y mucho menos a costa de perder a Brooke.

Me levanto despacio.

—Gracias por la verdad —digo—. Ahora sé qué tengo que hacer.

El jefe de gabinete me mira con cierta alarma.

—Señor, ¿adónde va?

—A preparar mis propias palabras —respondo.

Y salgo de la sala sin mirar atrás.

27

Porta Aurelia

BROOKE

La ventanilla abierta del coche deja entrar una brisa que huele a sal, a limón y a tierra húmeda. Porta Aurelia, desde las alturas, parece un secreto guardado entre montañas. Todavía no he llegado y ya estoy pensando que esto es mucho mejor de lo que me había contado Fio.

Tras reorganizar juntas al equipo para que *Couture Journal* no se descontrolara en mi ausencia, Sophie me concedió los días libres que le había pedido. Poco después de aquella conversación en la Semana de la Moda de Milán, me confirmó que podía irme para poner en marcha mi proyecto más personal hasta la fecha. Me faltó tiempo para coger el teléfono y llamar a Fio, que sigue en Colonia lidiando con sus primeros entrenamientos como astronauta de reserva. Lo que no esperaba era que, en vez de recomendaciones, mi italiana favorita fuese a regalarme algo mucho mejor: un retiro en la masía de sus abuelos en Porta Aurelia, un pueblecito con encanto en una costa Amalfitana tan romántica que nunca deja de sorprenderme. Al

abrir la puerta del coche y bajar, me recibe un hogar rústico de piedra color miel, cubierto casi por completo de buganvillas verde mate, en espera de su fucsia inconfundible, que cae como una cascada vibrante sobre la fachada. Las contraventanas abiertas dejan entrever cortinas blancas ondeando con el suave aire. Un sendero de guijarros conduce hasta la puerta. A cada lado, macetas de terracota con lavanda y geranios apenas despiertos, y pequeños limoneros. El zumbido de las abejas acompasa mis pasos. Me ajusto la correa del bolso y respiro hondo. Este sitio ya me acelera el pulso.

Cuando estoy a punto de llamar, la puerta se abre. Una mujer de mediana edad, a quien reconozco como la madre de Fio, aparece sonriendo, con un cárdigan abrigado, un pantalón de rayas discretas y el pelo recogido en un moño desenfadado. Mi amiga ya me había avisado de que sería ella quien me recibiera.

—*Sei Brooke, vero?* —pregunta con una calidez que solo tienen las madres italianas—. *Benvenuta, cara mia. Avanti, avanti.*

Asiento, todavía un poco abrumada.

Me entrega un manojo de llaves tan antiguas como pesadas.

—Fio me ha dicho que necesitas tranquilidad. Aquí tendrás eso y más. La casa es tuya esta semana. Bueno… —sonríe—, la casa siempre será de la familia, pero tú eres una invitada especial. Ven, te enseño.

La entrada huele a madera vieja, a jabón de Marsella y a follaje fresco. El suelo es un mosaico de mayólica pintada a mano, en azules, amarillos y verdes. La madre de Fio acaricia una de las paredes con la palma abierta.

—Era la casa de verano de mis padres —explica—. Aquí pasábamos agosto entero; nuestro paraíso estival, a unos diez

minutos, quedaba deshabitado. Mi madre, la *nonna* Bianca, amaba este lugar como nadie.

Me acompaña por la sala principal, luminosa, donde un gran arco se abre hacia un mirador que abraza el mar. El Mediterráneo brilla abajo como un espejo roto en miles de azules.

—Puedes usar la cocina, la terraza, lo que quieras. Pero Fio te ha reservado un rincón. Lo he preparado yo —ríe—, aunque me dio instrucciones estrictas.

Subimos las escaleras. Cada peldaño cruje como solo lo hacen los de una casa vivida durante generaciones. La madre abre una puerta de madera clara y, en cuanto entro, siento un pequeño vuelco en el pecho.

—Aquí escribía la *nonna* su diario —dice tocando la mesa con un cariño que parece heredado—. Creo que te gustará.

Frente a la ventana arqueada, abierta hacia el jardín, está el escritorio. De madera oscura, antiguo, con marcas de tinta, arañazos y un brillo apagado que cuenta más de historias pasadas que de presente. Sobre él, una jarra con jazmines desplegándose, un cuaderno nuevo y una lámpara de cerámica pintada a mano.

Desde esta ventana, el mundo parece otro: limoneros y olivos en terrazas, un sendero de grava que desciende hacia una fuente, buganvilla moviéndose con la brisa, el mar al fondo, respirando despacio… La luz cae dorada, como si me invitara a sentarme y empezar.

—Aquí tendrás paz —dice la madre de Fio—. Y si necesitas algo, estoy en casa. Mi marido hace *limoncello*. Te traeremos una botella luego. —Y con un gesto dulce, casi maternal, añade—: Tómate tu

tiempo. La casa escucha. Si la dejas, te contará cosas. Te vendrá bien para inspirarte e, incluso, reencontrarte.

Me quedo sola en la habitación. El silencio no pesa; acaricia. Me acerco al escritorio, paso la mano por la madera y respiro. Sé —aunque no sepa explicarlo— que aquí empezaré algo que lo cambiará todo.

Me siento y abro el cuaderno. Entonces el móvil empieza a sonar.

—¿Fio? —pregunto al descolgar.

—¡Brooke! ¿Cómo has llegado? ¿Mi madre te ha enseñado todo? ¿Has visto tu escritorio nuevo? —Fio dispara las preguntas como si quisiera estar viviendo el momento conmigo.

—Esto es una pasada, Fio —digo—. De verdad. No podía haber imaginado un lugar mejor. Es perfecto para dar rienda suelta a mi imaginación y comenzar a construir la novela, y más siendo autobiográfica. Necesito conectar mil cosas antes de ponerme, pero aquí siento que… será más fácil.

—Lo sabía, por eso no dudé en proponerte que ocuparas la casa. Hace años que nadie la frecuenta. Creo que os haréis mucho bien.

—Bueno, Fio, ¿y tú qué? ¡Cuéntame! —digo—. ¿Cómo va por Colonia? ¿Cómo llevas las primeras pruebas?

—Sobreviviendo, que ya es mucho. —Suelta una carcajada—. Las primeras pruebas están siendo una combinación rara entre gimnasio militar y examen psicológico. Para que te hagas una idea, trata de imaginarme corriendo en la cinta, midiendo reflejos y contestando preguntas que parecen escritas por un filósofo deprimido. Pero, oye, voy bien. Y no me han expulsado todavía.

—Qué tonta eres, Fio. ¡Qué te van a expulsar a ti! Con lo que te lo curras todo siempre…, saldrían perdiendo. ¡No me seas exagerada!

Mantenme informada, que quiero saber cómo va tu camino rumbo al espacio… ¡No lo supero, como puedes comprobar! Oye, y Thomas, ¿qué? Quién me iba a decir a mí al principio que lo echaría tanto de menos…

—Pues hablamos poco —dice Fio—. Entre que estoy ocupada con las pruebas y que Thomas sigue reforzando su imagen de mono de laboratorio…, no coincidimos demasiado. Aun así, el otro día pude hacer una llamada corta con él y está bien, trabajando para AstraBio desde Liverpool, en casa de sus padres.

—Pobres padres… —respondo sin pensarlo, provocando una risa mutua—. Aunque, bueno, no deben de aburrirse con tal personaje en casa. Pero sí que es verdad que, si consigues acostumbrarte a su ruido, lo echas de menos en cuanto se apaga.

—Tienes toda la razón, Brooke —dice Fio—. Ojalá nuestros caminos vuelvan a cruzarse y coincidamos los tres en algún rincón del mundo. ¡Te dejo, que en nada tengo que salir de casa! Hablamos pronto, ¡cuídate!

Después de colgar, me siento frente al cuaderno. Cojo el bolígrafo y empiezo con la mítica lluvia de ideas. Escribo una frase y la tacho. Escribo otra y arrugo la hoja. Para ser sincera, no sé ni por dónde empezar. ¿Quizá por lo que más me ha dolido de mi historia con Ryan? ¿Por mi llegada a Nueva York y la suerte absurda de vivir una trama de película al toparme con el director de cine al que siempre había alabado en mi blog anónimo? ¿O por el hecho de que confiar, a veces, te lleva de cabeza contra el suelo? ¿O quizá por esto que no quiero admitir: que lo echo de menos… y que no entiendo ni yo misma por qué aún no he respondido a su carta?

¿O debería empezar por la parte que más temo? Que todavía no he sido capaz de decirle la verdad a Ryan. Que estoy detrás de algo que él considera —según ha dejado entrever— su lugar seguro.

Estoy hecha un auténtico lío, así que intuyo que escribir sobre mis propios sentimientos en una novela va a ser muchísimo más difícil de lo que imaginaba. Nada que ver con la facilidad casi impulsiva con la que escribo en el blog.

¿Qué tal esta frase?:

«Cuando conocí a Ryan, pensé que había encontrado un lugar. Ahora creo que quizá estaba empezando a encontrarme a mí».

¿Demasiado cursi? ¿Demasiado honesta? Intento imaginar qué esperarían de mí todas esas personitas que, fielmente, han seguido cada una de mis publicaciones en *Entre Sorbos*. Porque, además de ser para mí —y en parte para Ryan—, esto también es para ellos. Para quienes han leído entre líneas sin conocer la historia completa.

La verdad es solo una: llevo tanto tiempo esquivando lo que siento que ahora tengo que mirar atrás para poder decidir por dónde seguir.

Justo cuando termino de escribir la frase, la bandeja de entrada de Gmail salta como una alarma en el portátil que he dejado, nada más entrar, a los pies de la cama. La realidad —mi otra realidad— me reclama.

Es un correo de Sophie.

Hola, Brooke:

¿Cómo vas? Tenemos que llamarnos para que me cuentes qué tal la llegada, pero, antes de eso, necesito que prepares los *insights* de la Semana de la Moda de Milán y que te pongas, después, con los de

París, que te pasaré el contenido hecho para que vayas analizándolo. Y ya que estás en Porta Aurelia, ¿podrías escribir otras dos piezas? Una más general, algo así como «Soy editora de moda y estas son las diez tendencias en las que invertiré esta primavera 2025». Y la otra, más localizada: «Estuve en Porta Aurelia y esta es la prenda que vi por todas partes», a ver qué te llama la atención. Creo que ambos pueden funcionar genial. Gracias, amiga. Confío en ti. En breve nos llamamos.

Suelto una pequeña risa. Así es Sophie: sostiene el mundo emocional con una mano y te lanza trabajo con la otra. Y se agradece. Me aterriza, me centra. Cierro el portátil y lo meto en el bolso. Si me quedo en la habitación toda la tarde, voy a pensar en exceso. La casa es preciosa, sí, pero empieza a oscurecer y necesito respirar el exterior, moverme, ver cómo late este pueblo antes de que la noche lo calle del todo. Salgo sin planearlo demasiado. La bajada hacia el casco de Porta Aurelia es un desfile de sensaciones: escalones aún fríos, sonidos secos, espacios todavía sin ocupar, el murmullo del mar escondido entre las callejuelas. El pueblo parece ya medio dormido, como si marzo le diera permiso para acostarse temprano. Una señora riega las gerberas de su balcón. Dos ancianos juegan a las cartas bajo un porche mientras unos niños persiguen una pelota entre accesos peatonales. Cada paso me afloja un poco más el pecho.

Entonces lo veo: un bar pequeño, casi escondido. Tres mesas fuera, un rótulo pintado a mano con tiza: Caffè del Mare.

El sitio ideal.

Dentro huele a grano recién molido, a fruta madura y a conversación baja. El camarero, un hombre de unos cincuenta, me saluda con una sonrisa cálida, respetuosa, como si supiera que quien

entra con un portátil busca más silencio que compañía. Pido una copa de falanghina y me siento junto a la ventana. Desde aquí se ve un trozo de mar entre la pequeña iglesia y un conjunto de casas encaladas. Abro el portátil. Respiro hondo. Rescato mis notas de Milán. Los flashes, el caos del *backstage*, las presentaciones sobre la pasarela, el *front row* que todavía no termino de asimilar… Repaso lo que Sophie, parte de la redacción en remoto y yo sacamos adelante esos días. Analizo datos, reviso fotos, ordeno ideas. Es fácil si no hablo de mí.

Cuando por fin dejo clara la estructura del reporte —algo que siempre hago antes de empezar cualquier tarea, sin excepción— paso a los dos artículos que Sophie me ha encargado. Abro dos documentos en blanco. Los miro. Ellos me miran de vuelta. Y empiezo a hacer lo que mejor sé: organizar, nombrar, desmenuzar, decidir… Porque, aunque mi vida sentimental sea un caos, mi trabajo nunca lo es. Jamás dejo nada al azar.

En una de las páginas empiezo a teclear, casi en piloto automático, las tendencias que me rondan la cabeza. Cazadoras de piel y parkas —recuperadas para llevar con vestidos de lentejuelas— que se consolidan como piezas clave del entretiempo; shorts de silueta globo irrumpiendo con una fuerza inesperada; mocasines que van desde las versiones más clásicas hasta propuestas más vanguardistas (igual de favorecedoras, por cierto); collares de aire *boho* capaces de elevar cualquier look diario; ese escote dosmilero que amenaza con arrasar entre las generaciones más jóvenes; y, por supuesto, el rosa chicle de Carolina Herrera, el tono suave y luminoso por el que todas —yo incluida— suspiramos esta temporada. Me sorprendo lo fácil que fluye todo cuando hablo de

moda. No tengo que pensar, ni justificarme ni enfrentarme a mí misma. Solo observar y avisar a nuestras lectoras de lo que deberían tener en el radar si quieren convertirse en auténticos focos de estilo. A fin de cuentas, invitarlas a soñar en grande.

En la otra página—y para terminar ya la jornada laboral por hoy—empiezo a esbozar el segundo artículo, el inspirado en Porta Aurelia. Aunque profundizaré mañana con la luz del día, solo necesito mirar por la ventana del Caffè del Mare para encontrar materia prima. Y me llaman especialmente la atención los zapatos: mocasines en tonos cuero que pisan con calma las calles empedradas; bailarinas —esas reinas silenciosas del glamour funcional—; botines de ante en tonos arena; zuecos que delatan a las amantes del *boho-chic*; *sneakers* blancas impecables; sandalias artesanales de cuerda asomando entre los últimos rayos de la tarde; e incluso alguna alpargata temprana que desafía el calendario… Este lugar respira estilo sin proponérselo. Basta mirar con atención.

Termino de ordenar mis notas y cierro el portátil con la intención de volver a la masía. El bar va apagando el día poco a poco: copas que repican, sillas que se recogen, conversaciones que se disuelven en murmullos. Me quedo sentada un instante más, con la sensación de que, aunque he avanzado en lo que debía hacer para *Couture Journal*, no he dado ni un paso en lo que importa. En lo que me ha traído hasta aquí. Mi objetivo eran mil quinientas palabras. Y, por el momento, solo he reunido mil ideas que se atropellan sin llegar a ningún sitio.

Una vez en casa, ya en la cama, abro el portátil de nuevo. La habitación está a oscuras; solo la luz azulada de la pantalla ilumina el ovillo en el que me he convertido. Necesito un primer borrador,

aunque sea torpe, aunque no sea digno. He escrito cientos de textos en mi vida; entonces ¿por qué este no? ¿Por qué es tan difícil construir finales felices cuando intentas escribir el tuyo propio? Suspendo la respiración. Cierro el documento. No hoy.

Y entonces, mientras cambio de postura buscando el consuelo entre las sábanas, se me ocurre: quizá no debería hacerlo sola. Además del precioso escritorio que la madre de Fio ha preparado para mí, ¿habrá en Porta Aurelia algún espacio para escritoras? ¿Un lugar donde otras también estén intentando encontrarse? Tecleo la búsqueda sin mucha esperanza. Para mi sorpresa, aparece un resultado: un pequeño círculo literario que se reúne cada martes, destinado a mujeres que escriben sobre sí mismas y no saben muy bien cómo avanzar; un sitio donde las historias se comparten para que otros se alimenten de ellas. No lo pienso. Reservo una plaza para la próxima sesión, que es mañana. Quizá escuchar a otras personas me ayude, por fin, a escucharme a mí.

17 de marzo de 2025

¡Ya estoy por aquí de nuevo, Espresso Society!

Hoy os escribo para contaros una novedad que, de seguro, no os imagináis. Estoy en Italia, en un recóndito pueblo de la costa que, con lo poco que he visto, ya adoro. Sí, sí, sigo trabajando para *Couture Journal*; de hecho, estamos más enfocadas que nunca en los próximos contenidos, aunque, durante unos días, ejerceré de redactora en remoto. Mi rutina ha cambiado por completo. ¿Os acordáis de que os dije que había perdido la pista de aquel chico? Para alejarme de mi pasado con él en Nueva York y verlo todo con mayor claridad, le pedí a mi jefa (que a estas alturas es casi como una amiga) unos días para marcharme y desconectar.

¿Y sabéis qué?

Redoble de tambores…

¡¡ME HE EMBARCADO EN LA ESCRITURA DE MI PROPIA NOVELA!!

Es autobiográfica, por lo que está resultando un absoluto caos el hecho de ordenar mis pensamientos para comenzar a escribir. Consultando en internet, he encontrado un club de escritura en el pueblo al que voy a acudir. Se juntan todas las semanas, ¿os imagináis? ¿Qué puede haber mejor que reunirte con otras mujeres que también buscan indagar en sus trayectorias para sacar conclusiones? Ya os lo digo yo: nada. Lo magnífico de todo es que llevo genial el aislamiento que me propuse: eso de responder solo a quienes te apetece… ¡es una auténtica maravilla! ¡Tenéis que ponerlo en práctica, de verdad!

Os seguiré manteniendo informados. ¡Cuidaos mucho!

Entre Sorbos

28

Club de escritura

BROOKE

A los autores —igual que les ocurre a los directores creativos cuando visualizan el escritorio caótico de Karl Lagerfeld, lleno de bocetos y genialidad— nos encanta imaginar a nuestros escritores favoritos sentados frente a una máquina de escribir, copa de vino en mano, rebosantes de inspiración. Aunque, si soy sincera, sospecho que la realidad es bastante menos romántica. Son las seis de la tarde y pienso en eso mientras camino hacia el pequeño claustro donde en unos minutos se reunirá el círculo literario al que me apunté anoche sin meditarlo demasiado. El cielo está encapotado pero la temperatura es agradable. Marcho sin prisas, enfundada en mi suéter *varsity* de la suerte y unos vaqueros, como si la ropa pudiera ordenar mis pensamientos antes de enfrentarme a mi historia…, incluso aquella parte en la que aparece Ryan. Aunque sé que es imposible. No hay preparación para esto.

Cuando llego, un cartel escrito a mano anuncia: Cerchio di Scrittura – Martedì, 18.30. Dejo escapar todo el aire retenido en mis

pulmones y entro. La sala no es como me esperaba. No existe la solemnidad, ni el silencio sepulcral ni las mesas de roble centenario. Solo un espacio cálido, con estanterías a rebosar, una alfombra que parece hecha a mano y una mesa baja en torno a la cual se distribuyen ocho asientos, entre sillas y sillones: ninguno combina con el otro, y quizá por eso funciona. En el centro, una mujer de unos cuarenta años, menuda, con el pelo castaño y unos ojos vivísimos, levanta la vista.

—Tú debes de ser Brooke —dice con una sonrisa que solo he visto antes en amigos—. Bienvenida. Soy Isabella, la coordinadora.

Su tono tiene algo que me mantiene en pie. Mientras me siento, el resto se va presentando.

Aurora, sesenta y siete años, jubilada. Escribe sobre su matrimonio, que duró cuarenta años y del que, según confiesa riéndose, «aún no ha decidido si quiere vengarse o agradecerlo».

Francesca, veintinueve, maestra. Quiere escribir sobre su madre, que desapareció de su vida cuando era niña sin una explicación.

Sofia, treinta y ocho, chef de un restaurante del pueblo. Dice que prefiere cortar cebollas antes de admitir en voz alta lo que siente, pero que está entre nosotras porque quiere intentarlo.

Chiara, veintidós, estudiante. Tuvo su primera crisis de ansiedad a los trece años, y escribe para ganar autoestima y entenderse mejor.

Y la signora Betta, ochenta y uno, que no escribe nada, pero viene «a escuchar, que también es escribir». Indagar en historias ajenas es su mejor terapia, asegura.

Todas sonríen. Todas parecen haber llegado ahí por una mezcla de necesidad, de búsqueda, de esperanza. Me siento… contenida. Como si la sala entera gritara: aquí no tienes que fingir nada.

—Hoy empezamos con algo sencillo —dice Isabella mientras distribuye papeles y bolígrafos—. Escribid durante cinco minutos algo que nunca os habéis dicho a vosotras mismas en voz alta.

Las demás inclinan la cabeza casi al unísono y comienzan a escribir. Yo miro la hoja en blanco como si fuera una puerta que todavía no estoy segura de querer abrir. Al final, apoyo el bolígrafo.

«No sé si huyo de Ryan por miedo a perderlo… o por miedo a encontrarme a mí en lo que él ve». Cuando levanto la vista, Isabella me observa. No me pide que lea. No me presiona. Es una mirada limpia, cómplice, como si supiera lo que duele decirse esas palabras.

Aurora lee un fragmento sobre la casa vacía tras la marcha de su marido. Francesca, sobre el olor de la ropa de su madre. Sofia, sobre cómo la cocina la salvó de la tristeza más absoluta. Cada historia es una herida abierta; una huella que dejó alguien que ya no está. Y, sin embargo, ninguna se regodea en su dolor: solo buscan su verdad. Una verdad que, en este punto, empieza a coserlas. Escucharlas a ellas me empuja —casi me obliga— a acercarme a la mía. Cuando la sesión termina, todas se quedan un rato recogiendo, charlando, riendo bajito, como si la vulnerabilidad hubiera tejido algo entre nosotras. Yo salgo a la calle con el corazón más ligero, pero también más expuesto. Algo se ha movido dentro de mí. Algo pequeño, pero real. Mientras camino hacia la masía, lo comprendo con una nitidez inesperada: para escribir mi historia, nuestra historia, no tengo que empezar por lo que viví con Ryan…, sino por quién era antes de él. Por qué escribía en *Entre Sorbos*. Por qué me escondía detrás de metáforas. Por qué siempre he creído que mi voz debía llegar filtrada.

Y también, aunque me duela admitirlo, por qué sigo sin responderle la carta. Cuando llego al escritorio ya ha caído la noche, pero antes de preparar la cena, abro el cuaderno. La mano me tiembla menos que ayer y que esta tarde. Escribo la primera frase. Mi novela de verdad empieza así:

«Durante meses he pensado que contar mi historia sería hablar de él. Pero ahora empiezo a creer que, quizá, se trata de hablar de mí». La releo dos, tres veces. No es perfecta, pero respira. Y algo en mí también. Cierro el cuaderno y bajo a la cocina. Abro las contraventanas para dejar entrar la poca luz que se filtra; el olor a limón y a hierbas del jardín se cuela como si quisiera participar en la receta. Me recojo el pelo, pongo agua a hervir y pico tomates con una concentración que llevo semanas sin tener. Hay algo profundamente sanador en este gesto sencillo: cocinar para una misma. El vapor empaña un poco el cristal; el aceite chisporrotea en la sartén. Estoy a punto de escurrir la pasta cuando el móvil vibra sobre la encimera.

—Brooke, ¿cómo estás? —pregunta Sophie al otro lado—. ¿Qué tal va por Porta Aurelia? ¡Cuéntamelo todo! ¿Y el trabajo? ¿Qué tal llevas los dos artículos y los reportes? Perdón, ya paro.

Sonrío sin poder evitarlo.

—Todo va mejor de lo esperado —respondo—. Tendrías que visitar Porta Aurelia alguna vez. Es mágica, Sophie. Y la casa… No sé cómo explicarlo. Siento que por fin puedo escucharme. En cuanto a los reportes —añado con orgullo—, tengo estructurado el de Milán; pronto lo terminaré y me pondré con el de París. Las tendencias para el artículo ya las he definido también. Y el segundo tema, el de aquí, está cogiendo forma. Lo estoy viendo claro.

Sophie suspira aliviada.

—Sabía que ese lugar te sentaría de maravilla.

Me tomo un instante antes de responder. Miro a mi alrededor, que parece detenido en una pausa amable. Todo aquí me hace sentir que estoy donde debo estar. Y ese pensamiento, tan simple pero contundente, me golpea con la fuerza de una verdad que llevaba tiempo esquivando.

—Sophie… —empiezo, sin saber muy bien cómo formular lo que llevo horas repitiéndome por dentro—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Claro. Si empiezas así me asustas, dispara.

Me muerdo el labio. Apoyo los codos sobre la isla de la cocina, sostengo el móvil entre las dos manos, con el altavoz puesto.

—Creo que necesito más tiempo aquí.

Hay un silencio. No incómodo, sino de esos en los que sabes que la otra persona está procesando cada palabra y te apetece darle ese espacio.

—¿Más tiempo…, cuánto? —pregunta al final.

—Unos días más… Quizá semanas… No quiero precipitarme ahora que por fin siento que… que está funcionando. Que puedo escribir la novela. Que puedo enfrentarme a lo que llevo meses evitando. Aquí todo fluye. Me ordena. Sé que lo que te pido es mucho, pero… tengo miedo de volver a Nueva York antes de tiempo y perder este impulso.

Sophie no responde enseguida. La escucho moverse: se habrá levantado de su silla y estará caminando, por la redacción o por su casa, pensando en todos los calendarios mentales que maneja a la vez. Cuando contesta, su tono es un poco más serio de lo que estoy acostumbrada a escuchar en ella.

—Llevas poco tiempo trabajando con nosotros y, como tú has dicho, es mucho lo que pides, Brooke. Soy tu amiga, pero también tu jefa, y es mi obligación mantener el orden aquí, ya sabes lo importante que resulta para que todo vaya sobre ruedas. —Ambas suspiramos a la vez; la entiendo, claro que la entiendo, pero necesitaba pedirle esto. Tras otro silencio, sigue hablando con una pausa que delata que está midiendo sus palabras—. Está bien, puedes teletrabajar. Pero debo ponerte condiciones, como comprenderás. Necesito que no excedas los tres meses. ¡Y seguiré encargándote un buen número de artículos! Conoces de sobra el ritmo de la redacción y sabes que no me puedo permitir que baje tu rendimiento.

Me recuesto sobre la encimera de cerámica de Vietri, sorprendida.

No me lo puedo creer, ¡ha accedido! Una sensación de alivio me recorre el cuerpo de arriba a abajo, instalándose en mi pecho, y me doy prisa en agradecérselo.

—Sophie, ¡muchísimas gracias! Es increíble, ¡justo lo que necesitaba! Entiendo las condiciones y me parecen del todo razonables. ¡Cumpliré cada una de ellas! No te habría pedido algo así si no fuera necesario… Pero siento que, por fin, estoy encontrándome, hallando mi voz.

—Brooke —dice al final, con la serenidad interna que la caracteriza, aunque de primeras, por su habitual agenda, no lo trasciende—. ¿Me estás diciendo que has dado con el hilo del libro?

Trago saliva.

—Sí. O al menos el principio del hilo. Después de tanto, siento que no estoy huyendo de lo que quiero contar. Que puedo decir la verdad sin que duela.

Sophie deja escapar un suspiro que suena a sonrisa.

Yo me río, todavía sin creerme la suerte que he tenido de encontrar un trabajo como este. Aun así, vuelvo a preguntarle sobre su decisión.

—¿Estás segura? No quiero dejarte… —insisto para cerciorarme de que Sophie está conforme.

—Brooke, por favor —interrumpe—. Ahora te lo digo como amiga, no como superior en la empresa. Si te escucharas hablar en este momento… Hace semanas estabas apagada, funcionando por inercia. Ahora tienes luz. Y eso, en nuestro mundo, vale oro. Quédate donde puedas encenderla más. Yo me apaño.

Las palabras de Sophie me sacuden con intención. Me descubro emocionada, como si alguien hubiera dado permiso para expresarse a una parte de mí que llevaba años esperando ser escuchada.

—Gracias. De verdad.

—No me des las gracias todavía —dice entre risas—. Cuando vuelvas, quiero un manuscrito prometedor. O, quién sabe, quizá consigues una editorial y se publica. Además, ahora que lo pienso, contar con una reportera internacional también tiene sus ventajas, gustará a nuestras lectoras.

—Sophie…

—Prométeme que vas a aprovechar el tiempo para escribir, pero también para terminar de decidir lo que quieres. Vive, Brooke, solo así vas a tener contenido que compartir. ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo —respondo sincera.

—Bien. Y una cosa más.

—¿Sí?

El tono de Sophie cambia. Se vuelve suave, casi fraternal.

—No tengas miedo de lo que salga de ti mientras escribes. Lo que duele, que duela. Lo que sane, que sane. A veces para avanzar hay que mirar atrás, aunque asuste. Confía en que podrás sostener lo que encuentres.

Mis ojos se humedecen. No lo esperaba.

—Intentaré hacerlo.

—Hazlo. Corto aquí, que tengo una reunión de última hora. Pero me escribes mañana por la mañana, ¿vale? Quiero saber cómo te vas sintiendo.

—Lo haré. Gracias, Sophie. En serio.

—Anda, cuídate.

Cuelgo la llamada con Sophie y, por primera vez en horas, noto mi cuerpo. El cansancio suave en los hombros y un hormigueo en el estómago, que ahora me está pidiendo algo más que café. Pongo música suave —un vinilo antiguo que encuentro en la estantería, italianísimo— y me sirvo una copa de vino blanco frío. Ceno en una pequeña mesa en el jardín, envuelta en una manta ligera, mientras el cielo me conquista con un negro estrellado que solo existe en estas costas. Pienso en Sophie, en mi libro, en Ryan… y en Vale. ¿Qué estará haciendo Vale en estos momentos? Ante la duda, decido iniciar la videollamada de los martes.

—¡VALE! ¿Qué tal estás? ¿Ya has puesto fecha para tu boda con James? —digo con cierta ironía.

—¡BROOKE! —grita ella en ese tono suyo que es medicina—. ¿Estás viva? ¿Te has convertido ya en un icono literario internacional? Y sobre la boda, casi está, en nada te llega la invitación —responde divertida.

—¡La espero, la espero! —río—. En cuanto a lo de icono literario internacional, estoy en ello. Algún día tendrás una amiga famosa. Por cierto, estoy cenando en la terraza la pasta más buena que he probado nunca.

—Tía, qué envidia —resopla—. Aquí está lloviendo a mares y mi jefe ha decidido que hoy es el día perfecto para recordar que existo. Me ha pedido mil ilustraciones de looks con prendas reinterpretadas. Suerte que, por lo menos, estoy trabajando desde casa.

—Te puedo mandar una botella de *limoncello*, seguro que te ayuda.

—Ayuda todo lo que venga de Italia. Oye, ¿qué película vemos esta noche? Porque no vayas a creer que con esta llamada te libras de nuestra sesión. Te dejo elegir, ya que estás en pleno retiro creativo. —Hace comillas al aire, burlándose con cariño.

—Algo ligero —digo pensándolo—. Nada que me haga llorar más.

—Perfecto. Comedia romántica en estado puro. Diálogos previsibles, doble bando de amigos consejeros, chico que corre detrás de la chica al final… ¿Qué tal *Cómo perder a un chico en 10 días*?

—Firmo.

Sincronizamos la película con la habilidad que solo dos mejores amigas con años de práctica pueden tener. Siento paz. Esa clase de paz que no viene de huir, sino de parar. La que da saber que, aunque todo en tu vida esté cambiando, hay cosas que nunca lo harán. Como esta llamada. Como ella. Como la sensación de que, por muy lejos que estés, sigues perteneciendo a algún sitio. Pienso: «Qué suerte, entre todo lo cambiante, tener cosas que permanecen».

29

El comunicado

RYAN

—Es ella, Ryan. Es Brooke.

Son las primeras palabras que escucho cuando descuelgo el teléfono. Y, aunque llevo días sospechándolo, oírlo en voz alta me atraviesa. El jefe de gabinete del Principado insistió en que debía confirmarlo por mí mismo. Yo no quería. No con ella. No así. Había preferido aferrarme al rumor, a esa absurda esperanza de que la vida a veces ofrece confusiones que la magia corrige. Pero no. Esta vez no.

—*Entre Sorbos* es suyo —repite al otro lado de la línea—. Todo encaja.

Cierro los ojos. El mundo queda en suspenso. La voz que me sostuvo en secreto y la mirada que conocí en persona siempre habían sido la misma. Ahora lo veo con una claridad que arde: no eran dos sensibilidades que coincidían por azar; era una sola, la suya. La cerradura encajaba porque nunca hubo más que una llave.

Brooke. Mi Brooke. La mujer que creía que podía perder y la autora que he estado leyendo como un faro en las tinieblas.

—¿Cómo lo sabes, James? —pregunto con el corazón desbocado.

—Valentina y su impulsividad. En realidad, pensé que lo confesaría por la amistad que las une, porque le conté que querías decir la verdad e ir a por ella, y suponía que Valentina también querría ese final para vuestra historia. Pero me topé con una confidente a prueba de terremotos. Lo único que, como no piensa las cosas al momento de decirlas, se le terminó escapando. Así, sin más. Me contó que merecía a alguien honesto porque en su vida Brooke no lo había sido ni con ella misma, teniendo que ocultarse incluso cuando escribe. Ahí lo supe.

¿Qué se hace con una verdad así cuando por fin se pronuncia? No lo sé. Pero después de escuchar a James, lo que sí que tengo claro es que hay verdades que no pueden esconderse más. Y yo estoy a punto de revelarlas todas. Hay un silencio después de colgar. Me quedo mirando el teléfono como si aún pudiera regalarme otra versión de la realidad. Llaman a la puerta. Un toque suave, casi tímido. Mamá.

—¿Puedo pasar, cariño?

Le doy a entender que sí inclinándome apenas. Aún me extraña que use palabras tan afectuosas cuando se trata de mí. De pequeño, no estaban por ningún lado. Aunque parece que los años de ausencia han hecho mella en mi madre. Desde que regresé al palacio está distinta. Como si sintiera la necesidad de recuperar el tiempo perdido enmendando sus errores. Ella entra despacio. Se ha puesto un chal sobre los hombros, el mismo que la veía usar de pequeño cuando estaba nerviosa.

—Llevo observándote días —dice avanzando—. Estás… distinto.

Se sienta a mi lado en la cama. No me toca, con su presencia basta. Huele a té inglés y a ese *brioche* tostado con mermelada casera que tan buen aroma deja.

—Ryan, me han contado lo del blog, que pertenece a esa chica. He escuchado cómo hablas de ella, y puedo imaginar la conexión que os une y cómo te sientes en estos momentos…

No pregunto cómo lo sabe. Estas paredes llevan décadas escuchando más de lo que deberían.

—No sé qué hacer, mamá —susurro—. Siento que llevo años huyendo de la verdad. Y ahora que la tengo delante no sé cómo mirarla sin romperme.

Ella me observa con una mezcla de tristeza y orgullo.

—Ryan…, tú eres hijo de un príncipe, sí. Pero antes que eso, eres hijo mío. Y yo sé cuándo te estás rompiendo por dentro. Lo he sabido siempre.

Mete la mano bajo el chal y saca un sobre desgastado. Lo reconozco al instante. El sobre que encontré a mis dieciocho años. La carta del amor prohibido de mi madre. La que marcó mi forma de amar sin yo entenderlo del todo.

—Creo que ya es hora de hablar de esto —dice colocándola entre nuestras manos—. Porque sé que tú nunca quisiste preguntarme, y yo no supe cómo contártelo antes.

Me mira. Sus ojos brillan. Pero yo guardo silencio para permitirla continuar.

—Yo también amé a alguien que no podía tener —confiesa—. Y dejé que el deber me arrancara la verdad. Creía que era lo correcto.

Aunque terminé queriendo también a tu padre…, me rompí a mí misma para encajar en el molde.

La carta tiembla entre mis dedos.

—No quiero que tú cometas el mismo error —continúa—. No quiero que renuncies a lo que amas por miedo o por imposición. Si esta chica…, si Brooke es con quien haces buen equipo, entonces deberías ir a por ella.

Mamá se levanta, acaricia mi mejilla con una suavidad que no recordaba.

—Di tu verdad, Ryan. Aunque tiemble el mundo. Aunque el trono se tambalee.

La puerta se cierra detrás de ella con un clic suave.

Y ya no me da miedo que todo cambie.

Me da miedo que no lo haga.

La mañana de la entrevista empieza con un silencio extraño en palacio. Es expectación contenida, como si las paredes intuyeran que hoy ocurrirá algo que dejará una huella imborrable en la historia del Principado.

Me reúno con el equipo en la sala del Mirador, un espacio que nunca había visto tan lleno de cables, focos y pantallas de retorno. La estancia, dedicada a recepciones íntimas y con unas vistas a los exteriores asombrosas, ha sido transformada en un pequeño estudio televisivo. El contraste entre mármol, trípodes negros modernos, candelabros antiguos y micrófonos inalámbricos es una minuciosa personificación de la falta de renovación de la que me he estado

quejando todo este tiempo. Historia y actualidad rozándose sin permiso.

La directora de comunicación —siempre impecable— me entrega una carpeta fina, esta vez, en color burdeos, también con el escudo dorado en relieve.

—Aquí está el guion base, señor —dice—. No es obligatorio seguirlo palabra por palabra, pero sí los bloques. Contexto histórico, aclaración del proyecto cultural de su padre, su ausencia y posicionamiento institucional de cara al futuro. Ya sabe lo que le dijimos: la población estará esperando que lo aclare todo. Y sea cuidadoso con lo que decida compartir a nivel personal. La última vez, su necesidad de sincerarse rozó la imprudencia. Ya sabe lo que tiene que hacer, lo que se espera de usted.

A mi derecha, el portavoz de palacio repasa lo que considera «puntos clave» con un gesto casi mecánico:

—Recuerde ser claro con lo del patrimonio histórico, tiene que salvar la imagen de su padre, ese debe ser su objetivo principal de hoy. Repase conmigo: no hubo venta ilegal, sino precipitación de alguien que solo pretendía modernizar el Principado y llamar la atención de su hijo. Su padre actuó sin la aprobación final del Consejo, pero no con intención de lucro personal. Eso es importante para la opinión pública internacional, en particular en Estados Unidos.

Correspondo con un gesto, pero mi mente está en otro sitio. Con Brooke. No he podido evitar mirar su blog para ver si había dicho algo más. Está en Italia. Imagino que en una de esas masías cubiertas de buganvilla.

En un escritorio de madera oscura donde quizá esté escribiendo sin saber que en unos minutos voy a contar una verdad que quiero imaginar que continúa ansiando.

—Señor —me llama el portavoz, devolviéndome al presente—. Lo esencial es que no parezca que está presentando una defensa, sino una explicación. Y que usted mantenga la serenidad.

Uno de los técnicos levanta la mano.

—Cinco minutos para sentar al príncipe heredero en su posición. Hacemos pruebas de luz y sonido.

Me conducen hacia el set. Es un montaje sobrio: dos sillones enfrentados, una mesa baja con agua sin etiqueta, y detrás de mí un panel discreto con el escudo de Lirianne. Me siento. Mientras me colocan el micro de corbata en la solapa la puerta lateral se abre. Y entra ella. La periodista enviada por Global News Forum, vestida con pulcritud, carpeta bajo el brazo y mirada firme, avanza hacia su asiento sin perder un ápice de profesionalidad. Representa lo que han querido traer aquí: neutralidad internacional, prestigio y capacidad para hacer preguntas difíciles que te hagan enfrentarte, incluso, a ti mismo. Ella me dedica una leve sonrisa —de cortesía, no de complicidad— antes de revisar una última hora en su móvil. La entrevista será en directo. Sin filtros. Sin cortes. Sin forma de esconder nada una vez que empiece.

La periodista se acomoda en su sillón, cruza una pierna sobre la otra y revisa sus notas. Los técnicos ultiman detalles a nuestro alrededor: cables tensados, luces recalibradas, órdenes en susurros. Todo está a punto.

Y entonces los veo. A un lado del set, de pie junto a la entrada, se encuentran mis padres. No hablan. No pretenden intervenir. Solo

observan. Mamá sostiene las manos entrelazadas frente a ella. Su expresión es serena, pero sus ojos… sus ojos dicen todo lo que su voz no puede ahora mismo: «Estoy contigo, hagas lo que hagas». Asiente apenas cuando nuestras miradas se cruzan, un gesto mínimo, íntimo, que me sujeta desde dentro.

Mi padre, en cambio, es otro universo.

Permanece erguido, impecable con su traje oscuro, mandíbula apretada, los brazos cruzados con una mezcla de autoridad y contención que siempre ha usado como armadura. En el fondo sé que, a estas alturas, también me apoya —quizá incluso más de lo que admite—, pero es incapaz de demostrarlo. No puede romper el personaje que lleva interpretando toda su vida. Su mirada me atraviesa como un desafío. No agresivo. No violento. Pero sí un recordatorio: «Elige bien tus palabras, Ryan».

Dos mundos. Dos formas de querer. La periodista alza la vista hacia mí. La luz roja de la cámara parpadea un instante. Quedan cinco minutos para las doce; está a punto de encenderse. Entonces aparece Amélie. «¿Qué hace ella de nuevo aquí y quién ha permitido su entrada?». Irrumpe sin decir nada y se queda allí, cerca de papá y mamá, apoyada en la puerta, escuchando.

La periodista de Global News Forum se inclina ligeramente hacia delante, las manos unidas sobre sus notas. Es la imagen perfecta de la calma antes de la tormenta.

—Buenas tardes a todos nuestros espectadores —saluda con una dicción envidiable—. Hoy, 19 de marzo, desde el palacio de Lirianne, tengo frente a mí al príncipe heredero, Ryan Philippe. Alteza, gracias por recibirnos en un momento tan delicado para su país.

Confirmo con un gesto. El calor de los focos contrasta con el frío que siento en la espalda.

—Gracias por venir —respondo—. Creo que este es el momento para hablar con claridad.

Ella no pierde tiempo.

—Empecemos por lo evidente —dice—. Su padre, el príncipe Alistair, se ha visto envuelto en un escándalo por la gestión del patrimonio histórico del Principado. Documentos filtrados sugieren una venta encubierta para financiar un centro de eventos privado. ¿Puede aclarar qué ocurrió?

Lo miro. A él. A mi padre, al fondo del set, inmóvil.

Respiro.

—Lo que ocurrió —empiezo— no fue ilegal. Fue precipitado, sí. Irresponsable. Y muy equivocado, a mi parecer.

La incomodidad se extiende entre los presentes en la sala, especialmente en el aludido, que frunce el ceño.

—Mi padre quiso modernizar Lirianne —continúo—. Vio una oportunidad para crear un centro cultural que revitalizara la economía del Principado. Pero actuó sin la aprobación del Consejo. Esa es la verdad. Fue movido por la urgencia. Y, en parte, por mí.

La periodista me mira inquisitiva.

—¿Por usted?

—Sí —confirmo—. Quiso demostrar que este Principado podía cambiar. Que yo… debía regresar. Que había un futuro esperado para mí aquí. Pero lo hizo del modo equivocado. A fin de cuentas, todo el mundo comete errores, ¿no?

Eso no estaba en el guion. Lo sé. Lo saben todos.

La periodista deja reposar un segundo de silencio, un gesto estratégico.

—Hablemos de usted entonces —dice centrando la mirada en mí —. Llevaba dieciséis años fuera de Lirianne. Su desaparición de la esfera pública fue abrupta. Nadie conocía su paradero. ¿Por qué se marchó?

Trago saliva. La tensión y el nerviosismo crecen en la sala.

—Me fui porque no podía respirar —termino diciendo—. Tenía dieciocho años cuando entendí que, si seguía aquí, viviría una vida que no había elegido. Una vida que no sabía si quería. Mi padre… prohibió que se hablara de mí porque pensó que así protegería al Principado. Y quizá también porque le dolió que me marchara. Pero la verdad es simple: me fui porque necesitaba ser alguien por mí mismo.

Ella asiente, con una gravedad que agradezco.

—¿Y cree que lo logró? —pregunta.

—Me marché a Nueva York y construí una buena vida, bajo el nombre de Ryan Blake, que es quien soy en realidad, para quienes todavía no lo sepan. Cambié de identidad y comencé a crearme un hueco en el panorama del cine. Llamé la atención de la crítica nicho y de un público alejado, como yo, de las masas. En ese entorno, pude pasar desapercibido durante mucho tiempo. Aunque llegó un momento en que dejé de reconocerme incluso allí.

Cierro los ojos un instante.

—Alteza, hoy se juega más que una imagen pública. Se juega la confianza de un país, en este instante toda esa confianza está depositada en usted. ¿Qué puede decirle a su pueblo, ahora mismo, mirando a cámara?

La cámara se acerca.

—Que les fallé —digo—. Cuando me fui. Cuando no volví. Cuando dejé que mi padre cargara solo con un peso que tampoco ha sabido manejar.

Una lágrima se desliza por la mejilla de mi madre. Mi padre sigue rígido, aunque su mandíbula se destensa un poco.

La periodista cambia de página.

—Hay otro tema del que quería hablarle —dice—. Hace unos días circuló una fotografía suya acompañado de una joven en Nueva York. Desde entonces, ha habido rumores sobre quién es ella, si tiene relación con su silencio reciente y si influye en las decisiones que está tomando.

El gabinete se paraliza.

El portavoz me mira con un «NO» rotundo en los ojos.

Yo los ignoro.

—Sí —digo sin vacilar—. Ella tiene influencia.

La periodista ladea la cabeza.

—¿Quién es?

Mi respiración se estabiliza.

Estoy listo.

—Como comprenderá, por su privacidad, no revelaré su nombre. Pero sí puedo decir que es periodista y escritora.

El silencio se erige como el protagonista del espacio.

—Es alguien a quien conocí cuando menos lo esperaba. La que reforzó, con su manera de ser, mi idea de que la vulnerabilidad no es debilidad, aunque a ella le resulte difícil reconocerse como tal. Y la mujer de la que estoy profundamente enamorado.

Mi madre rompe a llorar. Mi padre desvía la mirada, como si el suelo se hubiera movido bajo él. Amélie baja los ojos, acepta la evidencia y, sin decir una palabra, se da la vuelta y se marcha.

La periodista se inclina hacia mí.

—¿Es por ella que está haciendo esta entrevista?

—En parte —admito—. Porque no quiero esconder a quien amo. Y porque, si voy a hablar de la verdad, debo empezar por la mía.

Ella asiente despacio.

—Alteza, tengo que hacerle la pregunta que todo el mundo quiere escuchar. ¿Está usted preparado para asumir sus responsabilidades como futuro príncipe soberano de Lirianne?

Este es el momento. El aire cambia. Miro a la cámara. Miro a mis padres.

—No —respondo.

La periodista abre los ojos con una discreción calculada.

—¿Puede explicarlo?

—Sí —digo con la voz más firme que he tenido nunca—. No voy a asumir mi posición en la Casa de Lirianne.

El técnico deja caer un bolígrafo. Mi madre se tapa la boca. Mi padre da un paso adelante sin poder evitarlo.

—Renuncio hoy, aquí, frente al mundo, a mis derechos sucesorios —continúo—. Lo hago por honestidad. Por amor. Y porque Lirianne merece a alguien que quiera este trono sin reservas. Y ese alguien no soy yo.

—¿A quién propone como sucesor? —pregunta la periodista.

—A mi primo, Maxime de Lirianne. Un hombre íntegro, preparado, respetado. Él sí cree en este lugar del modo en que yo nunca pude. Será un gran líder para Lirianne.

—Alteza… —susurra la periodista—. ¿Se da cuenta de lo que acaba de hacer?

—Sí —respondo—. Me he dicho la verdad a mí mismo.

La periodista guarda sus notas sin poder ocultar la carga histórica del momento.

—Gracias por su honestidad —dice—. Este es Ryan Blake, exprínсipe de Lirianne, y su testimonio: unas declaraciones que cambiarán para siempre el rumbo del Principado. Buenas noches.

La luz roja se apaga.

El mundo vuelve a moverse.

Mi madre llega primero. Me rodea con los brazos temblorosos, sus lágrimas empapando mi cuello.

—Estoy tan orgullosa de ti… —susurra—. Tan tan orgullosa.

Mi padre no se acerca al principio. Camina despacio, la mirada perdida en el suelo. Luego levanta la vista. Y me ve. Al fin, de verdad.

—Supongo que eres más valiente de lo que yo fui —dice con la voz quebrada—. No puedo odiarte por eso.

Lo abrazo. Él responde, con torpeza, como si fuera un gesto nuevo para él. Y entonces lo sé. He perdido un trono. Pero he recuperado una vida.

Y ahora me toca recuperarla a ella.

A Brooke.

30

La gran revelación

BROOKE

«Hay descubrimientos dispuestos a cambiarte la vida». Eso mismo pensé ayer cuando me uní a otras mujeres para enfrentar, juntas, nuestros propios demonios. Al salir del claustro, comprendí que no somos tan distintas unas de otras. Todas buscamos lo mismo, aunque lo llamemos de formas diferentes. Amor. En cualquiera de sus variantes: de pareja, de amistad, de familia, amor hacia quienes ya no están, amor por seguir aquí, por los detalles pequeños, por sentirnos vivas… Isabella, a quien le dejé mi número, me ha enviado un mensaje al amanecer. Me invitaba a algo que no he podido rechazar: hoy abrirán el archivo del claustro. Un archivo que, según me contó, las mujeres que pasaron por aquí alimentaron durante años: páginas sueltas, comienzos de novelas, cartas que nunca fueron enviadas, poemarios incompletos, confesiones selladas, recortes de periódicos… Historias que sobrevivieron a sus autoras y que ahora nos ayudan a encontrar la nuestra.

La primera en saludarme cuando cruzo el umbral del claustro es la signora Betta, seguida de Aurora y Sofia, que tampoco querían perderse esto. Me informan de que Isabella ha ido a buscar el baúl de madera donde descansan los retazos en cuestión. Vestigios frágiles que solo unas pocas tenemos el privilegio de consultar: se rescatan una vez al año, como un acto de memoria y de resistencia silenciosa.

—¡Hola, chicas, ya estoy aquí! —anuncia Isabella jadeando por el peso del baúl—. Venid, vamos a dejarlo allí.

Señala un banco de madera desgastada, junto a una ventana por la que entra una luz blanca y suave, la luz exacta con la que uno abre un libro antiguo. Me doy cuenta de que ayer no me detuve a mirar el claustro con calma; llegué tan llena de nervios y urgencia que apenas vi más allá de los rostros. Hoy sí me fijo. Las columnas de piedra, gastadas por el paso de los siglos. El patio interior cubierto por un mosaico de sombras: las de los naranjos, las celosías y las golondrinas que cruzan fugaces de un tejado a otro. La sala principal, con un olor a papel antiguo de lo más particular, a humedad amable, parece un refugio secreto que solo se revela frente a aquellas que estén dispuestas a escuchar.

—¡Espera, te ayudamos! —decimos Sofia y yo al unísono, sujetando el cofre por los laterales.

—Parece que hoy no va a venir nadie más —anuncia Isabella, tras repasar la lista de confirmadas del día—. Mejor así: tendréis más tiempo para perderos entre estas hojas.

Nos miramos y sonreímos. Isabella se arrodilla junto al baúl y empieza a abrir la cerradura con suavidad, como si sintiera la

responsabilidad —o el deseo— de permitirnos llegar a tantas huellas del tiempo como sea posible.

Rozan las doce del mediodía y enseguida nos sumergimos en el baúl, organizado por capas; yo me detengo en la sección de obras incompletas. Cojo una carta al azar. Lo primero que leo al levantarla es: «Lo que no pude decirte». No necesito avanzar demasiado para entender de qué se trata: un amor prohibido como remitente, una mujer que amó cuando su mundo no se lo permitía. Sentimientos contenidos por miedo, una historia que terminó antes siquiera de empezar. «Qué injusto es amar así —pienso—, sin poder llegar a terminar una frase».

Estoy releyendo la misma línea por tercera vez cuando mi móvil vibra en el bolsillo trasero. Ni siquiera miro la pantalla; aquí dentro, suena casi como una falta de respeto. Lo ignoro. Un segundo zumbido. Un tercero, más largo. Exhalo, molesta conmigo misma por dejar que una llamada irrumpa en un espacio tan sagrado. Termino sacando el teléfono. Valentina. Tres llamadas perdidas en menos de medio minuto. Le lanzo una mirada incómoda a Isabella pidiéndole permiso sin palabras. Ella asiente con cierta ternura.

—Ve, *cara mia*. A veces la vida también te escribe desde fuera —murmura.

Me aparto unos pasos, cruzo el claustro con el móvil pegado al oído y contesto en un susurro:

—Vale…, ¿qué pasa? No puedo hablar ahora.

Su voz llega acelerada, temblorosa, casi ahogada.

—Brooke, pon la tele. BBC World News. Ya. Corre. —No tarda ni un instante en añadir—: Brooke, Ryan está en la tele. Ahora. Está

hablando desde el Principado. Una entrevista en directo. Imagino que dirá toda la verdad. No lo sé. Pero está pasando.

Mi estómago cae al suelo. La garganta se me cierra.

—¿Qué? ¿Cómo que… ahora? ¡No tengo televisor aquí!

Siento cómo mi propia voz rompe el silencio que habita en el claustro. Cuelgo sin esperar réplica, temblando, y cuando giro, Isabella ya me está observando. Aurora y Sofia también. Incluso la signora Betta. Por sus caras, parece que intuyen que algo no va bien.

Isabella se acerca despacio.

—¿Todo en orden, *cara mia*?

Trago saliva.

—No… Necesito… necesito un televisor. Es urgente. Es…

No puedo decir más. No me salen las palabras. Una tormenta emocional, dominada por el miedo, la vulnerabilidad y la esperanza, se apodera por completo de mí.

Aurora da un paso al frente.

—¿Es por un amor?

Me quedo quieta. No lo niego. Tampoco lo confirmo. Mi silencio es más elocuente que cualquier frase.

Sofia sonríe con dulzura.

—Venga, *andiamo*. En la cocina del claustro hay un televisor. No se usa casi nunca, pero funciona. Lo encendemos en ocasiones para enterarnos de lo que está ocurriendo más allá del círculo.

Isabella asiente y apoya una mano cálida en mi brazo.

—Vamos, tesoro. Si hay algo que necesita ser escuchado, aquí no vamos a silenciarlo.

Avanzamos rápido por un pasillo estrecho. Mis pies tropiezan dos veces. Las manos me tiemblan. A la vez que tengo la sensación de estar a segundos de oír una verdad que cambiará toda mi vida, se apodera de mi mente la carta que he dejado a medio leer. ¿Se sincerará Ryan sobre lo que no pudo decirme después de que me marchara sin mirar atrás?

Aurora abre una puerta antigua, que cruje. Dentro, una habitación pequeña, con estanterías repletas de utensilios de cocina y una mesa baja ovalada con taburetes. Para la signora Betta, un sillón reservado.

—*Speriamo* que funcione —dice Sofia pulsando el botón.

La pantalla parpadea una, dos veces… y aparece un logotipo que no reconozco.

Mi corazón golpea con tanta fuerza que pienso que, en cualquier momento, ellas también lo van a escuchar.

—¿En qué canal es, Brooke? —dice Aurora mientras va saltando de uno a otro con calma.

—Mmm…, creo que BBC World News. Eso me ha dicho mi amiga —respondo, sin reconocer mi propia voz.

Un clic. Otro. La pantalla cambia. Y ahí está.

Ryan. En directo. Sentado. Mirando a la periodista a la vez que a la cámara, con esa mezcla de serenidad, decisión y dolor que solo muestra cuando algo le importa de verdad.

Contengo la respiración.

Isabella apoya una mano en mi espalda, firme, casi maternal.

—Respira, Brooke. No sabemos quién es para ti ese chico, pero, sea lo que sea lo que vaya a decir, ya está escrito. Ahora solo toca escucharlo.

Ya no aparto la mirada de la pantalla. Ni puedo. Ni quiero. Todo mi cuerpo se detiene para dejar que el corazón escuche mejor. Ryan habla, y cada palabra suya me atraviesa como si ya las llevara muy dentro de mí sin saberlo.

«Me fui porque no podía respirar». Mi pecho se contrae. Ese chico asfixiado… Ese chico a quien vi por primera vez en aquella cafetería, para después conocerlo mejor en un micro abierto de jazz y en un cine vacío en Nueva York, siempre con una vulnerabilidad descubierta que me hacía querer ir con todo, con cuanto tuviera que ver con él. Ese chico es él. Él.

Siento que algo encaja en mi interior, como una ficha de puzle que llevaba meses intentando buscar su espacio.

«Mi padre… prohibió que se hablara de mí…».

Entiendo, por fin, la soledad que escondía detrás de sus silencios. La coraza. La ausencia que nunca nombró. La necesidad de protegerse incluso de sí mismo.

Me llevo una mano a la boca. Isabella, Sofia, Aurora y la signora Betta me miran, asombradas, sin articular palabra.

«Me marché a Nueva York y construí una buena vida, bajo el nombre de Ryan Blake…».

Aquí mis ojos se nublan. Ese nombre que durante tanto tiempo fue mi faro, mi obsesión, mi refugio creativo… también es él. El hombre que estoy viendo en pantalla, delicado y valiente hasta lo insoportable.

Isabella deposita, de nuevo, una mano suave sobre mi hombro. No digo nada. No puedo. Entonces llega el golpe que termina de romperme:

«Ella tiene influencia».

Mi corazón se detiene. Creo que dejo de respirar. Aurora me mira de reojo, como si supiera que esa frase tiene mi nombre escrito.

«¿Quién es?», pregunta la periodista.

La sala entera se queda en silencio. Las mujeres del círculo no se mueven. Yo tampoco. Y entonces él lo dice:

«Es periodista y escritora…».

Pierdo el aliento. El sonido del mundo se apaga. No dice mi nombre para protegerme, pero sé que está hablando de mí, en un estudio de televisión improvisado en un Principado, transmitido por cadenas internacionales y escuchado por millones de espectadores… En el marco de un discurso pronunciado por él. Con su voz. Ese tono. Siento un temblor recorrerme las piernas, como si me elevase.

«La mujer de la que estoy profundamente enamorado».

Me llevo ambas manos al pecho. No sé si quiero llorar o reír o hundirme en el suelo. No sé cómo contener algo tan grande, tan inesperado, tan… verdad. Sofia ahoga un suspiro. Isabella sonríe emocionada. Yo solo puedo mirarlo a él.

Sigue:

«Porque no quiero esconder a quien amo. Y porque, si voy a hablar de la verdad, debo empezar por la mía».

Una lágrima me cae sin permiso. Luego otra. Y otra. Lo escucho como si se tratara de una confesión privada, aunque sé que es pública, mundial, irreversible. Intuyo que la entrevista está llegando a su final por cómo maniobra la periodista para aclarar con rapidez cuestiones que son de interés público.

«Renuncio hoy, aquí, frente al mundo, a mis derechos sucesorios».

El paso que nadie esperaba. Ni siquiera yo. Me llevo la mano a la frente. «¿Qué estás haciendo, Ryan? ¿Por qué? ¿Por mí?». Él continúa firme, sin temblar.

«Lo hago por honestidad. Por amor».

Mis rodillas ceden. Me siento en uno de los taburetes porque, de pie, no puedo sostenerme. Aurora me pasa un pañuelo. Y entonces, cuando él dice «Ese alguien no soy yo», se agolpa en mi interior un cúmulo de sentimientos tan devastador como precioso: admiración, miedo, amor, culpa, alivio y vértigo. Sobre todo, vértigo. Es como si la carta incompleta que tenía entre las manos hace solo unos minutos se hubiera terminado sola en mi pecho. Con él. Por él. Y hacia él. La pantalla continúa brillando, pero yo… yo ya no soy la misma persona que entró en este claustro hace poco más de una hora.

Me quedo ahí, sentada, temblando, con el pañuelo entre los dedos. No sé qué hacer con mi respiración, con mis manos, con todo lo que acaba de caer sobre mí. Nadie habla. El silencio suena a compasión. Entonces la signora Betta se acerca, con ese paso lento suyo que parece no hacer ruido. Me estiro un poco para acomodarme a su altura, al detectar sus intenciones. Sus ojos, llenos de años vividos y amores entendidos, me sostienen sin presionarme. No pregunta nada. No necesita hacerlo. Solo dice, con una voz que parece venir de otro tiempo:

—Vívelo. Vive ese amor, Brooke. No importan los miedos ni las dudas. Son parte del camino. De lo contrario, podrías arrepentirte el resto de tu vida. No lo olvides: hay personas que son irremplazables, y no porque sean mejores que las demás, sino porque son únicas. Y eso las hace especiales para ti.

Algo en lo más hondo de mí se despierta cuando escucho esas palabras llenas de sabiduría, como si me hubieran otorgado la clave para salir del laberinto que ocupo desde hace meses. Siento que podría llorar de alivio. O de reconocimiento. O porque, de pronto, entiendo qué he estado evitando: no la historia con Ryan, sino mi capacidad de permitirme vivirla.

La signora Betta me toca la mejilla con la yema de los dedos, un gesto antiguo.

—No todas las historias tienen una segunda oportunidad. Algunas, ni siquiera una primera. Ya lo sabes… —susurra—. Cuando llega, no debes dejarla ir.

Me quedo inmóvil, con esa reflexión clavada en el pecho. Sin explicarles nada de mi historia con Ryan, siento que han entendido más que nadie en meses. Y ahora sé que tengo que hacer algo ya. Me pongo de pie despacio, aún con las palabras de Ryan repitiéndose en mi cabeza como un eco que no sé apagar.

La signora Betta me aprieta las manos entre las suyas.

—Gracias —digo con la voz quebrada—. No sabéis lo importante que ha sido compartir esto con vosotras. No sé por qué, pero… siento que tenía que vivirlo aquí. Que necesitaba que vosotras formarais parte.

Aurora me sonríe con ternura.

—A veces el destino escoge mejor que uno mismo.

Sofia me abraza sin avisar, de esa forma impulsiva que solo tienen las almas jóvenes (algunas).

—Ve a donde tengas que ir —susurra—. Incluso si ese sitio no es un lugar, sino una persona.

Isabella me dedica una mirada profunda, de esas que dicen más que cualquier discurso. Salgo del claustro con el corazón latiendo en todas partes: en las sienes, en la garganta, en las manos. El aire de finales de marzo en Porta Aurelia me golpea en la cara. Parece oler a vida que no se detiene, aunque a veces lo podamos desear. Camino sin pensar. Subo la cuesta de piedra que conduce hasta la masía. Cada paso me pesa y me impulsa a la vez: uno que quiere echar a correr hacia él sin mirar atrás y otro que quiere desandar el camino, esconderse entre limoneros y fingir que nada de lo que ha acontecido en esa pantalla me concierne. Pero claro que me concierne. Demasiado.

Cuando llego a la zona ajardinada de la casa, apoyo una mano en la columna de piedra más cercana a la puerta de entrada para recuperar el aliento. En ese momento, observo las tres botellas de *limoncello* que la madre de Fio me ha dejado, tal como me prometió. Las cojo y entro en la casa, sumida en el silencio. Cruzo el pasillo con pasos torpes y voy al piso de arriba, donde me espera el escritorio de la *nonna* Bianca. Al entrar en la habitación, presencio, desde primera fila, cómo el mundo se detiene. No sé si busco refugio o un espejo para ordenar mis ideas. El cuaderno sigue en su sitio, abierto por la página donde escribí la última vez. Necesito sentarme frente al ventanal; aquí todo parece cobrar sentido.

Mi corazón late tan fuerte que no sé distinguir si es miedo o deseo. O culpa. Porque él lo ha contado todo. Ha contado su verdad. Y yo… yo sigo escondiendo la mía. Más pequeña, sí. Pero mía. Y sé que, para alguien como él, no es tan pequeña. Tomo el cuaderno. No sé por dónde empezar. No sé cómo poner en palabras el nudo que llevo dentro y, mucho menos, cómo abrirme a él. Y es que,

ahora que Ryan ha expuesto su alma al mundo entero, ¿cómo voy a seguir guardando yo un secreto que afecta al lugar que él ha considerado durante años su refugio? *Entre Sorbos*. Mi blog. El blog que él lee sin saber que soy yo. La voz anónima que lo acompaña y que Ryan, supongo que por vergüenza, no me ha mencionado en ninguna conversación.

Me siento… culpable. No por haberlo creado —es lo más honesto que he hecho nunca, aunque lo lleve a cabo sin revelar del todo mi identidad—, sino por no habérselo dicho cuando debía. Por habérselo ocultado más tiempo del que puedo justificar. Pero… ¿cómo se lo digo ahora después de lo que él ha hecho hoy? ¿Cómo confieso algo así sin que parezca que llego tarde a mi propia verdad? Se me cierra la garganta. Entro en *Entre Sorbos*. El panel aparece vacío. El cursor parpadea. Y empiezo a teclear sin pensarlo demasiado.

«Hay verdades que uno posterga porque cree que puede controlarlas. Hoy he entendido que, cuando no se dicen, son ellas las que empiezan a controlarle a uno».

Me detengo. Respiro hondo. Continúo:

«He hablado siempre desde la honestidad, pero no desde la transparencia. Y ya no puedo seguir así».

Siento un pinchazo fuerte en el estómago. Estoy a punto de decirlo. A punto de romper la máscara que ha dado forma a *Entre Sorbos* desde que nació.

«Durante mucho tiempo, he sido solo una voz anónima en ciudades demasiado grandes. Hoy… ya no quiero ser un fantasma».

El pulso se me acelera. Lo escribo. Lo tecleo de forma automática, casi sin mirar: «Soy Brooke Bennett». Me quedo congelada. Es la

primera vez que escribo mi nombre ahí dentro. Me tiemblan las manos. No puedo publicarlo. Aún no. Lo borro. Necesito sentir que lo estoy haciendo por convicción, no por impulso.

Cierro el portátil y me levanto de golpe. Camino hacia la ventana. Mi cuerpo pide aire. Debo procesar cómo se hace esto: cómo se dice una verdad que puede cambiarlo todo. Pienso en él. En sus palabras de hoy. En cómo ha hablado del amor sin protegerse. En cómo ha dejado claro que elige otra vida, una que no cabe en un trono…, pero donde sí quepo yo.

Esa idea me desarma. Puede que él hable de mí, pero no me conoce del todo. No sabe que la chica que lo escuchaba en persona es la misma que lo acompaña entre líneas. Y no puedo construir nada real si la mitad de mí sigue escondida. Apoyo la frente en el cristal. Tengo que decírselo. Vuelvo a entrar en bucle: ¿Lo llamo? ¿Le escribo? ¿Redacto de nuevo la entrada de confesión y se la envío? ¿Le digo que venga? ¿Le respondo la carta de una vez y doy el paso? Mi corazón late con una intensidad que me desgarra. Y entonces lo sé: no puedo seguir esperando. Mientras me dejo caer otra vez en la silla, una certeza nueva se instala en mí: si él ha hallado el valor para contar su verdad, yo puedo encontrarlo para desvelar la mía.

24 de marzo de 2025

¡Querido Espresso Society!

Hoy vengo a sincerarme, por fin. Os conté que estaba escribiendo una novela sobre mi vida… Pero ahora mismo no sé cómo continuarla, porque mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados. El chico del que estaba distanciándome se ha pronunciado. Ha admitido sus errores en público y ha hecho la declaración de amor más bonita que he visto nunca. Un gesto que yo no esperaba para nada. ¿Lo peor? Que yo tampoco he sido del todo sincera. Hay algo que debo decirle y no tengo ni idea de cómo hacerlo.

Él ha sido valiente. Y yo, que le reproché su falta de sinceridad, no soy capaz de recuperar el control de mi vida ni de buscar soluciones. En realidad, esa es la razón por la que me embarqué en este nuevo proyecto literario, porque sabía que era una buena manera de dejar al descubierto mi persona al completo. También para vosotros, que me habéis seguido como nadie. Os lo mereceréis. Conocerme y sentir que me acerco, algo más, a vosotros.

Por primera vez, me estoy atreviendo a mirarme sin filtros. A descifrarme y a descubrir quién es esta nueva yo. Supongo que no hay nada que dé más paz que darse ese espacio a una misma. Italia me ha devuelto el silencio necesario para escucharme. A veces, conviene alejarse para curarse las heridas y ganar impulso, ¿no? Aunque todavía no sepa cuál va a ser el desenlace de una trama en la que la protagonista soy yo. Creo que, por una vez, voy a dejar el final en manos del destino.

Me despido, café en mano.

Entre Sorbos

31

Latidos paralelos

RYAN

A veces alguien es capaz de arreglar incluso lo que no rompió. Personas que te empujan a sanar sin ser conscientes de ello. Eso mismo es lo que ha hecho Brooke conmigo. Sin saber cómo —incluso ocultándome su identidad completa tras el anonimato de un blog— ha conseguido lo que creía imposible: que me reconozca a mí mismo. Es cierto que mis actos siempre me han precedido, dejando al descubierto lo impulsivo, atrevido y vulnerable que soy. Pero hay algo en esa mujer que, desde que la leí, empezó a recomponerme. Su vitalidad, su ilusión, su carácter metódico, sus miedos y, sobre todo, su manera de entender el amor me hicieron comprender que, en los ojos correctos, como bien se dice, siempre serás arte. Así es como la veo yo. Adoro que no se abra cuando siente que debe proteger su interior; que sea tan cuadriculada —sí, hasta el punto de pelear por una silla de cafetería—; que mire la vida con ese brillo en los ojos que solo tienen los niños; que no sea capaz de ver lo fuerte, sexy e inteligente que es; y, cómo no, que sepa leerme como nadie.

No sé si alguien ahí fuera se habría bañado en ira al descubrirlo —y, por supuesto, tenemos una conversación pendiente—, pero ¿cómo podría eso alejarme de ella cuando he entendido que la mujer que me enamoró con sus palabras, haciéndome sentir visto, es la misma que me atrapó desde el primer día con una conexión imposible de explicar?

Es lunes, y eso significa que he conseguido sobrevivir al primer fin de semana después de la entrevista que, según todos, ha transformado mi vida. Yo no noto que haya cambiado tanto; más bien siento que he dejado de fingir. Sin embargo, el Principado parece otro. Donde antes se acumulaban cámaras, pancartas y curiosos buscando declaraciones, ahora solo quedan algunos periodistas y un silencio extraño. Las redes, que ardieron durante horas, empiezan a asentarse en un terreno menos inflamable. Ya no se habla solo de escándalo, sino de contexto. De errores. De responsabilidad. A fin de cuentas, de verdad. Hay quien sigue defendiendo a mi padre con fervor, quien agradece que, al final, se haya explicado con claridad el proyecto y su verdadera intención de realzar el patrimonio —aunque ejecutada con una arrogancia que ahora resulta imposible de negar—. Otros, en cambio, no le perdonan haber actuado sin consenso ni que haya decidido por todos. La diferencia es que ahora el debate existe. Y eso, en un país pequeño como el nuestro, lo cambia todo.

Mi nombre vuelve a pronunciarse después de dieciséis años de silencio impuesto. Algunos lo hacen con curiosidad, otros con recelo, otros con una empatía que no esperaba —pero que aparece cuando cuentas lo que esconden tus entrañas—. Hay quien me llama valiente; quien me acusa de cobarde por haberme ido; quien

entiende que marcharse también fue una forma de supervivencia. He aprendido que no puedo controlar ninguna de esas narrativas. No lo intento más. Desde la ventana del ala este del palacio observo la plaza casi vacía y pienso que, aunque nada está resuelto del todo, algo se ha desbloqueado. El país respira distinto, y yo también. Y en medio de un ruido que empieza a apagarse, hay una certeza que no tambalea: decir la verdad no me ha alejado de quien soy. Me ha devuelto a mí mismo. Y eso, en parte, se lo debo a ella. A mi Brooke.

Hoy he bajado a desayunar con mi madre. Estamos recuperando el tiempo perdido: ella ha demostrado que no es tan distante como la recordaba, y yo me he propuesto darle la segunda oportunidad que creo que merece. No importa cuán mayores seamos, siempre necesitaremos los consejos de mamá. Es algo que he entendido desde que regresé.

Mientras mi madre termina su café desbloqueo mi móvil casi por inercia. Entro en *Entre Sorbos* como quien accede a una habitación conocida, una en la que siempre ha encontrado refugio. Hay una entrada nueva. Mi pulgar se detiene un segundo antes de abrirla. Leo despacio. Brooke recuerda que está trabajando en una novela autobiográfica; que se está atreviendo a mirarse sin filtros; que escribe desde Italia, desde un lugar que le ha devuelto el silencio necesario para escucharse. Incluso admite que no está siendo del todo sincera conmigo. Ahora, sabiendo que es ella, todo se lee distinto. Y también confiesa algo más: no sabe cómo terminarla, cómo cerrar su propia historia.

«Creo que, por una vez —escribe—, voy a dejar el final en manos del destino». Trago saliva. No necesito que diga más. Conozco ese tono. Conozco esa manera de esquivar una verdad grande, escondiéndola detrás de palabras bonitas. Brooke siempre ha sido valiente al escribir, pero cautelosa al exponerse. Y ahora mismo está esperando que algo —o alguien, en realidad— la empuje a dar el último paso. Mi madre me observa por encima de la taza.

—¿Todo bien? —pregunta con esa intuición que solo tienen las madres.

Bloqueo el móvil y lo dejo sobre la mesa.

—Estoy leyendo algo importante.

Ella no insiste. Espera.

—Es de Brooke —añado.

Mi madre asiente despacio.

—La chica que te hizo volver…

No respondo enseguida. Porque no es tan simple. O quizá sí.

—La chica que me hizo entender que no podía seguir huyendo —digo al final—. Está escribiendo sobre su vida. Sobre nosotros. Hay algo que no se atreve a decirme. Pero lo que no sabe es que yo ya tengo esa información.

Mi madre apoya su mano sobre la mía.

—¿Y tú sí te atreves?

Esa pregunta me atraviesa con una claridad incómoda.

—Creo que sí —respondo—. Creo que por eso tengo que ir a buscarla.

Ella sonríe. No con sorpresa, sino con alivio.

—Entonces ve —dice—. Hay personas que no saben pedir lo que necesitan, pero saben reconocerlo cuando aparece delante de ellas.

Me levanto. Siento una determinación tranquila, distinta a mi impulsividad habitual.

—Gracias, mamá.

—No me des las gracias —responde—. Solo procura no llegar tarde a tu historia.

Salgo de la estancia con el móvil en la mano, dispuesto a llamar a James para pedirle que me ayude a localizar a Brooke. Si ella ha decidido dejar el final en manos del destino, yo pienso presentarme, y hacerle saber que creer en el destino no significa quedarse quieto, sino caminar hacia él.

Marco su número sin dudarlo.

—James, vengo a molestarte de nuevo. Tengo otra tarea para ti.

Al otro lado de la línea, tarda apenas un segundo en responder, y cuando lo hace no consigue ocultar la risa.

—Déjame adivinar —dice—. ¿Esta vez es con relación a una mujer y a una decisión que va a cambiarte la vida?

Sonrío.

—Siempre tienes un don para hacer que las cosas parezcan fáciles —respondo—. Necesito localizar a Brooke. Está en Italia. No tengo claro dónde.

James guarda silencio.

—Eso suena… complicado —dice.

—He pensado que podrías intentar conseguir el contacto de su antigua compañera de piso, Fio —digo—. Es italiana. Seguro que sabe en qué parte está ahora. Tú lo vas a tener fácil. Aunque Vale esté en España, estoy convencido de que ella dará con Fio antes que nosotros.

—Intentaré tirar de Vale, entonces —responde James—. A ver qué consigo sacar. Te aviso en cuanto sepa algo. Pero tú tampoco te quedes de brazos cruzados mientras tanto. Conociéndola, seguro que puedes darnos alguna pista. ¿Nunca te habló de lugares en los que le gustaría vivir?

Me quedo pensativo.

—Alguna vez mencionó la costa Amalfitana. Hablaba de ella como si fuera un sitio donde todo va más despacio…

—Pues ahí tienes tu respuesta —dice—. ¿No la ves capaz de elegir un lugar así para escribir una novela que, probablemente, estará atravesada por ti?

—Mmm… ¿Tú crees? —murmuro.

—No lo creo —responde—. Lo sé. Hay quienes necesitan sentir sin ruido. Y Brooke suena a eso.

—Bueno, yo creo que, si está allí, lo ha decidido porque, tal como señala en el blog, es una zona que para ella es sinónimo de silencio e inspiración —contesto—. Aunque no te niego que me gustaría que esa elección tuviera algo que ver conmigo…

James se ríe al otro lado de la línea telefónica.

—Ya, ya…, si te conozco, Ryan, no hace falta que me lo jures. Es normal que, a estas alturas, quieras que esté tan colada por ti como tú por ella.

—James, quedamos así —digo sonriendo—. Luego charlamos, que aún tengo conversaciones pendientes en palacio. Mis padres quieren hablar conmigo a la vez…, a ver con qué me sorprenden en esta ocasión.

—Qué intenso.

—Como todo últimamente, amigo —respondo—. Avísame en cuanto sepas algo. Entre todos tenemos que conseguir dar con Brooke. No quiero llegar tarde a nuestra cita.

Al colgar la llamada con James, me dirijo al salón principal, espacio que mamá y papá han elegido para reunirnos a media mañana.

Con mamá siento que, poco a poco, estamos consiguiendo acercarnos. Los dos nos hemos echado de menos. A nuestra manera. Ninguna madre está preparada para perder a un hijo y ningún hijo está preparado para mantener la distancia con su madre durante tanto tiempo. Después de estos años, a ambos se nos han quitado un poco las ganas de tener razón en lo que respecta a nuestra relación, porque insistir en eso solo nos llevó a alejarnos todavía más.

Con mi padre, en cambio, es muy distinto. No hemos hablado desde que, tras la entrevista en directo, me dijo aquello de «Supongo que eres más valiente de lo que yo fui. No puedo odiarte por eso». Aun así, empiezo a ver capas en una persona que durante años me ha parecido básica, rígida y superficial. Sé que nuestra relación jamás será la que me habría gustado. Él no va a desprenderse de su ego ni de su carácter tradicional, y yo no estoy dispuesto a convivir con eso. Nunca lo he estado. Pero empiezo a entenderlo.

No lo excuso. La ha cagado. Y mucho. No es fácil tratar con él, ni como padre ni como hombre. Sin embargo, cada vez veo más claro que también es una víctima de sí mismo. De la educación que recibió. De los valores que aprendió como incuestionables. De una vida construida sobre la idea de que el deber siempre está por

encima del deseo. Ha de tener buen corazón; de otro modo, mi madre no habría terminado queriéndolo, aunque en el fondo estuviera enamorada de otra persona.

Cuando pasas toda tu vida creyendo que ciertos valores son los correctos, cuando creces y te construyes sobre ellos, resulta casi imposible dar marcha atrás. Haría falta una voluntad enorme. Y la realidad es que no creo que mi padre sea tan fuerte. No como lo es mi madre. Pero eso no lo convierte en un villano. Lo convierte en un ser humano. Es un padre como tantos otros. Con errores irreversibles. Con un pasado que pesa. Y con un futuro que aún podría jugar a su favor… si algún día decide enfrentarlo como debe.

—Hijo mío, ¿eres tú? —dice mamá.

Todavía no he terminado de recorrer el pasillo cuando mi madre ya me está reclamando. Cuando por fin llego, los encuentro a los dos sentados en uno de los sofás mullidos color crema, el mueble al que han recurrido toda la vida cuando necesitan un extra de comodidad para enfrentarse a una conversación difícil o para descansar de sus ajetreadas agendas. Beatrice se levanta nada más verme y me abraza con una mezcla de alivio y ternura. Alistair, en cambio, acomoda —para variar— los cojines de terciopelo verde, como si estuviera tan incómodo que necesitara hacer algo con las manos para que no se le note. Sin mirarme, claro.

Mamá se sienta de nuevo, justo al lado de papá, y los dos se quedan mudos cuando me coloco frente a ellos. El reloj de pie —del que ya no recuerdo ni a quién perteneció—, junto a la chimenea apagada, marca el tiempo con un tictac discreto pero constante, recordándonos que, aunque lo quisiéramos, nada se detiene. La luz entra tamizada por las cortinas y dibuja, como cada día, sombras

suaves en la estancia. Mamá mantiene la espalda recta, con las manos entrelazadas en el regazo. Papá, en cambio, parece tener incluso más ganas que yo de marcharse de aquí. Como si permanecer sentado significara aceptar algo que todavía le cuesta digerir. Al final lo hace, suspira y levanta la vista para mirarme.

—El Consejo se ha reunido esta mañana —empieza Beatrice, con una voz firme que no deja espacio a rodeos—. Han tomado una decisión.

No necesito que continúe para saber que no será leve.

—Tu padre ha sido destituido de sus funciones —añade—. De manera oficial.

Papá cierra los ojos un instante. No protesta. No se defiende. En su silencio hay algo que se parece más a la aceptación que al orgullo herido, por extraño que parezca.

—Por el bien del Principado —continúa mi madre—, y siguiendo la línea de sucesión legítima, el Consejo ha decidido nombrar a tu primo como heredero y, por lo tanto, como actual príncipe, tras tu renuncia. Como ya sabes, su padre… —hace una pausa breve— murió cuando él era pequeño. Así que no ha habido dificultades: es el siguiente en la línea.

No siento sorpresa. Tampoco alivio inmediato. Experimento algo más complejo: el cierre definitivo de una puerta que, en realidad, llevaba años entornada. Miro a mi padre. Por primera vez no veo a un príncipe ni al hombre que confundió autoridad con ego. Veo a alguien al que el tiempo acaba de pasarle factura.

—Es lo que tú dijiste en la entrevista —añade ella mirándome—. Y el Consejo lo ha entendido. Hiciste lo correcto.

Asiento despacio. No porque necesite aprobación, sino porque sé que, en esta sala cargada de historia, hoy se ha escrito una página nueva. Y, por fin, no me pertenece. El silencio se estira más de lo necesario. Es entonces cuando mi padre se levanta. Lo hace sin prisa, como si cada gesto todavía tuviera que ser medido, como si aún no estuviera seguro de qué lugar ocupa ahora en este espacio que durante tantos años ha sentido suyo. Se ajusta la camisa, carraspea, da un paso hacia la puerta. Antes de cruzarla, se detiene un instante. Me mira. No hay reproche en sus ojos. Tampoco orgullo. Hay emoción sin nombre, una distancia que ninguno de los dos sabemos cómo acortar. Nos observamos desde dos orillas distintas, sabiendo que, por hoy, es lo único que podemos ofrecernos. Termina marchándose.

La puerta se cierra con un sonido sordo, definitivo, y me quedo a solas con mi madre. Beatrice tarda unos segundos en hablar.

—No te vayas todavía.

Alza la mano y me hace un gesto para que me quede sentado. Se levanta despacio y camina hacia uno de los muebles auxiliares del salón, un aparador antiguo que apenas se utiliza ya. Abre uno de los cajones inferiores y extrae un objeto envuelto en papel de seda. Lo sostiene como si fuera algo frágil.

—Esto es para ti —dice tendiéndomelo.

Desenvuelvo el paquete con cuidado. Es un libro. De tapa sobria, elegante, gastada en los bordes. Reconozco el título antes incluso de leerlo entero.

Sonetos a Orfeo, de Rainer Maria Rilke.

Levanto la vista sorprendido.

—Mamá…

—Lo sé —me interrumpe—. No es un libro fácil. Tampoco lo es lo que has vivido. Ni lo que has hecho.

Se sienta frente a mí, más cerca ahora. Apoya las manos sobre mis rodillas y me mira como no lo había hecho antes: sin prisa, sin expectativa, sin exigencia.

—He pensado mucho estos días —continúa—. En ti. En lo que has sido aquí… y en lo que has sido fuera. En lo que el mundo veía y en lo que no.

Paso el dedo por el lomo del poemario. No necesito abrirlo para entender por qué lo ha elegido.

—Este libro habla de vivir entre dos mundos —dice—. De existir en lo visible y en lo invisible. De cantar incluso cuando nadie escucha.

Trago saliva.

—Tú has vivido así durante años, Ryan. Visible como príncipe ausente. Invisible como Ryan Blake. Reconocido sin nombre. Amado sin título por Brooke, y por los que te han rodeado en Nueva York.

No aparto la mirada. Siento cómo cada frase encaja con una precisión asombrosa.

—Y quiero que entiendas algo —añade—. Lo que Brooke ha logrado en ti no tiene que ver solo con el amor. Tiene que ver con que te ha visto entero. No una parte. No un papel. No un deber. A ti. Y te ha elegido. Me gusta esta chica para ti, Ryan.

Aprieta los labios antes de seguir.

—Este libro no te va a decir qué camino deberías tomar. No lo va a hacer nunca. Pero quizá te ayude a comprender por qué no hay nada de lo que avergonzarse por haber sido dos cosas a la vez. Y

por qué, a veces, solo cuando alguien nos mira desde el lugar correcto, conseguimos unirlas.

Bajo la vista hacia el libro.

—Gracias. De nuevo —pronuncio al fin.

Mi madre sonríe.

—Guárdalo —dice—. Y cuando dudes, léelo. Para recordarte siempre quién eres.

Nos quedamos en silencio. Mi madre es la primera en moverse. Se sienta en mi sofá y yo me coloco, esta vez, a su lado. Se da una palmada en el regazo. No dice nada más. No hace falta. Dudo apenas un parpadeo antes de dejar el libro sobre la mesa baja y acercarme. Me recuesto en ella, con vacilación al principio. Su brazo me rodea con naturalidad. Apoya la barbilla sobre mi cabeza y me aprieta con la fuerza justa: la que te recuerda que no estás solo. Respiro hondo. En este momento, no soy el heredero que renunció, ni el hijo que se fue ni el hombre que tuvo que explicarse ante cámaras. Solo soy esto. Su hijo. El que volvió a casa sin saber muy bien cómo y descubrió —por fin— que hay lugares donde siempre te esperan.

32

El gran salto

BROOKE

A menudo se habla de la intensidad con la que se deben perseguir los sueños si deseas que estos puedan llegar a hacerse realidad. Sin embargo, una vez escuché que hay algunos que no se persiguen: son ellos los que te encuentran. Se presentan cuando menos los esperas y poco puedes hacer para esquivarlos. Creo que eso mismo es lo que me ocurre con la novela autobiográfica que ahora mismo tengo entre manos. Nunca estuvo en la lista de mis anhelos más profundos y, aun así, es uno de los proyectos más transparentes en los que me he embarcado hasta la fecha. Siempre supe que me mudaría a Nueva York y que ejercería como periodista de moda en una buena revista; eso lo tenía claro. Lo que jamás imaginé fue que terminaría en Italia —un lugar que siempre mencioné como destino predilecto— escribiendo, sumergida en una especie de refugio creativo, sobre mi propia historia. Y mucho menos, con Ryan Blake como personaje central de la trama. No el director al que admiré a través de una pantalla, sino el chico de cabello azabache, ojos

metálicos y carácter fuerte que me desordenó por dentro primero y que, después, me enamoró con su atención, su ambición y su transparencia, a pesar de los errores.

Mañana damos la bienvenida al mes de abril. Llevo unos días disociada, viviendo un poco fuera de mí. Algo que rara vez ocurre. Todavía no he encontrado una manera que me convenza de decirle a Ryan mi secreto, y es algo que me reconcome por dentro como nada antes. Quizá sea ese el motivo por el cual no me apetece otra cosa que permanecer dentro de la masía, junto a mi ordenador y mi cuaderno, escribiendo un final feliz que deseo que ocurra, pero que no sé cómo hacer realidad. Las únicas personas con las que he hablado en estos días han sido Vale y Sophie; con esta última, para entregarle los reportes y los artículos de tendencias que me pidió para *Couture Journal*. Pero sobre todo, para mantener el ritmo de trabajo que le prometí. Quedamos en llamarnos de nuevo, así que voy a ser yo quien, esta vez, se adelante. Además, me gustaría pedirle un favor como persona con contactos dentro de la industria editorial.

—Brooke —dice al segundo tono—. Justo iba a escribirte. ¿Cómo estás?

—Bien… dentro de mi propio caos —respondo con una sonrisa que no ve—. Necesitaba escucharte.

—Eso suena a que estás escribiendo mucho —apunta—. O que te estás aislando demasiado.

—Un poco de ambas —admito.

La oigo moverse al otro lado, como si se acomodara en la silla. Conozco ese gesto: modo trabajo activado.

—Tengo algo que proponerte —dice antes de que yo pueda continuar—. Estamos cerrando los contenidos del *Fashion Book* de verano, el especial que acompañará a la edición en papel. Y he decidido que seas tú quien plantee los reportajes principales.

—¿Yo? —digo con la sensación de ir siempre un paso por detrás del reloj.

—Tú —confirma—. Nadie como mi Brooke para hilar moda, contexto y narrativa. Necesito piezas que no sean solo tendencias: escapadas, búsqueda de identidad, procesos creativos, historias que inspiren. Ya sabes a qué me refiero. Y quiero que lo hagas a tu manera.

Siento cómo algo se recoloca en mi interior.

—Además —añade—, lo bueno del *print* es justo eso: trabajamos con meses de antelación. Te organizas, escribes, piensas. No es la vorágine del digital. Sé que no estás tan acostumbrada a tratar papel, pero jugamos con margen, tranquila.

—Estupendo, Sophie… Gracias —digo—. Haré un primer esquema y lo pulimos juntas. Oye…, ya que estamos —añado midiendo las palabras—, quería comentarte algo más.

—Ajá —responde atenta.

—¿No conocerás por casualidad algún editor al que poder presentar mi novela? —suelto con expectación—. No se me había ocurrido preguntártelo antes.

—¿Eso es que has avanzado? —se interesa con voz ilusionada—. Me alegra oírte decirlo. Pero ¿y eso? —añade—. ¿Cómo es que te has decidido a dejar que el mundo entero conozca tu historia? Con lo que tú eres…, estoy segura de que si me lo hubieran dicho de la Brooke que conocí hace unos meses, no me lo habría creído.

—Ya, yo tampoco —admito riendo—. Pero he pensado que, a veces, lo mejor que puedes hacer es contar tu historia y procurar que otras personas no se vuelvan tan locas viviendo las suyas, ¿no crees?

—Tienes razón, Brooke. Me parece fenomenal. Cuenta con que seré de las primeras en leerla. Y respecto a publicar, no prometo nada, pero… tengo a alguien en mente.

Mi corazón da un pequeño vuelco.

—Dime que no es una broma…

Oigo su risa al otro lado de la línea.

—Sí…, digo no, no es una broma —continúa—. Es una editora con la que coincidí hace un par de años en una mesa redonda sobre narrativa femenina. Se llama Margot Ellis y trabaja en Blue Harbor Books.

—¿En serio? —pregunto sorprendida.

—En serio. Publica historias escritas por mujeres. Os entenderíais a la perfección. Su equipo tiene algo que creo que encaja contigo: cuidan mucho las voces, no buscan historias perfectas, sino necesarias…

Trago saliva.

—No suena nada mal…

—No lo es —dice.

—Sophie… —empiezo—. No sé si estoy preparada para algo así.

—Brooke, tampoco lo estabas cuando comenzaste en *Couture Journal*. Eso es buena señal —responde sin dudar—. Si lo estuvieras del todo, no valdría la pena. Mira, voy a hacer una cosa: voy a hablar con ella ahora mismo. Le contaré quién eres, lo que haces y que estás escribiendo una novela autobiográfica desde Italia. Si le

interesa, lo siguiente sería una reunión informal, en remoto, claro. Sin presión. Para que os conozcáis.

—¿Y si no le gusta? —pregunto con cierto temor.

—Entonces no pasa nada —dice con calma—. No le va a gustar a todo el mundo, Brooke. Va de encontrar a la persona adecuada. Y créeme, existen. Eso no define tu obra.

Asiento, aunque ella no pueda verme.

—Vale —digo al fin—. Hagámoslo.

—Perfecto —responde satisfecha—. Envíame cuando puedas un pequeño resumen. Pero no un *pitch* de editorial, ¿eh? Eso ya te lo pedirá ella si acaso. Quiero algo que seas tú. De qué va, por qué la estás escribiendo y qué te ha llevado hasta ahí. Yo me encargo del resto.

Sonrío.

—Gracias, Sophie. Ya he perdido la cuenta de las cosas que tengo que agradecerte. Eres la mejor amiga-jefa del mundo.

—Para eso estoy —dice—. Y ahora, respira. Estás haciendo algo grande. Aunque todavía no lo veas.

Cuelgo la llamada con Sophie y me quedo un momento mirando la pantalla del móvil en negro. Hay conversaciones que no terminan cuando dos personas se despiden, sino cuando una empieza a asimilar lo que se ha dicho. Esta es una de ellas.

Vuelvo al escritorio. El cuaderno sigue abierto por la última página en la que escribí y taché la misma frase cinco veces. El portátil descansa a un lado, cerrado, como si también necesitara una tregua. Me prometí dedicar ciertas horas al día a *Couture Journal* para poder organizarme, también, con el contenido de la novela, pero no consigo relajarme. Y menos todavía lo voy a hacer ahora, después

de hablar con Sophie. Mi cabeza va demasiado rápido. Decido ir a prepararme un café. Mientras el agua hierve pienso en lo que hemos hablado. Decir en voz alta que quiero compartir este manuscrito —aunque todavía no sé siquiera si se le puede llamar así— lo ha hecho más real… y también más aterrador, para qué mentirnos.

Vuelvo a la habitación con la taza humeante entre las manos. Me siento en la cama, apoyo la espalda en el cabecero y abro el portátil, solo para ver qué se me ocurre sobre las propuestas que me ha pedido Sophie de cara a la próxima edición del *Fashion Book* de *Couture Journal*. Antes de eso, consulto el correo casi por inercia, sin esperar nada en concreto. Hay un mensaje nuevo. El asunto hace que frunza el ceño.

De: Sophie Brown <sophie.brown@couturejournal.com>
Enviado el: lunes, 31 de mayo de 2025 16.32
Para: Margot Ellis <margot.ellis@blueharborbooks.com>, Brooke Bennett <brooke.bennett@gmail.com>
Asunto: Una pequeña sorpresa antes de que se enfríe el café ☕

Querida:

Te dije que me dieras unos minutos… y aquí estoy, cumpliendo mi palabra.
Te presento a Margot Ellis, editora de Blue Harbor Books, una de las mujeres que mejor saben reconocer una buena historia cuando la tienen delante (y que, además, tienen la costumbre de publicarlas).
Creo que las dos tenéis mucho que contaros.
Con cariño —y los dedos cruzados—,

Sophie

Estoy aún leyendo el correo de Sophie cuando, sin darme tiempo a respirar, aparece otro mensaje en el mismo hilo.

De: Margot Ellis <margot.ellis@blueharborbooks.com>
Enviado el: lunes, 31 de mayo de 2025 16.40
Para: Sophie Brown <sophie.brown@couturejournal.com>, Brooke Bennett <brooke.bennett@gmail.com>
Asunto: Re: Una pequeña sorpresa antes de que se enfríe el café ☃

Estimada Brooke:

Sophie me ha hablado de ti con ese entusiasmo que solo reservas para personas en las que crees de verdad, así que no he podido resistirme a escribirte.
Si te parece bien, me encantaría que nos reuniéramos para que me cuentes tu proyecto y tu propuesta editorial.
Tengo disponibilidad mañana martes a las 9.00 o el viernes a las 13.30 en hora americana.
Quedo atenta a lo que te venga mejor.
Un cordial saludo,

Margot Ellis
Editora
Blue Harbor Books

Leo el correo de Margot Ellis con atención, como si fuera un contrato. Me fijo en las palabras, en el tono, en los huecos entre líneas. Intento averiguar qué piensa de mí alguien que todavía no me conoce.

«Reunión. Presentación. Propuesta editorial».

No hay promesas. Tampoco condescendencia. Eso me tranquiliza más de lo que debería. Apoyo el portátil sobre la cama y entrelazo los dedos, obligándome a respirar despacio. Esto es lo que quiero. Y, aun así, la idea de sentarme frente a ella y decir mi nombre en voz alta —mi nombre de verdad, no el del blog— me encoge el pecho. Allí no estaré protegida por un pseudónimo ni por una pantalla. No podré corregir frases ni esconderme detrás de un tono irónico. Será mi historia. Y seré yo. Trago saliva. Si hay alguien capaz de contarla bien, esa es Brooke Bennett. Lo sé. Me levanto de la cama con la excusa de ir a por una libreta, pero acabo deteniéndome frente al espejo del armario. Esta vez no pienso preparar nada que no me represente, aunque eso suponga no sucumbir a la perfección. Me voy a conceder ese permiso. Me observo sin demasiada atención al principio. El pelo recogido de cualquier manera. La camiseta ancha. El gesto serio de quien siempre parece estar evaluando algo, incluso cuando está sola.

Me aclaro la garganta y aliso la camiseta como si el espejo pudiera tomar nota.

—Buenos días —digo levantando un poco la barbilla—. Gracias por conectarse.

Me observo un segundo.

«No. Demasiado presentadora de informativos», me corrijo.

Bajo la barbilla.

—Hola —pruebo—. Encantada de conocerla.

«Genial. Ahora parezco yo misma dándome la bienvenida».

Resoplo y me apoyo en la cómoda.

«Vale, no es una cita —me digo—. Es solo una reunión. Profesional. Adulta. Normal».

El reflejo no parece convencido. Yo tampoco.

Vuelvo a colocarme frente al espejo, esta vez con los brazos cruzados, como si necesitara imponerme autoridad a mí misma.

—Me llamo… —empiezo, y paro otra vez.

El nombre vuelve a quedar suspendido, tenso, como un invitado que no sabe si pasar.

—Vamos —murmuro—. Lo dices todos los días.

Pero no así. No con esto detrás.

Me acerco un poco más al espejo, lo suficiente como para ver el gesto concentrado, casi severo, que adopto cuando algo me toca de cerca. El mismo que tengo en las reuniones importantes. El mismo que uso para que nadie note que estoy improvisando.

—Me llamo Brooke —lo digo por fin—. Y, como le comentó Sophie, estoy escribiendo una novela.

Abro los ojos, sorprendida por lo fácil que ha salido esa parte. Me llevo una mano al pelo y lo recojo mejor, como si ese pequeño orden pudiera trasladarse también a lo que estoy sintiendo.

—Es una novela autobiográfica —digo—. Aunque no me encanta esa etiqueta.

Hago una mueca. No porque no lo sea, sino porque hace que suene como si necesitara justificarme.

Me detengo a observarme un instante.

Siempre he sido buena leyendo a la gente. Detectando cuándo asentir, cuándo callar, cuándo decir lo que esperan oír. Frente al espejo no tengo esa ventaja. No puedo engañarme con facilidad.

—No estoy aquí para gustar —ensayo—. Estoy aquí porque esta historia importa.

Parpadeo.

Vale. Eso ha sonado bien.

Sonrío, apenas, y luego me detengo.

—No —me regaño en alto—. No sonrías así. No estás en el set, protagonizando una comedia romántica.

Me quedo mirándome.

—Aunque —añado—, tampoco pasa nada si lo parece un poco.

Me río sola, más relajada ahora.

Apoyo ambas manos en la cómoda y me inclino hacia el espejo.

—Durante años he escrito con otro nombre —digo en voz baja—. No porque no crea en lo que cuento. Sino porque es más fácil.

Me enderezo.

—No soy perfecta —continúo—. No lo he sido nunca. Pero sé contar esta historia mejor que nadie porque me pertenece.

El silencio que sigue no me incomoda. Me asienta. Inspiro hondo. Como si algo se hubiera colocado por fin en su sitio. Me acerco un poco más al espejo. Veo el brillo contenido en los ojos, la tensión habitual en mi mandíbula. También algo nuevo. No existe el miedo. Solo respeto.

—Y si no le interesa —digo firme—, aunque espero que sí, me quedo con que me he conectado siendo yo misma.

Me quedo quieta unos segundos. El sosiego que invade el dormitorio me acompaña, un espacio interrumpido solo por las cosas que todavía no sé decir en voz alta. Estoy satisfecha. No ha sido impecable. Ha sido honesto. Siento cómo la tensión se afloja apenas un centímetro en los hombros, lo justo para notar la diferencia. No es alivio completo. Es algo más parecido a aceptar el vértigo sin retroceder.

La luz de la tarde entra oblicua por la ventana, marcando las sombras del dormitorio como si el día también estuviera a medio camino de algo. Ni comienzo ni final. Un punto exacto en el que decidir si se avanza o se da un paso para atrás. Recorro la habitación con la mirada. Todo sigue en su sitio: la cama deshecha, el portátil cerrado, la taza ya fría sobre la mesilla. Nada ha cambiado y, sin embargo, todo es distinto. Apago la luz al salir. El reflejo desaparece, pero la decisión no. Camino por el pasillo con la conciencia tranquila de quien sabe que, a partir de ahora, no va a esconderse más.

33

Camino de regreso

RYAN

A estas horas debería estar preparando la maleta para viajar a Italia, y todavía no he sido capaz de poner un pie en el suelo. Sigo envuelto en el edredón del que aún no me he deshecho, después de pasar casi toda la noche en vela, con los nervios devorándome por dentro. No deja de sonar *The Man Who Can't Be Moved*, de The Script. La escucho una y otra vez, como si una canción pudiera dibujarme el camino hacia ella. Siempre me he considerado un hombre atrevido, capaz de gestionar sus emociones cuando el contexto lo requería. Pero os juro que ahora mismo nadie es lo bastante bueno para calmar el remolino que vive en mí. «¿Qué has hecho conmigo, Brooke?».

Averiguamos su paradero hace menos de una semana. Valentina, aunque tardó en responder a James por su ajetreada agenda y la diferencia horaria, acabó haciéndolo y contactó con Fio. Fiorella no nos lo puso fácil. Sabía que Brooke había encontrado su refugio y no quería estropearlo formando parte de nuestro particular equipo de

investigación. De hecho, no quise enfrentarme a ella porque sabía que se pondría de su lado. Por eso recurrí a Valentina para que la convenciese y, aunque le costó, terminó consiguiéndolo, asegurándole que era por una buena razón.

Decido incorporarme de una vez y dejo que los pies encuentren la superficie afelpada de la alfombra, que amortigua el primer paso. En estos últimos días, el palacio ha aprendido a respirar de otra manera. A hacerlo con normalidad, como si aquí no hubiera pasado nada. Como si los escándalos y los titulares no hubieran cruzado estas paredes. Como si los pasillos no hubieran sido testigos de reuniones a puerta cerrada, de llamadas urgentes, de comunicados que más de uno intentó falsear.

Del alboroto de papá apenas se habla ya. Con su destitución, parece que la población ha recuperado la confianza en el Principado y ahora dirige una nueva mirada, limpia y expectante, hacia Maxime de Lirianne. No sé cómo afrontará esta nueva era, pero me alegra saber que será sin mi presencia. El Centro Internacional de Congresos y Eventos del Principado, por lo que he oído, seguirá existiendo, aunque de una forma legítima a todos los niveles. Nunca consideré que fuera una mala opción. En eso, papá tenía razón: es una iniciativa que, aun siendo disruptiva, puede sentar las bases del futuro de la Casa de Lirianne. No tal como él la llevó a cabo, pero sí como una acción capaz de modernizar y expandir los valores que, desde siempre, se han defendido en el seno de nuestra familia.

Por el contrario, mis fotografías con Brooke en el ballet de Nueva York continúan mencionándose, pero de una manera más discreta. Se dice lo que es: dos personas que estaban conociéndose, en la intimidad. Durante días, esas imágenes también estuvieron en el

foco; mi vida se convirtió en *trending topic*. Pero llegó la calma. La realidad es que, hoy en día, el público se aburre rápido. La gente necesita desastres nuevos. Otras caídas. Otros nombres a los que señalar. Y así, de pronto, dejamos de ser la comidilla fácil. Ahora solo nos observan el pueblo leal de Lirianne y algunos individuos del resto del mundo que, tras el bullicio y mis declaraciones, decidieron quedarse.

Me ducho. Me visto. Me miro al espejo con una serenidad que, en este momento, me cuesta defender. Me ajusto la camisa, abro la puerta de mi habitación y el palacio me recibe con sus costumbres: el mismo eco bajo los techos altos, el mismo mundo impecable que te exige que no tiemble nada. Camino. Bajo las escaleras y paso por el despacho de papá, esta vez, con la puerta cerrada, aunque la alfombra azul sigue destilando el olor a polvo y lavanda que siempre la ha acompañado. Sigo descendiendo y dejo atrás los grandes ventanales con cortinajes de lino de la planta baja, con un sol que apenas entra como si él también tuviera miedo de lo que pueda suceder. Y sin querer, me detengo frente a los retratos familiares que tanto había maldecido: rostros serios, sonrisas ensayadas, generaciones de personas que, a diferencia de mí, aprendieron a existir para ser observadas. Me veo reflejado en el cristal, superpuesto a esas caras. Me doy cuenta de que nunca he pertenecido a ese escaparate y que ha llegado la hora de despedirme como nunca llegué a hacer. De verdad.

«Después de hoy… no vuelvo». No a este lugar tal y como lo he conocido. No a la idea de mí mismo que este sitio se ha empeñado en construir. Puede que regrese algún día, pero lo que soy ahora —este hombre que se va a subir a un avión para decir la verdad que

más le importa en su vida— ya no cabe aquí dentro. El palacio es elegante incluso cuando te suelta.

Encuentro a mamá en la zona del jardín, justo al lado de la puerta principal. Está de pie junto a las camelias rosadas que cuidan de la entrada, al parecer, igual de bien que mi madre a ellas. La descubro pensativa, como si intuyera que, en cuanto cruce la puerta de hierro forjado del final de la avenida, ya nada será igual. Nunca ha sido de las que levantan la voz, ni de las que se desesperan en público. Pero cuando te mira, cuando decide mirarte de verdad, resulta imposible ocultarle nada.

No se gira al oír cómo me acerco. Solo habla, suave, con el dramatismo justo.

—No has dormido.

Me quedo quieto a unos pasos.

—No —respondo, y la voz me sale más baja de lo que esperaba—. No podía.

Ahora sí que se vuelve. Sus ojos pasan por mi cara como si estuviera leyendo una carta que no he escrito.

—¿Te has decidido?

Me trago el nudo. Qué extraño que una sola palabra pueda contener tantas cosas. Decidir. Como si el amor fuera una votación. Como si el corazón respondiera a un protocolo.

—Sí.

Ella asiente, despacio. No hay juicio ni sorpresa.

—Bien.

Eso es todo.

El «bien» de mi madre no es solo un aplauso, es una llave.

—Le he pedido a Wilfred que te he acompañe al aeropuerto. El vuelo sale a primera hora de la tarde. Está todo preparado.

Marco un gesto de asentimiento apenas perceptible, pero no me muevo de inmediato.

—¿Papá lo sabe? —pregunto.

—Sí, Ryan, aunque ya lo conoces. Está dentro de su despacho, por si quieres ir a despedirte —dice mamá.

Es una despedida que sé que tengo que afrontar, pero que ahora mismo me pesa más que cualquier vuelo. Subo de nuevo las escaleras y me lo encuentro de pie, de espaldas, mirando por la ventana, hacia la salida.

—Me he enterado de que te vas —dice sin girarse.

—Sí.

Hace un leve gesto afirmativo. No pregunta adónde. No pregunta por qué. Aunque supongo que, en el fondo, se lo imagina.

—Italia —añade al cabo de un parpadeo.

—Sí.

Mi padre se gira entonces. Me observa. Para mi sorpresa, no hay reproche en su expresión. Hay una mezcla de aprobación y aceptación que no imaginaba.

—No era lo que tenía pensado para ti —dice.

—Lo sé.

El silencio que sigue no es hostil. Es limpio, como si ambos estuviéramos eligiendo las palabras exactas para no herir.

—Siempre fuiste… distinto —continúa—. Yo creí que eso se corregiría con el tiempo. Quizá no debí esperar que ocurriera.

No respondo. Porque no hay nada que corregir. Papá rodea la mesa con un movimiento lento, medido. Se detiene a un par de

pasos de mí.

—No comparto tu decisión —dice—. Pero la respeto.

Es lo más cerca que hemos estado jamás de un acuerdo.

—Espero que sepas lo que haces —añade.

—No —respondo—. Pero sé por qué lo hago.

Algo se suaviza en su mirada. Apenas. Lo justo para que duela.

—Eso suele ser suficiente —dice. Vuelve a asentir, esta vez con más firmeza—. Buena suerte, hijo.

No dice mi nombre. No extiende la mano. No me abraza. Solo me regala una palmada en la espalda. Y mientras salgo del despacho, con la puerta cerrándose tras de mí, entiendo que, en su idioma, esto es una bendición.

Cuando me quiero dar cuenta, Wilfred ya está esperándome dentro del coche. Mamá está bajo el marco de la puerta, en la misma posición que cuando llegué al palacio, aunque por un motivo distinto.

—¿Y si…?

—Ryan, si sale mal —dice ella antes de que yo pueda mencionarlo —, al menos no habrás vivido preguntándote qué habría pasado.

Me quedo mirándola intentando retener en la memoria cada uno de sus rasgos. Mientras lo hago mamá levanta la mano y me arregla el cuello de la camisa con un gesto mínimo, íntimo. En otro contexto sería un gesto sin importancia. Aquí, es toda una declaración.

—¿Vas a volver? —pregunta entonces.

Me quedo quieto.

—No —susurro—. Nos volveremos a ver, claro, pero no de la misma manera.

Ella asiente. Y esboza en su rostro una sonrisa pequeña, triste, orgullosa.

—Entonces, adelante.

Wilfred arranca con suavidad. Desde la ventanilla, observo cómo el palacio queda atrás, reducido a líneas limpias y piedra clara. Las calles están tranquilas. Demasiado, incluso. Algún transeúnte camina sin prisa. Una pareja cruza la plaza principal de la mano. Un vendedor levanta la persiana de su tienda como cualquier otro día. Nadie parece preguntarse nada.

—Sabía que lo conseguiría. Ha vuelto a la normalidad —dice Wilfred mirándome por el retrovisor interior—. Y ha sido gracias a usted.

Asiento y le devuelvo la sonrisa con la mirada, un gesto breve cargado de años compartidos.

—La normalidad siempre llega, Wilfred. Aunque cueste. Y no solo porque las cosas se arreglen, sino porque el pueblo se cansa.

—Tiene toda la razón —admite.

Mientras avanzamos, me permito enfocarme en Lirianne una última vez, en esta ocasión sin que me acompañe un sentimiento de rabia y rencor. El Principado seguirá. Maxime ocupará el espacio que le corresponde. El Centro Internacional de Congresos y Eventos verá la luz, y lo hará sin sombras. La Casa de Lirianne encontrará la forma de reinventarse, como siempre lo ha hecho. Y yo… yo ya no formaré parte de ese plan.

En el aeropuerto, todo es eficiencia y distancia. El coche se detiene en la puerta de salidas. Wilfred baja primero. Durante un

momento ninguno de los dos dice nada. Nos miramos como se miran las personas que han compartido demasiadas versiones de sí mismas. Cuando regresé, habían pasado dieciséis años desde la última vez que nos vimos, y ahora volvemos a despedirnos.

—Me ha alegrado verte, Wilfred —digo al final.

—A mí también, señor. A mí también —responde.

Wilfred carraspea. Nunca fue hombre de grandes palabras.

—Su madre tiene razón —añade—. Ya era hora.

Lo miro sorprendido.

—¿De qué?

—De que hiciera algo por usted.

El comentario me golpea más fuerte de lo que espero. Bajo la mirada despacio, y respiro hondo.

—Gracias por todo —digo—. Por entonces. Por ahora.

Wilfred sonríe.

—Siempre fue un buen chico. Incluso cuando no se lo ponían fácil.

Inclino la cabeza, sin fiarme de mi voz. Pienso que va a tenderme la mano. Pero no lo hace. Da un paso más y esta vez es él el que me rodea con los brazos, con una decisión que no le conocía. El abrazo es corto, pero sincero, como los que se dan cuando no hay tiempo para dudar.

—Buena suerte —dice.

—Gracias, Wilfred.

Nos miramos una última vez. Cuando me doy la vuelta, no lo hago de inmediato. Sé que, cuando camine hacia la puerta, esa despedida se habrá cerrado del todo. Y sé también que, aunque el mundo me lleve lejos, hay personas que te acompañan siempre, incluso cuando se quedan atrás.

Tres horas después, me encuentro en un taxi, serpenteando por la carretera de la costa Amalfitana mientras el sol empieza a inclinarse. Porta Aurelia aparece poco a poco. Casas envejecidas, balcones con flores, el mar asomando entre callejones estrechos. No parece un lugar diseñado para grandes gestos, y por eso es perfecto. Aquí no hay escenarios grandilocuentes como en Nueva York. Aquí hay verdad. Mientras el coche sigue adelante, mi mente recompone las piezas del plan, sin necesidad de tener todos los detalles. Sé lo suficiente. Valentina fue la primera en entenderlo. Desde España, con su protección velada hacia Brooke, fue clara: «No la sorprendas a lo grande. Sorpréndela bien». Sophie ha aportado lo esencial: la coartada. Trabajo, reunión, una excusa cotidiana que no levantara sospechas. Algo normal. Seguro.

Y Fiorella… Fiorella, con la ayuda de su madre, se ha encargado primero de mantener el refugio, ese lugar donde hoy no se espera nada extraordinario, y después de asegurarse de que ella acudiera aquí, justo a la hora. Eso es lo que hace que funcione. No un restaurante elegante, ni una declaración pública ni un gesto calculado. El atardecer. El atardecer no exige nada. Sucede sin que lo planees; es el momento en que el día se rinde de la forma más bonita posible. Porque quiero que, si alguna vez necesita recordar esto, pueda volver aquí e imaginarnos tantas veces como desee. Porque el atardecer siempre vuelve.

34

Reencuentro

BROOKE

> Él venía de un mundo demasiado iluminado y buscaba algo real. Yo venía de un lugar tranquilo, casi oculto, y soñaba con un poco de luz. Nos encontramos justo en medio: entre lo que éramos y lo que queríamos llegar a ser.

Cierro el cuaderno y me quedo mirándolo, intentando, con los ojos, idear un conjuro que me permita saber cómo concluir mi historia con Ryan en la ficción cuando, en la vida real, no es más que una relación suspendida. ¿Cómo avivar unos sentimientos para que, al final, se queden postrados en papel y no logren aquello que siempre soñé que conseguirían? La gracia de sentir que te estalla el pecho por alguien es que, después de todo, haya valido la pena; hacérselo saber a la otra persona, claro. Pero sigo sin ser tan valiente como para decírselo de frente. En vez de eso, he decidido gritar a los cuatro vientos mi amor por él a través de una novela y, al mismo tiempo, abrirme al mundo. Eliminar un pseudónimo y dejarme ver, y ser, bajo mi nombre y apellido. Algo que le reclamé a él y que, a fin de cuentas, fue lo que provocó que me alejara.

Esta mañana he recibido el mes de abril con los últimos preparativos para la reunión que tenía agendada con Margot Ellis, de Blue Harbor Books. Una conversación que ha comenzado a las nueve —hora americana— y se ha alargado algo más de una hora. Más que una llamada de trabajo, me ha parecido un círculo de confidencias al que hemos asistido. Tanto ha sido así que, nada más colgar, no he podido hacer otra cosa que correr a por un bolígrafo y derramar sobre el papel todo el ruido interior. Son las cinco y, como os podréis imaginar, sigo sin ser capaz de alcanzar ese final feliz, ni siquiera en un manuscrito. Desisto por hoy. Estoy agotada, con una maraña de pensamientos que no encuentran tregua, tampoco en la escritura.

Los padres de Fio me han llamado hará una media hora para invitarme a merendar a su casa. Por supuesto, he dicho que sí. No puede apetecerme más; además, me viene genial para airearme y salir del bucle en el que me encuentro ahora mismo. Después de todo lo que han hecho por mí, tampoco podría declinar una invitación como esta. Viven cerca, así que me visto con tranquilidad. Hoy, pensando en que tengo intención de animarlos después para salir a cenar por el centro de Porta Aurelia y devolverles el favor, me enfundo en el minivestido Mistral de Jacquemus. Un diseño drapeado en tono rojo, muy versátil, que Sophie me empujó a comprarme cuando empezamos a frecuentar eventos, sobre todo los más chic. Aunque, si hay algo que me convence de esta pieza, es la funcionalidad que la rodea. Como experta en moda, diré que favorece tanto con *stilettos* como con mocasines o zapatillas más deportivas. En este caso, completo el look con las Club-Low de la firma del cocodrilo.

La masía de los padres de Fio huele a hogar desde lejos. Madera antigua, piedra clara y ese frescor que solo tienen las viviendas que siempre han estado abiertas al campo. En la cocina, la mesa ya está puesta para la merienda: *focaccia* recién cortada, un plato de *prosciutto* y *mortadella*, queso pecorino en dados irregulares y un cuenco pequeño con aceitunas aliñadas con naranja y romero. En el centro, una jarra de limonada casera y una cafetera italiana esperando su momento.

—Siéntate, por favor —me dice la madre de Fio, con esa manera suya de hacerte sentir esperada—. Come algo antes de que se enfríe la *focaccia*, que está recién sacada del horno.

Lo hago sin pensarlo. Es reconfortante partir pan en mesas que sientes que te acogen. Entre un bocado y otro, comento, casi de pasada, que esta noche pensaba invitarlos a cenar por el centro de Porta Aurelia. Ella sonríe con una mezcla de pena y complicidad.

—Ay, cariño…, a cenar no vamos a poder —me dice—. Nos liaron con un compromiso que tenemos cerrado desde hace semanas.

—No pasa nada —respondo rápido, aunque me apene un poco.

—Eso sí —añade enseguida—, si te apetece, luego podemos bajar a tomar algo al puerto.

De inmediato me viene a la mente la imagen del puerto de Porta Aurelia y la calma que en él se respira. Soy capaz de visualizar cómo las terrazas empiezan ya a llenarse despacio, sin ruido, con mesas orientadas al mar y copas que no dejan de tintinear. En abril, el aire aún conserva su frescor ligero, cargado de sal, limón y jazmín. No hay prisa: solo conversaciones susurradas, el vaivén de los barcos amarrados y un sol que cae despacio, tiñendo de ámbar las fachadas

y el agua de dorado. Un equilibrio perfecto entre glamour y sosiego. El sitio exacto para ver qué secreto guarda el último resplandor.

—Nosotros antes tenemos que pasar a comprar unas cosas —continúa—, así que, si te parece bien, quedamos allí al atardecer. A las siete y veinte.

Asiento.

Y, casi sin darme cuenta, se me cuela otra imagen, la de cómo sería vivir algo así con Ryan. No una cafetería de esquina ni un micro abierto de jazz; tampoco una galería de arte ni la ciudad de los rascacielos como telón de fondo. Esto. «¿Será este el escenario que debería elegir para un final feliz de novela?». Una mesa frente al mar, el día apagándose despacio, copas frías entre las manos y una paz inesperada. Conversaciones profundas, una conexión que abruma, la certeza de estar donde toca. Lo imagino como si esta escena fuera una versión idealizada de nosotros: una utopía doméstica que mi cabeza ensaya, todavía, demasiado lejos de la realidad.

—¿Te apetece un café? —La voz de la madre de Fio me devuelve a la cocina.

Parpadeo. Asiento de nuevo. La cafetera italiana ya está sobre el fuego, llenando la estancia de un aroma intenso, robusto y distintivo de hogares familiares tradicionales. Me acerco a la encimera y observo cómo reparte las tazas. Hablamos de pequeñas cosas. De la tarde que empieza a caer, del puerto, de lo bonita y relajante que es Porta Aurelia en esta época del año. Nada importante. Justo lo que necesito.

Cuando salgo de la masía, el aire que anuncia la noche ya ha cambiado. Bajo por el sendero de grava, con el paso ligero,

adelantándome a ellos, pues, tal como hemos quedado, me alcanzarán más tarde. El puerto nos espera abajo.

A medida que voy descendiendo, me imagino cómo debieron de vivir figuras como Sophia Loren, Grace Kelly o Jackie Kennedy su propia costa Amalfitana. La *dolce vita* entendida como ese equilibrio delicado entre despreocupación y lujo, arte y naturaleza, mesas largas y buena gastronomía. Un aura que, sin saber muy bien por qué, empiezo a reconocer como propia.

El pantalán está casi vacío a esta hora. Camino en dirección a mar abierto, escuchando cómo los amarres se tensan y cómo los mástiles de las embarcaciones resuenan. Una sensación de que algo está a punto de ocurrir me invade. Cuando alcanzo el final del muelle, justo donde las escaleras se sumergen en el agua, me siento en el suelo, rendida a lo que quiera ofrecerme este último aliento del día. He llegado un poco antes, así que decido hacer tiempo hasta que aparezcan los padres de Fio. Un nerviosismo que hacía meses que no experimentaba se apodera de mí. Uno que solo he sentido con Ryan, cuando él ha estado, en más de una ocasión, casi rozando mi espalda.

Es entonces cuando lo percibo. Sin girarme, intuyo una presencia que se acerca por detrás. Me quedo inmóvil. Es él. Ha venido a buscarme. No sé qué voy a hacer. Nunca me había sentido así. El nudo en el estómago aprieta cada vez más. No estoy pensando con la razón. Solo sé que, si no lo aprovecho, me lo reprocharé toda la vida.

—Hola —me dice cuando todavía no me he dado la vuelta.

Al girarme, nuestros ojos se quedan clavados, como si, a través de ellos, fuéramos capaces de decirnos todo lo que hemos callado.

—Lo siento —le digo. Es lo primero que consigo articular—. Por salir corriendo, por no dejarte hablar, por…

—No, perdóname tú, Brooke —me interrumpe—. Creí que, si no volvía a mencionar mi pasado, podría hacerlo desaparecer. Y no fue así. Al final terminó apoderándose de mi presente. —Hace una pausa —. Estábamos tan bien… Tú fuiste capaz de verme cuando nadie más lo hacía. Creí que así te protegería. Pero me equivoqué.

Nuestros ojos brillan más que nunca.

—Ryan, déjame hablar un momento —digo sin pensarlo demasiado—. Hay algo que tienes que saber. Algo que debería haberte dicho mucho antes. Te reproché tus secretos cuando yo tampoco estaba siendo del todo sincera contigo…

—Lo sé, Brooke, lo sé —dice con calma—. Hace semanas que lo sé. Pero ya no importa. Porque, ¿sabes qué? Cuando lo descubrí, me di cuenta de que la chica que conocí en *Entre Sorbos* es la que veo cuando te miro. La misma de la que estoy completa e irrevocablemente enamorado. Lo hice, primero, sin pretenderlo, a través de tus letras y, después, sin poder evitarlo, cuando te conocí. Nada más importa. Solo nosotros.

—Te quiero, Ryan —confieso—. Seas quien seas. Cargues con el pasado que cargues. Te quiero. Desde que noté que me mirabas como miras a través de la cámara, como lo haces con aquello que de verdad te importa.

Al escuchar mi declaración, Ryan no responde enseguida. Me contempla con detenimiento, como si necesitara asegurarse de que esto no es un espejismo. Luego sonríe, una de esas sonrisas suyas que siempre me han desarmado, y se acerca lo justo para que su frente repose contra la mía.

—Yo también te quiero —susurra—. Y esta vez no voy a esconderme. Ni de ti ni de quien soy. Quiero que nunca dejemos de recordarnos quiénes somos tras los focos.

—Lo prometo.

En este instante, siento cómo el mundo parece recogerse a nuestro alrededor mientras el último resplandor del día se estira sobre el mar bajo la melodía de *Iris*, de Goo Goo Dolls. El puerto guarda silencio, como si supiera que hay momentos que no deben interrumpirse. Ryan levanta la mano y me aparta un mechón de la cara con una delicadeza que echaba de menos. Permanece ahí, a un palmo de distancia, dándome tiempo. Siempre dándome tiempo. Cuando por fin me besa, lo hace despacio. Sin urgencia. Como si no tuviera prisa por llegar a ningún lado, dispuesto a quedarse. Un beso sin artificios, pero que contiene todo lo que necesito. Cierro los ojos. El mar, la luz tenue, el peso exacto de su boca sobre la mía. Aquí, justo aquí, entiendo que hay finales que no cierran historias, sino que las dejan, por fin, empezar.

¡Querido Espresso Society!

Si alguna vez habéis dudado de que un año puede ser suficiente para empezar de nuevo, dejadme deciros que no lo hagáis. En doce meses caben muchas vidas, y yo soy la prueba más reciente de ello. Justo un día como hoy, hace solo un año, cogí un avión desde Madrid para comenzar una nueva experiencia —que ha resultado reveladora, como mínimo— en la ciudad de mis sueños. Ahora me doy las gracias. Sí, a mí misma. Porque a menudo es una idea que se descarta por tacharse de básica o tópica, pero lo cierto es que habrá momentos en el camino en los que tendremos que saltar sin saber si la piscina estará llena. Porque no habrá otra opción. ¿Y qué es lo peor que puede pasar? Que volvamos al punto de partida. Y volvamos a arrancar. Y tampoco está tan mal.

Lo he hecho en múltiples ocasiones y, ¿sabéis qué? No cambiaría nada de lo vivido.

A lo largo de este año en la ciudad que nunca duerme me he descubierto sintiendo cosas que nunca antes había experimentado: la soledad que te atraviesa al mudarte sola, el vértigo de empezar un trabajo que resulta mucho mejor de lo que jamás imaginaste, el entusiasmo de ampliar tu círculo de amigos —personas que, sin saberlo, te estaban esperando— y, sobre todo, el miedo que aparece cuando el chico por el que llevas años suspirando, en términos profesionales, se planta frente a ti y te pide que os leáis el uno al otro.

Porque abrirse a lo desconocido nunca es fácil. Pero si hay algo que he aprendido es que la vulnerabilidad es la única llave de entrada a una conexión profunda y genuina.

Y todavía tengo otra noticia.

La novela verá la luz. Se publicará de la mano de Blue Harbor Books. Y no puedo estar más feliz. Descubriréis, por fin, qué final contiene…, aunque ya sé que los que mejor me conocéis os lo podéis imaginar. Quizá recordéis las declaraciones de Ryan Blake renunciando a su trono en el Principado de Lirianne y declarándose por televisión a una periodista y escritora. Pues bien, se trata de mí. Sí, sí. De la misma que aterrizó en Nueva York hace ya un año y que jamás habría imaginado

todo lo que estaba a punto de vivir al subirse a ese avión. Es increíble cómo la vida coloca frente a ti a las personas que necesitas en cada momento, incluso cuando tú no confías demasiado.

Volveré siempre.

Gracias por todo, chicos.

Entre Sorbos
Por Brooke Bennett

Agradecimientos

Escribir un apartado de agradecimientos a la altura del proceso de escritura de esta novela ha sido más difícil de lo que jamás habría imaginado. Sumergirme en esta historia y atreverme a abrirme al mundo para que Brooke y Ryan llegaran a vuestras manos me ha llevado a vivir uno de los periodos más emocionantes.

Quienes me conocen saben que todos los personajes que conforman la trama nacen de la inspiración que me regalan las personas que me rodean y de una sensibilidad que, con el paso de los años, he aprendido a no ocultar. Os invito a dejaros descubrir: a partir de entonces, encontraréis vuestro sitio.

Doy las gracias a Cristina, mi hermana pequeña, por ser el terremoto que me recuerda, día a día, la importancia de vivir. A mis padres, por dedicar incluso lo que no tenían a enseñarnos que ni siquiera el cielo es el límite cuando uno desea algo de verdad. A mi familia. Y a mis amigas del alma, espejo en el que mirarme —Noelia, Raquel, Clàudia, Judith, Gemma E., Eva S., Eva G., Paloma y Lucía P. —, por no permitir que las dudas se apoderaran de mí.

A Marta y Mireia, por ser las mejores editoras, por creer en este proyecto y potenciarlo al máximo, y por saber reconducirme cuando me sentía perdida.

A los distintos departamentos de Grijalbo, que han aportado su grano de arena para que estas páginas sean lo que hoy son.

A Sara García Alonso, miembro de la Reserva de Astronautas de la Agencia Espacial Europea, y a su gran equipo, por su ayuda y disponibilidad durante la documentación de esta novela. Sus aportaciones han sido fundamentales para el desarrollo de uno de los personajes. Quiero recordar a los lectores, no obstante, que, aunque la autora ha intentado ceñirse al máximo a la realidad para dar voz a la trayectoria de dichos profesionales, la información recibida —ya sea por parte del equipo de Sara o fruto de la propia investigación— ha sido adaptada a la ficción, siempre con la intención de poner en valor la importante labor que realizan.

Y, por último, agradecerte el viaje a ti, claro.

Porque, al abrir este libro, le das sentido a toda esa imaginación —en ocasiones, desmedida— que invade mi mente.

Hasta la próxima. GRACIAS.

Brooke sueña con una vida de película.



Por eso se muda a Nueva York, con la esperanza de conseguir trabajo en una revista de moda. También fantasea con conocer al misterioso Ryan Blake, el director de cine de sus películas favoritas y al que le ha dedicado un blog anónimo donde las analiza fotograma a fotograma.

Ryan siempre ha huido de las alfombras rojas

Él prefiere la intimidad que hay tras las cámaras, así que apenas se muestra en público. De aquí que Brooke no pueda creerlo cuando ambos chocan -literalmente- en una cafetería de Manhattan.

Pero hay historias que deben salirse del guion.

Aunque ha llegado decidida a centrarse en su carrera, Brooke debe admitir que se siente atraída tanto por el hombre como por el director al que tanto admira. También que, si quiere que esta historia funcione, deberá mostrarle sus secretos… y descubrir quién es realmente Ryan Blake

Una arrebatadora comedia romántica en la que la realidad supera a la ficción.

Rebeca Domenech (Barcelona, 1997) es periodista de moda. Ha trabajado como redactora para revistas líderes del sector, como *Vogue* o *¡HOLA!*, y en agencias de representación. Aborda la escritura desde una mirada cinematográfica, pues vive convencida de que todos podríamos dirigir la película de nuestra propia historia. Le encanta viajar, no puede vivir sin café y encuentra su refugio creativo en las buenas conversaciones. *Tras los focos* es su primera novela.



Primera edición: mayo de 2026

© 2026, Rebeca Domenech
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Caro Marando

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-253-7324-4

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros

Instagram: @grijalbo_es
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

Índice

Tras los focos
1. Punto de partida
2. Las llaves
3. Zona 0
4. Las vías del tren
5. Madrid
6. Reliquias
7. Café de coordenadas
8. Destino cruzado
9. Miradas furtivas
10. Manhattan
11. La gran noche
12. Miradas suspendidas
13. La chica del café
14. Locos años veinte
15. Entre bambalinas
16. La galería del West Village
17. Tensión palpable
18. La magia del ballet
19. El otro lado de la moneda
20. La gran mentira
21. Desconcierto
22. Sueño americano
23. El regreso
24. Dirección: Upper East Side
25. Rumbo a Milán
26. Voces lejanas
27. Porta Aurelia
28. Club de escritura
29. El comunicado

30. La gran revelación
31. Latidos paralelos
32. El gran salto
33. Camino de regreso
34. Reencuentro
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Rebeca Domenech
Créditos